

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

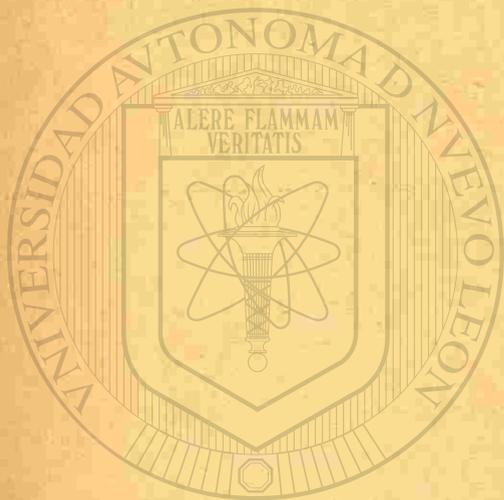
DICKENS

DIAS PERDIDOS

PR4561

.A67

B3



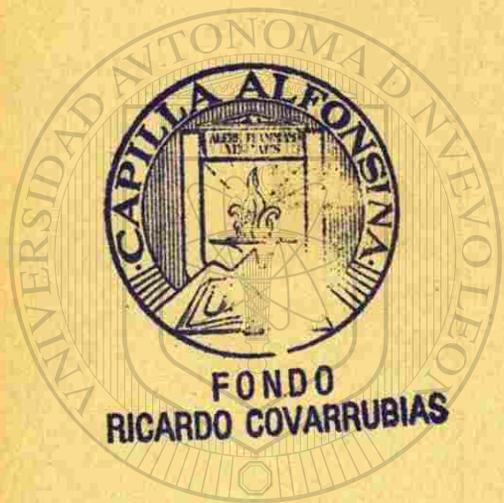
1020028681

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

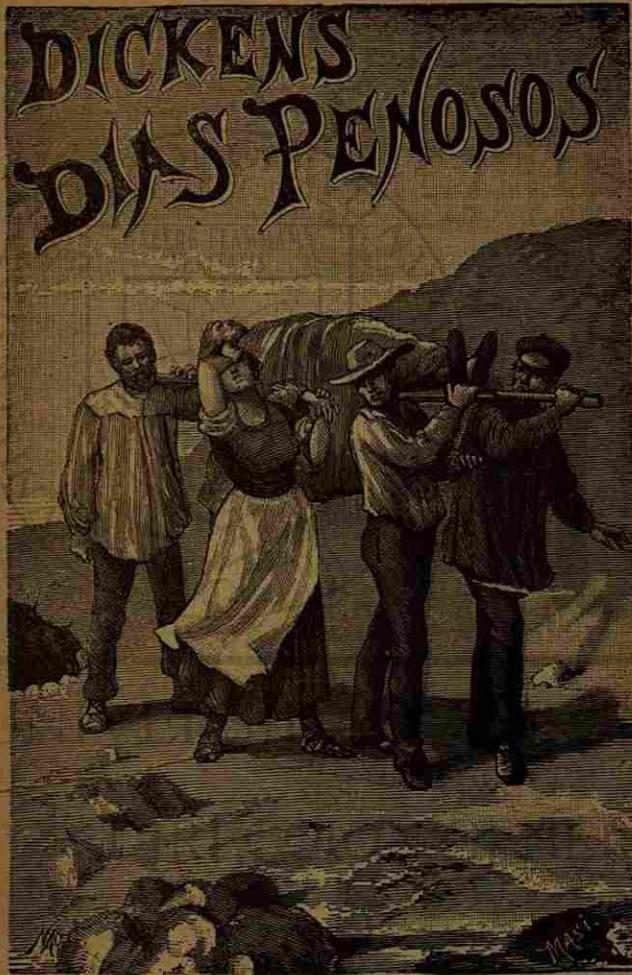
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DIAS PENOSOS

Núm. Clas. N
Núm. Autor D 5482d
Núm. Adg. 29106
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó [Signature]
Catalogó [Signature]



BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

DÍAS PENOSOS

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR
RICARDO COVARRUBIAS
CARLOS DICKENS

TRADUCCIÓN DIRECTA

por el

LICENCIADO BARBADILLO



098569

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

MADRID "ALFONSO REYES"

EL COSMOS EDITORIAL
Montera, núm. 29 1925 MONTERREY, MEXICO

1884

29106

823

A.

PR 4561

A67

B3



FONDO
RIGARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RIGARDO COVARRUBIAS

Madrid: 1884.—Imprenta de A. Pérez : Flor Baja, 22.

PARTE PRIMERA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Lo único necesario.

«¡Hechos!.... Dadme hechos, y nada más que hechos. Enseñadlos á la juventud, con preferencia á inútiles teorías. No plantéis otra semilla, y arrancad las demás. Sólo con el auxilio de los hechos se forma el animal que raciocina : lo demás nunca le servirá de nada. Sujetándome á este principio, educo á mis hijos, y este principio sirve también de educación á estos niños: caballero, aténgase V. á los hechos.»

La escena pasa en el salón de una escuela, salón desnudo, monótono y sepulcral, y el dedo pequeño y aplastado del orador daba energía á sus observaciones, manchando de paso la manga del maestro de escuela al esforzar cada sentencia. La energía se aumentaba con la frente terrible del orador, especie de muro cuadrado que tenía las cejas por base, en tanto que los ojos

hallaban cómodo aposento en dos sótanos oscuros, sombreados por el muro en cuestión; la energía se aumentaba también con la boca ancha, delgada y severa del orador; la energía se aumentaba también con el tono inflexible, duro y dictatorial del orador; la energía se aumentaba también con los cabellos del orador, que se erizaban á los lados de su mollera calva como un bosque de pinos destinado á preservar del viento la superficie luciente del cráneo, muy semejante, por sus desigualdades, á la corteza de una naranja, y llena de abolladuras, como si aquella cabeza no contuviese suficiente espacio en sus almacenes para alojar todos los hechos sólidos contenidos en su interior. La actitud pertinaz, el traje cuadrado, las piernas cuadradas, las espaldas cuadradas del orador, la corbata que parecía ahogarle, y por su mala confección se la podría tomar por un hecho mal fraguado; todo, todo era parte á aumentar la energía.

—En esta vida sólo necesitamos hechos, señor mío, nada más que hechos.

El orador y el maestro de escuela y el tercer personaje adulto que se encontraba en escena, retrocedieron un poco para abrazar más cómodamente, con una mirada rápida, el plano inclinado en que se veían en fila las pequeñas vasijas humanas, en las cuales no había más que verter hechos hasta que se desbordasen.

CAPÍTULO II.

La degollación de los inocentes.

El orador era Tomás Gradgrind, caballero. El hombre de las realidades; el hombre de los hechos y de los cálculos; el hombre que procede sujetándose al principio de que dos y dos son cuatro, y nada más, y á quien ningún razonamiento obligará á proceder de otra manera; Tomás Gradgrind, caballero (recalcad este nombre de pila); Tomás Gradgrind, con una regla, una balanza y una tabla de multiplicar en el bolsillo, siempre pronto á pesar ó medir la capacidad humana. Para él todo es cuestión de números, una simple operación aritmética. Podéis vanagloriaros de hacer entrar algún absurdo en la cabeza de un Jorge Gradgrind, de un augusto Gradgrind, de un Juan Gradgrind ó de un José Gradgrind (todos personajes ficticios que no tienen existencia real), pero no en la de Tomás Gradgrind; no, señor; es imposible.

Mr. Gradgrind no deja nunca de presentarse

de este modo, ya fuese en un círculo de amigos íntimos, ya ante el público en general. De este modo también Tomás Gradgrind, remplazando solamente con las palabras *niños ó niñas* á la consabida fórmula de *señores*, acababa de presentarse á aquellos pequeños cántaros colocados en fila para que los llenasen de hechos hasta la boca.

Y en verdad que mientras los contempla curioso desde el fondo de aquellos subterráneos ya mencionados, él mismo parece un cañón atestado de hechos, que se dispone á arrojarlos, por medio de una sola explosión, mucho más allá de las regiones que conoce la infancia. Tiene todo el aire de una batería galvánica cargada de alguna mala preparación mecánica, y destinada á reemplazar en el alma de los niños la joven y tierna imaginación que él se encarga de reducir á polvo.

—¡Niña número veinte! (exclamó Mr. Gradgrind, indicando con su índice aplastado á la persona designada.) No conozco á esa niña. ¿Quién es esa niña?

—Ceci Jupe, caballero,—respondió el número veinte ruborizándose, levantándose y haciendo una reverencia.

—¿Ceci? Ese no es un nombre (dijo Mr. Gradgrind.) V. no se llama Ceci; V. se llama Cecilia.

—Papá me llama Ceci, caballero,—respondió

la niña con voz temblorosa, y haciendo otra reverencia.

—Pues hace mal (replicó Mr. Gradgrind); dígaselo V. Se llama V. Cecilia Jupe. Veamos. ¿Qué oficio tiene su padre de V.?

—*Ecuyer*, artista del circo de caballos.

Mr. Gradgrind frunció el entrecejo, y condenó con un ademán aquella profesión inconveniente.

—Aquí no queremos saber esas cosas. No hay que hablar de esas cosas en este sitio. Su padre de V. doma potros cerriles, ¿no es esto?

—Sí, señor, si á V. no le desagrada; cuando tiene alguno que domar, lo doma en el picadero.

—Aquí no hay que hablar de picadero; téngalo V. entendido. Diga V. que su padre es domador de caballos. Sin duda cuidará también los caballos enfermos; ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Muy bien. Es veterinario, herrador y domador de caballos. Deme V. la definición del caballo.

Al oír esta pregunta, Ceci experimentó un terror singular.

—¡La niña número veinte es incapaz de definir un caballo! (exclamó Mr. Gradgrind, á fin de edificar á todos los niños. ¡La niña número veinte no posee ningún hecho relativo al más vulgar de los animales! Vamos, que un niño

cualquiera me dé la definición del caballo. V., Bitzer.

El aplastado índice, después de haberse paseado por aquí y por allá, se detuvo en Bitzer, quizás porque éste se hallaba casualmente expuesto al mismo rayo de sol que entraba por una de las ventanas: hería de frente, lastimando la vista y esparciendo una viva claridad sobre Ceci, porque las niñas y los niños estaban sentados en toda la extensión del plano inclinado, en dos cuerpos de ejército compactos, divididos en el centro por un espacio estrecho, y Ceci, colocada en la punta de un banco, en el sitio iluminado por el sol, participaba del principio de un rayo, del que Bitzer, sentado á la punta opuesta del banco, llegaba á la cola. Mientras la niña tenía ojos y cabellos tan negros, que el rayo del sol que la bañaba parecía darles colores más vivos y brillantes, el muchacho tenía ojos azules y cabellos de un rubio tan bajo, que aquel mismo rayo parecía arrebatarles el pálido color que poseían. Los tiernos ojos del escolar apenas hubieran sido ojos, sin las puntitas de pestañas, que, provocando un contraste inmediato, con algo más pálido que ellas mismas, dibujaban su forma. Sus cabellos, casi cortados á punta de tijera, podían pasar por una simple continuación de las pecas que llenaban su rostro. Su tez estaba desprovista de frescura y de salud, que ha-

cía presumir que fuese blanca la sangre que circulaba por sus venas.

—Bitzer (repitió Mr. Gradgrind): déme V. la definición del caballo.

—Cuadrúpedo; herbívoro; tiene cuarenta dientes, de los cuales veinticuatro son molares, cuatro caninos y doce incisivos. Muda el pelo en la primavera. Su casco es duro, pero necesita estar herrado. La edad se le conoce en la boca antes de que cierre.

Por este estilo continuó hablando Bitzer.

—Ahora, niña número veinte (continuó mister Gradgrind), ya sabe V. lo que es un caballo.

La niña hizo una reverencia, y se hubiera ruborizado aún más que la vez anterior, á haberse podido poner más roja que lo estaba al principio del interrogatorio. Bitzer guiñó ambos ojos á la vez al mirar á Tomás Gradgrind; retuvo alguna luz en las extremidades temblorosas de sus cejas; llevó el puño cerrado á la frente, y después de haber saludado de este modo, volvió á sentarse.

Entonces avanzó el tercer personaje, que era un hombre muy á propósito para disecar y escudriñar los hechos: era un empleado del gobierno; un verdadero púgil á su manera, siempre dispuesto á disparar el golpe y á combatir con toda Inglaterra. Para continuar en términos

de pugilato, era un verdadero genio en esto de venir á las manos, sin importarle en dónde ni á qué propósito. Desde su entrada en la arena, desarmaba con el puño derecho á quien llegaba primero; continuaba la lucha con el izquierdo; se detenía; cambiaba los golpes; paraba; aturdió; marraba á su antagonista (siempre desafiando á toda Inglaterra); le empujaba hasta la cuerda de límite, y se dejaba caer sobre él, con la mayor gentileza del mundo, á fin de asfixiarle; tenía á orgullo el cortar la respiración hasta dejar al infortunado inútil, para empezar de nuevo la lucha al espirar la tregua de rigor. Por esto le habían encargado las autoridades superiores de apresurar la venida del gran milenario, durante el cual los comisarios deben reinar en este mundo.

—Muy bien (dijo este caballero, sonriendo alegremente y cruzando los brazos). Eso es un caballo. Ahora, niños y niñas, permitidme que os pregunte una cosa: ¿Cubriréis las paredes de vuestra casa con un papel en el que hubiese caballos pintados?

Después de un instante de silencio, la mitad de los niños gritó en coro:

—¡Sí, señor!

La otra mitad, leyendo una negativa en el semblante de aquel caballero, gritó también en coro:

—¡No, señor!

Según se acostumbra en esta clase de exámenes.

—Justo que no. ¿Y por qué?

Nuevo silencio. Un muchacho grueso como un tonel, que al respirar parecía que silbaba, tuvo la feliz idea de responder que él no cubriría las paredes de su alcoba con ninguna clase de papel, porque prefería la pintura.

—Mas puesto que *es preciso* cubrir las de papel.... (insistió el caballero con alguna vivacidad.)

—Que le agrade á V. ó que no, es preciso cubrir las de papel (añadió Tomás Gradgrind). No diga V. tan terminantemente que no las cubriría. ¿Qué significa una negativa de esa especie?

—Voy á explicar á V. (dijo el caballero, después de una pausa no menos lúgubre) por qué no se debe cubrir una habitación con papel, en el que haya caballos pintados. ¿Ha visto V. nunca que los caballos se paseen por las paredes de una estancia en la realidad de los hechos? ¿Eh?

—Sí, señor,—contestó la mitad de la escuela.

—No, señor,—contestó la otra mitad.

—Claro es que no (continuó el caballero, lanzando una mirada de indignación hacia los que se habían equivocado). En ninguna parte debe verse lo que no se vea en los hechos; vosotros

no debéis tener en ninguna parte lo que no se pueda tener realmente; el gusto no es otra cosa que un nombre del hecho.

Tomás Gradgrind bajó la cabeza en señal de aprobación.

—Esto es un principio nuevo, un descubrimiento nuevo, un gran descubrimiento (continuó el caballero). Ahora voy á dirigiros otra pregunta:

—Supongamos que tenéis que alfombrar un suelo. ¿Elegiríais una alfombra en que hubiese flores dibujadas?

Como la escuela empezaba á convencerse de que *no* era la respuesta que mejor convenía á todas las preguntas de aquel señor, el coro que gritó *no* fué muy numeroso. Algunos, por equivocación ó por atolondramiento, contestaron *sí*. De este número fué Cecilia Jupe.

—¡Niña número veinte!—exclamó el caballero, sonriendo con la tranquila superioridad de la ciencia.

Cecilia, ruborizándose, se puso de pié.

—Así, pues, V. alfombraría sus habitaciones ó las habitaciones de su marido, si V. fuese mujer y tuviese marido, con imágenes de flores, ¿no es esto? ¿Y por qué?

—Porque me gustan mucho las flores (replicó la niña).

—¿Y por eso las pondría V. debajo de las

mesas y de las sillas, y tendría V. gusto en que las pisasen gentes con botas de dos suelas?

—Eso no les haría daño alguno, y, con perdón de V., no se marchitarían. Siempre serían imagen de algo bonito y agradable, y yo podía figurarme que....

—¿De veras? Justamente lo que no debe V. es figurarse cosa alguna (exclamó el caballero, encantado de haber llegado felizmente adonde él quería). Esa es justamente la cuestión. Usted no debe figurarse nada.

—V. no debe jamás, Ceci Jupe (añadió Tomás con tono solemne), permitirse imaginar ni aun lo más grave.

—¡Hechos! ¡hechos! ¡hechos! (gritó el otro.) ¡Hechos, y siempre hechos!—repitió Tomás Gradgrind.

—En todas cosas debe V. dejarse conducir y gobernar por los hechos (dijo el caballero). Esperamos poseer dentro de poco un cuerpo deliberante, compuesto de comisarios amigos de los hechos, que obligarán al pueblo á respetar los hechos, y nada más que los hechos. Es preciso borrar para siempre del idioma la palabra *imaginación*. Nada deben Vds. tener bajo la forma de objeto de adorno ó de utilidad, que esté en contradicción con los hechos. En realidad no se anda sobre flores; por tanto, no se os debe permitir que las piséis sobre una alfombra. No ha-

bréis visto que las aves ó las mariposas de los climas lejanos vengan á posarse sobre vuestras vajillas; luego no se os debe permitir pintar en vuestras vajillas pájaros ó mariposas extranjeros. Nunca veréis á un cuadrúpedo pasearse de arriba abajo por una pared; luego los cuadrúpedos no deben representarse en las paredes. Estos perniciosos abusos se deben sustituir empleando colores primitivos, combinaciones y modificaciones de todas las figuras matemáticas susceptibles de prueba y de demostración. He ahí en lo que consiste nuestro moderno descubrimiento; he ahí en lo que consiste el hecho; he ahí en lo que consiste el gusto.

La niña hizo otra reverencia, y se sentó. Era demasiado joven, y el aspecto positivo con que acababa de presentársele el mundo, le pareció espantoso.

—Ahora, si Mr. Mac Choakumchild (dijo el caballero), quiere dar su primera lección, me tendré por muy afortunado, Mr. Gradgrind, en acceder á vuestros deseos y estudiar su método.

Mr. Gradgrind dió las gracias, y dijo:

—Mr. Mac, cuando V. guste.

El interpelado empezó empleando su más superior estilo. Él y otros ciento cuarenta maestros de escuela habían sido hechos recientemente en el mismo taller, según el mismo procedimiento, como si se hubiese tratado, por ejem-

plo, de otros tantos piés torneados para *piano-forte*. Se le había hecho desplegar todos sus conocimientos, y había contestado á volúmenes enteros de preguntas, de las cuales cada una era un verdadero embrollo. La ortografía, la etimología, la sintaxis y la prosodia, la biografía, la astronomía, la bibliografía y la cosmografía general, la ciencia de las proporciones compuestas, el álgebra, la música vocal y el dibujo lineal; todos estos conocimientos útiles los tenía, por decirlo así, en la punta de sus dedos helados. Había llegado por un camino escabroso hasta ocupar el muy honroso puesto de consejero privado de S. M. (sección B.), y había desflorado los diversos ramos en que se dividen las matemáticas superiores y la física, así como el francés, el alemán, el latín y el griego. Conocía todo cuanto tiene relación con las fuerzas hidráulicas del mundo entero (por mi parte no sé de esto una palabra), y todas las historias de todos los pueblos, y los nombres de todos los ríos y de todas las montañas, y de todos los productos, usos y costumbres de todos los países, con todas sus fronteras, y su posición relativa á cada uno de los treinta y dos puntos de la brújula. Verdad eramente, Mr. Mac era un hombre muy instruído. ¡Si hubiera aprendido menos, cuánto más hubiera podido enseñar!

Puso manos á la obra en aquella sesión pre-

paratoria, á la manera de Morgiana en los *Cuarenta ladrones*, mirando á cada uno de los recipientes que tenía en su presencia, y examinándolos uno á uno, á fin de ver el contenido. Dime, buen Mac Choakumchild; cuando hayas llenado hasta los bordes todas esas jarras con el aceite hirviendo de tu ciencia, ¿estarás completamente seguro de haber matado al demonio de la imaginación? ¿Estarás completamente seguro de no haber conseguido, en resumidas cuentas, más que mutilarlo ó desfigurarle?

CAPÍTULO III.

Una grieta.

Mr. Gradgrind, al salir de la escuela para ir á su casa, experimentaba una viva satisfacción; aquella era su escuela, y quería que fuese una escuela modelo; aspiraba á que cada niño lo fuese á su vez, á semejanza de los jóvenes Gradgrind, que todos lo eran.

Tenía cinco hijos, y ninguno de ellos dejaba de ser un modelo. Se les había aleccionado desde su más tierna infancia, y habían seguido tantos cursos como carreras da una liebre. Apenas podían andar solos, y ya les obligaba á andar hacia la escuela. Su primera asociación de ideas, la primera cosa de que se acordaban, era de un cuadro grande, en el que un ogro grande y seco trazaba con tiza signos blancos de horribles formas.

Y por cierto que los niños no tenían conocimiento de lo que es un ogro: como los ogros no existen en el mundo real, la ley de los hechos lo impedía. Me he servido de esta palabra para

designar un monstruo instalado en un castillo-escuela, con infinidad de cabezas contenidas en una sola, persiguiendo niños y arrastrándolos por los cabellos á las cavernas sombrías de la estadística.

Ningún pequeño Gradgrind había visto en su vida un rostro en las manchas de la luna: estaba en el hecho de lo que era la luna antes de ocurrírsele pensar que tal cosa hubiera en el espacio. Ningún Gradgrind pequeño sabía de memoria aquella estúpida canción que empieza:

«Estrellita del cielo,
Dime quién eres....»

Ningún Gradgrind pequeño había sentido la más leve curiosidad sobre este punto, porque al cumplir los cinco años ya había disecado la osa mayor como un catedrático del Observatorio.

Ningún pequeño Gradgrind había pensado nunca en establecer alguna relación entre las verdaderas vacas de los prados y la famosa vaca de los cuernos retorcidos, que hizo saltar al perro que atormentaba al gato que mataba á los ratones que se comían el queso, ó con aquella otra vaca, aún más famosa, que se tragó á Tom Ponce (1): ninguno de ellos había oído hablar de

(1) Alude á cuentos con que en Inglaterra se entretiene á los niños.

estas celebridades; todas estas vacas, que les habían presentado, no eran más que cuadrúpedos herbívoros y rumiantes con diversos estómagos.

Tomás Gradgrind dirigió sus pasos á su morada positiva, llamada Pierre-Loge. Se había retirado por completo del comercio de quincalla por mayor antes de construir Pierre-Loge, y se disponía á buscar una ocasión oportuna para hacer en el Parlamento una figura aritmética. La finca estaba construída en un erial, á una milla ó dos de cierta ciudad muy populosa, que se llamará Cokeville en este libro, gufa verídica de viajeros.

Tomás prosiguió su camino con el espíritu alegre y satisfecho. Era un padre cariñoso á su manera, y se hubiera descrito á sí propio (si hubiera tenido necesidad de dar una definición como Ceci Jupe), en el concepto de un hombre eminentemente práctico. Siempre oía con orgullo estas palabras: *eminente práctico*, que pasaban como gráficas para designarle. En cada meeting que se celebraba en Cokeville, fuese cualquiera el motivo, nunca faltaba un cokevillano que se aprovechase de la ocasión para aludir al espíritu eminentemente práctico de su amigo Gradgrind, lo cual agradaba sobremanera á éste. Estaba persuadido de que sólo le hacían justicia; pero esto le lisonjaba el amor propio.

Acababa de comprar en las inmediaciones de la población un terreno neutro, que sin ser ni ciudad ni campo, era, sin embargo, lo uno y lo otro, aunque sin reunir las condiciones de ninguno; pero, ¡oh, desgracia!, el ruido de una música próxima lastimaba las orejas. El *chin chin* y el *bon bon* de la orquesta de un circo ecuestre que había sentado sus reales en aquel sitio, atronaban los aires que era un contento. Una bandera flotando en su asta, anunciaba al género humano que el circo de Sleary solicitaba su patrocinio. Sleary en persona, estatua moderna de grandes dimensiones, vigilaba su caja y recibía el dinero en una garita de arquitectura gótica demasiado primitiva.

Josefina Sleary, según anunciaban los carteles impresos, inauguraba el espectáculo con su gracioso ejercicio ecuestre de las *Flores tirolesas*. Entre otras maravillas muy divertidas, pero siempre tristemente morales, que era preciso verlas para creerlas, el señor Jupe debía hacer lucir aquella noche los talentos recreativos de su maravilloso perro sabio Patalista. Debía también ejecutar su increíble ejercicio de fuerza, que consistía en lanzar por encima de la cabeza setenta y cinco quintales de metal, sin moverse una línea, ni atrás ni adelante; ejercicio que hasta entonces no se había intentado ni en aquel país ni en ningún otro, y que arrancaba tan frenéticos

aplausos, que todos los días era necesario repetirlo para complacer al género humano. El señor Jupe debía también amenizar el espectáculo con sus bromas castísimas, sus pantomimas Shakesperianas. En fin: para terminar la representación, debía desempeñar su papel favorito de Mr. Guillermo Bouton, sastre de Tooley-Street en la última de sus últimas novedades, en la risible comedia ecuestre del *Viaje del sastre á Brenford*.

Por supuesto, que Tomás Gradgrind no prestó ninguna atención á aquellas frivolidades, y prosiguió su camino, tal cual convenía á un hombre práctico, apartando de su pensamiento aquellos insectos asquerosos, buenos cuando más para una casa de corrección. Pero muy luego un rodeo que daba la senda le condujo cerca de la barraca, y detrás de ésta estaban reunidos diferentes niños, que en diversas actitudes procuraban curiosear furtivamente lo que estaba pasando en el Circo.

Se detuvo en seguida.

—Vamos (dijo); estos vagabundos distraen á la juventud de una escuela modelo.

Hallándose separado de aquella juventud por un espacio considerable, sacó el lente del bolsillo para ver si entre los niños había alguno que él conociese, é intimarle la orden de alejarse al momento. ¡Pero qué fenómeno! Se resistió á

dar crédito á sus ojos. ¿Á quién diréis que vió? Á su propia hija, á la metalúrgica Luisa, mirando, con todo el afán de que era capaz, por un agujero que había en las tablas; á su propio hijo, á su matemático Tomás, echado en tierra á cuatro manos, dándose por muy satisfecho con alcanzar á ver solamente las zapatillas de la artista en el gracioso de las *Flores tirolesas*....

Mudo de espantó, Mr. Gradgrind se acercó al sitio en que sus hijos se deshonoraban de tal modo; tocó con la mano en el hombre de cada culpable, y dijo:

—¡Luisa! ¡Tomás!

Ambos se levantaron desconcertados y rojos como una cereza. Luisa miró á su padre con más descaro que Tomás. Á decir verdad, Tomás no levantó los ojos, y se dejó arrastrar como una máquina.

—Por el cielo, que esto es el colmo de la pereza y de la locura (exclamó Mr. Gradgrind, que cogió á cada uno por una mano para llevarlos á su casa): ¿qué tenéis que hacer aquí?

—Ver á cuál de las cosas del mundo se parece ese espectáculo,—contestó secamente Luisa.

—¿De veras?

—Sí, papá.

Se observaba en los niños cierto aire de fastidio y de mal humor, sobre todo en Luisa; sin embargo, en el rostro de ésta, al través del des-

contento, se veía asomar una llama que nada podía alumbrar, un fuego que nada podía consumir, una imaginación que ni estaba muerta ni viva, y, sin embargo, el todo contribuía á dar animación á aquel rostro; no era vivacidad tan propia de la descuidada juventud, sino resplandores inciertos, ávidos y vagos, que tenían alguna analogía penosa con los cambios que se observan en las facciones de un ciego cuando busca á tientas su camino.

Todavía no contaba más que quince ó diez y seis años; pero se comprendía que en una época no muy lejana se haría mujer de repente. El padre pensó en esto al mirarla. Luisa era muy linda.

—Ya hubiera deseado lanzarse al mundo (pensó el padre, como hombre eminentemente práctico), si yo la hubiera educado de otro modo.

—Tomás, hijo mío, aunque el hecho salta á la vista, me cuesta trabajo creerlo; no puedo persuadirme de que con vuestra educación y vuestros medios de resistencia, hayas arrastrado á tu hermana hacia un espectáculo semejante.

—Papá, he sido yo quien ha arrastrado á Tomás (dijo Luisa con cierta ligereza). Yo le he convencido para que viniera.

—Siento mucho saberlo. Me das una pena muy grande. Pero eso no disminuye en lo más

mínimo la falta de Tomás, al paso que aumenta la tuya.

Luísa miró otra vez á su padre; pero ni una lágrima rodó por su mejilla.

—¡Tú aquí! ¡Tomás y tú, para quienes se ha abierto el círculo de la ciencia; Tomás y tú, á quienes se puede mirar como dos jóvenes llenos de hechos reales; Tomás y tú, á quienes he elevado hasta una precisión matemática; Tomás y tú en este sitio! (exclamó Mr. Gradgrind.) ¡En una posición tan degradante! ¡Estoy absorto!

—Y yo cansada, papá; hace tiempo que estoy cansada,—dijo Luísa.

—¿Cansada? ¿Y de qué?—preguntó el padre asombrado.

—No lo sé; creo que me cansa todo.

—Ni una palabra más: eso es una niñería. No quiero oír una palabra.

Y no volvió á abrir la boca hasta después de haber recorrido en silencio cerca de media milla; entonces exclamó con tono grave:

—¿Qué dirán tus mejores amigos, Luísa? ¿Tan poco te cuidas de su opinión? ¿Qué dirá Mr. Bounderby?

Al oír este nombre, Luísa miró furtivamente á su padre; pero éste no lo advirtió, porque cuando reparó en ella, Luísa había bajado los ojos.

—¿Qué dirá (repitió algunos instantes después), qué dirá Mr. Bounderby?

En todo el camino, hasta llegar á Pierre-Loge, mientras con una gravedad indígena conducía á los dos culpables, fué repitiendo para sus adentros:

—¿Qué dirá Mr. Bounderby?

CAPÍTULO IV.

Mr. Bounderby.

Mr. Bounderby estaba tan cerca de ser amigo íntimo de Mr. Gradgrind, cuanto es posible á un hombre desprovisto completamente de sentimientos acercarse por medio de un parentesco espiritual á otro hombre no más favorecido. Sí, Mr. Bounderby estaba tan cerca de ser amigo íntimo, ó si al lector le parece mejor, tan lejos de poderlo ser.

Era un hombre muy rico: banquero, negociante, manufacturero; qué sé yo qué más. Un hombre grueso y ardiente, con una mirada capaz de fascinar al más descarado, y una risa metálica. Un hombre fabricado de tela grosera, que parecía haberse estirado á medida para prestarse á su desarrollo. Un hombre de cabeza y frente hinchadas, con venas que se le transparentaban, y la piel del rostro tan tirante, que parecía tenerlo de grado ó por fuerza; los ojos abiertos y levantadas las pupilas. Un hombre que siempre tenía el aire inflado como un globo

en el momento de la ascensión. Un hombre que nunca podía estar convenientemente satisfecho de ser hijo de sus obras. Un hombre que nunca dejaba de proclamar con una voz que parecía el eco de una trompeta de metal, su antigua ignorancia y su antigua miseria. Un verdadero fanfarrón de la humildad.

Á pesar de ser un año ó dos más joven que su amigo, el del espíritu eminentemente práctico, Mr. Bounderby parecía de más edad; á sus cuarenta y siete ó cuarenta y ocho años se le hubieran podido añadir siete ú ocho años más, sin que á nadie le llamase la atención. No tenía muy espesos los cabellos. Por mi parte creería sin dificultad que habían volado al viento de sus palabras, y que los que aún le quedaban, erizados y en desorden, se veían reducidos á tan triste estado, por hallarse constantemente expuestos al sople de sus tumultuosas baladronadas.

En el salón simétrico y bien arreglado de Pierre-Loge, de pié sobre la plancha de la chimenea, con la espalda vuelta al fuego, Mr. Bounderby hacía en provecho de Mr. Gradgrind ciertas observaciones á propósito del aniversario de su propio natalicio. Se había instalado delante de la chimenea, tanto porque aquella tarde de primavera era muy fría, aunque el sol lucía con todo su resplandor, cuanto que Pierre-Loge era muy temible por la humedad, puesto

que el calor del estío no había podido secar aún sus paredes, y sobre todo porque allí ocupaba una posición ventajosa, desde la cual podía dominar á su antojo á la señora de Gradgrind.

—Yo no tenía zapatos. En cuanto á las medias, ignoraba hasta su nombre. Pasaba el día en un foso, y la noche en un establo de cerdos. En ese estado cumplí los diez abriles y celebré el décimo aniversario de mi nacimiento. Y no porque el foso fuera para mí una habitación nueva, puesto que nací en un foso.

La señora Gradgrind, verdadero paquete de chales, pequeña, delgada, blanca, con los ojos color de lila, de una debilidad incomparable en lo moral y en lo físico, que pasaba el tiempo en tomar medicinas que no le servían de nada, y que apenas manifestaba el menor deseo de volver á la vida, se encontraba infaliblemente con la sorpresa de algún hecho muy pesado que su marido le tiraba á la cabeza; la señora Gradgrind, decimos, manifestaba la esperanza de que al menos estaría seco el foso de Mr. Bounderby.

—¡No tal! Húmedo como una sopa. No tendría menos de un pié de agua,—dijo Mr. Bounderby.

—Pero eso podía causar un reumatismo á un niño de dos meses.

—¡Reumatismo! ¡Si yo nací con una inflamación en el pulmón, y si no me engaño, tam-

bién en todas las demás partes inflamables de mi cuerpo! Durante dos años, señora, fui una de las criaturas más miserables del mundo. Estaba tan enfermo, que no hacía otra cosa que gemir y llorar. Estaba tan desnudo y tan sucio, que no me hubiera V. tocado ni con unas pinzas.

La señora Gradgrind miró las pinzas con cierta languidez, única cosa que podía hacer en conciencia, atendido su estado de debilidad.

—No sé cómo pude resistir á tanta desgracia, continuó Mr. Bounderby. Precisamente yo estaba predestinado. He tenido un carácter determinado toda mi vida, y supongo que ya lo tenía en aquella época. De todos modos, ya ve V. á lo que he llegado, señora Gradgrind, y sin tener que agradecer á nadie más que á mí mismo.

La señora Gradgrind demostró humilde y débilmente esperanzas de que la madre de Mr. Bounderby....

—¡Mi madre! Ella fué quien me puso allí, señora.

La señora Gradgrind, siguiendo su costumbre, quedó atolondrada del golpe, volvió á su apatía, y no dijo una palabra.

—Mi madre me abandonó á mi abuela (continuó Mr. Bounderby), y según recuerdo, mi abuela era la mujer más infame y más execrable del mundo. Si por rara casualidad conseguía proveerme de un par de zapatos, nunca muy

buenos, me los quitaba de los piés y los vendía para emborracharse. ¡Cuántas veces he visto á mi buena abuela dormir la mañana y beber sus catorce vasitos de aguardiente antes de almorzar!

La señora Gradgrind sonrió débilmente, y sin dar ninguna otra señal de vida, se parecía más que nunca á una sombra chinesca, pasando por una linterna mágica mal alumbrada.

—Tenía una tiendecilla de comestibles (continuó Mr. Bounderby), y me crié en un cajón que había servido para guardar huevos. Tal fué la cuna de mi infancia; un cajón de huevos. En cuanto pude salir de allí, naturalmente me apresuré á hacerlo. Entonces me hice un vagabundillo, y en lugar de tener una abuela para reñirme y pegarme, tuve una infinidad de gente que me riñera y me pegara. Y aquella gente tenía razón; hubiera hecho mal obrando de otro modo. Yo era una incomodidad, un embarazo, una verdadera epidemia. Lo sé muy bien.

El orgullo que Bounderby fundaba en haber merecido en cualquiera época de su existencia una gran distinción social por habersele señalado como una incomodidad, un embarazo y una epidemia, no se dió por satisfecho hasta repetir tres veces los títulos más principales de su gloriosa juventud.

—Es de creer que estuviese destinado á mejor suerte; pero, en fin, destinado ó no, salí de

aquel estado sin protección de nadie, y he pasado por toda la escala social para llegar á la posición que ahora ocupo en Cokeville; Josué Bounderby ha aprendido á leer en las muestras de las tiendas; ha aprendido á conocer la hora que marca la esfera á fuerza de estudiar el reloj de un campanario de San Gil, iglesia de Londres, siendo dependiente de un estropeado borracho, ladrón de oficio y mendigo incorregible. Venid á hablar á Josué Bounderby de vuestras escuelas de distrito, de vuestras escuelas modelo y de vuestras escuelas normales y de todo vuestro *maremagnum* de escuelas, y Josué Bounderby de Cokeville os responderá francamente que todo eso es muy bueno y muy bonito, pero que él no ha gozado jamás de ninguna de esas ventajas, y que lo que conviene es formar hombres que tengan dura la cabeza y robustos los puños; mi educación no será buena para todos, pero tal ha sido mi educación. Me podrán obligar á que beba aceite hirviendo, pero no á que omita los principales hechos de mi biografía.

Después de esta calurosa peroración, Josué Bounderby de Cokeville guardó silencio. En aquel momento entraba en el salón su amigo, eminentemente práctico, acompañado de los dos jóvenes criminales. Al ver al orador, el amigo eminentemente práctico se detuvo, y lanzó á

Luísa una mirada de reconvección, que quería decir claramente: «Ahí tienes á tu amigo mister Bounderby.»

—¡Hola! (exclamó éste.) ¡Vds. por aquí! ¿Qué pasa? ¿Por qué tiene Tomás ese aire de disgusto?

Mr. Bounderby hablaba á Tomás, pero miraba á Luísa.

—Estábamos mirando lo que pasaba en el circo (contestó Luísa con altivez, aunque sin alzar los ojos), cuando nos sorprendió papá....

—Sí, señora Gradgrind (dijo el marido de aquella mujer con extremada dignidad); no me hubiera sorprendido menos ver á mis hijos leyendo un tomo de poesías.

—¡Bondad divina! (murmuró la afligida madre, poco menos que llorando); Luísa, Tomás.... ¿Cómo habéis podido?... ¡Si no vuelvo de mi sorpresa!.... ¡Y luego no quieren que una sienta haber tenido hijos! Poco me falta para decir que sería muy dichosa con no haberlos tenido. Y entonces, ¿qué hubiera sido de V.?

Esta juiciosa reflexión no produjo, al parecer, muy buen efecto en Mr. Gradgrind, que frunció el entrecejo con impaciencia.

—¡Como si en el estado en que tengo mi pobre cabeza, no pudiérais ir á mirar las conchas, los minerales y todo lo demás que se os ha comprado, en vez de ir á ver lo que pasa en los circos!

(continuó la señora Gradgrind). Sabéis tan bien como yo, que á la juventud no se le da profesores de circo, y que no se la lleva á escuelas de circología. Quisiera yo saber qué interés tienen para Vds. los circos. Si lo que necesitáis es ocupación, dentro de casa la tenéis de sobra. En el estado en que tengo mi pobre cabeza, ni siquiera me acuerdo de la mitad de los hechos que tenéis que estudiar.

—Pues, por eso mismo,—dijo Luísa, con cierto aire burlón.

—Esa razón no sirve; no me digáis que es por eso (replicó la señora Gradgrind). Marchaos en seguida á estudiar un poco de *hechología*.

Como la señora Gradgrind no era fuerte en las ciencias, despedía á sus hijos con esa frase de su invención, para dejarlos en libertad de elegir el trabajo que tuvieran por conveniente.

Á decir verdad, la provisión de hechos reunida por la señora Gradgrind, se había disminuído deplorablemente; pero Mr. Gradgrind, al elevarla á la alta posición matrimonial que ocupaba, había cedido á la influencia de dos motivos: primero, su mujer no dejaba nada que desear respecto á dote; segundo, no podía culpársele de ninguna *simpleza*. Gradgrind entendía por simpleza la imaginación; y en honor á la verdad, estaba tan pura respecto á pecados de este género, cuanto puede estarlo una criatura

humana que no ha llegado todavía á toda la perfección del idiotismo.

Cuando la señora Gradgrind se vió sola en presencia de su marido y de Mr. Bounderby, aquella sencilla circunstancia bastó para aturdir de nuevo á la admirable mujer, sin necesidad de que estuviese relacionada con ningún otro hecho. Volvió, pues, á caer en una especie de letargo, sin que nadie reparase en ella.

—Bounderby (dijo Mr. Gradgrind, acercando una silla al fuego), V. se ha interesado siempre por mis hijos, sobre todo por Luisa, que me ha dado un gran sentimiento, y me obliga á que pida á V. mil perdones por su falta. V. no ignora que sistemáticamente me he consagrado á educar la razón de mis hijos. V. sabe que la razón es la única facultad á que la educación debe dirigirse. Y, sin embargo, Bounderby, el suceso imprevisto de hace poco, por muy significativo que parezca, daría ocasión á pensar que en el espíritu de Tomás y de Luisa se ha deslizado algo que es... ó mejor dicho, que no es... No puedo explicarme mejor, sino diciendo que es algo que nunca se ha podido tener la intención de desarrollar en ellos, y en lo cual su razón no ha tomado parte alguna.

—El hecho es que no hay razón para contemplar un grupo de vagabundos (replicó Bounderby). Cuando yo era un vagabundo, nadie era

tan tonto que fuese á mirarme con interés.

—Ahora, lo que debe hacerse (dijo el padre eminentemente práctico, fijando los ojos en el fuego), es averiguar lo que ha podido producir esa curiosidad de tan mal gusto.

—Voy á decir á V. lo que la ha provocado: una imaginación ociosa.

—Espero que esto no será nada (dijo el eminente práctico); pero confieso que ese temor me asaltó antes de entrar.

—Gradgrind, una imaginación ociosa; no hay que buscar el mal en otra parte. La imaginación es una cosa muy mala para todos los que padecen esa enfermedad, y rematadamente mala para una niña como Luisa. Pediría perdón á la señora Gradgrind por las expresiones un tanto fuertes de que algunas veces me sirvo, si no fuese cosa sabida que yo no soy, ni con mucho, un hombre bien educado. Quien espere de mí maneras finas, hace la cuenta sin la huéspedada. Yo no he recibido una educación esmerada.

—¿No podría suceder (dijo pensativo mister Gradgrind, metiéndose las manos en los bolsillos, y fijando su cavernosa mirada en el fuego), que algún profesor ó algún criado fuesen responsables de la culpa? ¿Habrán leído, Tomás ó Luisa, alguna cosa, á pesar de nuestras precauciones? ¿Habrán penetrado en la casa algún libro fútil de cuentos? Porque esto es un fenómeno

tan curioso, tan inexplicable, en espíritus educados con un método práctico desde la cuna hasta el día de hoy....

—Espere V. un instante (dijo Bounderby, que permanecía de pie delante de la chimenea, y tan hinchado con su humildad vanidosa, que parecía que iba á estallar, con grave perjuicio de los muebles circunvecinos). ¿No tiene V. en la escuela á una muchacha que es hija de un saltimbanquis?

—Una que se llama Cecilia Jupe, —replicó Mr. Gradgrind, mirando á su amigo con la timidez propia de un hombre que tiene algo por qué reconvenirse.

—Bueno; espere V. un instante (volvió á exclamar Bounderby). ¿Cómo fué el entrar esa muchacha en la escuela?

—El hecho es que, por mi parte, hoy he visto á esa niña por primera vez. No siendo de la ciudad, habrá venido á esta casa para que se le permitiese entrar en la escuela.... y.... tiene V. razón, Mr. Bounderby; tiene V. razón.

—Bueno; espere V. un instante (volvió á repetir Bounderby). ¿Vió Luisa á esa muchacha cuando estuvo aquí?

—Por supuesto que la vió; ella fué quien me recomendó su solicitud; pero no dudo que la vió en presencia de mi mujer.

—Suplico á V., señora, que nos diga lo que pasó en esa entrevista.

—¡Ay! ¡Qué mala estoy! (contestó la señora Gradgrind.) La niña quería ir á la escuela, y Mr. Gradgrind quiere que vayan á la escuela las niñas, y Luisa y Tomás me aseguraron que la niña quería ir y que Mr. Gradgrind quería que fuesen las niñas: no les pude contradecir, porque el hecho era exacto.

—Pues bien: ¿quiere V. creerme, Gradgrind? (dijo Bounderby). Mande V. á paseo á esa niña, y es negocio concluído.

—Casi casi me ha convencido V.

—Hágalo V. en seguida. Tal ha sido mi divisa desde mi más tierna infancia. Cuando me ocurrió la idea de dejar á mi abuela y al cajón de los huevos, los dejé en seguida. Haga V. lo que yo. Las cosas en caliente.

—¿Quiere V. dar una vuelta? (preguntó su amigo). Sé dónde vive el padre. Quizá no le desagradará á V. dar un paseo conmigo hasta la ciudad.

—Nada de eso; todo lo que V. quiera, con tal de que sea en seguida.

Y diciendo esto, Mr. Bounderby se tiró el sombrero sobre la cabeza. Esta era su manera de cubrirse, lo cual indicaba al hombre que, ocupado siempre en abrirse camino, nunca había tenido espacio para aprender á ponerse el sombrero. Metiéndose las manos en los bolsillos, salió á la antesala.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

625 MONTERREY, MEXICO

29106

—Yo nunca llevo guantes (acostumbraba á decir). Yo no he asaltado la escala social con los guantes; me hubieran estorbado mucho para subir todo lo alto que quería.

Como podía perderse uno ó dos minutos en esperar á que Gradgrind fuese al otro piso á buscar las señas del padre de Cecilia, Mr. Bounderby abrió la puerta del cuarto de estudio de los niños, y pasó la vista por aquella habitación alfombrada, la cual tenía el aspecto de un salón de peluquería, á pesar de las bibliotecas y colecciones científicas, y una infinidad de instrumentos de filosofía y ciencias.

Luísa, con la cabeza reclinada perezosamente en la ventana, miraba hacia afuera, sin ver realmente nada, mientras que el joven Tomás contemplaba el fuego con resuellos vengadores. Adán Smith y Malthús, los dos Gradgrind más pequeños, estaban ausentes; asistían con su correspondiente escolta á un curso cualquiera. Juanita, después de haberse hecho en el rostro una hermosa máscara de húmeda tierra inglesa con sus lágrimas y el lápiz con que se había pintarrajeado la cara, había acabado por dormirse sobre diferentes fracciones decimales.

—Muy bien, Luísa; muy bien, Tomás (dijo Mr. Bounderby). No lo volveréis más á hacer. Yo os respondo de que vuestro padre no os vol-

verá á reñir. Este servicio bien vale un beso. ¿No es verdad, Luísa?

—Puede V. darme los que quiera,—dijo Luísa, después de haber atravesado la estancia con un silencio lleno de frialdad, presentando de mala gana la mejilla y volviendo el rostro cuanto le era posible.

—Tu serás siempre mi niña mimada, ¿no es verdad, Luísa?—preguntó Mr. Bounderby.

Y partió en seguida; pero Luísa continuó en el mismo sitio, enjugándose con un pañuelo la mejilla que aquel hombre acababa de besar: frotó y refrotó tan bien, que su cutis parecía de fuego. Cinco minutos después continuaba frotando.

—¿En qué piensas, Luísa? (murmuró su hermano.) Vas á concluir por hacerte un agujero en el rostro, á fuerza de frotarte.

—Si quieres, puedes arrancarme el pedazo con el cortaplumas; es bien seguro que no me quejaré.

CAPÍTULO V.

El Tónico.

Cokeville, población adonde se dirigían Gradgrind y Bounderby, era uno de los triunfos del *Hecho*. Esta ciudad había escapado al contagio de la imaginación, con tanta felicidad como la misma señora Gradgrind. Puesto que Cokeville es el tónico, demos el acorde antes de continuar nuestra melodía.

Era una ciudad edificada con ladrillos rojos, ó más bien con ladrillos que hubieran sido rojos si el humo y el hollín lo hubieran permitido; pero tal como estaba, era de un color rojizo y negro, poco natural, que recordaba el rostro embadurnado de un salvaje. Era una ciudad de máquinas y de altas chimeneas, de donde salían sin tregua ni reposo interminables serpientes de humo que se arrastraban en el espacio sin conseguir nunca desarrollarse. Tenía un canal muy negro, y un río que corría encenagando sus aguas con una tintura fétida, y vastos edificios, horadados por infinidad de ventanas que re-

sonaban y temblaban todo el día á impulsos del pistón de las máquinas de vapor que subía y bajaba monótonamente, como la cabeza de un elefante melancólico. Contenía varias calles largas, espaciosas y muy parecidas entre sí, y un sinnúmero de calles pequeñas que se parecían aún más; habitadas por gentes que se parecían también, que salían y entraban á las mismas horas, que hacían resonar un mismo pavimento con unos mismos pasos para desempeñar el mismo trabajo; para quienes todos los días eran imágenes de la víspera y del siguiente; cada año igual al que le había precedido ó al que le seguiría.

En suma: estos atributos eran inseparables de la industria que hacía vivir á Cokeville; pero en cambio, según decían, proporcionaba al bienestar de la existencia beneficios que se extendían sobre el mundo entero, y recursos para suplir la falta de esas elegancias de la vida que constituyen más de la mitad de esas mujeres seductoras, en cuya presencia apenas se osaría pronunciar el nombre de la ciudad ahumada. Los otros rasgos característicos de Cokeville tenían un sello más distintivo de localidad. Helos aquí:

Nada se observaba que no recordase la imagen severa del trabajo. Si los individuos de alguna secta religiosa edificaban una iglesia (como lo habían hecho los miembros de las diez y ocho

sectas existentes), hacíase una especie de depósito de piedad con ladrillos rojos, coronados algunas veces (pero siempre con sujeción á modelos de un estilo excesivamente adornado) por una campana, que parecía colgar de una jaula de papagayo. La única excepción de esta regla era la *Iglesia Nueva*, edificio cuyas paredes estaban enlucidas con estuco, y tenía un campanario cuadrado encima de la puerta, el cual terminaba en cuatro torrecillas poco elevadas, que parecían otras tantas piernas de palo muy compuestas. Todas las inscripciones monumentales estaban pintadas de un mismo modo en graves letreros negros y blancos. La cárcel hubiera podido servir de hospital, y el hospital de cárcel; y las casas consistoriales hubieran podido ser cualquiera de estos dos edificios, ó los dos á un mismo tiempo, ó cualquiera otro, pues ningún detalle de su graciosa arquitectura indicaba lo contrario. En todo el aspecto material de la población se veía el hecho, y nada más que el hecho; en el aspecto moral se veía por todas partes lo mismo. La escuela de Mac-Choakumchild no era más que un hecho, como la escuela de dibujo, como el trabajo del obrero; y sólo se observaban hechos desde la casa de maternidad hasta el Campo Santo; en fin, todo lo que no podía evaluarse en cifras; todo lo que no podía comprarse á bajo precio y venderse con ventaja.

estaba proscrito de Cokeville *per saecula saeculorum. Amen.*

Una ciudad consagrada tan devotamente al hecho y tan feliz por haberlo hecho triunfar en todas partes, debía hallarse naturalmente en un estado muy próspero. Pues, sin embargo, nada de eso sucedía; nada absolutamente. ¿Lo creeréis?

No. Cokeville no salía de sus propios crisoles; pura, hasta el mismo punto que el oro sometido á la prueba del fuego.

En esto había un misterio de los más profundos. ¿Quién formaba parte de las diez y ocho sectas del distrito? Las clases obreras no pertenecían á ninguna. Era cosa muy extraña pasearse por la ciudad un domingo por la mañana, y ver cuán pocos trabajadores respondían á la salvaje discordancia de las campanas, que con su agudo clamoreo volvían locos á los enfermos y á las personas nerviosas (1).

Había muy pocos que dejasen sus barrios ó sus habitaciones mal sanas, ó las esquinas en que pasaban el tiempo mirando con aire de fastidio á los fieles que se dirigían al templo, como si éste fuera un asunto que no les concerniese. Y

(1) Á nosotros nos llamaría esto muy poco la atención; pero en Inglaterra, donde se santifican las fiestas por todas las clases de la sociedad, es muy notable el hecho que el autor señala como extraño.

no eran solos los extranjeros los que notaban este hecho, pues había en Cokeville una asociación indígena, cuyos miembros alzaban la voz en la Cámara de los Comunes, pidiendo con grande instancia en todas las sesiones, un decreto del Parlamento que obligase á todos á ser piadosos de grado ó por fuerza. Había además la sociedad de temperancia, que se quejaba de que aquellas mismas gentes se obstinasen en emborracharse; que demostraba, apoyándose en datos fidedignos, que en efecto se emborrachaban, y probaba hasta la evidencia, en asambleas donde sólo se bebía te, que ninguna consideración divina ó humana (excepto una medalla de temperancia) podía convencer á estas gentes de que no debían emborracharse. Venía después el limosnero de la cárcel, que era á fe mía un hombre muy diestro, apoyándose en datos no menos fidedignos, para demostrar que aquellas gentes se obstinaban en frecuentar innobles lupanares ocultos al público, en donde oían innobles canciones, y presenciaban bailes innobles, en los que algunas veces se atrevían á tomar parte, y en donde el llamado A. B., de edad de veinticuatro años y condenado á diez y ocho meses de reclusión, aunque nunca hubiera merecido inspirar una confianza particular, había empezado á perderse, atendido que el susodicho A. B. estaba plenamente convencido de que sin estas circuns-

tancias, hubiera sido un ejemplo edificante de moral. Venían después Mr. Gradgrind y mister Bounderby, que en aquel momento paseaban por Cokeville, personajes eminentemente prácticos, que en caso de necesidad podrían aducir datos no menos fidedignos, resultado de su experiencia personal, corroborados por casos que ellos conocían, de los cuales resultaba claro como la luz del día, que aquellas mismas gentes eran *non sanctas*; que no aprovecharían nada de cuanto por ellos se hiciera; que siempre vivían inquietos, sin saber jamás lo que querían; que se alimentaban de lo mejor, y no compraban sino manteca fresca; que exigían moka puro para tomar café, y rehusaban la carne si no era exquisita; sin contar que se manifestaban de continuo descontentos é intratables. En una palabra: la moral de aquellas gentes era la de una antigua canción con que se duerme á los niños:

Pasó una buena mujer
Entre comer y beber
Su vida, según se cuenta:
Siempre comer y beber,
Y nunca estuvo contenta.

Veamos: ¿no es singular esta analogía entre el estado moral de la población de Cokeville y el de los hijos de Gradgrind? Pero os diré que ninguno de nosotros, por poco que goce de su

buen sentido, habrá dejado de comprender que durante varias veintenas de años, no se ha dejado de atender con propósito deliberado á un elemento esencial en la educación de las clases obreras de Cokeville. Todo el mundo sabe que estas clases conservan cierta dosis de imaginación que pide cultivo á fin de desarrollarse sanamente en vez de quedar obligada á luchar y buscar espacio entre convulsiones, que en razón directa al tiempo y la monotonía de su trabajo sienten crecer en sí mismas el deseo de algún alivio físico, de algún esparcimiento que animen el buen humor y la alegría, y les den fuerzas para en adelante; que desean algún día de fiesta, aunque no sea más que para bailar honradamente al compás de una orquesta animada, y estos deseos es preciso satisfacerlos razonablemente; si no las cosas irán mal, mientras no se consiga suprimir las leyes que han presidido á la creación del mundo.

—El hombre que buscamos vive en *Pod's End*, y no sé muy bien hacia qué sitio cae *Pod's End* (dijo Mr. Gradgrind). ¿Hacia qué parte está ese barrio, *Bounderby*?

Mr. *Bounderby* sabía que estaba hacia la parte baja de la ciudad, pero nada más. Se detuvieron, pues, un momento, y miraron á su alrededor.

Casi en el mismo instante, Gradgrind reco-

noció á una niña que torció la esquina de una calle, corriendo hasta perder el aliento, y con el rostro espantado.

—¡Hola! (le gritó): detente. ¿Adónde vas?

La niña número veinte se detuvo palpitándole el corazón, y saludó.

—¿Por qué va V. por la calle corriendo de una manera tan inconveniente?—preguntó Gradgrind.

—Es que... es que me persiguen, caballero (contestó la niña con voz jadeante), y me quiero escapar.

—¡Que la persiguen á V.! ¿Y quién se atreve á perseguirla?

Esta pregunta obtuvo una respuesta imprevista y rápida en la persona del escolar incoloro Bitzer, que volvió la esquina con una rapidez tan impetuosa y tan ajena de encontrar un obstáculo, que dió de lleno en el pecho de Mr. Gradgrind, y botó hasta la mitad de la calle.

—¿Qué significa semejante conducta? (dijo Mr. Gradgrind.) ¿En qué piensa V.? ¿Cómo osa precipitarse sobre... todo el mundo... de esa manera?

Bitzer recogió la gorra que había rodado por el suelo; después, retrocediendo y saludando con el puño cerrado en señal de cortesía, se justificó, diciendo que era un accidente imprevisto.

—¿Corría tras de V.?—preguntó Gradgrind.

—Sí, señor,—contestó la niña.

—No, señor; eso no es verdad (exclamó Bitzer). Ella fué quien empezó por escaparse. Estos *écuyers* se pintan solos para mentir; todo el mundo lo sabe en la ciudad, como saben también que desconocen la tabla de Pitágoras.

Bitzer había calmado á Mr. Bounderby con esta última acusación.

—Me ha asustado tanto,—dijo la niña, acompañando la palabra con uno de sus ridículos ademanes.

—¡Como si eso pudiera ser! (exclamó Bitzer.) V. se parece á los suyos: no negará V. que es una *écuyère*. Ni siquiera la he mirado, caballero. Solamente le pregunté si sabría mañana definir un caballo; me ofrecí á enseñarle la definición, y echó á correr; corrí tras ella á fin de decirle lo que debía contestar mañana cuando le preguntasen. Sólo una *écuyère* podría decir tales mentiras.

—Su profesión no es desconocida en la escuela (observó Mr. Bounderby). Antes de ocho días estará toda la clase alrededor del circo mirando furtivamente los ejercicios de esos saltimbanquis.

—Empiezo á creerlo (replicó su amigo). Bitzer, váyase V. á su casa. Cecilia, quédese V. aquí un momento. Que vuelva á verle á V. correr de esta manera, y tendrá V. su merecido. ¿Me entiende V., Bitzer?... Pronto, á su casa.

El escolar dejó de guiñar los ojos, saludó llevándose el puño á la frente, miró á Ceci, y se puso en retirada.

—Ahora (dijo Mr. Gradgrind), llévenos V. á este señor y á mí á casa de su padre. ¿Qué lleva V. en esa botella?

—Aguardiente,—dijo Mr. Bounderby.

—¡Oh! no, señor; ¡si es aceite

—¿Aceite?

—Sí, para dar una unción á mi papá.

—¿Y por qué le da V. á su papá unciones de aceite?

—Los *écuyers* usan esta medicina cuando se hacen daño en el circo,—replicó Ceci, que miraba hacia atrás, por ver si había desaparecido su perseguidor. Como se dan tantos golpes en ese ejercicio...

—Tienen lo que merecen (dijo Bounderby); eso les enseñará á no ejercer un oficio de perezosos.

Cecilia miró á Mr. Bounderby con mezcla de sorpresa y espanto.

—¡Por San Jorge! (dijo Bounderby); yo era cuatro ó cinco años más joven que V., y estaba lleno de tantas contusiones, que todo el aceite del mundo no hubiera podido curarme. No las recibí haciendo posturas académicas, sino recibiendo golpes. Yo no bailaba en la cuerda, sino en tierra firme, bien que me hacían bailar á fuerza de golpes con la cuerda.

Mr. Gradgrind era muy brusco, pero no tanto como Mr. Bounderby; hubiera podido ser muy bueno sin un funesto error de cálculo, que habfa cometido muchos años antes al establecer la balanza de su carácter. Al bajar una calleja, dijo con cierto tono, que procuraba hacer tranquilizador.

—Estamos en *Pod's End*, ¿no es verdad, Cecilia?

—Sí, señor; aquí es; esta es mi casa.

Era la hora del crepúsculo; la niña se detuvo ante la puerta de una taberna, alumbrada interiormente por luces rojizas y vacilantes: se hubiera dicho que aquel chiribitil pobre y miserable, á falta de otros parroquianos, se había puesto á beberse sus provisiones, y que, según la suerte común á todos los borrachos, no podría tenerse mucho tiempo de pié.

—No hay más que atravesar la sala común, caballero, y subir una escalera, si V. no lo lleva á mal. Espere V. un instante, que voy á encender un fósforo. Si oyen Vds. ladrar un perro, es Patalista; no hay que tener miedo; no muerde.

—¡Patalista, y aceite para unciones! Muy bien (dijo Mr. Bounderby, entrando el primero, con su risa metálica). No es esto malo para un hombre positivo que se ha educado á sí mismo.

CAPÍTULO VI.

El circo de Steary.

La taberna en cuestión tenía por nombre «*Armas de Pegaso* (1).» Mejor hubiera sido llamarle las piernas de Pegaso; pero, sea como quiera, debajo del caballo, al lado de la enseña, se leía en caracteres romanos: «*Á las armas de Pegaso.*» Más bajo aún, el pintor había trazado con mano ligera los siguientes versos, no conformes en todo con las buenas reglas de poesía:

Buena cebada da buena cerveza;
Venid aquí, la muestra es excelente:
Bebed un vaso del añejo vino,
De cerveza, de rom ó de aguardiente.»

En un marco embutido en el fondo oscuro del pequeño mostrador se veía otro Pegaso, un Pegaso teatral con alas sobrepuestas de verda-

(1) Aquí hay un juego de palabras intraducibles; pues la palabra inglesa *arms* significa á un mismo tiempo *armas* y *brazos*.

Mr. Gradgrind era muy brusco, pero no tanto como Mr. Bounderby; hubiera podido ser muy bueno sin un funesto error de cálculo, que habfa cometido muchos años antes al establecer la balanza de su carácter. Al bajar una calleja, dijo con cierto tono, que procuraba hacer tranquilizador.

—Estamos en *Pod's End*, ¿no es verdad, Cecilia?

—Sí, señor; aquí es; esta es mi casa.

Era la hora del crepúsculo; la niña se detuvo ante la puerta de una taberna, alumbrada interiormente por luces rojizas y vacilantes: se hubiera dicho que aquel chiribitil pobre y miserable, á falta de otros parroquianos, se había puesto á beberse sus provisiones, y que, segun la suerte común á todos los borrachos, no podría tenerse mucho tiempo de pié.

—No hay más que atravesar la sala común, caballero, y subir una escalera, si V. no lo lleva á mal. Espere V. un instante, que voy á encender un fósforo. Si oyen Vds. ladrar un perro, es Patalista; no hay que tener miedo; no muerde.

—¡Patalista, y aceite para unciones! Muy bien (dijo Mr. Bounderby, entrando el primero, con su risa metálica). No es esto malo para un hombre positivo que se ha educado á sí mismo.

CAPÍTULO VI.

El circo de Steary.

La taberna en cuestión tenía por nombre «*Armas de Pegaso* (1).» Mejor hubiera sido llamarle las piernas de Pegaso; pero, sea como quiera, debajo del caballo, al lado de la enseña, se leía en caracteres romanos: «*Á las armas de Pegaso.*» Más bajo aún, el pintor había trazado con mano ligera los siguientes versos, no conformes en todo con las buenas reglas de poesía:

Buena cebada da buena cerveza;
Venid aquí, la muestra es excelente:
Bebed un vaso del añejo vino,
De cerveza, de rom ó de aguardiente.»

En un marco embutido en el fondo oscuro del pequeño mostrador se veía otro Pegaso, un Pegaso teatral con alas sobrepuestas de verda-

(1) Aquí hay un juego de palabras intraducibles; pues la palabra inglesa *arms* significa á un mismo tiempo *armas* y *brazos*.

dera gasa, un cuerpo todo constelado por estrellas de papel dorado, y un arnés etéreo representado con cordoncillo de seda roja.

Como había mucha oscuridad en la calle para que se pudiera distinguir la muestra, y como no había bastante luz en la taberna para distinguir el cuadro, Mr. Gradgrind y Mr. Bounderby no tuvieron ocasión de formalizarse con aquellos atributos mitológicos. Siguieron á la niña, y sin encontrar á nadie, subieron algunos escalones de una escalera bastante desgastada, que iba á terminar en uno de los rincones de la sala común; después se detuvieron en la oscuridad mientras que Ceci encendía una luz; esperaban á cada instante oír la voz de Patalista; pero cuando aparecieron la luz y la niña, el célebre perro sabio no había ladrado aún.

—Papá no está en nuestra habitación, caballeros (dijo Cecilia, retratando en su semblante la extrañeza); pero si queréis entrar un instante, no tardaré en encontrarle.

Entraron: y habiendo adelantado Ceci dos sillas, se alejó con rapidez. Era aquella una pobre alcoba amueblada con miseria. Se veía colgado de un clavo el gorro de algodón, adornado con dos plumas de pavo real y una cola de papagayo, con el cual el señor Jupe había dado aquella tarde variedad al espectáculo con sus bromas castísimas y sus ejercicios Shaskesperia-

nos; pero no se veía ninguna otra cosa perteneciente al equipaje del clown, ningún otro indicio del mismo clown y sus ocupaciones. En cuanto á Patalista, nada revelaba la existencia de este sapientísimo cuadrúpedo.

Oyeron abrirse y cerrarse las puertas de varias habitaciones, mientras que Ceci iba de una en otra en busca de su padre, y muy luego voces que expresaban sorpresa. Bajó la escalera de cuatro en cuatro escalones, volvió corriendo, abrió una vieja maleta de cuero desvencijada y roída, la encontró vacía, miró á su alrededor, juntó las manos, y retrató el espanto en su semblante.

—Preciso es que papá haya vuelto al circo, caballero. No sé qué tendrá que hacer allí; pero es seguro que no está en otra parte. Yo haré que venga en un instante.

Y partió en seguida sin sombrero, flotando á su espalda su larga y negra cabellera de niña.

—¿Si habrá perdido la cabeza? (dijo mister Gradgrind). ¡En un instante, si hay más de media milla desde aquí á la barraca!

Antes de que Mr. Bounderby tuviese tiempo de contestar, un hombre joven apareció en el dintel de la puerta, presentándose, á falta de carta de introducción, con la acostumbrada fórmula: «¿Dan Vds. permiso?», y entró con las manos metidas en los bolsillos. Su fisonomía recién

afeitada, enjuta y pálida, estaba sombreada por una profusión de cabellos negros, que formaban rizos alrededor de su cabeza, abriendo en medio la raya. Sus piernas eran muy robustas, aunque más cortas que lo conveniente para que fuesen proporcionadas; pero en compensación, su pecho y sus espaldas eran muy anchos. Llevaba un traje á la Newmarket, un pantalón ajustado y un chal rodeado al cuello; olía á un mismo tiempo á aceite de quinqué, á paja, á cáscara de naranja, á forraje y á resina de madera, y tenía el aire de una especie de centauro fenomenal, salido de las cuadras del teatro. Nadie hubiera podido indicar con exactitud dónde empezaba el hombre, dónde concluía el caballo.

Aquel ente se anunciaba en los carteles M. E. W. B. Childers, tan justamente célebre por su salto prodigioso en el papel de cazador salvaje de las *Praderas americanas*, ejercicio muy popular, en el que un joven dotado de una estatura exigua y de una presencia de anciano, el cual le acompañaba en aquel momento, representaba su hijo de corta edad condenado á que su padre le llevara á la espalda con la cabeza hacia abajo, sosteniéndole por un sólo pié, ó á galopar apoyando la cabeza en la palma de la mano paternal, y con los piés al aire, como es uso y costumbre, según por aquí hemos averiguado, entre los cazadores salvajes que quieren

demostrar el cariño que profesan á su progeñie. Adornado con bucles postizos, guirnaldas, alas salpicadas de blanco, perlas y carmín, aquel niño de tanto porvenir se veía transformado repentinamente en Cupido, bastante gracioso para hacer las delicias de la parte maternal de un público que pagaba; pero en la intimidad, donde se distinguía por un traje de corte elegante, un poco prematuro para su edad, que se suponía infantil, y por una voz muy ronca, se hacía todo lo más jockey posible.

—¿Dan Vds. permiso, señores? (preguntó M. E. W. B. Childers, paseando una mirada por la habitación.) ¿Buscan Vds. á Jupe?

—Sí, señor (dijo Mr. Gradgrind); su hija ha ido á buscarle, pero yo no puedo esperar: ruego á V. que acepte un encargo para él.

—Ya ve V., amigo mío (añadió Mr. Bunderby), que pertenecemos al número de los que conocen el valor del tiempo, y V. al de los que no le conocen.

—No tengo el honor de conocer á V. (replicó Mr. Childers, después de haber mirado á Bunderby de piés á cabeza); pero si quiere V. darme á entender que su tiempo le produce más dinero que á mí el mío, creeré, juzgando sólo por las apariencias, que ha dicho la verdad.

—Y yo creeré también que el dinero que V. gana sabe guardarlo (añadió Cupido).

—Cállate, Kidderminster (dijo M. Childers). Kidderminster era el nombre mortal de Cupido.

—¿Y por qué viene á burlarse de nosotros? (exclamó Kidderminster, dando pruebas de un temperamento muy irritable.) Si tanto desea V. burlarse de nosotros, vaya al despacho, compre un billete, y tendrá derecho á esa satisfacción.

—Kidderminster, cállate. Caballero (á mister Gradgrind), á V. dirijo la palabra. Sabrá V., ó no sabrá, porque no figurará mucho en el número de nuestros espectadores, que desde hace algún tiempo el pobre Jupe está de huelga en casi todas las representaciones.

—¿Qué quiere V. decir? (preguntó Gradgrind implorando con una mirada la ayuda del todopoderoso Bounderby.)

—Que está de huelga. Es decir, que no hace lo que debe; que se ha negado á saltar por encima de las banderolas; que no ha hecho sus ejercicios de fuerza (añadió Mr. Childers).

—¡Oh! (exclamó Gradgrind). ¿Y á eso llamáis estar de huelga?

—Sí, es el término general.

—Aceite, estar de huelga; banderolas, ejercicios de fuerza. ¿Eh? ¿Eh? (exclamó Bounderby, con su risa más metálica). ¡Qué sociedad tan indigna de un hombre que se debe la educación á sí mismo!

—Pues baje V. (respondió Cupido). Si está V. tan alto, haga un esfuerzo y bájese un poco; yo se lo suplico.

—No he visto hombre más desagradable (dijo Mr. Gradgrind, que se volvió hacia Cupido, frunciendo el entrecejo de un modo imponente).

—Si Vds. hubieran anunciado su visita, hubiéramos hecho venir á un joven muy bien educado para que les acompañase (replicó Kidderminster, sin dejarse intimidar). ¡Qué lástima que no hayan pedido Vds. un espectáculo *ad hoc*, ya que tienen el gusto tan delicado!

—¿Qué quiere decir ese impertinente? (preguntó Mr. Gradgrind, que contemplaba á Cupido casi con desesperación.)

—Vamos, vete fuera de aquí (dijo Mr. Childers, empujando á su joven amigo fuera de la alcoba, poco menos que como el cazador de las *Praderas americanas*). ¿Tenían Vds. que darme algún recado para Jupe?

—Sí.

—En ese caso (replicó con viveza Childers), mi opinión es que no lo recibirá nunca. ¿Le conoce V. mucho?

—Yo no le he visto en mi vida.

—Pues me parece que no le verá V. Se ha ido. La cosa está bastante clara.

—¿Cree V. que haya abandonado á su hija?

—Sí (dijo M. Childers, haciendo una señal afirmativa con la cabeza).

—Bueno (interrumpió Bounderby). Esto es muy bueno, Gradgrind. Un hombre que quiere tanto á su hija, que acaba de abandonarla. ¡Cuando digo que esto es excesivamente bueno! Sepa V., joven, que no siempre he ocupado la alta posición en que me encuentre, y veo más allá de mis narices. Probablemente se admirará V. al oír que también mi madre me abandonó.

E. W. B. Childers declaró, con cierto acento malicioso, que estas cosas distaban mucho de extrañarle.

—Muy bien (prosiguió Bounderby). Nací en un foso, y mi madre me abandonó allí. ¿Cree V. que disculpo su conducta? No. ¿Acaso la he disculpado jamás? Nunca. ¿Cómo cree V. que califico á mi madre por semejante conducta? Probablemente diría de ella que es la mujer más infame del mundo, exceptuando á la borracha de mi abuela. Yo no tengo ni sombra de orgullo hereditario, ni sombra de imaginación, ni sombra de todas esas simplezas sentimentales. Yo llamo al pan, pan, y al vino, vino; y ni el miedo ni el furor me impedirán llamar á la madre de Josué Bounderby de Cokeville como la hubiese llamado á ser madre de Pedro, Santiago ó Pablo. Obro lo mismo con el individuo en cuestión. Digo de él que es un desertor, un bandido y un

vagabundo. Todo esto es ese hombre en buen inglés.

—Será lo que V. quiera en buen inglés ó en buen castellano; me es completamente igual (respondió Childers volviendo la espalda). Cuento á este caballero lo que ha sucedido, y si no quiere V. escucharme, dueño es de tomar la puerta cuando quiera.

—¡Pues me gusta!... ¡Sólo faltaba eso!—contestó Mr. Bounderby, haciendo sonar el dinero que llevaba en el bolsillo.

—¿No podría V. usar ese lenguaje en su casa? (continuó Mr. Childers.) Esta, ya lo ve V., no es de las sólidas, y podría venirse á tierra con el ruido de las voces.

Después de haber mirado otra vez á Bounderby de piés á cabeza, pareció considerarle como un hombre ya juzgado, y se volvió hacia Mr. Gradgrind.

—No hace todavía una hora que Jupe dió un encargo á su hija, y después de algunos minutos se le vió salir de su casa con el sombrero echado á los ojos y un lío envuelto en un pañuelo debajo del brazo. La pobre niña se resistirá á creer que su padre se ha marchado dejándola aquí sola.

—¿Y por qué no ha de creerlo?—preguntó Mr. Gradgrind.

—Porque los dos formaban una sola perso-

na; porque no se separaban nunca; porque hasta el día de hoy Jupe ha demostrado siempre que adoraba á su hija,—dijo Mr. Childers, que se adelantó algunos pasos para mirar la maleta vacía.

Childers, como Kidderminster, andaba de una manera bastante excéntrica, con las piernas más separadas que la generalidad de los hombres, y con cierta tirantez en las rodillas, afectada ó por lo menós exagerada. Aquella manera de andar era común á todos los artistas del circo de Sleary, é indicaba claramente que pasaban su vida á caballo.

—¡Pobre Ceci! Mejor hubiera sido ponerla á aprender un oficio (dijo Mr. Childers, imprimiendo á su cabellera una nueva sacudida, después de haber terminado su inspección de la maleta). Al menos tendría algo con que vivir.

—Ese sentimiento le honra á V. mucho; á V., que probablemente no habrá aprendido oficio alguno,—replicó Mr. Gradgrind con acento de aprobación.

—¿Yo? Empecé el aprendizaje á la edad de siete años.

—¿De veras? (dijo Mr. Gradgrind, arrepiñándose de la buena opinión que acababa de dejar entrever.) Ignoraba que los jóvenes tuviesen por costumbre hacer aprendizaje....

—De la pereza (intercaló Bounderby con una

ruidosa carcajada). Ni yo. ¡Voto al diablo! Ni yo.

—Su padre tuvo siempre la idea (continuó Childers, fingiendo una ignorancia completa de la existencia de Bounderby) de que Cecilia debía recibir una educación esmerada; en fin, que fuese capaz, como suele decirse, de contarle los pelos al diablo. No sé cómo le ocurriría esta idea; sólo sé que nunca llegó á realizarla. Le hizo aprender en siete años un poco de lectura, otro poco de escritura y otro poco de calcular.

Mr. E. W. B. Childers sacó una de las manos del bolsillo, y miró á Mr. Gradgrind con cierto aire, que anunciaba no poca inquietud mezclada con alguna esperanza. Desde el principio de la entrevista había procurado conciliarse la benevolencia de aquel personaje, en interés de la niña abandonada.

—Cuando Ceci entró en la escuela (prosiguió), su padre estaba alegre como un polichinela. Por mi parte, no comprendía el motivo de aquella determinación, atendido que nunca nos estacionamos en un punto, y somos en todas partes aves de paso. Si por casualidad ha venido V. á esta casa para anunciarle que quiere prestar algún servicio á su hija (dijo Mr. Childers, acariciándose de nuevo la barba y mirando á Gradgrind con el mismo aire de indecisión), sería una cosa muy grata y muy oportuna.... ¡Oh! Muy grata y muy oportuna.

—Venía, por el contrario (replicó Mr. Gradgrind), á anunciarle que las relaciones de la niña hacen su permanencia en la escuela poco apetecible, y que no debe volver por allá. Sin embargo, si su padre la ha abandonado verdaderamente sin haberse entendido con ella.... yo.... Bounderby, hágame V. el favor de oír una palabra.

Al oír esto, Mr. Childers se retiró cortésmente con su paso ecuestre á la meseta de la escalera, en donde permaneció de pié, acariciándose el rostro y silbando por lo bajo. En tanto que mataba de este modo el tiempo, oyó algunos trozos de la conversación de Bounderby, tales como: «No le digo á V. que *no*. No haga V. nada. Por nada en el mundo, créame V.» También pudo oír estas frases de Mr. Grangrind, pronunciadas en tono menos alto: «Aunque sólo fuera por demostrar á Luisa hasta dónde arrastra un género de ocupación al que se muestra tan aficionada. Mire V. la cuestión bajo este punto de vista, Bounderby.»

Los diferentes individuos de la compañía de Sleary, bajaron uno á uno de las regiones superiores en que estaba su cuartel general, y se reunieron en la meseta de la escalera, desde donde, después de haberse paseado hablando con Childers y entre sí, se fueron introduciendo poco á poco en la estancia, incluso, por supuesto,

el mismo Mr. Childers. Había entre ellos dos ó tres mujeres, bastante lindas, con sus dos ó tres maridos, y sus dos ó tres madres, y sus ocho ó nueve hijos, los cuales, llegada una ocasión, servían para llenar un hueco en ejercicios mitológicos.

El padre de una de estas familias desempeñaba el trabajo de sostener en la cintura una larga percha, mientras balanceaba en el extremo el padre de otra familia. El padre de la tercera formaba frecuentemente con los otros padres una pirámide, de la que él era la base y Mr. Kidderminster la cima; todos los padres sabían bailar sobre un tonel rodando, andar sobre botellas, jugar con cuchillos y bolas, montar á caballo y saltar donde quiera, sin detenerse ante ningún obstáculo. Todas las madres sabían bailar admirablemente sobre un alambre ó una cuerda floja y ejecutar ejercicios en caballos en pelo; ninguna tenía el menor reparo en enseñar las piernas; una de ellas, sola en un carro griego, guiaba á la vez seis caballos, y se presentaba de este modo en todas las poblaciones en que hacía alto la compañía. Todos procuraban darse aire de artistas á su manera, es decir, de llevar una vida poco menos que airada. Sus trajes de sociedad no eran muy esmerados; en el interior de su casa no pecaban de metódicos, y la literatura combinada de toda la compañía, no hubiera

producido más que un pobre trozo de correspondencia epistolar sobre un asunto cualquiera. Sin embargo, se observaba en aquella gente un gran fondo de dulzura y de bondad infantil, una ineptitud particular para todo lo que se asemejase á intriga, y una disposición continua á ayudarse y consolarse los unos á los otros, cualidad que acaso merecía tanto respeto, y desde luego tanta indulgencia para sus caritativas intenciones, como las virtudes diarias de cualquiera otra clase de la sociedad.

Mr. Sleary apareció el primero. Era un hombre grueso; agreguemos que tenía un ojo fijo y otro errante como un planeta; una voz, si podemos llamarla así, cuyos esfuerzos parecían á los de un fuelle roto; un semblante desmazelado y algunas ideas confusas en una cabeza que nunca estaba de todo punto serena, ni de todo punto alterada por los vapores del vino.

—Caballero (dijo Mr. Sleary, que padecía de asma, y cuya respiración era demasiado rápida y difícil para permitirle pronunciar todas las letras): servidor de V. Ya sabrá V. que mi clown y su perro han puesto piés en polvorosa.

Se había dirigido á Gradgrind, quien respondió:

—Sí.

—Pues bien (continuó, quitándose el sombrero,

ro, cuya felpa limpió con un pañuelo que para este uso llevaba dentro). ¿Tiene V. intención de hacer algo por esa pobre niña, caballero?

—Pienso hacerla una proposición cuando vuelva (respondió Mr. Gradgrind).

—Tanto mejor, caballero. No es que yo tenga deseos de verme libre de esa niña; pero tampoco quiero impedir que le hagan un bien. Quisiera tenerla á mi lado en calidad de aprendiz, aunque ya tiene demasiada edad para empezar á aprender el oficio. Mi voz es un poco parda, y los que no tienen costumbre de oirme, no me entienden con facilidad; pero si, como yo, hubiera V. sido enfriado y calentado, calentado y enfriado, vuelto á calentar y vuelto á enfriar en el circo con tanto mudar de traje cuando era V. joven, su voz no hubiera durado tanto como la mía.

—Es posible (dijo Mr. Gradgrind).

—Dígame V. qué licor va á beber, caballero. ¿Vino de Jerez? Díga V. lo que más le gusta,—exclamó Sleary, con insistencia hospitalaria.

—Gracias; no quiero nada,—replicó Mr. Gradgrind.

—No diga V. gracias, caballero. Ese amigo no rehusará. Si no ha comido V. todavía, puede tomar un vaso de ajenjo.

En aquel instante, su hija Josefina, una rubia joven y linda, que á la edad de dos años ya

la hacían trabajar en un caballo, y á los doce ya había hecho un testamento que siempre llevaba consigo, en el cual declaraba que si se quería respetar el último deseo de una moribunda, se la condujese al sepulcro en un carruaje tirado por sus dos caballos tordos, exclamó:

—Silencio, padre. Ahí viene Cecilia.

En seguida apareció Ceci Jupe, que entró en la alcoba de la misma manera que había salido. Y cuando vió á todos reunidos, cuando leyó en sus ojos que su padre no estaba con ellos, lanzó un grito desgarrador y buscó un refugio en los brazos de una mujer de admirable talento sobre la cuerda floja, la cual (estaba en cinta) se arrojó en el suelo á fin de nivelarse con su compañera y llorar como ella lloraba.

—¡Á fe mía que es una vergüenza, una infamia! (exclamó Sleary.)

—¡Oh, padre mío, mi buen padre! ¿Adónde te has ido? Te fuiste creyendo hacerme bien, estoy segura. ¡Te verás infeliz y abandonado sin mí! ¡Pobre, pobre padre! ¡Cuán desgraciado serás mientras no te decidas á volver!

Era tan doloroso oírla repetir una infinidad de cosas por este estilo, con los ojos fijos en el cielo y los brazos extendidos, como si intentase detener y abrazar la sombra del fugitivo; estaba tan conmovedora, que nadie pronunció una palabra hasta el momento en que Bounderby, im-

pacientado, tomó el negocio por su cuenta.

—¡Eh, buenas gentes! (dijo): estamos perdiendo el tiempo de una manera deplorable. Preciso es que esta niña sepa lo que es, y si os parece, que lo sepa por mí, que he sido también abandonado por mis propios padres. Convéncete, niña.... (no sé tu nombre), de que tu padre ha huído, de que te ha abandonado, y de que no debes esperar volver á verle en todos los días de tu vida.

Aquellas buenas gentes se cuidaban tan poco del hecho despojado del artificio, y estaban tan desnaturalizados sobre este punto, que en vez de admirar el buen sentido del orador, juzgaron muy á propósito indignarse. Los hombres murmuraron: «¡Á la calle!», y las mujeres: «¡Bruto!», y Mr. Sleary creyó de su deber dar á Bounderby aparte el siguiente aviso:

—Oiga V., caballero; si hemos de hablar francamente, mi opinión es que debe V. irse ó callarse: mis pensionistas no son malos sujetos, pero tienen la costumbre de ser un poco vivos en sus movimientos; y si no sigue V. mis consejos, lléveme el diablo si puedo impedir que salga V. por la ventana.

Esta insinuación amistosa calmó el ardor de Mr. Bounderby, y al fin Mr. Gradgrind pudo hacer del hecho en cuestión una exposición eminentemente práctica.

—Poco importa (dijo) que se deba esperar ó

no la vuelta de la persona de que se trata. Se ha marchado, y por el pronto no hay esperanzas de volver á verle. ¿Creo que todos estarán de acuerdo en este punto?

—Concedido, caballero (exclamó Sleary).

—Prosigo. Yo, que había venido á anunciar al padre de esta pobre niña que no podíamos recibirla en la escuela por motivo de diferentes consideraciones prácticas que no tengo necesidad de analizar, y que se oponen á la admisión de todo discípulo cuyos parientes han abrazado determinadas profesiones, visto el cambio de circunstancias que se me anuncia, estoy pronto á hacer un ofrecimiento á esta niña. Consiento en encargarme de ti, Cecilia, en educarte y en atender á tus necesidades. La única condición que te impongo en cambio, aparte de la buena conducta que ya se deja entender, es que al instante decidas si quieres ó no venirte conmigo. Si te vienes, exigiré también que no tengas ninguna clase de relaciones con tus amigos que están presentes. Estas condiciones encierran un resumen sucinto de la cuestión.

—Al mismo tiempo (replicó Sleary) me parece oportuno decir algo, á fin de que sean igualmente visibles los dos aspectos del negocio. Si quieres, niña, entrar de aprendiz en mi compañía, ya sabes la clase de trabajo y conoces también á tus compañeros. Emilia Gordón, en

cuyo regazo descansas ahora, será una madre para ti y Josefina una hermana. No tengo la pretensión de pertenecer á la familia de los ángeles; y si te sucediese que perdieras el equilibrio, no dejaría de prodigarte palabras groseras ó algún que otro latigazo en las piernas por vía de lección; pero nada más. Yo soy así: en la vida no me ha sucedido, ni aun en los ratos de peor humor, maltratar á uno de mis caballos, por más que jure y perjure cuando brego con ellos; no he de empezar maltratando á una *écuyère*. Nunca he brillado como orador, caballero; pero he dicho lo que tenía que decir.

La última parte de este discurso se dirigía á Mr. Gradgrind, que le escuchaba, inclinando la cabeza con un aire lleno de gravedad. Después dijo:

—La única observación que me ocurre, Cecilia, á fin de influir en tu decisión, es que una buena educación práctica es una cosa muy deseable, y cuya importancia tu mismo padre ha sentido y apreciado, según acaban de asegurar.

Estas palabras hicieron en la niña una visible impresión. Dejó de sollozar, se desprendió un poco de los brazos de Emilia Gordón, y miró frente á frente á Mr. Gradgrind. Todos sus compañeros se sintieron conmovidos por el cambio súbito que en ella acababa de operarse, y lanza-

ron juntos una especie de suspiro, que quería decir:

—¡Nos abandonal.

—Cecilia, reflexiona con detenimiento antes de tomar un partido (dijo Mr. Gradgrind, por vía de advertencia preliminar); no te digo más, y basta. Reflexiona con detenimiento antes de decidirte.

—Cuando mi padre vuelva (exclamó la niña, que de nuevo prorumpió en llanto, después de un instante de silencio), ¿cómo me podrá encontrar si me voy?

—Puedes estar tranquila (dijo Mr. Gradgrind, con grande calma, pues calculaba todo el negocio como una operación matemática); en cuanto á eso, no tengas cuidado. Presumo que en ese caso, tu padre debe empezar por buscar al señor....

—Sleary. Ese es mi nombre, y de él no me avergüenzo. Conocido de un extremo á otro de Inglaterra, por no haber dejado jamás en ninguna parte ni un ochavo de deuda.

—Debe empezar por buscar á Mr. Sleary, que le indicará entonces el nombre de la persona á cuya casa has ido. Yo no tendré el derecho de conservarte á mi lado contra la voluntad de tu padre, y no tendrá que trabajar mucho Mr. Jupe para descubrir, en un momento dado, la casa en que vive Mr. Tomás Gradgrind. Soy muy conocido en Cokeville.

—Muy conocido (repitió Sleary con un ademán de asentimiento, y haciendo rodar su errante pupila). V. es uno de los que con más eficacia impiden que tenga mi caja grandes ingresos.... Pero ahora no se trata de esas cosas.

Hubo un instante de silencio, y después Ceci exclamó llorando, y cubriéndose el rostro con las manos:

—¡Oh! Denme Vds. mi equipaje; denme mi equipaje, y déjenme partir antes de que se me salte el corazón.

Las mujeres, apesadumbradas, se dieron prisa á reunir los pocos efectos de la pertenencia de Cecilia, y le pusieron el sombrero. Durante estos preparativos, Cecilia, que no se había movido del suelo, en donde se sentó, continuaba sollozando y cubriéndose los ojos. Mr. Gradgrind y su amigo Bounderby estaban lejos de la puerta, dispuestos á llevarse á la niña. Sleary permanecía en medio de la alcoba, rodeado de sus *écuyèrs*, completamente lo mismo que si hubiera estado en el circo durante un ejercicio de su hija Josefina. No le faltaba más que la fusta.

Habiéndose arreglado el petate en un silencio general, las mujeres peinaron á Ceci, la dieron el lío de su ropa, y le pusieron el sombrero. Después la rodearon y la abrazaron, besándola repetidas veces; en seguida trajeron á los niños para que se despidieran de ella. ¡Pobres muje-

res! Muy sencillas de condición, y acaso muy necias; pero ¡qué buen corazón!

—Vamos, Cecilia (dijo Mr. Gradgrind); si estás completamente decidida, sígueme.

Pero la niña aún tenía que despedirse de la parte masculina de la compañía, y fué preciso que todos ellos abriesen los brazos, porque en presencia de Mr. Sleary todos afectaban posiciones académicas, y le daban un beso de despedida, excepto, sin embargo, Kidderminster, cuya joven naturaleza no estaba exenta de cierta dosis de misantropía, y que, además, había alimentado ciertos proyectos matrimoniales que nadie ignoraba, y se había retirado con tiempo en un exceso de mal humor. Mr. Sleary estaba destinado á completar el último cuadro. La cogió por ambas manos, y quiso hacerla saltar varias veces, á semejanza de los maestros de equitación cuando felicitan á una *écuyère* que acaba de ejecutar con éxito un ejercicio ecuestre; pero no encontró ninguna elasticidad en Ceci, que permaneció de pié en su presencia, y llorando.

—Adiós, hija mía (dijo Sleary); harás fortuna, lo espero, y ninguno de tus pobres camaradas pensará en importunarte. Me atrevería á apostar á que no. Me hubiera alegrado mucho que tu padre no se hubiera llevado consigo al perro; me perjudica mucho no anunciarlo en los

carteles. Pero ¡bah! Patalista no hubiera hecho nada sin que se lo mandase su amo, conque viene á ser lo mismo.

Dicho esto, examinó atentamente á Ceci con su pupila fija, mientras vigilaba á su compañía con la movible; besó á la niña, y la presentó por costumbre á Mr. Gradgrind, como á un caballo.

—Ahí la tiene V., caballero (dijo, terminada que fué la inspección de la niña, como si hubiera acabado de ajustarla en la silla); estoy seguro de que le honrará á V. Adiós, Cecilia.

—¡Adiós, Cecilia! ¡Adiós, Ceci! ¡Dios te bendiga, hija mía!—gritaron en coro todas las voces de cuantos llenaban la alcoba.

Pero el ojo del profesor de equitación había distinguido la botella de aceite que Ceci aún estrechaba contra su pecho, é intervino de nuevo, diciendo:

—Deja ahí la botella, querida mía; eso pesa mucho, y no te servirá de nada. Dame acá.

—No, no (exclamó Cecilia, víctima de un nuevo acceso de dolor). Quiero conservarla para mi padre. Cuando vuelva le hará falta. No pensaba ciertamente en marcharse cuando me mandó que fuera por aceite. Dejadme que lo conserve para él.

—Como quieras, hija mía. Adiós, adiós, Cecilia. Oye mis últimas palabras: no faltes nunca á los compromisos que contraes; obedece á este ca-

ballero, y olvidanos. Pero si cuando seas mayor y estés casada y rica, encuentras, por casualidad, una compañía ecuestre, no te muestres inflexible con ellos; no seas con ellos orgullosa; protégeles pidiéndoles un espectáculo, si te es posible. Preciso es que el mundo se divierta de algún modo, caballero (continuó Sleary, convirtiéndose en hombre positivo); con este torrente de palabras, no siempre se puede trabajar, ni siempre se puede aprender. Procurad sacar partido de nosotros, en vez de empujarnos hacia el mal con el desprecio. Siempre he ganado mi vida con ejercicios de equitación; pero considero que explico la filosofía de la cosa cuando digo al mundo: «Trata de servirnos de algo, en vez de no mostrarnos más que desprecio.»

Esta lección de la filosofía Slariana fué dada, desde lo alto de la escalera, á los dos amigos que bajaban, y la fija pupila del filósofo, así como su ojo errante, perdieron muy luego de vista á los tres personajes y al lío de ropa, que desaparecieron entre las tinieblas de la calle.

CAPITULO VII.

La señora Sparsit.

Como Mr. Bounderby era soltero, una ama de llaves presidía las faenas de su casa, mediante cierta retribución anual. Esta señora se llamaba de apellido Sparsit, y os aseguro que ocupaba un rango muy distinguido entre la servidumbre encadenada al carro de Mr. Bounderby, en que se arrellanaba con aire de triunfo aquel fanfarrón de la humildad.

Porque no solamente la señora Sparsit había visto días mejores, sino que estaba enlazada con familias muy distinguidas; tenía una tía llamada lady Scadgers. El difunto Mr. Sparsit, de quien era viuda, era, por parte de madre, lo que la señora Sparsit llamaba un *Powler*. Sucedió frecuentemente á los extraños sin instrucción y de limitada inteligencia, ignorar qué quería decir un *Powler*; había algunos que hasta se preguntaban si esta palabra servía para indicar una profesión, un partido político ó una secta religiosa. Los talentos más elevados, sin embargo,

ballero, y olvidanos. Pero si cuando seas mayor y estés casada y rica, encuentras, por casualidad, una compañía ecuestre, no te muestres inflexible con ellos; no seas con ellos orgullosa; protégelos pidiéndoles un espectáculo, si te es posible. Preciso es que el mundo se divierta de algún modo, caballero (continuó Sleary, convirtiéndose en hombre positivo); con este torrente de palabras, no siempre se puede trabajar, ni siempre se puede aprender. Procurad sacar partido de nosotros, en vez de empujarnos hacia el mal con el desprecio. Siempre he ganado mi vida con ejercicios de equitación; pero considero que explico la filosofía de la cosa cuando digo al mundo: «Trata de servirnos de algo, en vez de no mostrarnos más que desprecio.»

Esta lección de la filosofía Slariana fué dada, desde lo alto de la escalera, á los dos amigos que bajaban, y la fija pupila del filósofo, así como su ojo errante, perdieron muy luego de vista á los tres personajes y al lío de ropa, que desaparecieron entre las tinieblas de la calle.

CAPITULO VII.

La señora Sparsit.

Como Mr. Bounderby era soltero, una ama de llaves presidía las faenas de su casa, mediante cierta retribución anual. Esta señora se llamaba de apellido Sparsit, y os aseguro que ocupaba un rango muy distinguido entre la servidumbre encadenada al carro de Mr. Bounderby, en que se arrellanaba con aire de triunfo aquel fanfarrón de la humildad.

Porque no solamente la señora Sparsit había visto días mejores, sino que estaba enlazada con familias muy distinguidas; tenía una tía llamada lady Scadgers. El difunto Mr. Sparsit, de quien era viuda, era, por parte de madre, lo que la señora Sparsit llamaba un *Powler*. Sucedió frecuentemente á los extraños sin instrucción y de limitada inteligencia, ignorar qué quería decir un *Powler*; había algunos que hasta se preguntaban si esta palabra servía para indicar una profesión, un partido político ó una secta religiosa. Los talentos más elevados, sin embargo,

sabían muy bien que los Powlers eran los representantes de una antigua raza, que buscaban sus ascendientes demasiado lejos, para dejar de perderse de vez en cuando en el camino, lo cual les había pasado con bastante frecuencia, gracias á la ruleta, á los prestamistas judíos y á las quiebras.

El difunto Mr. Sparsi, que descendía de los Powler por la línea materna, se había casado, pues, con aquella señora que descendía de los Scadgers por la paterna. Lady Scadgers, anciana señora excesivamente gruesa, dotada de un apetito desordenado, de una afición desmedida á la carne, y de una pierna misteriosa, que hacía ya catorce años rehusaba salir del lecho, había arreglado aquel matrimonio en la época en que el dicho Sparsit acababa de cumplir su mayor edad, y se había hecho notable especialmente por un cuerpo demasiado delgado, débilmente sostenido sobre piernas tan largas como enclenques, y coronado por tan poca cabeza, que no valía la pena de que de ella nos ocupemos. Había heredado de su tío una fortuna bastante respetable, que había empleado hasta el último ochavo antes de tocarla, y que había hallado medio de hacerla desaparecer dos veces seguidas. Así, pues, cuando murió á la edad de veinticuatro años (la escena es en Calais; la enfermedad aguardiente), dejó á su viuda, de quien

se separó al poco tiempo de la luna de miel, en una posición bastante precaria. La inconsolable viuda, mayor que él quince años, no tardó en indisponerse con lady Scadgers, la única pariente que le quedaba, y consintió en reducirse á ganar un salario, tanto por ajar el orgullo de milady, cuanto por procurarse algunos medios de subsistencia. Hela, pues, en el último tercio de su vida, á pesar de su soberbia nariz á lo coriolano, y sus espesas cejas negras, que habían conquistado á Mr. Sparsit; hela, pues, en este momento haciendo una taza de te á Mr. Bounderby, en tanto que el señor se sienta para desayunarse.

Aunque Bounderby hubiera sido un conquistador, y la señora Sparsit una princesa cautiva, arrastrada en su séquito como uno de los accesorios de su corte triunfal, ni el uno ni el otro hubieran sido más de lo que realmente eran. Tanto como su vanidad le impulsaba á Bounderby á despreciar su propio origen, tanto esta misma vanidad le hacía exagerar el de la señora Sparsit. Del mismo modo que nunca quería admitir que su propia juventud hubiese sido notable por una sola circunstancia feliz, se complacía en embellecer la joven existencia de la señora Sparsit con una aureola de bienestar, sembrando infinidad de rosas en el camino que había recorrido aquella mujer.

—Y sin embargo, caballero (acostumbraba á decir por vía de conclusión), ¿cómo ha concluído esto, después de todo? Ahí la tenéis, que por cien libras anuales (le doy cien libras, paga que ella tiene la bondad de juzgar muy decente) gobierna la casa de Josué Bounderby de Cokeville.

Hacía resaltar con tanta frecuencia aquel contraste viviente, que algunas personas extrañas se apoderaron de aquella arma, y llegaron á manejarla con mucha destreza. Ciertos individuos, que en todas las cosas se mostraban muy moderados, se levantaron de repente á la conclusión de un banquete de cokevillanos, y se ocuparon de Bounderby en discursos de una elocuencia arrebatadora. Según ellos, Bounderby representaba á la vez las insignias de la majestad, la bandera de Inglaterra, la gran Carta, John Bull, el *habeas corpus*, los derechos del hombre, la Iglesia, el Estado, lo de «la casa de un inglés es una fortaleza....», lo de «Dios salve á la reina....» Todo esto lo reunía Bounderby. Y cuando uno de aquellos oradores citaba en su peroración (lo cual sucedía diariamente) este dístico tan conocido:

«Príncipes y señores se ven de alto caer;
El soplo que los hace los puede deshacer.»

el auditorio quedaba plenamente convencido de que se trataba de la señora Sparsit.

—Señor Bounderby (dijo la señora Sparsit); está V. hoy tardando en almorzar más tiempo que el de costumbre.

—Sí, señora (respondió); es que pienso en ese extravagante de Tomás Gradgrind, que se ha empeñado en educar á la niña saltimbanqui.

—Justamente la niña (dijo la señora Sparsit) espera que se le diga si debe irse directamente á la escuela, ó empezar por irse á Pierre-Loge.

—Preciso es que espere, señora (respondió Bounderby), hasta que yo mismo sepa lo que se ha de hacer. Presumo que no tardaremos en ver llegar á Tomás Gradgrind. Si quiere que la niña permanezca aún un día ó dos en casa, claro es que por mi parte no hay inconveniente, señora.

—No hay para qué decir que se quedará en casa, si V. tiene gusto en ello, señor Bounderby.

—Ayer tarde ofrecí á Tomás Gradgrind ponerle á la niña una cama en cualquiera habitación, á fin de que tuviese el espacio de una noche para reflexionar antes de decidirse á entablar relaciones entre Luisa y la hija del señor Jupe.

—¿De veras, señor Bounderby? Esa prudencia honra á V. mucho.

La nariz coriolanesca de la señora Sparsit sufrió una ligera dilatación de las ventanillas, y sus negras cejas se contrajeron, en tanto que tragaba un sorbo de te.

—Me parece evidente (dijo Bounderby) que

la hija de mi amigo no reportará ventaja alguna de semejante sociedad.

—¿Habla V. de la señorita Gradgrind, señor Bounderby?

—Sí, señora; hablo de Luísa.

—Como hablaba V. solamente de la hija de su amigo (dijo la señora Sparsit), y hay en casa otra niña, no sabía á cuál de las dos se refería V.

—Á Luísa: un hombre como yo no tiene amistades en los circos.

—Es V. un segundo padre para Luísa.

La señora Sparsit sorbió otro poco de te; y mientras fruncía de nuevo su poblado entrecejo por entre los vapores de la taza, su fisonomía clásica parecía hacer una invocación á las divinidades del infierno.

—Si hubiera V. dicho que soy un verdadero padre para Tomás: hablo del joven Tomás, y no de mi amigo Tomás Gradgrind, hubiera V. estado más cerca de la verdad, pues quiero emplear á ese joven en mi escritorio. Voy á cubrirle con mis alas, señora.

—¿De veras? ¿Pues no es demasiado joven para eso, señor?

El *señor* de la señora Sparsit, dirigido á Mr. Bounderby, era un término de grande ceremonia, más bien destinado en su pensamiento á darse cierto aire de importancia, que á servir de título honorífico al plebeyo que tenía delante.

—No voy á traérmelo en seguida; antes es preciso que esté lleno de ciencia, que se haya terminado su educación (dijo Bounderby). ¡Cuánto se alegrará ese niño cuando sepa los escasos conocimientos que á su edad poseía mi cabeza! (Entre paréntesis, el joven Tomás no podía ignorarlo, porque se lo habían repetido mil veces.) Era verdaderamente extraordinaria la dificultad que yo tenía para expresar las ideas más comunes, y aún todavía no dejo de decir simplezas de cuando en cuando. Por ejemplo: hace media hora que le estoy hablando á V. de volatineros, como si una mujer como V. pudiera tener trato con semejante canalla. En la época en que el permiso para dar saltos y cabriolas como ellos, hubiera sido para mí una fortuna loca, el premio gordo de la lotería de la vida, V. estaría en los Italianos, V. saldría de la Ópera con su traje de satén blanco, cubierta de joyas, vaporosa y radiante, mientras que yo no tenía un cuarto para comprar la tea con que hubiera alumbrado á V. hasta la puerta de su carruaje.

—Es verdad, señor (respondió la señora Sparsit con una dignidad triste, pero serena), que en mi juventud fui una de las abonadas al teatro de la Ópera.

—Yo también era otro de los abonados, pero no por dentro, sino por fuera. Le aseguro á V. que el pavimento de sus arcadas es una cama

muy dura. Las personas como V., señora, acostumbradas desde su infancia á dormir sobre pluma, no tienen idea alguna de la excesiva dureza de un lecho de ladrillos. Preciso es haberlo probado para comprenderlo. ¡Oh! No; no está bien que se hable de volatineros á una señora del rango de V. Mejor sería hablar de bailarines extranjeros, del barrio *fashionable* de Londres, de fiestas, de lores, de ladies y honorables.

—Me complazco en creer, señor (replicó la señora Sparsit, con decente resignación), que no es indispensable que me hable V. de semejantes cosas. Me jacto de saber someterme á todas las vicisitudes de la vida. Prefiero oír el relato instructivo de las duras pruebas que ha sufrido V., y de las cuales nunca me canso de oír hablar, lo cual, en mi caso, sucedería á cualquiera otra persona.

—Puede ser, señora, que haya gentes tan atentas que demuestren cierta complacencia en escuchar, á pesar de lo brusco de su lenguaje, todo lo que Josué Bounderby de Cokeville ha sufrido en su vida. Pero V., señora, tiene que confesar que ha nacido en la opulencia. Vamos: ¿confiesa V. que ha nacido en la opulencia?

—No me atrevo á negarlo,—replicó la señora Sparsit, moviendo la cabeza.

Mr. Bounderby se vió precisado á dejar la mesa y sentarse á la chimenea, á fin de conside-

rarla mejor: tan orgulloso estaba del relieve en que le ponía aquella aristócrata.

—¿Y frecuentaba V. la más alta sociedad, una sociedad educada diabólicamente?—añadió, acercándose al fuego.

—Es verdad, señor,—replicó la señora Sparsit, con cierta afectación de humildad, exactamente contraria á la de Mr. Bounderby, lo que alejaba todo riesgo de un conflicto.

—V. se contaba entre las personas de más elevada clase,—dijo Bounderby.

—Sí, señor (replicó la señora Sparsit, con cierto aire de viudez social). Eso es incontestable.

Mr. Bounderby, adelantando las rodillas, abrazó literalmente sus propias piernas en señal de satisfacción, y se echó á reír á carcajadas. Pero anunciaron á Mr. Gradgrind y su hija: recibió al primero con un apretón de manos, y á la segunda con un beso.

—¿Podría V. hacer que viniera Cecilia?—preguntó Gradgrind.

—¿Por qué no?

Cecilia llegó. Al entrar hizo un saludo á mister Bounderby, á su amigo Tomás Gradgrind y á Luisa; pero, en su turbación, tuvo la desgracia de olvidarse de la señora Sparsit. El tempestuoso Bounderby, que observó esta omisión, juzgó á propósito hacer las siguientes observaciones:

—Voy á decirte una cosa, hija mía. Esa señora que estás viendo cerca de la tetera, se llama la señora Sparsit, y ejerce aquí las funciones de ama de casa. Por consiguiente, si te vuelves á suceder entrar en cualquiera habitación donde ella se encuentre, saldrás en seguida, si no te conduces con esa señora tan respetuosamente como te sea posible. Ya sabes tú que me importa poco la manera con que me trates, porque no tengo la pretensión de ser algo en el mundo. Lejos de tener parientes colocados en alta posición, hoy no vive ningún miembro de mi familia: he salido de la espuma de la sociedad. Pero tengo mucho empeño en que te conduzcas con esa señora de un modo conveniente; la tratarás con deferencia y respeto, ó no podrás estar en mi casa.

—Me complace en creer, Bounderby (dijo Gradgrind, con cierto acento conciliador), que Cecilia sólo es culpable de una sencilla inadvertencia.

—Señora Sparsit: mi amigo Gradgrind está seguro de que esa niña sólo es culpable de una sencilla inadvertencia. No me parece inverosímil; pero V. sabe muy bien, señora, que yo no permito que le falten al respeto ni siquiera por inadvertencia.

—Es V. muy amable, caballero (replicó la señora Sparsit, moviendo la cabeza con pomposa

humildad). Esto no vale la pena de hablar tanto.

Ceci, que durante este coloquio se había excusado tímidamente con los ojos llenos de lágrimas, se acercó á Mr. Gradgrind, obedeciendo á un gesto del dueño de la casa. Permaneció inmóvil, con la vista fija en su protector, y Luisa, por su parte, se separó de su padre con el aire frío y los ojos bajos, en tanto que éste continuaba diciendo:

—Cecilia: me he decidido á llevarte á mi casa, y á emplearte, tan luego como dejes de ir á la escuela, en el servicio de mi esposa, que no goza de buena salud. He explicado á la señorita Luisa (ésta es la señorita Luisa) la terminación desgraciada, pero natural, de tu reciente carrera; por supuesto, es inútil advertir que debes olvidar tu pasado, y no hacer á él, en tu vida, la más leve alusión. Solamente desde hoy empieza tu historia. Sé que vives en la ignorancia.

—Sí, señor, en mucha ignorancia,—respondió la niña, haciendo una reverencia.

—Tendré la satisfacción de darte una educación positiva; y para aquellos con quienes la casualidad te ponga en relaciones, serás una prueba viviente de las ventajas del sistema que debe presidir á tu educación. Vas á ser regenerada y restaurada. ¿Sin duda tendrías costumbre de leer en voz alta á tu padre y á las gentes en cuya

compañía te he hallado?—preguntó Mr. Gradgrind, que le había hecho una seña para que se acercase y había bajado la voz antes de formular la pregunta.

—Yo no leía en alta voz más que para papá y Patalista. Es decir, leía para que me oyese papá; pero Patalista nos acompañaba siempre.

—Dejemos á Patalista, Cecilia (dijo Mr. Gradgrind, que había ya fruncido el entrecejo). Esa no es la cuestión. ¿Conque tenías costumbre de leer á tu padre?

—¡Oh! Sí, señor, mil y mil veces. Por cierto que aquellos eran días muy felices.... ¡Ay, señor; los más felices de todos cuantos hemos pasado juntos!

Hasta este momento, en que estalló el dolor de la niña, Luísa no la había mirado.

—¿Y qué obras eran esas que leías á tu padre?—preguntó Gradgrind, bajando aún más la voz.

—*Cuentos de hadas y la Historia del enano, el jorobado y los genios* (murmuró Cecilia sollozando), y además....

—¡Silencio! (dijo Mr. Gradgrind): basta; no hables una palabra más de esas necedades peligrosas. Bounderby, aquí tiene V. un individuo que se presta á recibir una educación bien ordenada, y seguiré adelante la tarea con el más vivo interés.

—Sea (respondió Bounderby); ya he dado mi opinión, y yo no hubiera hecho lo que V.; pero está bien, está bien. Puesto que V. lo quiere, no hay más que decir.

Acto seguido, Mr. Gradgrind y su hija condujeron á Cecilia á Pierre-Loge, y en todo el camino Luísa no pronunció una sola palabra, ni mala ni buena. Mr. Bounderby, por su parte, se entregó á sus ocupaciones diarias.

En cuanto á la señora Sparsit, se recogió á la sombra de sus cejas formidables, y pasó toda la noche meditando en la profunda oscuridad de aquel retiro.

CAPÍTULO VIII.

No hay que extrañar nada.

Demos de nuevo el tono, antes de continuar nuestra melodía.

Cuando tenía media docena de años menos, Luísa fué sorprendida al empezar un día una conversación con su hermano en estos términos: «Tomás, me causa mucha extrañeza....» Y á propósito de esto, Mr. Gradgrind, que era quien había sorprendido este principio de conversación, se dejó ver, y dijo:—«Luísa, no hay que extrañar nada.» Esta frase contenía el resorte del arte mecánico y misterioso de cultivar la razón, sin rebajarse hasta el punto de tomarse interés por sentimientos ó afecciones. Por medio de la adición, de la sustracción, de la multiplicación y de la división, puede arreglarse todo de un modo cualquiera, y no hay que extrañar nada.

—Tráigame V. (dijo Mac Choakumchild) á esa niña que apenas puede andar, y yo le garantizo que no ha de admirarse nunca.

Además de un inmenso número de niños

que apenas podía andar, había en Cokeville toda una población de niños que desde veinte, treinta, cuarenta, cincuenta años y más, iban andando hacia el mundo infinito. Siendo aquellos niños monstruos, seres que no podían formar parte de ninguna sociedad humana sin causar grande alarma, las diez y ocho sectas religiosas no dejaban de arañarse el rostro y arrancarse los cabellos, so pretexto de ponerse de acuerdo acerca del método más conveniente que se podía seguir para mejorarlos. Trabajo perdido. ¿No parecerá una cosa extraña si se piensa que los medios de que se valían se adaptaban prodigiosamente al fin propuesto? Sin embargo, aunque diferían de opinión acerca de los demás puntos concebibles é inconcebibles (en los inconcebibles sobre todo), se mostraban poco menos que conformes en prohibir á aquellos desgraciados niños que se admirasen de cosa alguna. La secta número uno les decía que habían de creer en todo bajo la fe de la palabra; la secta número dos, que debían juzgarlo todo según las fórmulas de la economía política; la secta número tres escribía para ellos numerosos folletos tan pesados como el plomo, demostrando cómo el niño, al hacerse hombre, llegaba indefectiblemente, con el auxilio de la prudencia, á la caja de ahorros, en tanto que el que se conducía mal llegaba también indefectiblemente á

un presidio; la secta número cuatro hacía lúgubres esfuerzos para ser divertida (al hablar de ella se os asoman las lágrimas á los ojos), y procuraba ocultar en una prosa amena lazos científicos, en donde aquellos grandes niños se dejaban coger. Había un solo punto en que todas las sectas estaban conformes, á saber: que ningún nacido debía admirarse de nada.

Cokeville poseía una biblioteca, cuyas puertas estaban abiertas para todos. Mr. Gradgrind se preocupaba mucho con los resultados que ofrecía esta biblioteca; y no era Mr. Gradgrind el solo preocupado, sino todos los que se ocupaban del bien público; pues era un hecho evidente, desconsolador y muy triste, el que los lectores de la biblioteca persistían en admirarse. Se admiraban á propósito de la naturaleza humana, á propósito de las pasiones humanas, de las esperanzas humanas, de los temores, de las luchas, de los triunfos, de los percances, de los cuidados, de los placeres, de las penas, de la vida y de la muerte de ciertos hombres y de ciertas mujeres vulgares. Algunas veces, después de quince horas de trabajo, se ponían á leer relatos fabulosos, concernientes á los hombres y las mujeres, que se les parecían más ó menos, y concernientes á niños, que se parecían más ó menos á los suyos. En vez de interrogar á Euclides, estrechaban contra su corazón á Danie

de Foe, y tenían el mal gusto de que les pareciera Goldsmith más entretenido que un tratado de aritmética. Mr. Gradgrind había estudiado constantemente este problema excéntrico, ya por escrito, ya de otra manera; pero nunca consiguió explicarse cómo se producía este resultado inconcebible.

—Estoy cansado de la vida que llevo, Luisa; la detesto cordialmente, y detesto á todo el mundo, excepto á ti,—dijo el desnaturalizado joven Tomás Gradgrind, hallándose con su hermana un el salón, parecido á una peluquería, y siendo la hora del crepúsculo.

—Pero no detestarás á Ceci.

—Detesto que me obliguen á llamarla por su apellido. Y por su parte, me detesta también,—dijo Tomás con tono de enfado.

—Nada de eso; yo te lo aseguro.

—No puede suceder otra cosa (dijo Tomás).

Claro es que debe odiarnos y detestarnos á todos. Estoy persuadido de que no la dejarán hasta que acaben con su vida. Ya está tan pálida como una figura de cera, y tan fastidiada como yo.

Así se explica el joven Tomás delante del fuego, á horcajadas en una silla, el brazo en el espaldar y la cara apoyada en el brazo. Su hermana estaba sentada en el rincón más oscuro de la chimenea, mirando, ya á su interlocutor, ya á las brillantes chispas que se cruzaban en el hogar.

—En cuanto á mí (dijo Tomás, mesándose los cabellos con sus toscas manos), soy un jumento; eso es todo lo que sé. Soy tan obstinado como un asno, más bestia que un asno; no me divierto más que él; sólo deseo una cosa: dar coces como los asnos.

—Pero no á mí. ¿No es verdad, Tomás?

—Á ti no; yo no quiero hacerte daño alguno. He empezado por hacer una excepción en tu favor. No sé qué me haría sin ti en esta cárcel vieja, tan divertida como una epidemia.

Tomás se había detenido un momento para buscar palabras bastante expresivas con que designar el techo paterno, y la feliz comparación que se le acababa de ocurrir pareció dar un ligero alivio á su espíritu cansado.

—¿De veras piensas lo que dices, Tomás?

—¡Vaya si lo pienso! Pero estamos hablando inútilmente, —respondió Tomás frotándose el rostro con la manga, como para mortificar su carne y ponerla al nivel de su espíritu.

—Te he hecho esa pregunta (dijo su hermana, después de haber estado mirando algún tiempo las chispas brillantes), porque á medida que avanzo en edad y voy creciendo, permanezco con frecuencia aquí, sentada delante del fuego, admirándome de que no te reconcilies con nuestro género de vida, y sintiendo no poder reconciliarte. Yo no sé nada de lo que comúnmente

se enseña á las demás niñas. No puedo tocar una pieza de música, ni cantar una canción. No puedo hablar contigo de modo que te distraiga, porque nunca asisto á un espectáculo divertido, ni leo un libro ameno, cosas de que sería muy grato hablar y que te proporcionarían un rato de placer cuando estás tan aburrido.

—Á fe mía, que yo tampoco; en ese punto no estoy más adelantado que tú, y te llevo la ventaja de ser un mulo en toda la extensión de la palabra. Papá se decidió á hacerme un chisgaravís ó un mulo, y como no soy un chisgaravís, claro está que debo ser un mulo.... Así es que no merezco otro nombre, —dijo Tomás, con cierta rabia.

—¡Eslástima (dijo Luísa, después de una breve pausa y con aire pensativo, permaneciendo oculta en el rincón oscuro); es una lástima, Tomás; una desgracia para ti y para mí!

—Tú siquiera eres muchacha, Luísa; y una muchacha sale más fácilmente del apuro que un muchacho. No observo que te falte nada. Tú eres el único placer que yo conozco. Tú alegras el calabozo en que vivimos, y harás de mí cuanto quieras.

—Eres un hermano muy querido, Tomás; y si creyese que podía hacer tu vida más dulce, sentiría menos mi ignorancia. Y lo peor es, Tomás, que, si no me han enseñado á distraerte,

me han enseñado en cambio muchas cosas que no sirven para nada.

Luísa se levantó, dió un beso á su hermano, y volvió á sentarse en el rincón oscuro.

—Quisiera poder reunir todos los hechos de que se nos habla tanto (dijo Tomás, enseñando los dientes con cierto aire de rencor), y todas las cifras y todos los que las han inventado; y quisiera colocar debajo mil barriles de pólvora, á fin de que todos de una vez se fueran con doscientas legiones de demonios. Cuando vaya á casa de Mr. Bounderby tomaré completa venganza.

—¿Venganza, Tomás?

—Quiero decir, que me divertiré un poco en ver y oír algo. Yo me indemnizaré de esta educación que he recibido.

—No te hagas esa ilusión, Tomás. Mr. Bounderby tiene las mismas ideas que papá: sólo le aventaja en ser más tosco y menos condescendiente.

—¿Y eso qué me importa? (exclamó Tomás, riéndose); yo hallaré medio de amansar al viejo Bounderby.

Sus sombras se dibujaban en la pared, y las de los grandes armarios de la estancia se mezclaban reunidas en el suelo, como si el hermano y la hermana estuviesen cobijados en una caverna sombría; ó más bien una imaginación

fantástica (si semejante traición hubiera podido penetrar en aquel santuario de los hechos), hubiera visto quizás la sombra del asunto de la conversación que sostenían los niños, y del porvenir amenazador que este asunto presagiaba.

—¿Cuál es tu gran medio para amansar á Bounderby? ¿Es algún secreto?—preguntó Luísa.

—¡Oh! Si hay algún secreto, no está lejos de aquí, porque lo eres tú. Tú eres la niña mimada de Bounderby, su favorita; por tí hará imposibles si es necesario. Cuando me mande hacer algo que no me agrade, le contestaré: «Esto causará mucha pena y mucha sorpresa á mi hermana Luísa, porque siempre me decía que V. era más indulgente. Si este medio no basta para obligarle á humillar la bandera, nada habrá en el mundo que lo consiga.

Después de haber esperado algunas observaciones en respuesta á sus palabras, y viendo Tomás que no recibía ninguna, cayó desde todo lo alto de su fastidio hasta los tiempos presentes, y se acurrucó en la silla, mesándose más y más los cabellos. Al fin alzó la cabeza, y preguntó:

—¿Duermes, Luísa?

—No, Tomás; es que estoy mirando el fuego.

—Me parece que tú ves muchas cosas que yo nunca he visto (dijo Tomás). Supongo que esa es otra ventaja que tenéis las muchachas sobre nosotros.

—Tomás (preguntó su hermana con voz lenta y extraño acento, como si hubiera procurado leer en el fuego una pregunta que no estaba escrita con claridad): la idea de dejar esta casa para ir á la de Bounderby, ¿te causa mucha satisfacción?

—En yendo á su casa (respondió Tomás, levantándose y separando la silla), dejaré ésta, y ya es algo.

—Tienes razón; es algo.

—No es esto decir que yo no siento dejarte, y más quedándote aquí; pero ya sabes que de todos modos tendré que hacerlo, de grado ó por fuerza, y tanto importa que vaya adonde pueda aprovecharme de tu influencia, como á otra parte en que obre por cuenta mía: ¿comprendes?

—Sí, Tomás....

La respuesta se hizo esperar tanto tiempo, aunque no anunciaba ninguna decisión, que Tomás acababa de acercarse y apoyarse en el espaldar de la silla de Luísa, á fin de contemplar bajo el mismo punto de vista aquel fuego que absorbía el pensamiento de su hermana, por ver si había en él algo que explicase la distracción de Luísa.

—Á fe mía (dijo Tomás), que ese fuego me parece tan estúpido y tan vacío como todo lo que nos rodea. ¿Qué es lo que miras ahí? No será ningún circo.

—No veo nada de particular, Tomás; pero desde que lo estoy mirando me pregunto con extrañeza, qué suerte nos alcanzará á ti y á mi cuando seamos mayores.

—¿Todavía te extrañas?—preguntó Tomás.

—Tengo pensamientos tan rebeldes (replicó Luísa), que por más que hago, se empeñan en admirarse.

—Pues yo te ruego, Luísa (dijo la señora Gradgrind, que había abierto la puerta sin hacer el menor ruido), que no te admires de nada. En nombre del cielo. En nombre del cielo, hija desconsiderada, no te admires, ó no acabaremos nunca con tu padre. Y tú también, Tomás; es realmente vergonzoso, cuando mi pobre cabeza no me deja un momento de tranquilidad, ver á un joven educado como tú lo has sido, y cuya educación ha costado tanto dinero, animando á su hermana para que se extrañe, cuando sabe que su padre ha prohibido expresamente que se permita admirarse nunca.

Luísa negó que Tomás tuviese la menor parte en sus errores; pero su madre la interrumpió con esta réplica concluyente:

—Luísa, ¿cómo puedes decirme eso en el actual estado de mi salud? Á menos que él te haya incitado, es moral y físicamente imposible que te permitieras ese desmán.

—Nadie me ha animado, mamá, á no ser el

fuego y las chispas rojas que veía saltar, palidecer y extinguirse. Entonces me ocurrió pensar que tendré una vida muy corta, y me moriré sin haber hecho en el mundo nada de provecho.

—¡Simplezas! (dijo la señora Gradgrind, hablando casi con energía.) ¡Simplezas! No me digas esas tonterías, Luisa; bien sabes que si esto llegara á oídos de tu padre, ya nos había caído que hacer. ¡Después de tanto cuidado como se ha tenido con Vds.! ¡Después de tantos estudios y tantas experiencias! ¡Después de lo que yo misma te he oído en la época en que se me hinchó el costado derecho, cuando hablabas con tu maestro sobre la combustión y la calcinación, y la calorificación, y sobre todos los acabados en *on*, capaces de volver loca á una pobre enferma! ¡Y después de todo esto, vienes á hablarme de un modo tan absurdo, á propósito de chispas y de cenizas! Quisiera (continuó la señora Gradgrind, tomando una silla y lanzando su argumento más contundente, antes de sucumbir bajo estas sombras engañosas de hechos), quisiera, lo digo con verdad, no haber tenido nunca hijos. Entonces hubierais visto si podíais pasar sin mí.

CAPÍTULO IX.

Los progresos de Ceci.

Gracias á Mr. Mac Choakumchild y á la señora Gradgrind, Cecilia Jupe pasó muy malos ratos, y durante los primeros meses de su noviciado tuvo mil veces deseos irresistibles de abandonar aquella casa. Todo el día era víctima de una helada de hechos, y la vida en general se le presentaba con tal materialismo, que le parecía horrible.

Es muy triste confesarlo; pero el freno moral que la detuvo no fué resultado de ninguna fórmula aritmética: muy al contrario; Ceci se lo impuso voluntariamente, á despecho de todo cálculo, aunque estaba en contradicción directa con todas las tablas de probabilidades que hubiera podido formar el más experimentado tenedor de libros. La joven creía que su padre no la había abandonado; abrigaba la esperanza de verle volver, y vivía en la persuasión de que le sería muy grato saber que estaba recogida en la casa de Mr. Gradgrind.

fuego y las chispas rojas que veía saltar, palidecer y extinguirse. Entonces me ocurrió pensar que tendré una vida muy corta, y me moriré sin haber hecho en el mundo nada de provecho.

—¡Simplezas! (dijo la señora Gradgrind, hablando casi con energía.) ¡Simplezas! No me digas esas tonterías, Luisa; bien sabes que si esto llegara á oídos de tu padre, ya nos había caído que hacer. ¡Después de tanto cuidado como se ha tenido con Vds.! ¡Después de tantos estudios y tantas experiencias! ¡Después de lo que yo misma te he oído en la época en que se me hinchó el costado derecho, cuando hablabas con tu maestro sobre la combustión y la calcinación, y la calorificación, y sobre todos los acabados en *on*, capaces de volver loca á una pobre enferma! ¡Y después de todo esto, vienes á hablarme de un modo tan absurdo, á propósito de chispas y de cenizas! Quisiera (continuó la señora Gradgrind, tomando una silla y lanzando su argumento más contundente, antes de sucumbir bajo estas sombras engañosas de hechos), quisiera, lo digo con verdad, no haber tenido nunca hijos. Entonces hubierais visto si podíais pasar sin mí.

CAPÍTULO IX.

Los progresos de Ceci.

Gracias á Mr. Mac Choakumchild y á la señora Gradgrind, Cecilia Jupe pasó muy malos ratos, y durante los primeros meses de su noviciado tuvo mil veces deseos irresistibles de abandonar aquella casa. Todo el día era víctima de una helada de hechos, y la vida en general se le presentaba con tal materialismo, que le parecía horrible.

Es muy triste confesarlo; pero el freno moral que la detuvo no fué resultado de ninguna fórmula aritmética: muy al contrario; Ceci se lo impuso voluntariamente, á despecho de todo cálculo, aunque estaba en contradicción directa con todas las tablas de probabilidades que hubiera podido formar el más experimentado tenedor de libros. La joven creía que su padre no la había abandonado; abrigaba la esperanza de verle volver, y vivía en la persuasión de que le sería muy grato saber que estaba recogida en la casa de Mr. Gradgrind.

La deplorable ignorancia con que Cecilia se recreaba en este pensamiento consolador, rechazando la evidencia nada consoladora, apoyada en sólidas cifras de que su padre era un vagabundo sin corazón, inspiraba á Mr. Gradgrind una compasión mezclada con sorpresa. Pero, ¿qué hacer? Mac Choakumchild declaró que la niña tenía una inteligencia tan ruda, que no había forma de hacerle comprender una sola cifra; que teniendo una idea general de la conformación del globo, no había demostrado el menor interés cuando se trató de conocer las medidas exactas; que adquiriría las fechas con deplorable lentitud, á menos que por casualidad se refiriesen á alguna miserable circunstancia histórica; que se deshacía en lágrimas cuando se le mandaba que dijese cuánto costarían doscientos cuarenta y siete gorros de muselina á un franco cuarenta y cinco céntimos cada uno; que ocupaba en la escuela el último lugar posible; que después de haber estudiado durante ocho días los elementos de la economía política, y preguntado cuál es el primer principio de esta ciencia, contestó: «No desear para el prójimo lo que no se desea para sí mismo.»

Mr. Gradgrind, moviendo la cabeza, observó que todo esto era muy triste; que demostraba la necesidad de uncir aquel entendimiento al carro de la ciencia, en vez de abandonarlo, en virtud

de sistemas, anejos, relaciones, procedimientos verbales y tablas explicativas desde A hasta Z; y que era preciso que Cecilia trabajase sin descanso. De modo que Cecilia, á fuerza de trabajar sin descanso, cayó en una tristeza profunda, sin conseguir ser más sabia.

—¡Cuánto desearía estar en el lugar de V., señorita Luísa!—dijo un día en que ésta procuraba hacerle más inteligibles los hechos que había de relatar por la mañana.

—¿De veras?

—¡Oh! Con todo mi corazón, señorita Luísa. ¡Sabría tanto! Todo lo que ahora me causa tanta pena, entonces me parecería muy fácil.

—Pues no ganaría V. mucho.

Cecilia contestó con humildad, y después de un momento de vacilación:

—Me parece que nada podría perder.

Luísa replicó que nada le contestaría.

Las relaciones que existían entre las dos jóvenes eran tan superficiales, bien fuese porque la existencia de los habitantes de Pierre-Loge se deslizaban con una regularidad mecánica demasiado monótona para no desanimar cualquier intervención humana, bien porque una condición expresa prohibía la alusión más insignificante á la vida anterior de Ceci: lo cierto es que apenas se conocían. Ceci, fijando en el semblante de Luísa sus grandes ojos negros, que re-

trataban la sorpresa, permaneció indecisa, sin saber si debía continuar hablando ó guardar silencio.

—V. tiene mejor humor que yo, y presta mejores servicios á mi madre (replicó Luísa). V. tiene consigo misma más benevolencia que yo

—Pero.... yo soy una tonta.

Luísa, con una risa más franca que de costumbre, le dijo que no tardaría en hacerse muy sabia.

—V. no sabe (dijo Ceci llorando) cuán ignorante soy. Mientras dura la clase, no hago otra cosa que cometer faltas. El maestro y la maestra me preguntan, y siempre, siempre contesto mal. No puedo evitarlo. Es natural en mí.

—¿Y V. cree que el maestro y la maestra no se engañan nunca?

—¡Oh, no! Si saben mucho.

—Refiérame V. alguna de sus faltas.

—Si apenas me atrevo; me da mucha vergüenza (contestó Ceci con repugnancia). Por ejemplo: hoy mismo Mr. Mac Choakumchild nos explicaba la prosperidad natural....

—Nacional, creo que diría; nacional,—replicó Luísa.

—Sí, tiene V. razón. ¿Pero no es todo una misma cosa?—preguntó Cecilia con timidez.

—Puesto que dijo nacional, debía V. haber

dicho lo mismo,—replicó Luísa, con la sequedad y reserva que en ella eran habituales.

—Prosperidad nacional. Nos ha dicho: Figuraos que esta sala es una nación, y que esta nación tiene de riqueza cincuenta millones; ¿no disfruta esta nación de una gran prosperidad? Niña número veinte, ¿no es esta una nación próspera, y no debe V. felicitarle por ello?

—¿Y V. qué contestó?

—Contesté que no sabía una palabra de lo que me preguntaban. Creí que no podía saber si la nación prosperaba ó no prosperaba, ni si debía felicitarle ó sentirlo, antes de saber si había dinero ó si me tocaba alguna parte. Pero esto no tenía relación con el asunto. Eso no estaba en las cifras,—dijo Ceci, enjugándose los ojos.

—En eso cometió V. un grande error,—observó Luísa.

—Sí, señorita Luísa; ahora lo sé. Entonces dijo Mr. Mac que iba á darme un medio de herir la dificultad. «Esta sala (dijo) representa una ciudad inmensa, y contiene un millón de habitantes, y entre estos habitantes no hay más que veinticinco que mueren de hambre por las calles cada año. ¿Qué observaciones se le ocurren á V. acerca de esta proporción?» La única observación que me ocurrió, porque no hallé otra más á la mano, fué decir que para los que morían de

hambre debía ser indiferente que tuviese la ciudad un millón de habitantes ó un millón de millones. Pero, por lo visto, también me equivoqué.

—Es evidente.

—Entonces Mr. Mac dijo que aún no deseperaba. He aquí la mímica, exclamó....

—Diría la estadística.

—Justo, la estadística; siempre las confundo; he aquí la estadística de los accidentes ocurridos en la mar. Y hallo, dijo el maestro, que en un tiempo dado, cien mil personas se han embarcado para remotos climas, y sólo quinientas han perecido quemadas ó ahogadas. ¿Qué tanto por ciento dan estos datos? Y contesté, señorita (añadió Ceci, sollozando como para atestiguar el sincero arrepentimiento de sus errores), que eso importaba muy poco....

—¿Muy poco?

—Sí, señorita; muy poco ó nada, á los parientes y amigos de los muertos. Yo no aprenderé en mi vida. Y lo peor de todo esto es que aunque mi pobre padre deseaba tanto hacerme aprender cualquier cosa, y aunque yo tenía muchas ganas de complacerle, me inspiraban un odio mortal las lecciones.

Luisa continuó mirando aquella linda y modesta cabeza que se bajaba avergonzada en su presencia, hasta que Ceci la levantó para inte-

rrogar el semblante de su interlocutora. Entonces ésta le preguntó:

—¿Su padre de V. era algún sabio, cuando tanto deseaba instruirla?

Ceci vaciló antes de responder, é hizo ver tan claramente su sentimiento de entrar en un terreno prohibido, que Luisa añadió:

—Nadie nos oye, y además, nadie podría censurar una pregunta inocente.

—No, señorita (contestó Ceci, animada por estas palabras); papá no sabe casi nada. Apenas puede escribir, y apenas hay nadie que pueda leer lo que escribe, excepto yo, que lo leo de corrido.

—¿Y su madre de V.?

—Papá me ha dicho que era una mujer muy sabia. Murió cuando yo nací. Era.... (Ceci temblaba de piés á cabeza al hacer esta confesión). Era una bailarina.

—¿Y la amaba su padre de V.?

Luisa hacía estas preguntas con el interés vivo, atolondrado, que le era propio; interés que, sintiéndose proscrito, se desbordaba á izquierda y derecha, para ir á ocultarse en cualquier asilo solitario.

—¡Oh! sí; la amaba con mucha ternura. Por amor á ella empezó á amarme. Siempre me llevaba consigo desde que apenas pude andar. Después no nos separamos nunca.

—Y sin embargo la ha abandonado.

—Únicamente por mi bien. Nadie comprende á mi padre tanto como yo. Al dejarme por mi bien, pues por el suyo estoy segura de que nunca me hubiera dejado, ha sufrido una prueba que le partirá el corazón. No gozará un solo instante de ventura hasta que vuelva á verme.

—Háblame algo de él (dijo Luísa): después no volveré á tocar esta conversación. ¿En dónde vivíais?

—Viajábamos por toda Inglaterra, y no teníamos domicilio fijo. Mi padre era clown.

Ceci pronunció en voz baja el terrible monosílabo.

—¿Hacía reír á las gentes?—dijo Luísa, moviendo la cabeza en señal de que había comprendido la palabra.

—Sí; pero algunas veces el público no quería reír, y entonces mi padre lloraba. Ya hacía algún tiempo que el público no se reía, y mi padre volvía á casa desesperado. Mi padre no se parecía á los demás hombres. Los que no le conocían tan bien como yo, y no le amaban tanto, creían que su cabeza estaba trastornada. Algunas veces le recibían con silbidos; pero esto le causaba un daño inmenso. No se puede V. figurar cuánto se desesperaba al quedarse sólo conmigo.

—¿Y eras tú su único consuelo?

Ceci respondió con un movimiento afirma-

tivo de cabeza, en tanto que las lágrimas inundaban su rostro, y después añadió:

—Creo que sí, porque me lo repetía sin cesar. Porque se había hecho tan temeroso y desconfiado, y porque sabía que era un pobre hombre débil é ignorante (estas eran sus palabras), tenía tanto empeño en que yo aprendiese mucho para que no me pareciera á él. Le leía con frecuencia para darle valor, y gozaba mucho oyéndome. Eran malos libros; sé que de ellos no debo hablar aquí; pero nosotros lo ignorábamos.

—¿Y le agradaban mucho?—preguntó Luísa, cuya mirada escudriñadora estaba fija en Ceci.

—¡Oh, mucho! Muchas veces le hicieron olvidar sus penas, y frecuentemente, al llegar la noche, ya no pensaba en sus sufrimientos: solamente preguntaba si el sultán permitiría á la esclava acabar su historia, ó si mandarían cortarle la cabeza antes de terminarla.

—¿Y siempre tu padre ha sido bueno para tí?—preguntó Luísa, olvidándose de todo, pues cada vez se admiraba más y más.

—Siempre, siempre (replicó Ceci, juntando las manos). Mejor, mucho mejor de lo que V. puede imaginarse. Solamente se incomodó una noche, y no conmigo, sino con Patalista. Patalista (la niña pronunció en voz baja este hecho terrible) es el perro sabio.

—¿Y por qué se incomodó con el perro?—preguntó Luísa.

—Poco antes de volver del circo, le mandó á Patalista que saltase por encima de los espaldares de dos sillas, y que se estuviese inmóvil con los pies en uno y las manos en otro. El perro miró á mipadre, y noobedeció en seguida. Aquel día todo le había salido mal á papá, y no consiguió dar gusto al público. Creyó que hasta el perro veía que ya estaba viejo, y no tenía de él compasión. Le pegó al perro, y á mí me dió miedo... «Papá, le dije: no lastimes á ese pobre animal que tanto te quiere. Papá, detente, y que Dios te perdone.» Se contuvo; pero el perro echaba sangre, y papá se sentó en el suelo con el perro en brazos, y lloraba como una Magdalena, mientras el animalito le lamía la cara.

Luísa vió que Cecilia sollozaba; se le acercó; le dió un beso; la cogió la mano, y se sentó junto á ella.

—Cuéntame, por último, cómo te dijo tu padre. Ya que tanto te he preguntado, déjame que te moleste por última vez. Si en esto hay responsabilidad, será mía y no tuya.

—Querida señorita Luísa (dijo Cecilia, cubriéndose los ojos, y sin dejar de sollozar); volvía de la escuela aquella tarde, y mi pobre padre al mismo tiempo del circo. Se mecía en la silla delante del fuego; me parecía que sufría

mucho, y le pregunté: «¿Te has hecho daño, papá?», lo cual le sucedía con bastante frecuencia. Él me respondió: «Sí, un poco, hija mía;» y cuando me acerqué para observarle mejor, vi que lloraba. Cuanto más procuraba observarle, más se cubría el rostro: todos sus miembros temblaron, y repitió una vez y otra: «¡Hija mía! ¡Amor mío!»

En este momento entró Tomás en la estancia jadeando, y contempló á las dos jóvenes con una sangre fría, que denotaba que su propia persona era lo único que tenía el privilegio de interesarle.

—Estaba haciendo algunas preguntas á Ceci (le dijo su hermana), y no tienes para qué irte: solamente te suplico que nos dejes hablar un instante, querido Tomás.

—Está bien; pero ha venido el viejo Bunderby, y yo quería que bajases al salón, porque apuesto ciento contra uno á que si bajas, me convidará á comer; y si no bajas, me llevaré chasco.

—Bajo al momento.

—Pues aquí te espero, para que no olvides tu palabra.

Ceci continuó de este modo, bajando un poco la voz:

—En fin, mi pobre padre me dijo que aquella noche no había dado gusto al público; que cada vez desagradaba más; que era una ver-

güenza y un deshonor para mí pertenecer á su familia, y que mi suerte cambiaría no estando á su lado. Yo le dije cuantas expresiones cariñosas me dictó el corazón, y poco á poco se fué tranquilizando. Entonces me senté á su lado, y le conté lo que había pasado en la escuela; todo lo que me habían dicho; todo lo que se había hecho. Cuando ya no tuve nada que contarle, me rodeó con los brazos el cuello, y me besó repetidas veces. Después me mandó que fuese á buscar la droga de que se servía para curarse las contusiones. Tuve que ir al otro extremo de la ciudad, y habiéndome besado otra vez, me dejó partir. Apenas había bajado la escalera, volví á subirla para acompañarle un momento más; abrí la puerta, y le dije: «Papá, ¿me llevo á Patalista?—No, hija mía (me contestó): no te lleves nada de lo que me pertenezca.» Le dejé sentado junto á la chimenea. Estoy segura de que entonces le ocurrió el pensamiento de dejarme. ¡Pobre padre, pobre padre! Estoy segura de que no le movió otra consideración que mi bien. Cuando volví, ya había partido.

—Luísa, que nos olvidamos de Mr. Bounderby, —interrumpió impaciente Tomás.

—Nada más tengo que contar á V., señorita Luísa, á no ser que conservo la botella en que traje la droga, y que estoy segura de que volverá mi padre. Cada carta que cae en manos de

Mr. Gradgrind, me corta la respiración y me turba el sentido, porque me figuro siempre que es de él ó de Mr. Sleary, dándonos noticias suyas, porque Mr. Sleary ha prometido escribir en el momento en que las tenga, y no hay miedo de que falte á su promesa.

—Vamos, Luísa; que nos olvidamos del viejo Bounderby (dijo Tomás, silbando impaciente). Si no vienes pronto, se marchará.

Desde aquel día, siempre que Cecilia saludaba á Mr. Gradgrind delante de sus hijos, y le decía con voz algo temblorosa: «Perdóneme V. si le incomodo; pero... pero ¿ha recibido V. alguna carta que me interese?», Luísa interrumpía su trabajo, por muy importante que fuera, y aguardaba la respuesta con tanta ansiedad como Cecilia. Y cuando Mr. Gradgrind contestaba invariablemente: «No, Jupe; no he recibido ninguna carta de ese género,» el estremecimiento que agitaba los labios de Ceci se reproducía en las facciones de Luísa, y su compasiva mirada acompañaba á Ceci hasta la puerta. Mr. Gradgrind se aprovechaba siempre de estas ocasiones para dar una lección, observando que si Cecilia hubiese sido educada á tiempo, y de la manera conveniente, se hubiera demostrado á sí misma, apoyada en principios irrecusables, que era una temeridad abrigar las fantásticas esperanzas con que tanto se distraía su imaginación,

pues el desgraciado creía á pié firme que una esperanza quimérica no puede apoderarse del espíritu con tanta fuerza y tenacidad como un hecho positivo.

Pero si él no lo sabía, en cambio su hija lo había adivinado. En cuanto á Tomás, llegaba, como otros muchos habían llegado antes que él, á ese resultado triunfal del cálculo, que consiste en no ocuparse más que del *número uno*, es decir, de sí mismo. Y en cuanto á la señora Gradgrind, si hablaba alguna vez de esto, era para decir, desprendiéndose un tanto de los envoltorios y chales en que se refugiaba como una marmota humana:

—¡Bondad divina! ¡Cuánto lastima y maltrata mi cabeza oír á esa niña Jupe preguntar con tanta insistencia por esas fastidiosas cartas! Palabra de honor: parece que estoy consagrada, destinada y condenada á vivir en medio de cosas que no acaban nunca. Verdaderamente es muy extraordinario; pero estoy en que jamás he de ver el fin de nada de cuanto me rodea.

Al llegar á este punto de su discurso, sentía que se fijaban en ella las miradas de Mr. Gradgrind, y bajo la influencia de este hecho glacial, volvía á recaer en su letargo.

CAPÍTULO X.

Esteban Blackpool.

Tengo la debilidad de creer que el pueblo inglés está condenado á un trabajo tan rudo como ninguno de los demás pueblos á quienes alumbra el sol; será una idiosincrasia, una debilidad personal, si lo queréis, pero que me conduce á creer muy natural el particular interés que me inspiran los trabajadores.

El barrio más laborioso de Cokeville, detrás de las fortificaciones más íntimas de aquella fea ciudadela, donde la naturaleza había desaparecido ante la industria del hombre, que detenía prisionera una atmósfera de miasmas y de gas mefíticos; en el centro de aquel laberinto de calles estrechas, amontonadas unas y otras después de haber venido al mundo una á una, con grande prisa de responder á las necesidades de tal ó cuál individuo; componiendo el todo una familia desnaturalizada, cuyos individuos se confunden, se empujan y se maltratan de la manera más cruel; en el fondo y en el rincón más

pues el desgraciado creía á pié firme que una esperanza quimérica no puede apoderarse del espíritu con tanta fuerza y tenacidad como un hecho positivo.

Pero si él no lo sabía, en cambio su hija lo había adivinado. En cuanto á Tomás, llegaba, como otros muchos habían llegado antes que él, á ese resultado triunfal del cálculo, que consiste en no ocuparse más que del *número uno*, es decir, de sí mismo. Y en cuanto á la señora Gradgrind, si hablaba alguna vez de esto, era para decir, desprendiéndose un tanto de los envoltorios y chales en que se refugiaba como una marmota humana:

—¡Bondad divina! ¡Cuánto lastima y maltrata mi cabeza oír á esa niña Jupe preguntar con tanta insistencia por esas fastidiosas cartas! Palabra de honor: parece que estoy consagrada, destinada y condenada á vivir en medio de cosas que no acaban nunca. Verdaderamente es muy extraordinario; pero estoy en que jamás he de ver el fin de nada de cuanto me rodea.

Al llegar á este punto de su discurso, sentía que se fijaban en ella las miradas de Mr. Gradgrind, y bajo la influencia de este hecho glacial, volvía á recaer en su letargo.

CAPÍTULO X.

Esteban Blackpool.

Tengo la debilidad de creer que el pueblo inglés está condenado á un trabajo tan rudo como ninguno de los demás pueblos á quienes alumbra el sol; será una idiosincrasia, una debilidad personal, si lo queréis, pero que me conduce á creer muy natural el particular interés que me inspiran los trabajadores.

El barrio más laborioso de Cokeville, detrás de las fortificaciones más íntimas de aquella fea ciudadela, donde la naturaleza había desaparecido ante la industria del hombre, que detenía prisionera una atmósfera de miasmas y de gas mefíticos; en el centro de aquel laberinto de calles estrechas, amontonadas unas y otras después de haber venido al mundo una á una, con grande prisa de responder á las necesidades de tal ó cuál individuo; componiendo el todo una familia desnaturalizada, cuyos individuos se confunden, se empujan y se maltratan de la manera más cruel; en el fondo y en el rincón más

insalubre de aquel vasto recipiente malsano, en que las chimeneas, apiñadas por la falta de espacio, tomaban mil formas extrañas, como si cada casa quisiera anunciar qué clase de gentes podían nacer en el interior; entre la vil muchedumbre de Cokeville, que se llama en término genérico los braceros, raza de gentes que ciertas personas verían con menos repugnancia si la Providencia hubiera juzgado á propósito no concederles más que brazos, ó cuando más, como á los moluscos que pueblan las orillas del mar, un estómago que se llena con cualquier cosa, en aquel infierno vivía cierto Esteban Blackpool, de edad de cuarenta años.

Esteban representaba algunos más, pero había pasado una vida muy laboriosa. Se ha dicho que toda existencia tiene sus rosas y sus espinas; pero en la de Esteban, á consecuencia de un engaño de que había sido víctima, algún otro cosechó las rosas, mientras el obrero tuvo la mala suerte de cosechar las espinas de otra existencia, además de las que correspondían á la suya. Había sufrido, para servirme de sus palabras, un montón de desgracias. Generalmente se le conocía por el viejo Esteban, lo cual era una especie de homenaje tributado al dolor que le habían valido aquella vejez prematura, aquella frente venerable, aquel cuerpo endurecido por un trabajo recio y constante.

Era un hombre algo encorvado, con la frente arrugada y la cabeza cubierta de largos y crespos cabellos grises. El viejo Esteban hubiera podido pasar por un hombre muy inteligente entre los de su condición; sin embargo, estaba muy lejos de serlo. No formaba parte de esos braceros notables que, aprovechando en muchos años algunos intervalos de ocio, consiguen poseer alguna ciencia difícil ó adquirir algunos conocimientos que no son propios de su condición. No pertenecía á ese escaso número de braceros que saben pronunciar un discurso ó presidir una reunión. Millares de sus compañeros sabían expresarse mejor que él en un momento dado. Era conoedor de su oficio mecánico, y un hombre de mucha integridad. ¿Era alguna otra cosa que valiese más? Dejemos que él mismo se encargue de decirnoslo.

Todas las luces de aquellas grandes fábricas que por las noches, en cuanto estaban encendidas, daban á los edificios el aspecto de castillos encantados, acababan de apagarse, y las campanas habían sonado para anunciar el fin del día: los obreros, hombres y mujeres, muchachos y muchachas, volvían á sus casas, haciendo resonar el pavimento con sus pasos. El viejo Esteban esperaba en la calle, poseído por esa extraña sensación que produce siempre la suspensión del movimiento de una máquina, sensación

singular, en efecto, que le hacía creer que el movimiento marchaba ó se detenía constantemente en su cabeza como en la máquina.

—¡Cuánto tarda Raquel!—se dijo.

Estaba lloviendo, y diferentes grupos de mujeres jóvenes pasaron á su lado, cubiertas las cabezas con los chales, á fin de defenderse contra la lluvia. Debía conocer mucho á Raquel, porque una sola mirada dirigida á cada uno de estos grupos bastaba para demostrarle que allí no iba la mujer que buscaba.

—Vamos: se fué sin que la viera.

Pero aún no había recorrido la extensión de las tres calles, cuando vió á alguna distancia una de aquellas figuras semitapadas con los chales, y la examinó con tanta atención, que acaso para reconocerla le hubiera bastado ver la sombra dudosa que proyectaba en el húmedo suelo, si sus precipitados movimientos no la hubieran denunciado. Andando entonces más de prisa, alcanzó á aquella mujer, detuvo el paso al verse junto á ella, y exclamó:

—¡Raquel!

La mujer se volvió: la luz de un reverbero alumbraba aquel trozo de calle: alzando un poco su capuchón, dejó ver un rostro ovalado, una fisonomía agradable, una tez morena y delicada, animada por un par de ojos de singular dulzura, y embellecida con cabellos negros cuidado-

samente peinados. Aquel rostro no tenía ya la brillantez de la juventud: era el de una mujer de treinta y cinco años.

—¡Hola, amigo mío! ¿Eres tú?

Después de haber pronunciado estas palabras, acompañadas de una sonrisa que se leía fácilmente en sus facciones, pero aún mejor en sus dulces ojos, volvió á cubrirse con el capuchón, y ambos siguieron juntos un mismo camino.

—Creí que te habías quedado detrás, Raquel.

—No.

—¿Has salido temprano esta noche?

—Sí, suelo salirme más pronto, Esteban; así como otras veces salgo más tarde. No se puede decir con exactitud la hora á que vuelvo á casa.

—Ni, por lo visto, á la que sales, ¿no es verdad, Raquel?

—No, Esteban.

Esteban la miró con una expresión que anunciaba cierta contrariedad, pero también una respetuosa convicción de que aquella mujer obraba bien en cuanto hiciese. Aquella expresión no pasó desapercibida para Raquel, pues apoyó su mano ligera en el brazo de su compañero, como para darle las gracias.

—Somos tan buenos y tan antiguos amigos, y empezamos ya á ser tan viejos....—le dijo.

—¿Tú, Raquel? Tú eres más joven que nunca.

—Haríamos muy mal en envejecer el uno sin el otro mientras dure nuestra vida, Esteban (le respondió riendo); pero de todos modos somos tan antiguos amigos, que sería un pecado muy grande y un grandísimo error ocultarnos uno á otro la verdad. Más vale que no nos paseemos juntos. ¡Oh! Tiempo vendrá en que lo podamos hacer. En verdad, que sería muy cruel perder la esperanza,—dijo Raquel con cierta alegría, de la que procuraba hacer partícipe á su amigo.

—De todos modos, es muy cruel lo que nos pasa.

—Procura no pensar en ello, y te parecerá menos duro.

—Tiempo hace que lo deseo, y jamás logro conseguirlo. Pero tienes razón: podrían murmurar por cuenta tuya. He encontrado en ti tanto consuelo, Raquel; me has hecho tanto bien; tanto espíritu me han dado tus palabras de alegría, que tu voluntad es una ley para mí. ¡Oh! Sí, hija mía; una ley muy buena y muy grata. Mejor que muchas leyes verdaderas.

—No te preocupes con esas cosas, Esteban (respondió Raquel con viveza y alguna inquietud en la mirada). Deja á las leyes tranquilas.

—Sí, sí (dijo Esteban, moviendo la cabeza varias veces). Dejémoslas tranquilas; dejemos que todo esté tranquilo. Es una desgracia: he aquí todo.

—Siempre una desgracia,—dijo Raquel, volviendo á tocar dulcemente el brazo de Esteban, como para sacarle de la sombría meditación que le hacía morder, al andar, las puntas de su corbata, anudada muy negligentemente alrededor del cuello.

Aquel contacto produjo un efecto inmediato. Esteban dejó caer la punta de la corbata que tenía entre los dientes; volvió hacia su compañera el rostro risueño, y contestó con buen humor:

—Sí, Raquel, hija mía; siempre una desgracia; pero, ¿qué le hemos de hacer?

Habían andado ya bastante camino, y se encontraban no lejos de sus respectivas casas. La de Raquel era la más próxima. Aquella mujer vivía en una de las numerosas calles pequeñas, en las que el contratista de los funerales más en boga (sacaba una renta bastante decente de las pobres pompas fúnebres de aquel vecindario), tenía una escala negra destinada á ayudar á los que habían concluido de subir y bajar á tientas las escaleras demasiado estrechas, y se deslizaban más cómodamente fuera del mundo, por las ventanas. Raquel se detuvo en la esquina, y apretando la mano de Esteban, se despidió.

—Buenas noches, Raquel, hija mía; buenas noches.

La joven bajó la calle con su atavío sencillo pero esmerado, y su continente sereno y modes-

to. Esteban la siguió con la vista hasta que desapareció en una humilde casa, no lejos de aquel sitio. Acaso no había una sola ondulación en aquel chal grosero, que no tuviese su interés á los ojos de Esteban; ni un solo sonido de aquella voz dejaba de despertar un eco en el fondo de su alma.

Cuando la perdió de vista, prosiguió su camino para entrar en su casa, mirando á intervalos el cielo, cuyas nubes cruzaban el espacio rápidas é impetuosas. Pero he aquí que la atmósfera se despeja, cesa la lluvia, la luna que brilla mira con curiosidad por las anchas chimeneas de Cokeville para ver los grandes hornos que hay debajo, y dibuja en las paredes interiores de las fábricas sombras gigantescas de máquinas en reposo. La frente del obrero parecía iluminarse, al mismo tiempo que el cielo, á medida que adelantaba.

Su habitación, situada en una calle muy semejante á la primera, á diferencia de ser aún más estrecha, estaba encima de una tiendecilla. ¿Cómo había gentes que se dignasen comprar ó vender miserables juguetes confundidos con periódicos á cuarto, con pedazos de tela y con un trozo de puerco que había de sortearse en lotería al día siguiente? Pero ahora nos importa muy poco averiguarlo. Esteban encendió un cabo de vela en otro cabo que ardía en el mostra-

dor, y sin incomodar á la dueña de la tienda, que dormía á más y mejor, subió la escalera y entró en su cuarto.

Su habitación se componía de una sala, cuyos locatarios precedentes, en gran número, habían hecho conocimiento con la escala negra de que acabo de hablar. En aquel momento parecía tan arreglada como podía estarlo semejante habitación. En un rincón había una mesa de escribir muy vieja, sobre la cual se veían algunos libros y varios papeles escritos: el mueblaje era suficiente; la atmósfera viciada, pero la habitación muy arregladita.

Al dirigirse hacia la chimenea para colocar el cabo de vela en una mesa de tres piés que estaba próxima, tropezó en un objeto. Se volvió, bajando la luz, y aquel objeto se levantó, y tomó la forma de una mujer sentada en el suelo.

—¡Bondad divina! ¡Mujer! (exclamó Esteban, retrocediendo algunos pasos.) ¡Otra vez has vuelto!

Aquello era una mujer; pero ¡qué mujer! Una criatura perdida, borracha, apenas capaz de tenerse en la posición que acababa de tomar, apoyando en tierra una mano asquerosa de puro sucia, en tanto que con la otra hacía esfuerzos muy mal dirigidos para separar de la frente los cabellos enmarañados; una mujer tan repugnante por sus harapos, y su suciedad, y su mise-

ria, y, sobre todo, tan repugnante por su infamia moral, que daba vergüenza de sólo mirarla.

Después de haber dejado escapar dos ó tres juramentos de impaciencia, y después de haberse enredado estúpidamente los cabellos con la mano que no necesitaba para sostenerse, consiguió separarlos lo bastante para ver al obrero. Después, continuando sentada, se balanceó hacia atrás y hacia adelante, y con su impotente brazo hizo ademanes que parecían destinados á acompañar una carcajada; bien que el semblante conservó su expresión soñolienta y estúpida.

—¡Hola! ¿Eres tú, hijo mío?

Algunos sonidos rcos, que procuraban explicar estas palabras, salieron al fin de la garganta de aquella mujer, con una entonación gangosa; después la cabeza casi rodó sobre su pecho.

—¡Que si he vuelto! (exclamó al cabo de algunos minutos, como si Esteban acabase de decirlo.) Sí, y volveré cien veces, y ciento más, y mil más. ¡Que si he vuelto!.... Sí tal, que he vuelto. ¿Y por qué no?

Reanimada con la insensata violencia con que acababa de expresarse, consiguió ponerse de pié, no sin gran trabajo, y así permaneció con las espaldas apoyadas contra la pared, y procurando dar á su rostro una expresión de desprecio.

—Vengo á vender otra vez todo cuanto tienes, y después volveré y venderé lo que tengas, y repetiré cien veces esta operación (gritó aquella mujer, con un movimiento que participaba de la amenaza, de la orgía y de una danza báquica). ¡Quítate de ahí! (Esteban, con el semblante oculto entre las manos, se había sentado en el lecho.) Quítate de ahí: esa es mi cama, y tengo derecho á acostarme en ella.

La mujer avanzó dando traspiés. Esteban se retiró temblando, y cubriéndose el rostro se fué al otro extremo de la estancia. La mujer se acostó en la cama, y muy pronto se la oyó roncar. Esteban se dejó caer en una silla, de la cual no se levantó más que una vez en toda la noche, y esto para tapar con una manta á aquella mujer, como si le hubiera parecido que las manos con que se cubría el rostro no bastaban á ocultársela, ni aun siquiera en la oscuridad.

CAPÍTULO XI.

No hay remedio.

Los castillos encantados se iluminan de repente, antes de que la pálida mañana permita ver las monstruosas serpientes de humo que se arrastran por encima de Cokeville. El rápido sonido de campanas, y el movimiento de todas las máquinas que hemos comparado á elefantes melancólicos, pulimentados y llenos de aceite, á consecuencia del monótono trabajo del día, empieza sus pesados ejercicios.

Esteban se consagra á sus ocupaciones, tranquilo, atento y sin distraerse nunca. Forma, así como los hombres que viven en aquella selva de trabajos, un extraño contraste con la ardiente, ruidosa y violenta mole mecánica en que trabaja. No tengáis miedo, personas que de todo os atemorizáis; no tengáis miedo de que el arte llegue á hacer olvidar la naturaleza. Poned en cualquier sitio, y al lado una de la otra, la obra de Dios y la obra de los hombres, y aun cuando la primera sólo esté representada por un corto

número de obreros, de gentes sin ningún valor, tendrá en la comparación toda la dignidad de su parte.

Un determinado taller ocupa centenares de obreros, y una sola máquina de fuerza de muchos caballos. Se sabe con diferencia de una libra lo que puede la máquina; pero todos los calculadores de la deuda nacional reunidos no sabrán decirme lo que puede durante un sólo segundo para el bien ó para el mal, para el amor ó para el odio, para el patriotismo ó para la insurrección, para la descomposición de la virtud en el vicio, ó para la transfiguración del vicio en la virtud, el alma de uno solo de aquellos pacíficos trabajadores de semblante tranquilo, de movimientos regulares, y que no son sino servidores humildes de aquella máquina bruta. En la máquina no hay el menor misterio; en el más abyecto de los hombres lo hay siempre impenetrable. ¿No estaría bien que reservásemos nuestra aritmética para los objetos materiales, y buscásemos otros medios para coordinar las terribles cantidades desconocidas? ¿Qué os parece la idea?

El día avanzaba, y se dejó caer en el espacio, á pesar del gas que resplandecía en el interior. Se apagaron las luces, y se continuó trabajando. La lluvia empezó á caer, y las serpientes de humo, sometiéndose á la maldición primera, ex-

tensiva á toda su raza, se arrastraron á flor de tierra.

Esteban dejó el caluroso taller, y se expuso, sudoso y fatigado, al viento húmedo en las calles frías y enlodadas. Se alejó de sus compañeros y de su barrio sin tomar otra cosa que un poco de pan, el cual comía dirigiéndose á la colina en que habitaba su amo. Aquel gentileman vivía en una casa roja, con persianas negras en el exterior y verdes en el interior; una puerta de entrada negra, un umbral con dos escalones blancos, y en el marco, en una plancha de cobre, se leía el nombre de Bounderby con letras que se le parecían mucho, debajo de cuya plancha una bola del mismo metal, que servía de llamador, parecía un punto debajo de una Y.

Mr. Bounderby iba á comer. Esteban estaba seguro de ello, y le preguntó al criado:

—¿Quiere V. decir al señor que desea hablarle uno de sus obreros?

En respuesta á esta embajada, llegó un mensaje á fin de averiguar el nombre del obrero.

—Esteban Blackpool.

No había motivo de queja contra Esteban Blackpool; por lo tanto, podía pasar adelante.

He aquí á Esteban en el comedor. Mr. Bounderby, que apenas le conocía de vista, apuraba con delicia una copa de Jerez. La señora Sparsit hacía media al amor de la lumbre, en la actitud

de una amazona á caballo en una silla de señora con el pié en un estribo de algodón. La dignidad y las ocupaciones de la señora Sparsit no le permitían beber. Asistía á la merienda en su calidad oficial, pero no gustaba cosa alguna, y dejaba ver en la expresión majestuosa de sus desdenes que comprendía las libaciones como otras tantas debilidades.

—Veamos, Esteban (dijo Mr. Bounderby). ¿Qué sucede? ¿Con qué motivo viene V. á mi casa?

Esteban saludó, pero no hizo un saludo serio; los obreros de las fábricas no conocen eso. Á fe mía que no, aunque los tengáis veinte años en vuestra casa. Solamente, por rendir un tributo de tocador á la señora Sparsit, se metió en el chaleco las dos puntas de la corbata.

—Veamos (continuó Bounderby, tomando otro sorbo de Jerez): V. jamás ha cometido falta alguna. V. no forma parte de los calaveras; V. no es de los muchos que quisieran se les hiciese subir en un carruaje tirado por cuatro caballos, que se les alimentase con sopa de tortuga y se les adornase con un collar de oro (Mr. Bounderby pretendía siempre que éste era el objeto único y constante de todo obrero que no se creía tan feliz como un rey), y por consecuencia estoy seguro de que no ha venido V. á esta casa para quejarse; no necesito que V. me lo diga para creerlo.

—No, señor; no he venido aquí para nada de eso.

Mr. Bounderby pareció agradeblemente sorprendido, no obstante la firme convicción que acababa de expresar.

—Muy bien (dijo). Es V. un buen obrero, y yo no me había engañado. Veamos de qué se trata. Puesto que no hay que referirse á eso, diga V. lo que quiera: hable V., hijo mío.

Esteban fijó por casualidad la vista en el sitio que ocupaba la señora Sparsit.

—Si V. quiere me retiraré, señor Bounderby, —dijo aquella señora, pronta á inmolarse, y disponiéndose á sacar los piés del estribo.

Mr. Bounderby la detuvo, extendiendo la mano izquierda, mientras engullía un pedazo de bizcocho. Después dijo á Esteban:

—Ya sabe V. que esta señora ha tenido un nacimiento distinguido, muy distinguido. No debe V. suponer por qué ahora gobierna mi casa, que no ha subido muy alto en el árbol social: me atreveré á decir que ha llegado hasta la copa del árbol social. Así, pues, si tiene V. que decirme algo que no pueda oír una señora bien nacida, se retirará. Si lo que tiene V. que decirme puede oírlo una mujer de su clase, entonces la señora se quedará en el mismo sitio que ahora ocupa.

—Señor, en mi vida he dicho, en mi vida,

nada que no pueda oírlo una mujer bien nacida, —contestó Esteban un poco sonrojado.

—Muy bien (dijo Bounderby, levantándose de la silla y sentándose en una butaca). ¡Adelante! ¡Marchen!

—He venido (empezó Esteban, después de reflexionar un momento, levantando los ojos, que hasta entonces había tenido fijos en el suelo): he venido á pedir á V. un consejo. Lo necesito indispensablemente. Hace diez y seis largos y tristes años que me casé, un lunes de Pascua. Mi novia era una joven obrera muy bonita y de no mala reputación. Pues bien: no tardó en corromperse, y no por culpa mía. Dios sabe que nunca he sido para ella mal esposo.

—Ya he oído hablar de eso (dijo Bounderby). Su mujer de V. se aficionó á la bebida, dejó de trabajar, vendió los muebles de su casa, ha empeñado la ropa de V., y, en fin, ha hecho una porción de diabluras.

—He tenido mucha paciencia.

—Lo cual prueba, en mi opinión, que es V. un tonto, —dijo Bounderby para su vaso.

—He tenido mucha paciencia; he procurado mil veces y de mil maneras traerla al buen camino, pero siempre en balde. ¡Cuántas veces al entrar en mi casa he visto que cuanto poseía en el mundo había desaparecido! ¡Cuántas veces he encontrado á mi mujer tendida en el suelo y

completamente embriagada! Esto no ha sucedido una vez, ni dos, sino veinte.

Cada arruga de su rostro se contraía más y más mientras hablaba, y era un elocuente testimonio de lo mucho que había sufrido.

—Siempre de mal en peor, y al fin me dejé solo. Descendió cuanto podía, y al fin se perdió de la peor manera. Un día volvió. ¿Qué podía yo hacer para impedirlo? Pasé noches enteras paseándome por las calles, por no entrar en mi casa. Me fui al puente con la idea de tirarme al río y acabar con mi vida. He padecido tanto, que, ya lo ve V., estoy hecho un viejo.

La señora Sparsit continuó tranquilamente adelantando en su media, levantó sus cejas á lo Coriolano, y alzó la cabeza, como para decir:

—Los grandes sufren sus pruebas lo mismo que los pequeños. No tiene V. más que dirigirme sus plebeyas miradas.

—Le daba una pensión para que viviese lejos de mí. Cinco años hace que se la pago. He podido reunir algunos muebles en mi casa. He vivido pobre y tristemente, pero al menos no tenía por qué sonrojarme; no temblaba de vergüenza á cada instante de mi vida. Ayer noche fui á mi casa, y me la encontré allí: allí está todavía.

En el exceso de su desgracia y en la energía de su dolor, se irguió un momento, y un relámpago de orgullo iluminó su mirada. Un instante

después permaneció como había estado desde el principio de la entrevista, con las espaldas tan encorvadas como de costumbre, con su rostro pensativo vuelto hacia Bounderby, con cierta expresión extraña, mitad astucia, mitad emba-razo, como si su espíritu se ocupase en resolver algún problema difícil; tenía el sombrero en la mano izquierda, crispada y apoyada en la cadera. La derecha le servía para apoyar sus palabras con ademanes enérgicos, aunque moderados por un sentimiento natural que le imponían las conveniencias: algunas veces permanecía inmóvil cuando el obrero se interrumpía, pero siempre extendida y hablando hasta cuando Esteban no decía nada.

—Ya sabe V. que hace tiempo estoy instruído de todo eso (dijo Bounderby), á excepción de la última escena. Es un asunto muy malo, esta es la verdad; hubiera V. hecho mejor permaneciendo soltero, en vez de haberse casado. En fin, ya es algo tarde para hacer esta advertencia.

—¿Era quizás una unión desigual con respecto á las edades?—preguntó la señora Sparsit.

—Ya oye V. lo que pregunta esta señora. ¿La unión de Vds. fué desigual con respecto á las edades? Feo negocio es ese en que está V. envuelto,—dijo Bounderby.

—Ni aun siquiera puede alegar esa excusa. Yo tenía veintiun años, y ella cerca de veinte.

—¿De veras, señor? (preguntó la señora Sparsit mirando á Bounderby con mucha calma.) Alver unión tan desgraciada, hubiera creído que la habían engañado con respecto á la edad de este obrero.

Mr. Bounderby lanzó á la señora una mirada de soslayo, que tenía un poco de avergonzada; mas para infundirse valor tomó otro vaso de Jerez.

—Y bien: ¿por qué no continúa V. hablando? —preguntó, volviéndose con cierta irritación hacia Esteban Blackpool.

—He venido á preguntar á V., señor, cómo podría librarme de mi mujer.

El atento rostro de Esteban adquirió aún mayor expresión de gravedad.

La señora Sparsit dejó escapar una exclamación sofocada, como para indicar que se había helado moralmente.

—¿Qué quiere V. decir? (exclamó Bounderby, levantándose para apoyar la espalda contra la chimenea.) ¿Á qué viene V. á contar esas cosas? V. tomó á su mujer, según el texto de la escritura, firmada la noche de la boda, *lo mismo para el bien que para el mal.*

—Necesito verme libre de ella. Yo no puedo con tantos sufrimientos. Si he vivido tanto tiempo de esta manera, lo debo á la compasión y á las palabras de consuelo de la mujer más buena

que hay en este mundo y en el otro. Á no ser por ella, hoy sería un loco de atar.

—Querrá estar libre para casarse con la mujer de quien nos habla; mucho lo temo, señor,—observó la señora Sparsit, á media voz, y apesadumbrada con la profunda inmoralidad del pueblo.

—Sí, eso es lo que quiero. Esta señora tiene razón; eso es lo que quiero: iba á decirlo. He leído en los periódicos que las personas de clase (y eso es muy justo, yo no lo censuro) no están sujetas por lazos bastante sólidos, aunque los acepten *para el bien y para el mal* (1); que pueden deshacerse de una unión desgraciada, y volver á casarse. Y, sin embargo, cuando no marchan de acuerdo por causa de incompatibilidad de carácter, tienen más habitaciones de las que se necesitan, y pueden vivir separados: nosotros no tenemos más que una habitación, y no podemos hacer lo mismo. Cuando esto no basta, tienen oro ú otros valores; pueden decir: «esto es tuyo, y esto es mío,» é irse cada uno por su lado: nosotros no lo podemos hacer. Con todo esto, pueden separarse por motivos menos graves que á los que á mí me asisten. ¡Oh! Es preciso que yo me desembarace de esa mujer, y quiero saber el medio más oportuno.

—No hay medio,—respondió Bounderby.

(1) Palabras de la liturgia protestante en Inglaterra.

—Si yo la causo daño, ¿no habrá una ley que me castigue?

—Ciertamente.

—Y si la abandono, ¿no hay una ley también para castigarme?

—Ya se ve que sí.

—Si me caso con la otra mujer, ¿habrá también leyes en contra mía?

—Ciertamente.

—Si vivo con ella sin ser su marido, suponiendo que semejante cosa pudiera suceder, que no sucederá nunca, porque ella es demasiado honrada para eso, ¿habrá una ley para castigarme en cada hijo inocente que tuviera?

—¡Pues no que no!

—Entonces, en nombre del cielo (dijo Esteban Blackpool), decidme una ley que me defienda.

—¡Hum!.... Hay en esas relaciones sociales un carácter de santidad (dijo Bounderby), que.... que.... en una palabra, de esa santidad no se puede prescindir.

—No, no, señor; no siempre se respeta: algunas veces se destruye. Yo no soy más que un pobre obrero; apenas pude mover los brazos me puse á trabajar en una fábrica; pero tengo ojos para ver y oídos para oír. Leo en los periódicos, en las revistas de tribunales, y V. lo leerá también, lo sé con terror, que la supuesta imposibilidad de romper un enlace por ninguna conside-

ración, por ningún precio, ensangrienta el país y produce en las casas de los pobres, luchas, asesinatos y muertes repentinas. Es preciso darnos á conocer nuestro derecho. Estoy en una posición muy triste, y quisiera, sin incomodar á V., conocer la ley que me protege.

—Pues bien; oiga V. lo que voy á decirle (contestó Bounderby, metiéndose las manos en los bolsillos): en efecto, esa ley *existe*.

Esteban, volviendo á su actitud tranquila, y prestando toda la atención posible, hizo una señal con la cabeza.

—Pero no está hecha para V., nada de eso. Cuesta dinero, mucho dinero.

—¿Cuánto podría costar?—preguntó tranquilamente Esteban.

—Primero, tendría V. que intentar un proceso ante el tribunal de doctores en derecho canónico; después habría que intentar otro proceso ante el tribunal de demandas comunes; después otro tercer proceso ante la Cámara de los Lores, y en seguida sería necesario obtener un acta del Parlamento que le permitiese á V. volver á casarse; y admitiendo que el asunto caminase á pedir de boca, supongo que este resultado costaría de veinticinco á treinta mil francos próximamente, ó acaso el doble,—dijo Mr. Bounderby.

—¿Y no hay otra ley?

—Ninguna.

—Entonces, señor (dijo Esteban, que se puso pálido, é hizo un ademán con la mano derecha como para permitir á los cuatro vientos que dispersasen todas las leyes posibles), es una fatalidad. Las leyes son lodazales de un extremo á otro, y valdrá más que me muera, cuanto antes mejor.

La señora Sparsit se escandalizó otra vez con la impiedad del pueblo.

—¡Bah! ¡bah! No diga V. tonterías, buen hombre, á propósito de cosas que no comprendo (exclamó Bounderby); y no llame V. lodazales á las instituciones de su país, so pena de encontrarse en un verdadero lodazal el día menos pensado. Las instituciones del país no son de la incumbencia de V., y lo único que le toca es pensar en su trabajo. Quien ha tomado mujer para el bien como para el mal, no puede desprenderse de ella á su capricho. V. la tomó para que fuese lo que es. Si ahora la esposa se conduce mal, sólo podemos decir que hubiera podido conducirse mejor.

—Esto es un lodazal (exclamó Esteban, ganando la puerta); un verdadero lodazal, y no otra cosa.

—¡Eh! Oiga V. una palabra (continuó Bounderby á manera de despedida). Esas opiniones, que me atreveré á llamar sacrílegas, han ofendido á esta señora. Ya le he dicho á V. que es

una señora muy bien nacida, y que, aunque no los publicó, no ha dejado por eso de tener sus infortunios matrimoniales, y al pié de algunas decenas de millares de libras.... decenas de millares de libras, ¿lo oye V.? V., hasta ahora, no ha sido más que un obrero liso y llano, de muy buena conducta; pero, lo digo francamente, le veo entrar en el camino de la perdición. Sin duda ha prestado V. oídos á algún subvertivo extranjero (no faltan por estos alrededores), y lo mejor que puede V. hacer es olvidar esas simplezas. Ya sabe V..... (aquí las facciones de Mr. Bounderby expresaron una astucia maravillosa) que veo mucho más allá de mis narices, como no podía ser menos con la educación que he recibido, ó, mejor dicho, con la que me he dado. Entreveo en V. síntomas de sopa de tortuga, y viandas con cubierto de oro. Sí, lo entreveo (gritó Mr. Bounderby, moviendo la cabeza con obstinada astucia). ¡Vive lord Harry, que lo entreveo!

Esteban respondió con un movimiento de cabeza muy diferente, y lanzó un suspiro.

—Gracias, señor; páselo V. bien.

Y dejó á Mr. Bounderby mirándose con orgullo en presencia de su propio retrato, colgado en la pared del comedor, en tanto que la señora Sparsit, con un pié en el estribo, continuaba haciendo media, víctima del dolor y la vergüenza que le causaba la inmoralidad del pueblo.

CAPITULO XII.

La vieja.

El pobre Esteban bajó los blancos escalones, cerrando tras de sí la negra puerta, adornada con la placa de cobre y el botón del mismo metal, al que hizo los honores de despedida, frotándolo con la manga de su blusa, cuando observó que el calor de su mano le había empañado el brillo. Atravesó la calle con los ojos fijos en tierra, y se alejaba tristemente, cuando sintió que le tocaban en el hombro.

No era la mano que le tocó la que hubiera podido serla más necesaria en semejante momento, una mano que tuviese el poder de calcular la agitación tempestuosa de su alma, como la de un Dios de amor sublime, y de sublime paciencia, tiene el admirable poder de apaciguar la mar alterada. Y sin embargo, era una mano de mujer la que le detenía. Las miradas del obrero se fijaron en una mujer vieja, alta y bien conservada, aunque arrugada por la edad. Iba vestida con decencia y sencillez, y en sus zapa-

tos se veía el lodo del campo; fácilmente se presumía que acababa de llegar de un viaje. La agitación de sus maneras, á pesar de la mucha animación de las calles; el chal que llevaba puesto, y otro plegado sobre el brazo; el enorme paraguas y el canastillo; los guantes anchos y de largos dediles, á que sus manos no estaban acostumbradas; todo anunciaba una campesina vestida con su traje de los días de fiesta, y siendo en Cokeville una rara aparición, como los días despejados. Todo esto lo observó Esteban con una mirada y con la viva perspicacia de la gente de su clase, y para oír mejor lo que aquella mujer iba á decirle, adelantó el rostro con esa expresión de atención concentrada que se observa en la de un sordo, ó, lo que es lo mismo, en uno de esos infinitos obreros obligados, como Esteban, á trabajar constantemente entre un ruido infernal.

—Dispense V. (dijo la anciana); pero ¿no acaba V. de salir de esa casa? (señaló á la de Bounderby.) Creo que es V., á menos que haya tenido la mala suerte de perder á la persona á quien seguía.

—Sí, señora (replicó Esteban): soy yo.

—¿Ha visto V.?... V. dispensará la curiosidad de una vieja.... ¿Ha visto V. al dueño de la casa?

—Sí, señora.

—¿Y qué aspecto tenía? ¿Le ha parecido á V. robusto, franco y decidido?

En tanto que aquella mujer hablaba bajando y levantando la cabeza para dar más expresión á lo que decía, Esteban creyó recordar que ya la había visto en alguna parte, y que no le había hecho gracia alguna.

—Sí (dijo mirándola con más atención); todo eso parecía.

—Y estará bueno (continuó la vieja); tan sano como una manzana.

—Sí (contestó Esteban). Comía y bebía, grueso y robusto como un bordón, y casi tan sonoro.

—Gracias (dijo la vieja con infinita alegría); gracias.

Era ciertamente la primera vez que Esteban veía aquella vieja. No obstante, tenía como un vago recuerdo de haberla visto, ó al menos de haber soñado con alguna vieja que se le parecía.

La mujer echó á andar á su lado, y el obrero, aceptando con bondad la compañía de la vieja, le habló de diferentes cosas.

—Cokeville es una ciudad muy activa y muy populosa, ¿no es cierto?

—Verdaderamente.

—¿V. viene del campo, según veo?

—Sí; he llegado en un tren expreso esta mañana. Cuarenta millas he andado en el tren expreso esta mañana, y voy á andarlas otra vez

esta tarde. Ya ve V. que para mi edad....—dijo la comunicativa viajera, brillándole los ojos de orgullo.

—Cierto, y no debiera V. viajar tanto....

—Una vez al año nada más. En eso gasto mis economías. Vengo regularmente sólo para pasear por las calles y ver al señor.

—¿Nada más que para verle?

—Eso me basta (replicó la anciana con mucho interés y animación); no pido más que eso. Me he paseado por este lado de la calle para ver salir al señor (añadió, volviendo otra vez la cabeza hacia la casa de Bounderby); pero este año he tardado, y no le he visto; V. salió en su lugar. Así, pues, como tendré que marcharme sin haberle visto, á pesar de no haber venido á otra cosa, me contento con haberle visto á V. é informarme de su salud.

Al pronunciar estas últimas palabras, la vieja miró á Esteban como para fijar en su memoria las facciones del obrero, y sus ojos perdieron algún tanto de su brillo.

Aun haciendo la más amplia concesión á las diferencias del gusto, y sin querer sublevarse contra los patricios de Cokeville, el obrero halló tan extraño que hubiera quien se interesase tanto por Mr. Bounderby, y quien se tomase tanto trabajo por verle, que el fenómeno le preocupó mucho; pero en aquel momento pasaban por de-

lante de la iglesia. Esteban miró el reloj de la torre, y apresuró el paso.

—¿Va V. á su trabajo?—preguntó la vieja, andando más aprisa, sin que por esto se incomodase en lo más mínimo.

—Sí; tengo el tiempo contado.

Cuando dijo en qué fábrica trabajaba, la vieja pareció más sorprendida que nunca.

—¿No es V. muy feliz?—le preguntó.

—Todos tenemos nuestras penas, señora.

Así eludió la cuestión, pues pareciendo que la vieja estaba convencida de que era completamente dichoso, no tuvo valor para desengañarla. Sabía que nunca faltan penas en el mundo; y si la vieja, después de haber vivido tanto tiempo, podía creerle exento de su parte de aflicción, tanto mejor para ella. Á Esteban, ¿qué le importaba?

—V. querrá decir que tiene penas en su casa, ¿no es esto?

—De cuando en cuando,—respondió Esteban de mala gana.

—Pero con un amo como el de V., las penas no le acompañarán hasta la fábrica.

No, no. Sus penas no le seguían hasta allí, según dijo Esteban.

El todo era ordenado; nada había fuera de su lugar. Sin embargo, no se atrevió á añadir, ni aún por darle gusto á la vieja, que estaba en todo

aquello la imagen de la justicia divina; aunque yo he oído en estos últimos tiempos sentar proposiciones casi tan magníficas.

Se encontraban en aquel momento en el oscuro camino de travesía que iba á la fábrica, y llegaba una multitud de obreros. Sonó la campana; la serpiente se desenroscó, y el elefante se disponía á ponerse en marcha. Aquella vieja singular lo admiraba todo, hasta el sonido de la campana: aquella campana tenía un sonido imponente; era lo más agradable que había oído en toda su vida.

Preguntó á Esteban, que se detuvo con brevedad para estrecharle la mano antes de entrar en la fábrica, cuánto tiempo hacía que trabajaba allí.

—Doce años,—respondió.

—Quiero besar la mano al hombre que ha trabajado durante doce años en esta hermosa fábrica.

Y por más que hizo Esteban para impedirlo, le cogió la mano y se la llevó á los labios. Aparte de su edad y de su sencillez, había indudablemente en aquella mujer alguna secreta armonía de que Esteban no se daba cuenta, porque al besarle la mano, ¡cosa extraña!, tenía un aire tan grave y á la vez tan ingenuo y tan conmovedor.

Haría una media hora que trabajaba Esteban,

pensando siempre en la anciana, cuando, mirando casualmente por una ventana próxima, la vió que estaba observando la fábrica, sumida en una admiración profunda. Olvidándose del todo del humo, de la lluvia y sus dos largos viajes, contemplaba el edificio como si el sordo ruido de las máquinas fuese una música melodiosa que enorgullecía.

Desapareció muy luego, y el día con ella; encendieron el gas, y el tren expreso pasó como una centella por delante del castillo encantado. Hacía algún tiempo que los pensamientos de Esteban se habían vuelto á la miserable alcoba de encima de la tienda, y hacia aquella mujer asquerosa que pesaba sobre el lecho, pero aún más sobre su corazón. La máquina detiene su movimiento, palpita con debilidad como un pulso enfermo, y al fin se detiene. La campana suena otra vez; el resplandor y el calor de las luces se disipa; las fábricas dibujan sus formas indeterminadas en la negra y húmeda noche; sus altas chimeneas se alzan en el aire como los rivales de la torre de Babel.

No habían transcurrido más que veinticuatro horas desde que Esteban habló á Raquel y había dado con ella un corto paseo; pero en tan breve espacio le había sucedido una desgracia que sólo Raquel podía consolar, y por esto, y porque sabía cuánto le interesaba oír la única voz que podía

calmar sus penas, se creyó autorizado á esperarla otra vez en la calle, á pesar de que ella se lo había prohibido. Esperó, pero en balde. Raquel había partido ya. De todas las noches del año, aquella era la en que menos podía pasarse sin ver el rostro dulce y cariñoso de su amiga.

¿No hubiera valido más no tener en donde descansar la cabeza, que tener una habitación, y no atreverse á volver á ella por semejante motivo? Comió, sin embargo, y bebió, porque estaba extenuado; pero sin darse cuenta de lo que comía ni de lo que bebía. Después, á pesar de la lluvia glacial, caminó por las calles á la ventura, pensando en su oprobio y en su desgracia, y alimentando sombríos pensamientos.

Jamás se había tratado entre Esteban y Raquel de un nuevo matrimonio; pero hacía muchos años que Raquel le había compadecido; después fué la única persona á quien abrió su corazón, la única á quien hubiera confiado sus penas; sabía que si hubiera sido libre para tomarla por mujer, ella no se hubiera negado. Pensó en el hogar, hacia el que en este caso hubiera podido dirigirse con felicidad y orgullo; en aquella otra unión que hubiera hecho de él otro hombre; en la alegría que entonces hubiera animado su corazón, hoy tan agobiado y tan triste; en el honor, en el respeto, en la tranquilidad de espíritu que entonces hubiera hallado,

y que hoy no encontraba. Pensó en los dulces tiempos de sus primeros años, en el cambio fatal que sufría su alma, cada vez más irritada, en la horrible existencia de un hombre atado de pies y manos á una mujer funesta, y atormentado por un demonio que tomaba la forma de aquel cadáver. Pensaba en Raquel, tan joven cuando las consecuencias de su matrimonio le habían acercado á ella, tan reflexiva ahora y tan cercana á la edad en que se empieza á envejecer. Pensó en todas las jóvenes y en todas las mujeres á quienes había visto casarse; en la resignación con que Raquel, por causa suya, seguía su camino tranquilo y solitario; en la sombra de tristeza que algunas veces había visto en su frente animada, sombra que le llenaba de remordimientos y de desesperación. Evocó el retrato de Raquel para colocarlo frente á frente de la imagen infame que la víspera había encontrado en su casa, y se preguntó si era posible que la existencia terrenal de un ser tan dulce, tan bueno, tan fiel, fuese sacrificada por completo á una criatura tan envilecida.

Lleno de estos pensamientos, tan lleno, que le parecía que su corazón iba á estallar, que no veía nada de lo que pasaba á su alrededor, entró en el asilo de su techo doméstico.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CAPÍTULO XXIV. 1925 MONTERREY, MEXICO

Raquel.

Una luz ardía débilmente en aquella ventana, contra la cual tantas veces se había apoyado la escala negra de que hemos hablado, para que por ella se deslizase lo que hay en el mundo más precioso para una madre, viuda y condenada á trabajar para mantener sus hijos hambrientos. Esteban añadió á sus demás pensamientos la reflexión sombría de que de todas las eventualidades de nuestra existencia terrenal, ninguna nos alcanza de un modo más injusto que la muerte. La desigualdad del nacimiento es poca cosa si á esto se compara. Supongamos que el hijo de un rey y el de un obrero han nacido esta misma noche y á la misma hora: ¿qué importa este contraste al lado de la muerte de una criatura humana útil y adorada de los suyos, de quienes era el único apoyo? ¿Por qué ha de morir un pobre padre de familia, y han de vivir seres como la borracha de la mujer de Esteban?

y que hoy no encontraba. Pensó en los dulces tiempos de sus primeros años, en el cambio fatal que sufría su alma, cada vez más irritada, en la horrible existencia de un hombre atado de pies y manos á una mujer funesta, y atormentado por un demonio que tomaba la forma de aquel cadáver. Pensaba en Raquel, tan joven cuando las consecuencias de su matrimonio le habían acercado á ella, tan reflexiva ahora y tan cercana á la edad en que se empieza á envejecer. Pensó en todas las jóvenes y en todas las mujeres á quienes había visto casarse; en la resignación con que Raquel, por causa suya, seguía su camino tranquilo y solitario; en la sombra de tristeza que algunas veces había visto en su frente animada, sombra que le llenaba de remordimientos y de desesperación. Evocó el retrato de Raquel para colocarlo frente á frente de la imagen infame que la víspera había encontrado en su casa, y se preguntó si era posible que la existencia terrenal de un ser tan dulce, tan bueno, tan fiel, fuese sacrificada por completo á una criatura tan envilecida.

Lleno de estos pensamientos, tan lleno, que le parecía que su corazón iba á estallar, que no veía nada de lo que pasaba á su alrededor, entró en el asilo de su techo doméstico.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CAPÍTULO XXIV. 1925 MONTERREY, MEXICO

Raquel.

Una luz ardía débilmente en aquella ventana, contra la cual tantas veces se había apoyado la escala negra de que hemos hablado, para que por ella se deslizase lo que hay en el mundo más precioso para una madre, viuda y condenada á trabajar para mantener sus hijos hambrientos. Esteban añadió á sus demás pensamientos la reflexión sombría de que de todas las eventualidades de nuestra existencia terrenal, ninguna nos alcanza de un modo más injusto que la muerte. La desigualdad del nacimiento es poca cosa si á esto se compara. Supongamos que el hijo de un rey y el de un obrero han nacido esta misma noche y á la misma hora: ¿qué importa este contraste al lado de la muerte de una criatura humana útil y adorada de los suyos, de quienes era el único apoyo? ¿Por qué ha de morir un pobre padre de familia, y han de vivir seres como la borracha de la mujer de Esteban?

El desgraciado penetró en su casa con el rostro sombrío, con andar perezoso, y conteniendo el aliento. Llegó delante de la puerta, la abrió, y entró en la alcoba.

Habían vuelto la paz y la tranquilidad. Raquel estaba sentada cerca del lecho.

Volvió la cabeza, y la luz de su fisonomía disipó la noche en que estaba sumido el espíritu del obrero. Estaba cerca del lecho, velando y cuidando á una enferma. Esteban comprendió que si había alguien en la cama, no podía ser otra persona que su mujer; pero Raquel había corrido una cortina que le impedía ver á aquella desgraciada, é hizo desaparecer los harapos del vicio para reemplazarlos con sus propios vestidos. Todo ocupaba su respectivo lugar de costumbre; el fuego ardía en la chimenea. Esteban creyó ver todo esto en el rostro de Raquel, y no tuvo necesidad de mirar más. Aquel rostro que contemplaba, se lo ocultaron muy pronto raudales de lágrimas de ternura, que brotaron de sus ojos y oscurecieron su vista; pero ya había tenido tiempo de ver que Raquel le miraba con inquietud, y que también tenía los ojos llenos de lágrimas.

Raquel volvió otra vez la cabeza hacia la enferma, y después de haberse asegurado de que estaba tranquila, habló en voz baja, con tono sosegado y casi alegre.

—¡Cuánto me he alegrado de verte entrar, Esteban! Has tardado mucho.

—Me he paseado por las calles sin saber adónde iba.

—Ya lo había presumido; pero hace muy mal tiempo para pasear. Ruge el viento y está diluviando.

En efecto, la tempestad amenazaba y el viento rugía. ¡Oírle en la chimenea atronar como la tormenta y bramar como el Océano! ¡Haberse hallado en medio de semejante tempestad é ignorar que el viento silbaba! ¡Qué preocupado no estaría Esteban, para no haberse apercibido de ello!

—Esta es la segunda vez que hoy he venido (continuó Raquel). La tendera fué á buscarme á la hora de comer, y me dijo que había aquí una persona enferma que necesitaba asistencia.... Y tenía razón. La enferma está en un delirio permanente, y además, herida.

Esteban se dirigió lentamente hacia una silla, y se sentó, bajando la cabeza tristemente.

—He venido á hacer lo que pudiera, Esteban; primero, porque ella y yo trabajábamos juntas cuando éramos jóvenes, cuando le hacías la corte para casarte con ella y cuando era mi amiga.... Después....

Esteban apoyó su arrugada frente en la mano, lanzando un sofocado gemido.

—Después, porque conozco tu corazón, y estoy segura y cierta de que eres demasiado bueno para querer dejarla; para dejarla morir ó padecer, falta de socorro. Tú sabes quién dijo: «El que de vosotros se crea sin pecado, tire la primera piedra.» No ha faltado quien se las tire á esa infeliz; pero tú no querrás hacer otro tanto, viéndola en un estado tan miserable.

—¡Oh! ¡Raquel! ¡Raquel!

—Has sufrido mucho; que el cielo te lo recompense (dijo con voz conmovedora). Yo soy tu pobre amiga, con todo mi corazón y con toda mi alma.

La herida de que Raquel había hablado estaba, á lo que parece, en el cuello de la mujer perdida, víctima voluntaria de sus asquerosos vicios. Raquel humedeció un paño en cierto líquido que contenía una botella, y lo aplicó á la herida. La mesa de los tres piés estaba cerca de la cama.

Raquel no se hallaba tan lejos como Esteban; éste seguía maquinalmente los movimientos de su amiga, y apenas pudo leer la etiqueta de la botella. Se puso pálido como un muerto, y un súbito horror se apoderó de todo su ser.

—Permaneceré aquí, Esteban, hasta que hayan dado las tres (dijo Raquel, volviendo á sentarse). Á esa hora será preciso volver á humedecer la herida, y entonces podremos dejarla hasta mañana.

—Pero tú necesitas descansar para poder trabajar mañana, amiga mía.

—Anoche dormí bastante. Puedo velar varias noches seguidas, cuando es necesario. Tú eres quien necesita dormir; estás pálido y fatigado. Procura dormirte en esa silla mientras que yo velo. Tu trabajo es más duro que el mío.

Esteban oyó al viento que silbaba y rugía fuera, y le pareció que la ira del elemento rodaba alrededor de la casa, procurando penetrar hasta su lado. Raquel era su ángel custodio, y el infeliz buscaba en ella una defensa contra sí mismo.

—No me ha conocido, Esteban; abre los ojos, pero sin ver nada, y murmura algunas palabras con voz ininteligible. Le he hablado mucho, mucho, pero ella ni siquiera lo ha notado. Quizás haya sido mejor. Cuando vuelva en sí, habré hecho cuanto estaba en mi mano, pero nada sabrá.

—¿Cuánto tiempo crees que permanecerá así?

—El médico ha dicho que mañana recobrará el conocimiento.

Los ojos del obrero se fijaron otra vez en la botella, y volvió á estremecerse, temblando de piés á cabeza. Raquel creyó que aquel estremecimiento era efecto de algún frío adquirido por la lluvia.

—No (dijo), no es eso; es que estoy espantado.

—¡Espantado!

—Sí, sí; desde que entré. Mientras que andaba; mientras que pensaba; mientras que....

Esteban volvió á estremecerse; se levantó apoyándose en la chimenea; se pasó la mano temblorosa por sus cabellos fríos y húmedos, ni más ni menos que si estuviese atacado de parálisis.

—¡Esteban!

Raquel se le acercó; pero Esteban extendió el brazo para detenerla.

—¡No! Quédate donde estás; te lo suplico; quédate donde estás. Que te vea siempre sentada cerca de ese lecho. Que te vea como te he visto al entrar aquí. Nunca podré verte más bien colocada. ¡Nunca! ¡nunca!

Después de un fuerte estremecimiento, se dejó caer en la silla. Al cabo de algún tiempo consiguió calmarse, y apoyando el codo en una de las rodillas y la cabeza en la mano, pudo mirar hacia el lado en que estaba Raquel. Vista á la claridad dudosa de la luz, y al través de sus ojos húmedos, le pareció que tenía una aureola alrededor de la cabeza. Realmente creyó ver, vió aquella aureola mientras el viento sacudía la ventana, agitaba la puerta de la escalera, y rodeaba la casa bramando y lamentándose.

—Esteban, cuando se sienta mejor, te dejará probablemente tranquilo, y no te causará molestia alguna. ¿Qué perdemos en esperararlo así?

Y ahora voy á callarme, porque quiero verte dormir.

Esteban cerró los ojos, más bien por complacer á Raquel que por descansar su fatigada cabeza; pero poco á poco dejó de oír el ruido del viento irritado, ó más bien el ruido se cambió en otro semejante al de su oficio ó al de las demás voces que escuchaba durante el día, incluso la suya, con las mil palabras que realmente habían pronunciado. Pero muy luego aquel débil sentimiento de la existencia acabó también por desaparecer, y Esteban cayó en un sueño agitado.

Soñó que él y otra persona á quien desde mucho tiempo atrás había entregado su corazón (pero no era Raquel, lo cual le sorprendió aun en medio de su felicidad imaginaria), se hallaba en la iglesia, y que el sacerdote los unía. Mientras se celebraba la ceremonia y reconocía entre los testigos á algunos individuos que vivían aún, y á otros que habían muerto, reinaba en la iglesia una oscuridad profunda, á la que sucedieron de pronto torrentes de luz. Aquella luz brotaba de una línea de la tabla que contenía los diez mandamientos, colocada encima del altar, y sus palabras iluminaban el edificio. Resonaban también en la iglesia como si sus letras de fuego hubiesen tenido voz. Entonces cambió la escena que se ofrecía á su vista, y no quedó de ella

nada, nada, más que él y el sacerdote. Era pleno día, y se hallaba ante una muchedumbre tan numerosa, que acaso no hubiera sido mayor reuniendo á todos los habitantes del mundo en el mismo espacio; todos los espectadores le contemplaban con horror; no había una sola mirada benévola ó simpática entre los millones de ojos fijos en su semblante. Se hallaba en una plataforma, y alzando la vista para reconocer el sitio, oyó que recitaban distintamente el oficio de difuntos, y comprendió que estaba allí como condenado á muerte. Un minuto después se derribó la plataforma, y se vió perdido.

¿Por qué circunstancia misteriosa pudo resucitar y frecuentar de nuevo los sitios que conocía? No podía explicárselo; pero lo cierto es que había vuelto á la vida llevando consigo su condena, que consistía en no ver más á Raquel; en no oír más su voz en este mundo ni en el otro, en toda la duración inconcebible de la eternidad. Errante aquí y allí incesantemente, sin esperanza, buscando sin saber qué, pues sabía sólo que estaba condenado á buscar, se sentía poseído de un terror horrible, sin nombre; tenía miedo de una sombra fatídica que le perseguía incesantemente. Todo cuanto miraba, tomaba más tarde ó más temprano aquella forma. El único objeto de su miserable existencia era impedir que aquella muchedumbre la reco-

nociese. ¡Preocupaciones inútiles! Si conducía á los curiosos fuera de una sala en que la sombra se hallase; si cerraba cualquier sitio ó lugar en que se recogía, y lograba hacerlos salir á la calle, hasta las mismas chimeneas se transformaban en otras tantas sombras.

El viento volvía á rugir; la lluvia corría por los techos; y los grandes espacios al través de los cuales Esteban había vagado hasta entonces, se estrecharon entre las cuatro paredes de su alcoba. Nada había cambiado de lugar desde que cerró los ojos; sólo el fuego de la chimenea se había extinguido. Raquel parecía dormitar en una silla, no lejos de la cama. Dormía envuelta en su chal y completamente inmóvil. La mesa estaba en el mismo sitio, y sobre la mesa se hallaba, en su proporción y su aspecto real, la forma que tantas veces había visto en sueños.

Creyó que la cortina se agitaba. Miró otra vez, y vió que se agitaba en efecto. Vió una mano que adelantaba y parecía buscar algo á tientas. Después la cortina se agitó más sensiblemente, y la mujer que ocupaba el lecho se incorporó.

Los ojos desolados, perdidos, espantados, que aquella mujer paseó alrededor de la alcoba, pasaron sin detenerse por el rincón en que Esteban dormía en la silla; pero muy luego sus miradas volvieron á pasar por aquel sitio, y se sirvió de

la mano como de una pantalla para examinar al obrero con más detención. Otra vez aún volvió á mirar toda la alcoba, sin que al parecer reparase en Raquel, y fijó los ojos en Esteban, haciendo nuevamente una pantalla de la mano, buscándole con un instinto brutal, que le decía que allí estaba el obrero. Esteban comprendió que en aquellas facciones ajadas por el vicio, y en el espíritu que respiraba en aquel cuerpo, no quedaba ya ningún rastro de la mujer con quien se había casado diez y ocho años antes. Si no la hubiese visto descender paso á paso hasta aquel extremo de degradación, no hubiera podido persuadirse de que era aquella misma la mujer.

Todo aquel tiempo, como si hubiese estado bajo la influencia de un encanto, permaneció inmóvil y reducido á la impotencia. No podía hacer otra cosa que mirarla.

Permaneció sentada algún tiempo, con las manos á la altura de las orejas, y abandonada á un sueño idiota ó á reflexiones que no lo eran menos. Apoyada así la cabeza, empezó á hacer un examen de la alcoba, y entonces, por primera vez, sus ojos se fijaron en la mesa en que estaban las botellas. En seguida dirigió á Esteban otra mirada, en que se repetía el desafío de la víspera, y extendió su mano ávida con lentitud y precaución. Se apoderó de una taza, y permaneció algunos minutos inmóvil, no sabiendo qué

botella elegir. Al fin se apoderó, en un arrebato de insensatez, de la que contenía una muerte pronta y segura, y en los ojos mismos de Esteban quitó el tapón con los dientes.

Sueño ó realidad, Esteban no pudo pronunciar una palabra; más aún: le fué de todo punto imposible moverse.

Si el peligro es real, y la última hora de esa infeliz no ha sonado, ¡despiértate, Raquel, despiértate!

La enferma demostró un gran miedo. Miró á Raquel; después, con mucha lentitud y con mucha precaución, cogió la taza, y muy luego la llevó á sus labios. Un instante más, y nada podría salvarla, aunque el mundo entero corriera en su socorro. Pero en el mismo momento, Raquel se lanzó á ella exhalando un grito. La infortunada hace violentos esfuerzos, da una bofetada á Raquel, y la sujeta por los cabellos; pero Raquel se apodera de la taza.

Al fin pudo Esteban romper el encanto y levantarse.

—Raquel, no sé si estoy soñando ó despierto. ¡Qué horrible noche!

—¿Pues qué pasa, Esteban? Nada ha sucedido. Yo me dormí también.... ¡Silencio! Oigo un reloj....

Ei viento llevó hasta la ventana el sonido del reloj de la iglesia vecina. Prestaron atención, y

oyeron las tres. Esteban miró á su amiga; observó su palidez; vió que sus cabellos estaban en desorden, y reparando que tenía en la frente sangrientas señales de las uñas de su mujer, se convenció de que cuanto había visto y presenciado era real y verdadero. Además, Raquel tenía aún la taza en la mano.

—Estaba segura de que pronto habían de dar las tres (dijo vertiendo en la botella tranquilamente el contenido de la taza, y humedeciendo el lienzo, como ya lo había hecho antes). Cada vez estoy más contenta de haberme quedado aquí.... Nada hay que hacer en administrándole esta medicina. ¿No ves qué tranquila está? Hay que tener mucho cuidado con esta droga, porque una pequeñísima porción puede causar la muerte.

Diciendo esto, vació la botella en las cenizas, y la rompió después contra la chimenea.

Sólo le faltaba envolverse bien en su chal, antes de exponerse al viento y la lluvia.

—La hora es muy avanzada, y me permitirás que te acompañe.

—No, Esteban; la distancia es muy corta, y en menos de cinco minutos estoy en casa.

—¿No tienes miedo de dejarme solo con ella?—le preguntó el obrero en voz baja, mientras se dirigían á la puerta.

—¡Esteban!—le dijo Raquel, mirándole cariñosamente.

Esteban se hincó de rodillas en aquella pobre y miserable escalera, y llevando á sus labios el extremo del chal de Raquel, exclamó:

—¡Eres un ángel! Dios te bendiga.

—No; soy únicamente, como te he dicho, una amiga muy cariñosa. No me parezco en nada á los ángeles. Entre ellos y una obrera llena de defectos, media un abismo profundo. Mi hermana pequeña sí está entre ellos; pero es porque cambió de vida.

Raquel abrió un momento los ojos al pronunciar estas palabras; después volvió á bajar su vista con toda su bondad y su dulzura, fijándose en el rostro del obrero.

—También tú has hecho que cambie mi vida. Tú me haces que desee humildemente parecerme, más y más, á ti, por no perderte, al menos cuando salgamos de este mundo, y desaparezcan tantas miserias. Eres un ángel, y no sabes que quizás has salvado mi alma de la perdición.

Raquel miró al obrero arrodillado á sus piés y teniendo entre las manos el extremo de su chal, y la reconversión que iba á dirigirle espiró en sus labios, cuando reparó en aquellas facciones agitadas.

—Entré con el corazón henchido de rabia, desesperado al pensar que por haber pronunciado una palabra de queja, se me ha tenido por un

hombre sin juicio. Ya te dije que he tenido miedo, y la única causa fué la botella, el veneno que vi sobre la mesa. Nunca he hecho daño á alma alguna viviente; pero al fijar los ojos en la botella, me ocurrió un pensamiento.... ¿Quién sabe lo que hubiera podido ser de ella, de mí, acaso de los dos?....

Pálida de terror, Raquel tapó con ambas manos la boca de Esteban, como para impedirle que pronunciase una sola palabra más.

Esteban se apoderó de aquellas manos, y estrechándolas entre las suyas, continuó con rapidez:

—Raquel, ¡te he visto tan cerca del lecho! Te he visto toda esta noche. Durante mi sueño sabía que estabas allí.... Te veía, aun teniendo los ojos cerrados. No la volveré á ver; nunca pensaré en ella sin figurarme que estás á su lado. No volveré á ver, no pensaré nunca en una cosa que me irrite, sin figurarme que estás junto á mí para devolverme la calma. Y del mismo modo procuraré esperar, procuraré tener confianza en el porvenir, en la época dichosa en que tú y yo nos iremos juntos muy lejos, más allá del golfo profundo, á ese país que habita tu hermana.

Esteban volvió á besar las puntas del chal de Raquel, y la dejó partir. Ella se despidió con voz agitada, y salió á la calle.

El viento soplaba á la parte en que el día iba á aparecer muy pronto, y continuaba rugiendo. Las nubes se habían dispersado; la lluvia corría á regar otras regiones, y las estrellas brillaban en el cielo. Esteban salió también á la calle, y vió que Raquel se alejaba rápidamente. Lo que el resplandor de las brillantes estrellas era al lado de la luz descolorida de la vela que ardía en la ventana, era Raquel en la inculta imaginación del obrero al lado de todas las ocupaciones diarias de su vida.

CAPÍTULO XIV.

El gran manufacturero.

El tiempo andaba acompasado y medido en Cokeville, ni más ni menos que una de las máquinas de la ciudad; tantos materiales en bruto almacenados, tanto combustible consumido, tanta fuerza empleada, tanto dinero ganado. Pero menos inexorable que el hierro, el acero ó el cobre, traía sus estaciones variadas hasta en aquel desierto de humo y carbón de piedra, lo cual era la única oposición que jamás se había osado hacer en aquella ciudad de uniformidad odiosa.

—Luisa será muy pronto una muchacha casadera,—dijo M. Gradgrind.

El tiempo, gracias á una máquina que posee de fuerza no sé cuántos caballos, proseguía su tarea, sin prestar la menor atención á lo que decía éste ó el otro; y en el momento en que hablamos había construído al joven Tomás, que tenía un pié más alto que en la época en que Mr. Gradgrind se había dignado reparar en este producto.

—Tomás será muy en breve un joven en toda la extensión de la palabra,—dijo Mr. Gradgrind.

El tiempo continuó perfeccionando á Tomás en su fábrica inmensa, y he aquí al joven Tomás convertido en un hombre hecho y derecho.

—Verdaderamente (dijo Mr. Gradgrind), ha llegado el momento de que Tomás entre en casa de Mr. Bounderby.

El tiempo, encargándose de Tomás, lo pasó al escritorio de Bounderby, lo instaló en la casa de Bounderby, le obligó á hacer uso por primera vez de una navaja de afeitar, y le ocupó en una multitud de cálculos concernientes á su propio individuo.

El tiempo, ese gran manufacturero, que tiene siempre entre manos una inmensa tarea más menos en disposición de que la abandone al consumo general, elaboró á Ceci en su fábrica, y á te mfa que hizo de ella un artículo excelente.

—Me parece, Jupe (dijo Mr. Gradgrind), que es inútil que continúes yendo á la escuela; al menos me lo temo mucho.

—Yo también me lo temo, señor,—respondió Ceci, haciendo una reverencia.

—No te ocultaré, Jupe (añadió Gradgrind frunciendo el entrecejo), que el resultado de esta prueba ha defraudado mis esperanzas, las ha defraudado completamente. Estás muy lejos de haber adquirido bajo el poder de Mr. Mac-Choc-

kumchild la suma de conocimientos exactos con que yo contaba. Has adelantado muy poco en los hechos. Tus ideas acerca de la aritmética son muy limitadas. Estás muy atrasada; mucho más de lo que hubiera creído.

—Lo siento mucho, señor (replicó la joven); pero sé que todo es verdad. Y sin embargo, he puesto de mi parte cuanto podía.

—Sí (dijo Mr. Gradgrind); sí, creo que no ha sido por falta de voluntad; te he observado, y en cuanto á eso, no tengo por qué quejarme.

—Gracias, señor; algunas veces me había ocurrido... (Ceci se había hecho muy tímida), que he procurado aprender muchas cosas, y que si hubiera procurado aprender algunas menos, quizá podría....

—No, Jupe, no (dijo Mr. Gradgrind moviendo la cabeza con su aire más grave y más eminentemente práctico). No; el método que V. ha seguido está indicado en un sistema, y el sistema es inmejorable. Me veo, pues, en el caso de suponer que las circunstancias de la educación que V. había recibido han sido desfavorables al desarrollo de su razón, y que hemos empezado muy tarde. Sea como quiera, según decía hace un instante, he visto defraudadas mis esperanzas.

—Señor, quisiera que estuviese en mi mano recompensar más dignamente los beneficios que V. ha dispensado á una niña abandonada, y que

no tenía ningún derecho á tan generosa protección.

—No llore V. (dijo Mr. Gradgrind): no llore V. Yo no me quejo. V. es una joven muy buena, afectuosa, modesta, y.... y será necesario que nos contentemos con eso.

—Gracias, señor; muchas gracias,—dijo Ceci, haciendo una reverencia en señal de gratitud.

—V. es muy útil á mi mujer, y, en general, presta una infinidad de servicios á mi familia; eso me lo dice á cada instante la señorita Luísa, y yo también lo había observado. Espero, pues, que hará V. lo posible para ser dichosa en estas nuevas relaciones.

—Nada tendría que desear, si....

—Comprendo (dijo Mr. Gradgrind); alude V. otra vez á su padre. He sabido por la señorita Luísa que guarda V. todavía aquella famosa botella. Pues bien.... Si los estudios que ha hecho V. para llegar á resultados exactos le hubiesen aprovechado más, hoy sabría á qué atenerse respecto á eso. No diré una palabra más sobre esta cuestión.

En el fondo, Mr. Gradgrind quería demasiado á Cecilia para dejar de hacer caso, pues de otro modo estimaba en tan poco las disposiciones aritméticas de su protegida, que no hubiera dejado de despreciar su inteligencia. De todas maneras, se le había metido en la cabeza que había

en aquella niña alguna cosa imposible de avenir con sus cuadernos y sus tablas de numeración. Su capacidad para la definición hubiera podido valuarle en una cifra muy baja; sus conocimientos matemáticos podían reducirse á cero; sin embargo, Mr. Gradgrind se preguntó cómo hubiera obrado para dividirla en categorías, en el caso de verse precisado á hacerla figurar en las columnas de un informe oficial para la estadística.

Llegando á cierto punto en su manufactura del tisú humano, el tiempo emplea muy rápidos procedimientos. El joven Tomás y Ceci habían llegado á aquel punto de su fabricación; estos cambios se habían verificado en uno ó dos años, mientras que el mismo Gradgrind parecía permanecer estacionario y no sufrir ninguna alteración.

Sin embargo, había que exceptuar una, que nada tenía que hacer con su progreso al través de la trama del tiempo. Este fabricante se había lanzado en la pequeña máquina bastante ruidosa y bastante sucia de un colega, para hacerle elegir diputado en el Parlamento por el distrito de Cokeville: para convertirlo en uno de esos miembros respetables afectos á las cuentas por ochavos, maravedises y céntimos; un representante de la tabla de multiplicación; uno de esos honorables *gentlemen* que son mudos; uno de

esos gentlemen que son ciegos; uno de esos honorables gentlemen que son cojos; uno de esos honorables gentlemen que se hacen el muerto cuando se trata de otra cosa que no sea contar y medir, afortunadamente para nosotros. Sin esto, ¿valdría la pena de haber venido al mundo en tierra cristiana más de mil ochocientos y pico de años después que nuestro divino Maestro?

Durante este tiempo, Luisa adelantaba también por su parte, siempre tranquila y reservada, siempre tan constante en mirar á la hora del crepúsculo las chispas rojas que brotaban de la lumbre y se extinguían en el hogar, y apenas había llamado la atención de su padre desde la época en que éste le dijo que ya parecía una mujer. Gradgrind creía que esta época era ayer, cuando un día, en que menos lo esperaba, observó que ya no lo parecía, sino que realmente lo era.

—Sí, no hay duda; es ya una mujer (dijo Mr. Gradgrind con tono pensativo). ¡Lo que es la vida humana!

Poco después de este descubrimiento, Gradgrind estuvo más pensativo que de costumbre durante varios días, y parecía muy preocupado con algún proyecto. Cierta noche, en el momento en que iba á salir, y en ocasión de darle Luisa un beso, porque volvería muy tarde y ya no contaba con verle hasta el día siguiente, la co-

gió en sus brazos, y mirándola con la expresión más cariñosa, la dijo :

—Mi querida Luísa; ya eres una mujer.

—Es verdad, papá.

Luísa contestó con la misma mirada rápida y recelosa que le dirigió el día en que fué sorprendida en el circo; después bajó los ojos.

—Hija mía (dijo Mr. Gradgrind); quisiera hablarte muy formalmente, y en particular. ¿Quieres ir á mi gabinete mañana temprano, después de almorzar?

—Bien, papá.

—Tienes las manos algo frías, Luísa. ¿No estás buena?

—Muy buena, papá.

—¿Y contenta?

Luísa volvió á mirarle, y respondió con la sonrisa que le era peculiar:

—Tan contenta como de costumbre; tan contenta como no lo he estado nunca.

—Me alegre,—dijo Mr. Gradgrind.

En seguida le dió un beso, y salió. Luísa volvió á aquella estancia informe, que se hubiera tomado por una peluquería, y con el codo apoyado en la mano izquierda, se puso á mirar las chispas efímeras, que se transformaban en cenizas con tanta rapidez.

—¿Estás ahí, Luísa?—preguntó su hermano, apareciendo en la puerta.

Tomás se había convertido en un joven de mundo, y, francamente, su traza no era la más propia de un hombre seductor.

—Querido Tomás (le dijo Luísa, levantándose y abrazándole). ¡Cuánto tiempo has estado sin venir á verme!

—Es que tengo ocupadas todas las noches, Luísa, y durante el día no hay que pensar en que Bounderby me conceda dos minutos de libertad. Afortunadamente tú me sirves para hacerle escuchar la razón cuando se desmanda; de este modo conseguimos no traspasar los límites. Dime, Luísa: ¿te ha hablado papá ayer ú hoy?

—No; pero me ha dicho que deseaba hablarme mañana.

—Bueno: sin duda será de lo que yo he pensado. ¿Sabes adónde ha ido esta noche?

Tomás parecía interesarse mucho en esta pregunta.

—No.

—Entonces, voy á decírtelo. Está con el viejo Bounderby. Tienen en el escritorio una verdadera conferencia en toda regla. ¿Y con qué objeto en el escritorio?, me preguntarás. Vas á saberlo: según creo, para que no pueda oírlos la señora Sparsit.

Apoyándose en el hombro de su hermano, Luísa continuó mirando el fuego. Tomás consultó el semblante de su hermana con mucho

más interés que de costumbre, y pasándole el brazo alrededor de la cintura, se acercó más á ella cariñosamente.

—¿Me quieres mucho, no es verdad, Luísa?

—Sí, mucho, aunque estás tanto tiempo sin venir á verme.

—Pues bien, hermana de mi vida; en eso precisamente estaba pensando. Podríamos vernos con mucha más frecuencia, ¿no es verdad? Sería una ventura para mí, si pudieras decidirte á lo que yo sé. ¡Oh!; una ventura inestimable.

El aire pensativo de Luísa desorientó completamente á Tomás en su examen. Nada le revelaba aquel semblante impasible. La estrechó contra su corazón y la besó en la mejilla: ella le devolvió el beso, pero sin dejar de mirar á la chimenea.

—Oye, Luísa: creí que al pasar por casa debía decirte algo acerca del complot que se imagina, aunque supuse que ya lo habrías adivinado, sin necesidad de que papá te hubiese instruído de ello. Ahora tengo que irme, porque he citado á algunos amigos para esta noche. No olvidarás nunca que me quieres mucho.

—No, querido Tomás; no lo olvidaré.

—Eres una muchacha excelente. Adiós, Luísa.

Su hermana se despidió de él afectuosamente, y le acompañó hasta el camino en que se veían las luces de Cokeville, que enrojecían el

horizonte lejano. Luísa permaneció inmóvil, con los ojos fijos en aquellos vagos resplandores, y escuchando el ruido de los pasos de Tomás, que se alejaba. Tomás corría, como si estuviese impaciente por alejarse de Pierre-Loge. Ya estaba lejos y no se oían sus pasos; pero Luísa permanecía de pié en el mismo lugar. Parecía que procuraba descubrir, primero en el resplandor de su propia chimenea, después en la espesa humareda que despedían las de la ciudad, qué nueva traería el anciano tiempo; el mayor y más antiguo de los tejedores iba aún á tejer con los mismos hilos de que se había servido para formar una mujer. Pero la fábrica de este anciano está oculta, no se sabe dónde. Sus máquinas no hacen ruido, y sus obreros son sordo-mudos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1940. 3625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO XV.

Padre ó hija.

Aunque Mr. Gradgrind no se parecía á Barba-azul, su gabinete tenía todo el aire de una habitación azul, visto el sinnúmero de extractos de sesiones del Parlamento, que, como es sabido, se imprimen en papel de aquel color. Todo lo que los informes oficiales pueden probar, y en realidad os probarán cuanto gustéis, estaba demostrado en aquel regimiento de libros. En aquella sala encantada, las más complicadas cuestiones sociales estaban adicionadas, totalizadas y reglamentadas, para siempre jamás. ¡Si hubieran podido sospecharlo aquellos á quienes esto podía interesar! Semejante á un astrónomo que hiciera construir un observatorio sin ventanas, y se instalase en él, para arreglar con una pluma, tinta y papel el mundo de las estrellas, mister Gradgrind, instalado en su observatorio, sin necesidad de dirigir una mirada á los mil mamotretos que tenía á su alrededor, podía arreglar á

capricho la suerte del universo, y enjugar todas las lágrimas con un pedazo de pan.

Hacia aquel observatorio, habitación severa adornada con un reloj de pared, cuyo monótono aspecto tenía algo de estadístico, encaminó Luisa sus pasos la mañana en cuestión. Una de las ventanas daba vista á Cokeville, y cuando la joven se sentó cerca de la mesa de su padre, reparó en las altas chimeneas y las extensas nubes de humo que aparecían en el triste horizonte á que daban sombra.

—Mi querida Luisa (empezó diciendo mister Gradgrind); lo que ayer te dije ha debido prepararte á prestar seria atención á lo que tenemos que discutir juntos. Has sido tan bien educada, y me complazco en reconocerlo; haces tanto honor á la educación que has recibido, que tengo la más completa confianza en tu buen juicio. No eres apasionada, no eres novelesca, estás acostumbrada á mirarlo todo con la tranquila imparcialidad de la razón y del cálculo. Estoy seguro que de este modo mirarás y considerarás la revelación que voy á hacerte.

Gradgrind esperó un momento, como si hubiese deseado que Luisa respondiera cualquier cosa; pero Luisa no pronunció una sola palabra.

—Luisa, hija mía; eres objeto de una proposición de matrimonio que me han dirigido.

Gradgrind volvió á esperar, y tampoco esta

vez tuvo por conveniente Luisa decir una sola palabra. Tanto admiró este silencio á su padre, que volvió á repetir dulcemente :

—Una proposición de matrimonio, hija mía.

Entonces contestó Luisa, sin manifestar la más ligera emoción :

—Ya lo he oído, padre mío. Le aseguro á V. que no pierdo ni una palabra.

—Vamos (dijo Mr. Gradgrind, que empezó á sonreír después de haber permanecido confuso un momento) : nunca pensé que fueses tan dueña de dominar tus sentimientos ; pero quizás estarías ya preparada á oír esta revelación, que me comprometí á poner en tu conocimiento.

—Preparada ó no, quiero que V. me lo diga todo : quiero que no me oculte V. nada.

¡Cosa extraña! En aquel instante, el mismo Mr. Gradgrind estaba menos tranquilo que su hija.

Cogió un cuchillo de rasgar papel, le dió mil vueltas entre las manos, lo dejó otra vez en la mesa, volvió á cogerlo, y paseó su vista por la hoja una y otra vez, antes de hallar la fórmula más conveniente para continuar la conversación.

—Lo que acabas de decir, mi querida Luisa, no puede ser más razonable. He prometido hacerle saber.... En una palabra : Mr. Bounderby me ha anunciado que hace mucho tiempo ha seguido tus progresos con una satisfacción y un

interés singulares, y que también hace mucho tiempo que esperaba el día en que pudiera ofrecerte su mano de esposo. Este día, que ha esperado con tanta impaciencia, con tanta constancia, ha llegado por fin. Me ha pedido tu mano, y me ha rogado que te haga presente su súplica, en la esperanza de que la acogerás favorablemente.

El padre y la hija se callaron. El reloj, lúgubremente estadístico, dió la hora ; la humareda lejana parecía más negra y más sombría.

—Padre (dijo al fin Luisa) : ¿cree V. que yo amo á Bounderby?

Esta inesperada pregunta embarazó mucho á Mr. Gradgrind.

—En verdad, hija mía (respondió) ; en verdad que.... no me atrevo á contestar á esa pregunta.

—Padre (prosiguió Luisa con la misma entonación de voz) : ¿exige V. que ame á Bounderby?

—Hija mía, no, no ; yo nada exijo.

—Padre (insistió la joven) : ¿exige Mr. Bounderby que le ame?

—En verdad, hija mía, que es muy difícil contestar á esa pregunta.

—¿No se la puede contestar terminantemente con un sí ó un no?

—Ciertamente, hija mía.... porque... (Aquí comprendió la necesidad de demostrar algo, y

se detuvo.) Sí, Luisa (continuó); porque la respuesta depende esencialmente del sentido que demos á la palabra empleada. Ni Mr. Bounderby se hace la injusticia, ni te la hace á ti, de aspirar á lo novelesco, á lo fantástico, ó.... (empleo términos sinónimos), á lo sentimental. Mr. Bounderby no hubiera aprovechado las ocasiones que ha tenido viéndote crecer y desarrollarte á su presencia, y no puede olvidarse lo que debe á tu buen sentido y al suyo, hasta el punto de considerar las cosas bajo un punto de vista tan ridículo. Y me parece que la expresión de que te has valido no es en este momento la propia.

—¿Y qué otra quiere V. que emplee en su lugar, padre mío?

—Yo te aconsejaría (continuó Mr. Gradgrind, que ya había conseguido hacerse dueño de todos sus recursos); yo te aconsejaría, puesto que me consultas, que abordases la cuestión como estás acostumbrada á abordar todas las demás cuestiones; es decir, como un hecho positivo. Los ignorantes y los atolondrados podrían extraviar un hecho de este género con una infinidad de extrañas fantasías y otros absurdos que en el examen real no tienen existencia, absolutamente ninguna existencia. Pero no te lisonjeo diciéndote que tú no cometes semejantes errores. Véamos ahora cuáles son los hechos de que se trata. Pongamos que tienes en cifra redonda

veinte años; pongamos que Mr. Bounderby tiene del mismo modo cincuenta. Existe alguna desproporción en vuestras respectivas edades; entre vuestra fortuna y vuestra posición respectiva, no existe ninguna diferencia: al contrario, en este punto sois completamente iguales. Sólo se trata de saber si aquella desproporción basta para producir un obstáculo al matrimonio.

»Antes de considerar esta cuestión, no sería importuno consultar la estadística de los casamientos, tal como ha podido formarse hasta el día en Inglaterra y en el condado de Gales. Encuentro, consultando las cifras, que un gran número de estos matrimonios se han contraído por individuos de edades altamente desiguales, y que en una proporción de tres cuartas partes, el mayor de los contrayentes ha sido el marido. Un hecho notable, pues prueba cuán extendida está esta ley de que te hablo, es que entre los indígenas de nuestras colonias de las Indias y también entre los pueblos de la China, incluso los calmukos y tártaros, las cifras comunicadas hasta hoy por los viajeros más dignos de crédito, dan un resultado completamente igual. La desproporción á que he aludido, deja, pues, en cierto modo de ser esa desproporción, y moralmente se encuentra poco menos que destruída.

—¿Y qué palabra me aconseja V. que emplee,

padre mío (preguntó Luísa, en quien aquellos resultados satisfactorios no alteraron la calma y la reserva), para sustituir la frase de que me he valido hace un momento, la frase impropia?

—Luísa (replicó su padre), me parece que nada hay más sencillo. Limitándote al examen estricto del hecho, el problema que tienes que resolver es el siguiente: ¿Mr. Bounderby pide mi mano? Sí la pide: luego ¿debo casarme con él? Me parece que nada es más sencillo que todo esto.

—¿Debo casarme con él?—replicó Luísa con imperturbable sangre fría.

—Justamente. Y me es muy agradable, como padre, pensar que no emprendes el examen de esta cuestión, movida por las ideas y las costumbres de la mayor parte de las jóvenes de tu edad.

—En efecto, papá (contestó Luísa); tiene V. mucha razón.

—Á ti te toca decidir ahora (dijo Mr. Gradgrind). Te he expuesto el hecho como lo ponen los espíritus prácticos; te he dicho también que Bounderby ha dirigido á tu madre y á mí sus pretensiones á un mismo tiempo. En cuanto á lo demás, mi querida Luísa, tú eres quien debe decidir.

Desde que empezó la conversación, Luísa no separó los ojos de su padre, mientras éste, respaldándose en el sillón, y clavando á su vez en su hija una mirada penetrante, hubiera podi-

do observar en ella un momento, un solo momento de vacilación, en que se sintió impulsada á arrojarle al cuello de su padre, y á confiarle las emociones de su corazón, duramente torturado. Mas para ver esto, hubiera sido preciso que Mr. Gradgrind saltase á piés juntos por encima de las barreras sociales que alzaba desde tanto tiempo atrás entre él y esas esencias sutiles de la humanidad; que escaparán siempre á la penetración de los ingenios más privilegiados en el álgebra, hasta el momento en que el sonido de la trompeta suprema haga entrar en la nada al álgebra misma. Las barreras eran muy altas y muy numerosas, y Gradgrind no podía salvarlas de un solo salto. Gracias á la expresión impasible, utilitaria y práctica de su fisonomía, reprimió el impulso de la joven, y la ocasión se precipitó en el golfo sin fondo del pasado, para mezclarse á tantas otras ocasiones perdidas y ahogadas por el tiempo. Dejando de mirar á su padre, Luísa permaneció tan largo espacio contemplando la ciudad sin decir una palabra, que Mr. Gradgrind preguntó al fin:

—¿Estás consultando con las chimeneas de las fábricas de Cokeville, Luísa?

—Ahí no hay en apariencia más que una humareda perezosa y monótona; sin embargo, cuando llega la noche, el fuego resplandece, padre mío,—respondió Luísa, volviéndose con viveza.

—Todo el mundo sabe eso, Luisa. No veo en qué pueda estar relacionada tu observación con lo que estamos hablando.

Preciso es hacerle la justicia de conceder que ni remotamente veía esta relación. Luisa dispuso sus observaciones mediante un ademán imperceptible, y fijando toda la atención en su padre, continuó:

—Papá, muchas veces he pensado que la vida es muy corta.

Esto entraba tan esencialmente en el dominio de Gradgrind, que interrumpió á su hija diciendo:

—Sin duda es muy corta, hija mía: sin embargo, está demostrado que la duración de la vida humana ha aumentado durante estos últimos años. Los círculos de diversas compañías de seguros sobre la vida, y de compañías de rentas vitalicias, ha establecido positivamente el hecho como un resultado irrecusable.

—No hablo de mi propia vida, papá.

—¡Oh! ¿De veras? No necesito, Luisa, hacerle observar que tu existencia está sometida á las mismas leyes que gobiernan la existencia de las masas.

—Quiero, mientras dure, hacer todo el bien que pueda, es decir, el poco bien que me han puesto en estado de poder practicar.... pero no importa.

La última palabra pronunciada por Luisa, pareció mortificar un poco á Mr. Gradgrind, que exclamó:

—¿Cómo que *no importa*? ¿No importa qué?

—Mr. Bounderby (continuó Luisa en tono firme y resuelto, sin reparar en la interrupción) pide mi mano. El solo problema que tengo que resolver, se reduce á averiguar si deberé casarme ó no con ese caballero. ¿No es esto, papá? ¿No es esto lo que V. me ha dicho?

—Sin duda, hija mía.

—Sea. Puesto que tanto le agrada á Mr. Bounderby tomarme por esposa, no veo ninguna razón para no acceder á su solicitud. Dígale V., papá, tan pronto como le vea, que ésta es mi resolución. Repítale V. palabra por palabra, si es que puede, porque tengo empeño en que sepa con rigurosa exactitud todo cuanto he dicho.

—Siempre es bueno ser exacto, hija mía (continuó Mr. Gradgrind en tono de aprobación). Tu deseo es muy razonable, y yo te ofrezco cumplirlo. ¿Tienes algún otro que expresar relativo á la época de tu casamiento, hija mía?

—Ninguno, papá. ¿Qué me importa?

Mr. Gradgrind había acercado un poco su silla y tomado la mano de su hija; pero la exclamación que Luisa acababa de repetir sonó desagradablemente en su oído. La miró un instante en silencio, y exclamó, sin soltarle la mano:

—Luísa : he creído inútil hacerte una pregunta , porque la posibilidad que implica me parece muy lejana. Pero quizás he debido hacértela. ¿No has oído jamás en secreto ninguna proposición de esta clase ?

—Papá (respondió Luísa , en tono casi desdeñoso) : ¿y qué otra proposición hubieran podido dirigir á mí? ¿Á quién he visto? ¿Adónde he ido? ¿En dónde están las experiencias de mi corazón ?

—Mi querida Luísa (replicó Mr. Gradgrind, satisfecho y tranquilo), tienes razón; yo he dicho un disparate. Quería únicamente cumplir un deber.

—¿Sé yo, acaso (continuó la joven con su habitual sangre fría), lo que son simpatías , lo que es un capricho, una aspiración ? ¿No se ha ahogado la parte de mi naturaleza que hubiera servido para desarrollar cosas tan fútiles ? ¿ Me he visto libre un solo instante de los problemas que se pueden resolver, de las realidades que se pueden demostrar ?

Al decir esto, cerró instintivamente la mano, como si hubiera comprimido un cuerpo sólido, y después la abrió lentamente, como para dejar caer polvo ó cenizas.

—Hija mía (replicó el padre eminentemente práctico , con aire encantado); eso es verdad, mucha verdad.

—¿No soy yo la última persona en el mundo, á quien pudiera dirigírsele tan extraña pregunta, padre mío? (continuó Luísa.) Esas preferencias infantiles... (he aprendido esto, á pesar de todos los cuidados de V.), que son comunes entre los niños, nunca han hallado un asilo inocente en mi corazón. Tan cuidadoso ha sido V. de mí, que nunca he tenido un corazón de niño. Tan bien me ha educado V., que nunca he tenido un sueño de niño. Ha obrado V. con tanta prudencia respecto á mí, que desde la cuna hasta hoy , nunca he concebido una creencia ni un temor de niño.

Mr. Gradgrind se sintió conmovido por el éxito que había alcanzado , y con el testimonio lisonjero de las palabras de Luísa:

—Hija mía (exclamó) : recompensas con exceso todos mis afanes. Dame un beso, alma mía.

Y su hija le besó. El padre, deteniéndola entre sus brazos, continuó de esta manera :

—Puedo asegurarte, hija mía predilecta, que labra mi ventura la sabia determinación que acabas de tomar. Mr. Bounderby es un sujeto muy notable, y la ligera desproporción que podría hallarse en vuestras edades, si es que existe alguna , queda más que compensada con el nervio vigoroso que la educación ha dado á tu inteligencia. Mi objeto ha sido siempre educarte de modo que , aun desde tus más tiernos años,

fueses, si puedo expresarme así, casi de edad tan madura como la mía. Dame otro beso, Luisa, y ahora vamos á buscar á tu madre.

Bajaron juntos al salón en que aquella apreciable señora, inaccesible á toda niñería, estaba tirada, según su costumbre, sobre un canapé, mientras Cecilia trabajaba á su lado. Daba algunas señales de haber vuelto á la vida en el momento en que ellos entraron, y al cabo de algún tiempo, la sombra chinesca consiguió sentarse.

—Señora Gradgrind (dijo su marido, que había esperado con cierta impaciencia á que hiciera aquella evolución); permítame V. que le presente la señora Bounderby.

—¡Oh! (dijo la señora Gradgrind); ¿está ya concluído ese asunto? Pues bien; espero que gozarás de buena salud, Luisa; porque si llega á ponésete mala la cabeza, tan mala como la mía, desde el principio de tu casamiento, no me parecerá tu suerte muy digna de envidia, aunque sin duda pensarás lo contrario, como todas las muchachas. Es igual; te doy la enhorabuena, hija mía, y vive convencida de que deseo que te aprovechen todos los estudios acerca de la *hechología*. Quiero darte un beso en señal de despedida; pero hazme el favor de no rozarme en el hombro derecho, porque tengo en él no sé qué dolor que me anda de arriba abajo. Ahora, ya ves (continuó arreglando sus envoltorios des-

pués de aquella ceremonia de afecto), pasaré muy malos ratos, pensando día y noche cómo deberé llamar á ese hombre.

—¡Señora Gradgrind! (exclamó su marido en tono solemne); ¿qué es lo que quiere V. decir?

—Que cómo deberé llamar á ese hombre cuando sea marido de Luisa. Necesariamente he de darle un nombre cualquiera. Es imposible (continuó con cierto tono, que anunciaba á la vez un sentimiento profundo de las conveniencias y de su propia dignidad) dirigirle constantemente la palabra, sin darle nunca un nombre. Yo no puedo llamarle Josué, porque ese hombre me es insoportable. Él mismo no querría oír pronunciar un nombre de tan mal gusto, demasiado lo sabe V. ¿Debo llamar *caballero* á mi propio yerno? Sin duda que no; á menos que esté ya reducida, bajo el pretexto de que soy una infeliz inválida, á ver á mis parientes, y á mi hija, insultarme y humillarme. ¿Cómo, pues, le he de llamar?

No habiéndola auxiliado ninguno de los presentes en aquellas circunstancias difíciles, sugiriéndole un medio de resolver el problema, la señora Gradgrind volvió á tenderse en el canapé, después de añadir el siguiente codicilo á las observaciones que ya había hecho.

—En cuanto á la boda, todo lo que te pido, Luisa, y te lo pido con palpitations de corazón,

que positivamente se me extienden hasta las plantas de los piés, es que se lleve á efecto todo lo más pronto posible. No quiero que sea una de las muchas cosas á las que nunca les veo el fin.

Cuando Mr. Gradgrind presentó á la señora Bounderby, Cecilia volvió rápidamente la cabeza, y miró á Luísa con aire á la vez de sorpresa, de compasión, de pena y de incertidumbre. Luísa lo adivinaba y lo veía, sin necesidad de mirar á la joven. Desde aquel momento se hizo impasible, fría y altiva; rara vez se acercaba á Ceci, y cambió para con ella completamente.

CAPÍTULO XVI.

Marido y mujer.

El primer disgusto de Mr. Bounderby al saber su felicidad, fué causado por la precisión en que se hallaba de comunicar aquella noticia á la señora Sparsit. No sabía por dónde empezar, ni podía formarse una idea de cuáles podrían ser las consecuencias de semejante paso. ¿Se marcharía con armas y bagajes al palacio de lady Seadgers, ó bien se negaría obstinadamente á ceder el puesto que ocupaba? ¿Lanzaría suspiros amargos, ó armaría alguna que fuese sonada? ¿Vertería todas las lágrimas de sus ojos, ó le sacaría á Bounderby los suyos? ¿Se dejaría romper el corazón, ó rompería los cristales? Esto era lo que Bounderby no podía prever de ninguna manera. Sin embargo, como el dar la noticia se hacía indispensable, se resolvió á darla, y después de haber empezado infinidad de cartas sin concluir ninguna, creyó lo más prudente dar la nueva de viva voz.

Al volver á su casa la noche que había fijado

que positivamente se me extienden hasta las plantas de los piés, es que se lleve á efecto todo lo más pronto posible. No quiero que sea una de las muchas cosas á las que nunca les veo el fin.

Cuando Mr. Gradgrind presentó á la señora Bounderby, Cecilia volvió rápidamente la cabeza, y miró á Luísa con aire á la vez de sorpresa, de compasión, de pena y de incertidumbre. Luísa lo adivinaba y lo veía, sin necesidad de mirar á la joven. Desde aquel momento se hizo impasible, fría y altiva; rara vez se acercaba á Ceci, y cambió para con ella completamente.

CAPÍTULO XVI.

Marido y mujer.

El primer disgusto de Mr. Bounderby al saber su felicidad, fué causado por la precisión en que se hallaba de comunicar aquella noticia á la señora Sparsit. No sabía por dónde empezar, ni podía formarse una idea de cuáles podrían ser las consecuencias de semejante paso. ¿Se marcharía con armas y bagajes al palacio de lady Seadgers, ó bien se negaría obstinadamente á ceder el puesto que ocupaba? ¿Lanzaría suspiros amargos, ó armaría alguna que fuese sonada? ¿Vertería todas las lágrimas de sus ojos, ó le sacaría á Bounderby los suyos? ¿Se dejaría romper el corazón, ó rompería los cristales? Esto era lo que Bounderby no podía prever de ninguna manera. Sin embargo, como el dar la noticia se hacía indispensable, se resolvió á darla, y después de haber empezado infinidad de cartas sin concluir ninguna, creyó lo más prudente dar la nueva de viva voz.

Al volver á su casa la noche que había fijado

para ejecutar este importante proyecto, tuvo la precaución de entrar en la de un boticario, y comprar un pomito de sal volátil, capaz de tumbar de espaldas al jayán más esforzado.

—¡Por San Jorge! (dijo Mr. Bounderby.) Si la señora Sparsit lo lleva á mal, siempre tendré la satisfacción de sacarle los colores á la cara.

Pero aunque se había hecho el valiente, al atravesar el umbral de su casa, ya no parecía ni con mucho un héroe: se presentó ante el objeto de sus preocupaciones más bien como un perro que no trae la conciencia muy tranquila después de haber salido de la despensa.

—Buenas noches, señor Bounderby.

—Buenas noches, señora; buenas noches.

Acercó su silla á la de la señora Sparsit; la señora retiró la suya, como para decir:

—Este rincón de la chimenea le pertenece á V., y tengo una satisfacción en reconocerlo. Á V. le corresponde ocuparlo todo entero, si lo tiene por conveniente.

—No vaya V. á retroceder hasta el polo Norte, señora,—dijo Bounderby.

—Gracias, señor,—dijo la señora Sparsit, que se acercó al fuego, si bien conservando su primitiva posición.

Mr. Bounderby permaneció un instante contemplándola, mientras que con las puntas de un par de tijeras la ilustre matrona hacía ojetes en

un pedazo bordado de batista, operación que, unida al entrecejo fruncido y á la nariz romana, sugerían la idea de un halcón persiguiendo á una paloma. La señora Sparsit se ocupaba tan asiduamente en su trabajo, que transcurrieron varios minutos antes de que separase los ojos de la labor; Mr. Bounderby reclamó entonces su atención con un movimiento de cabeza.

—Señora Sparsit (la dijo metiéndose las manos en los bolsillos y asegurándose de que el frasquito de sales estaba pronto á producir todo su efecto en el momento oportuno); no tengo necesidad de decir á V. que, no sólo es una señora bien nacida y bien educada, sino también una mujer de muchísimo talento.

—En efecto, caballero (replicó la señora Sparsit); no es esta la primera vez que V. me honra con tales expresiones.

—Señora Sparsit (dijo Mr. Bounderby); voy á dar á V. una sorpresa.

—¿De veras, señor?—replicó la señora Sparsit interrogativamente y con la calma mayor del mundo.

—Voy, señora (balbuceó Bounderby); voy á casarme con la hija de Mr. Gradgrind.

—¿De veras, señor? (contestó la señora Sparsit en tono suave.) Deseo que sea V. muy feliz, señor Bounderby. ¡Oh! Sí tal; deseo que sea V. muy feliz.

Y pronunció estas últimas palabras con cierta entonación, que anunciaban á la vez tanta condescendencia y tanta compasión hacia su amo, que Bounderby, mucho más desconcertado que si le hubiera tirado á la cabeza el canastillo de la costura ó si hubiera caído con un síncope en la alfombra, cerró herméticamente el pomito de esencias que llevaba en el bolsillo, y se dijo:

—¡Diantre de mujer! ¿Quién hubiera pensado que iba á tomar el asunto con tanta calma?

—Deseo con todo mi corazón (dijo la señora Sparsit con aire distinguido, pues en un momento se había dado la importancia de una mujer que se creía con derecho para compadecer siempre la suerte de Bounderby), deseo que pueda V. ser feliz bajo todos conceptos.

—Gracias, señora (replicó Bounderby con mal disimulado disgusto, y bajando el tono á su pesar); agradezco mucho ese deseo, y espero que seré feliz.

—¿De veras, señor? (dijo la señora Sparsit con gran afabilidad.) Después de todo, eso es muy sencillo, muy natural.

Aquí Mr. Bounderby hizo una pausa muy inconveniente; la señora Sparsit continuó su labor, y tosió repetidamente con esa clase de tos propia de la mujer que tiene la conciencia de su fuerza y su superioridad.

—Creo que sucediendo lo que sucede (conti-

noó Bounderby), no estaría bien en una señora de tan alta clase permanecer más tiempo en esta casa, á pesar del mucho gusto que todos tendríamos en ello.

—No, señor; ni siquiera hay que pensar en eso, no, por Dios.

La señora Sparsit movió la cabeza, sin dejar su aire de distinción, si bien variando un poco la inflexión de su tosecita; ya era aquella la tos de una mujer que siente en sí el don de la profecía, y que resiste como la pitonisa al soplo del espíritu, persuadida de que vale más sofocarle tosiendo.

—Sin embargo, señora (dijo Bounderby); tales pueden ser las circunstancias, que la reputación de una señora bien nacida y bien educada, llegase á padecer. Porque si bien el salario....

—Dispense V., caballero; V. ha tenido la bondad de prometerme que emplearía siempre la frase *gratificación anual*.

—Vaya por gratificación anual. Si esa misma gratificación le parece á V. aceptable en otra parte; por ejemplo, en la planta baja de la casa donde está mi escritorio y adonde nunca bajará mi mujer, no veo ningún motivo para separarnos.

—Caballero (respondió la señora Sparsit); ese ofrecimiento es digno de V., y la posición que debo ocupar en la planta baja es tal, que puedo

aceptarla sin descender más en la escala social....

—¡Ya lo creo! ¿Puede V. pensar que de otro modo lo hubiera yo propuesto á una señora que ha frecuentado la alta sociedad? Y no porque yo me cuide del gran mundo, bien lo sabe V. Pero V. es muy diferente.

—Es V. lo más atento, lo más considerado....

—Tendrá V. una habitación particular, fuego, luz y una criada para que la sirva; en fin, estará V. completamente á sus anchas.

—Caballero (respondió la señora Sparsit), ni una palabra más. Al dimitir las honrosas funciones que aquí ejerzo, no eludiré la triste necesidad de comer el pan de la dependencia, y prefiero recibirlo de V. que de cualquier otro. Caballero, acepto con gratitud ese ofrecimiento, y le doy las más expresivas gracias por tantas bondades. Deseo, caballero (continuó la señora Sparsit, terminando con un acento muy marcado de compasión), deseo ardientemente que encuentre V. en la señorita Gradgrind la mujer á que aspira, y que tanto se merece.

Nada pudo decidir en adelante á la señora Sparsit á abandonar el aire de benevolencia y de compasión que había tomado. En vano Mr. Bounderby quiso reivindicar sus derechos de hombre feliz, con explosiones de felicidad conyugal; la señora Sparsit estaba muy decidida á compadecerle y mirarle como una víctima. Estuvo muy

atenta, muy obsequiosa, alegre y risueña; pero cuanto más atenta, más obsequiosa, más alegre y más risueña se mostraba, más se complacía en hacer aparecer á Bounderby como un ser sacrificado. De tal manera parecía apiadarse de la desgraciada suerte de su amigo, que el moftu-do rostro del fabricante se cubría de un sudor frío siempre que le miraba.

Se convino en que el matrimonio se celebraría en el término de dos meses, y Mr. Bounderby iba todas las noches á Pierre-Loge en calidad de amante, y siempre su amor tomaba formas de brazaletes ó alhajas.

Desde que se firmaron los esponsales, el amor tomaba en cada visita un aspecto cada vez más manufacturero.

Se fabricaron ropas, se fabricaron alhajas, se fabricaron guantes, se fabricó un contrato de casamiento, con numeroso acompañamiento de hechos acomodados á las circunstancias. Todo el asunto no fué más que un hecho desde el principio hasta el fin.

Las horas se guardaron muy bien de cumplir ninguna de esas gradaciones de color de rosa, que la necedad de los poetas les hace ejecutar en semejantes casos: los relojes no anduvieron ni más de prisa ni más despacio que de costumbre.

El reloj lúgubrementé estadístico del observatorio Gradgrind continuó inmolando cada se-

gundo, á medida que nacía, y enterrándolo con su exactitud habitual.

Llegó, pues, el día, como llegan todos los demás para quienes saben oír solamente la voz de la razón, y quedaron unidos en la iglesia Josué Bounderby, de Cokeville, y Luisa, hija mayor de Tomás Gradgrind, de Pierre-Loge, individuo del Parlamento por la dicha ciudad.

Y cuando salieron unidos por los lazos sagrados del himeneo, se volvieron á almorzar á la susodicha casa de Pierre-Loge.

El feliz acontecimiento había reunido una sociedad escogida, de la que cada miembro sabía de dónde procedían los productos con que llenaba la copa ó el plato, y cómo se importaban ó se exportaban, y en qué cantidades.

Las señoritas convidadas, inclusa la niña Gradgrind, eran, bajo el punto de vista intelectual, dignas de llegar á ser compañeras del célebre niño calculador; no había un sólo convidado sospechoso de pensar en esa majadería que se llama sentimentalismo.

Después del desayuno, el novio dirigió la palabra á la asamblea, en estos términos:

—Señores y señoras: yo soy Josué Bounderby, de Cokeville. Puesto que nos habéis hecho á mí y á mi mujer el insigne honor de beber á nuestra salud, y de expresarnos vuestro deseo de que seamos felices, supongo que estoy en el deber de

daros las gracias; y, sin embargo, como me conocéis todos y sabéis lo que soy, estaréis muy lejos de esperar un discurso de boca de un hombre que llama al pan pan, y al vino vino, y á quien nunca se le obligará á decir que el pan es vino, y el vino es pan. Si esperabais oír un discurso esta mañana, mi amigo y suegro Tomás Gradgrind es individuo de Parlamento: dirigíos á él; yo no soy el hombre que os hace falta. No obstante, me atrevo á esperar que me dispensaréis si me manifiesto un tanto orgulloso de mi independencia al pasear una mirada alrededor de esta mesa, y recordar cuán poco esperaba casarme con la hija de Tomás Gradgrind cuando era yo un vagabundo desharrapado, que nunca me lavaba la cara, como no fuese en una fuente pública, y todo lo más cada quince días. Me complazco en creer que os agrada este sentimiento de mi independencia; y si no os agrada, ¿qué le hemos de hacer? Me siento independiente. Ahora mismo me decía yo, como vosotros lo decíais hace un instante al dirigirme un brindis, que desde esta mañana soy esposo de la hija de Tomás Gradgrind. Estoy muy contento con serlo. Mucho tiempo he deseado serlo. He visto el modo con que ha sido educada, y creo que es digna de mí. Por otra parte, si he de deciros la verdad, creo que también soy digno de ella. Os doy las gracias, pues, en su nombre y en el mío,

por los deseos que acabáis de expresar; y el voto más digno que puedo hacer por la parte no casada de esta compañía, es el siguiente: ¡Ojalá consigan todos los célibes hallar una mujer como la que yo he hallado, y ojalá todas las jóvenes encuentren un marido que se me parezca!

Poco tiempo después de este discurso, como los nuevos esposos partían para dar una vuelta nupcial por Lyon (Mr. Bounderby quería aprovechar la oportunidad para ver cómo los braceros se conducían por allí, y si los obreros lioneses aspiraban también á comer con cubierto de oro), la dichosa pareja se dispuso á tomar el ferrocarril.

La recién casada, al bajar la escalera vestida de viaje, se encontró á Tomás, que la esperaba muy conmovido, acaso por los sentimientos fraternales, y acaso también por el mucho vino que había bebido en el almuerzo.

—¡Qué guapa vas! Eres una hermana como no hay otra, Luisa,—le dijo Tomás al oído.

Luisa se le acercó, como si hubiera necesitado aquel día un arranque de sentimiento, y por primera vez en su vida desapareció su aire frío y reservado.

—El viejo Bounderby te está esperando (dijo Tomás). No tienes tiempo que perder. Iré á esperarte á la estación cuando vuelvas. Hoy es un gran día, Luisa, ¿no es verdad?

CAPÍTULO XVII.

Efectos en el Banco.

Era un hermoso día de San Juan; el sol brillaba con toda su esplendidez. Esto se veía algunas veces hasta en Cokeville. Contemplada á cierta distancia y en semejante tiempo, Cokeville se hallaba envuelta en un denso velo de niebla, producida por el humo, velo que parecía impenetrable á los rayos del sol. Solamente se adivinaba que había allí una ciudad, porque se comprendía que una ciudad era lo único que podía originar una mancha en aquel hermoso paisaje. Un vapor de hollín y humo que se dirigía confusamente tan pronto á un lado como á otro; que ya parecía querer elevarse hasta la bóveda del cielo y ya se arrastraba tenebroso á flor de tierra, según que el viento caía ó se levantaba, ó cambiaba de dirección; una mezcla confusa, espesa é informe, atravesada por algunas ráfagas luminosas que no alumbraban sino masas de oscuridad; Cokeville á alguna distancia se anunciaba ya con lo que contenía, antes de que se hubiera podido ver un sólo ladrillo.

por los deseos que acabáis de expresar; y el voto más digno que puedo hacer por la parte no casada de esta compañía, es el siguiente: ¡Ojalá consigan todos los célibes hallar una mujer como la que yo he hallado, y ojalá todas las jóvenes encuentren un marido que se me parezca!

Poco tiempo después de este discurso, como los nuevos esposos partían para dar una vuelta nupcial por Lyon (Mr. Bounderby quería aprovechar la oportunidad para ver cómo los braceros se conducían por allí, y si los obreros lioneses aspiraban también á comer con cubierto de oro), la dichosa pareja se dispuso á tomar el ferrocarril.

La recién casada, al bajar la escalera vestida de viaje, se encontró á Tomás, que la esperaba muy conmovido, acaso por los sentimientos fraternales, y acaso también por el mucho vino que había bebido en el almuerzo.

—¡Qué guapa vas! Eres una hermana como no hay otra, Luisa,—le dijo Tomás al oído.

Luisa se le acercó, como si hubiera necesitado aquel día un arranque de sentimiento, y por primera vez en su vida desapareció su aire frío y reservado.

—El viejo Bounderby te está esperando (dijo Tomás). No tienes tiempo que perder. Iré á esperarte á la estación cuando vuelvas. Hoy es un gran día, Luisa, ¿no es verdad?

CAPÍTULO XVII.

Efectos en el Banco.

Era un hermoso día de San Juan; el sol brillaba con toda su esplendidez. Esto se veía algunas veces hasta en Cokeville. Contemplada á cierta distancia y en semejante tiempo, Cokeville se hallaba envuelta en un denso velo de niebla, producida por el humo, velo que parecía impenetrable á los rayos del sol. Solamente se adivinaba que había allí una ciudad, porque se comprendía que una ciudad era lo único que podía originar una mancha en aquel hermoso paisaje. Un vapor de hollín y humo que se dirigía confusamente tan pronto á un lado como á otro; que ya parecía querer elevarse hasta la bóveda del cielo y ya se arrastraba tenebroso á flor de tierra, según que el viento caía ó se levantaba, ó cambiaba de dirección; una mezcla confusa, espesa é informe, atravesada por algunas ráfagas luminosas que no alumbraban sino masas de oscuridad; Cokeville á alguna distancia se anunciaba ya con lo que contenía, antes de que se hubiera podido ver un sólo ladrillo.

Lo más extraño era que la ciudad estuviese aún allí. Había sido arruinada con tanta frecuencia, que era un prodigio que hubiese podido resistir á tantas sacudidas. En verdad, que nunca se ha visto arcilla de porcelana más frágil que la de que estaban hechos los manufactureros de Cokeville: por más que se procuraba sostenerlos con todas las precauciones posibles, tenían tanta complacencia en caerse á pedazos, que no era posible impedir que creyesen que estaban ya por tierra. Decían que estaban arruinados cuando se les obligaba á llevar á la escuela á los hijos de las fábricas; se creían arruinados cuando se nombraban inspectores para vigilar sus talleres; se creían arruinados cuando estos inspectores se oponían á que se abusase de los obreros; se creían perdidos indefectiblemente cuando se insinuaba que en ciertos casos no se les permitiera hacer tanto humo.

Además de las aprensiones que tenía mister Bounderby respecto á las tendencias de los menestrales, existía otra ficción bastante extendida entre los manufactureros, que presentaba todos los caracteres de una amenaza. Desde el momento en que un cokevillano se creía amenazado, es decir, desde que no se le dejaba tranquilo y se proponía hacerle responsable de las consecuencias de cualquiera de sus actos, nunca dejaba de pronunciar esta amenaza terrible:

—Mejor preferiría sumergir mis bienes en el mar Atlántico.

Más de una vez el ministro de lo Interior había temblado de piés á cabeza.

Á pesar de esto, todos los cokevillanos se mostraban tan buenos patriotas, que, lejos de sumergir sus bienes en el Océano Atlántico, tenían, por el contrario, la bondad de cuidar de ellos con el esmero más exquisito. La ciudad continuaba de pié, envuelta en su velo de nieblas, que aumentaba y enrarecía por momentos.

Aquel día estaban las calles calcinadas y llenas de polvo, y el sol tan ardiente, que brillaba, aun al través del denso vapor suspendido sobre Cokeville, con tanto resplandor, que no se le podía mirar fijamente.

Toda la ciudad parecía estar friendo. Por doquiera se sentía un olor sofocante de aceite en ebullición. El aceite hacía relucir las máquinas, manchaba las ropas de los obreros, se extendía por todos los pisos de las fábricas. La atmósfera de aquellos palacios encantados se parecía al sople del Simoun; y los naturales del país, sofocados por el calor, adelantaban con languidez por medio del desierto; pero ninguna temperatura podía aumentar ni disminuir la locura de aquellos desgraciados elefantes atacados de melancolía. Sus cabezas formidables se alzaban y

bajaban sin cambiar de aspecto, estuviese el tiempo caliente ó frío, húmedo ó seco, bueno ó malo. La sombra que proyectaba en la pared su uniforme movimiento, era la única que en Co-keville podía servir para reemplazar las sombras vacilantes de los árboles en los bosques, lo menos que para sustituir el zumbido de los insectos en el verano, no podía ofrecer en todo el año, desde el alba del lunes hasta la noche del sábado, otra música que el roce de las ruedas y el ruido de los émbolos.

La señora Sparsit se halla sentada en el escritorio: las carpetas están cerradas, y es la hora del día en que la ilustre señora acostumbra embellecer con su presencia la sala de consejo. Sus habitaciones están en el piso principal. Allí, desde lo alto de una ventana que le sirve de observatorio, todas las mañanas, cuando ve pasar á Mr. Bounderby, le acoge con ese saludo lleno de lástima que conviene dirigir á una víctima. Hace ya un año que se casó Mr. Bounderby, y ni un solo día le ha dispensado de su piadosa compasión.

En el aspecto de la casa-banca no se observa cosa alguna que pueda destruir la saludable monotonía de la ciudad. Es otra casa de ladrillos rojos, con rejas negras en el exterior y persianas verdes en el interior; una puerta de entrada negra, á la que se sube por dos escalones

blancos, adornada con su correspondiente plancha de cobre.

La casa de banca es un poco mayor que la morada de Mr. Bounderby, la cual, por su parte, es cinco ó seis veces más grande que las otras habitaciones de la ciudad. Por lo demás, está arreglada con toda exactitud al modelo.

La señora Sparsit estaba convencida de que, situándose por las tardes entre los pupitres y demás accesorios de la contabilidad, esparcía un encanto completamente femenino, por no decir aristocrático, en el escritorio.

Sentada cerca de la ventana, con su bordado ó su calceta, se enorgullecía de corregir, con sus distinguidas maneras, el aspecto vulgar de aquellos lugares consagrados á los negocios.

Gracias á esta idea de su interesante misión, la señora Sparsit se consideraba, en cierto modo, como la linda protectora de la casa-banca. Las gentes de la ciudad, que, yendo y viniendo, la veían allí, no tenían precisamente la misma idea; la miraban como el dragón del escritorio, encargado de velar por los tesoros de la mina.

La señora Sparsit no sabía mejor que los transeúntes á qué naturaleza pertenecían los tesoros en cuestión. Oro y plata reducidos á moneda, billetes, secretos que, si fuesen divulgados, debían causar, de ésta ó de la otra manera, la ruína de tales ó cuáles personajes: estos eran

los principales artículos que figuraban en el inventario ideal que aquella señora hacía de aquellas riquezas. En cuanto á lo demás, sabía que, cerrado el escritorio, reinaba como dueña absoluta en todos los muebles de la casa de banca.

Una criada sorda y un criado completaban el imperio de la señora Sparsit.

La criada sorda pasaba por ser muy rica, y corrían rumores entre las clases obreras de Coveville, de que el día menos pensado la asesinarían para robarla, después de cerrarse el escritorio. Hasta se pensaba generalmente que por un milagro no se había cumplido ya esta profecía, la cual no impedía á la criada continuar ocupando su puesto, así en el mundo como en la casa de banca, con una tenacidad que causaba disgusto y sorpresa á los creyentes engañados.

Acababan de servir el te á la señora Sparsit en una impertinente mesita, que se daba aires aristocráticos sobre sus tres piés. El criado colocó la bandeja, y se llevó el dorso de la mano á la frente, en señal de homenaje y respetuoso saludo.

—Gracias, Bitzer,—dijo la señora Sparsit.

—Yo soy quien debe dar á V. las gracias, señora,—respondió el criado.

Era un criado muy diminuto el tal Bitzer, tan diminuto como el día en que le vimos guiñar los ojos en la escuela, al definir un caballo, por no

haberlo podido hacer la niña número veinte.

—¿Está todo cerrado, Bitzer?

—Todo, señora.

—¿Y qué se dice de nuevo? (continuó la señora Sparsit, sirviéndose una taza de te); ¿sucede algo de particular?

—Puedo asegurar á V. que nada sé de nuevo. Los vecinos de esta ciudad no valen gran cosa; pero eso ya lo sabemos, y por consiguiente, no es noticia.

—¿Y qué hacen esos mal aconsejados? ¿No pueden permanecer tranquilos?

—Siempre la misma historia. Se asocian, forman coaliciones, y se comprometen á ayudarse los unos á los otros.

—Sensible es (dijo la señora Sparsit, dando á su rostro un marcado carácter de severidad) que los dueños asociados consientan semejantes coaliciones entre los obreros.

—Es verdad.

—Y puesto que ellos mismos se asocian, debían decidirse á no emplear á ningún obrero que se hubiese asociado con otro.

—Ya lo han intentado, señora; pero no han conseguido su objeto, y se han visto precisados á renunciar.

—No presumo de entendida en esas cosas (dijo la señora Sparsit con dignidad): porque la suerte me colocó desde mi infancia en otra es-

fera; pero sí sé que es necesario domar á esas gentes, y que ya es tiempo de que se haga de una vez para siempre.

—Sí, señora (contestó Bitzer, manifestando el más profundo respeto hacia la autoridad profética de la señora Sparsit). V. ha puesto el dedo en la llaga; no hay que dudarle.

Se acercaba la hora en que la señora Sparsit tenía la costumbre de hablar un ratito á solas con cierto sujeto, y como Bitzer había leído ya en su mirada que iba á pedirle algo para alejarle, fingió que arreglaba las reglas y los tinteros, mientras que ella apuraba el te, sin quitar los ojos de la ventana que daba á la calle.

—¿Tiene V. hoy mucha tarea, Bitzer?

—No mucha.

Bitzer deslizaba de vez en cuando en su conversación un *Milady*, como homenaje involuntario rendido á la dignidad personal de la señora Sparsit.

—¿Los escribientes (preguntó ésta, tirando con disimulo por la ventana una imperceptible miga de pan) son dignos de confianza, exactos y trabajadores?

—Sí, señora; nada hay que decir sobre ese particular.

Bitzer desempeñaba en la casa de banca las honrosas funciones de espía, y en recompensa de sus benévolos servicios, recibía todos los años,

por vía de gratificación, una cantidad independiente de su salario.

Se había convertido en un joven avisado, circunspecto y prudente, que por necesidad había de andar muy de prisa su camino. Su espíritu estaba arreglado con tanta exactitud, que no tenía afecciones ni pasiones.

Todos sus actos eran resultado de un cálculo minucioso y frío, y no sin razón la señora Sparsit se complacía en declarar que nunca había conocido un joven de tan sólidos principios como Bitzer.

Habiéndose asegurado á la muerte de su padre de que su madre tenía derecho de residencia en Cokeville, aquel digno economista de corta edad sostuvo este derecho, ateniéndose con tanta obstinación al principio, que encerraron á la viuda á expensas del común en el hospicio de los pobres por todo el resto de sus días.

Necesario es convenir en que Bitzer le daba media libra de te por año, lo que era una gran debilidad de su parte; primero, porque todo don tiene por resultado inevitable alentar el pauperismo; y después, porque lo más razonable que podía hacer era comprar aquella dádiva á bajo precio para venderla luego todo lo más caro posible, en atención á que está demostrado por los filósofos que este principio comprende todos

los deberes del hombre. No digo una parte de sus deberes, sino *todos* sin distinción.

—Nada hay que decir de los escribientes, señora, si hacemos la excepción de costumbre.

—¡Ah!—exclamó la señora Sparsit, moviendo la cabeza y tomando un sorbo de te.

—Tomás, señora.... Tengo mis dudas acerca de Tomás. No me gusta ni chispa la conducta de Tomás.

—Bitzer (dijo la señora Sparsit en tono impo- nente); ¿recuerda V. la recomendación que le he hecho acerca del uso de nombres propios?

—Perdone V., señora. Esa advertencia es muy justa; me ha prohibido V. que emplee nombres propios, y sé que casi siempre conviene callarlos.

—Acuérdese V. de que tengo aquí una misión; aquí ocupo un puesto de confianza. Por muy improbable que haya podido parecer á mister Bounderby y á mí misma, hay cierto número de años que soy su dependiente; pero no puedo acostumbrarme á verle como á un amo cualquiera. Conociendo Mr. Bounderby mi posición social y mi nacimiento, ha tenido conmigo todas las atenciones que pudiera desear. Por lo tanto, ni- ero ser escrupulosamente fiel á mi amo. Y no

ni quiero, ni debo creer (añadió la señora

it, que parecía tener en el almacén un tido de honor y de moralidad), que pue-

rec.
arsit.
an su

do serle fiel escrupulosamente consintiendo que bajo este techo se pronuncien nombres que por desgracia.... es una desgracia, no hay duda alguna.... están asociados al suyo.

Bitzer se llevó de nuevo la mano á la frente, y pidió otra vez perdón por su torpeza.

—No, Bitzer (continuó la señora Sparsit); diga V. un *individuo*, y le escucharé; pero si dice V. Tomás, no quiero oír ni una palabra.

—Salva la excepción de costumbre, señora (dijo Bitzer, volviendo á su confianza); un individuo....

—¡Ah!—repitió la señora Sparsit, que continuó su exclamación interrumpida, su movimiento de cabeza y su sorbo de te, como para enlazar la conversación en el mismo punto en que se había cortado.

—Hay un individuo, señora, que nunca ha sido lo que debiera ser desde el día que entró en esta casa. Es holgazán, disipado y gastador. No vale el pan que come, señora. No continuaría más tiempo aquí, á no estar apoyado por las influencias de una parienta y amiga.

—¡Ah!—exclamó la señora Sparsit, con otro movimiento melancólico de cabeza.

—Deseo solamente, señora (prosiguió Bitzer), que esta parienta y amiga no le proporcione los medios de continuar su género de vida. Por lo demás, ya sabemos de qué bolsillo sale su dinero.

—¡ Ay !—suspiró la señora Sparsit, reinci-
diendo en su melancólico movimiento de ca-
beza.

—Es muy digno de compasión, señora. La
persona á cuyo bolsillo he aludido, es muy digno
de lástima.

—Sí, Bitzer; siempre he compadecido su ce-
guedad.

—En cuanto al individuo, señora (dijo Bitzer,
hablando más bajo y acercándose), es más im-
previsor que todos los obreros de esta ciudad, y
ya sabe V. hasta dónde llega la imprevisión de
éstos. Nadie se atrevería á narrar los pormeno-
res á una señora del rango de V.

—Y harían muy bien en imitar todos al hon-
rado Bitzer.

—Gracias, señora. Pero puesto que V. se ha
dignado hablar de mí, reflexionemos un poco.
Tengo depositado en la caja algún dinero, im-
porte de la gratificación que recibo todos los
años por Navidad, y á la cual nunca toco. Ni sí-
quiera gasto todo mi salario, aunque, á la ver-
dad, no es gran cosa. ¿Por qué no hacen todos lo
que yo? Lo que uno puede hacer, lo puede hacer
también todo el mundo.

Esto era otra de las ficciones de Cokeville.
Todo capitalista que había ganado sesenta mil
libras esterlinas, empezando con una pieza de
seis peniques, afectaba extrañarse de que cada uno

de los sesenta mil obreros del vecindario no ga-
nase sesenta mil libras con una pieza de seis
peniques, y los censuraba más ó menos por no
llevar á cabo esta obra maestra.

—Lo que yo he hecho puede V. hacerlo tam-
bién. ¿Por qué no lo hace V.?

—En cuanto á su pretendida necesidad de re-
creos, señora, es cosa que da compasión. ¿Acaso
he pedido yo en mi vida diversiones? Ni las he
pedido ni las pediré jamás; porque, después de
todo, ni me gustan siquiera. En cuanto á sus
sociedades, son otra tontería; muchos de ellos
podrían, en un abrir y cerrar de ojos, ganar
alguna bagatela de cuando en cuando, denun-
ciando á sus camaradas. ¿Por qué no mejoran su
suerte si tienen el remedio en la mano? Es lo
primero en que debe pensar un ser razonable, y,
sin embargo, esto es lo que pretenden antes que
nada.

—Pretenden; esa es la palabra.

—Verdad que luego hace daño al corazón oír-
les hablar con tanta frecuencia de sus mujeres y
de sus hijos. Mire V., señora; ¿tengo yo acaso
necesidad de mujer y de hijos? ¿Por qué no se
pasan sin ellos como yo?

—Porque son imprevisores.

—Sí, señora, eso es. Si fuesen más previsores
y menos corrompidos, ¿qué harían? Dirían pro-
bablemente: En tanto que mi sombrero ó mi go-

rra cubra á toda mi familia, según el sexo de cada cuál, sólo tengo una sola persona que alimentar, y justamente la que más me interesa ver alimentada.

—Es evidente,—exclamó la señora Sparsit, comiéndose un bizcocho.

—Gracias, señora (dijo Bitzer, saludando de nuevo con el revés de la mano, para demostrar que apreciaba en su justo valor la conversación edificante de la señora Sparsit). ¿Quiere V. más agua caliente, ó quiere que vaya por alguna otra cosa?

—¡No!

—Gracias, señora. No quisiera incomodar mientras toma V. el te, porque sé que este es un rato de delicias (dijo Bitzer, extendiendo el cuello como una cigüeña, para ver desde su sitio lo que pasaba en la calle). Ahí se acerca un caballero que mira hacia este lado hace un minuto ó dos, y que acaba de atravesar la calle como para llamar aquí. ¡Calle! Sin duda es él quien llama.

Bitzer fué á la ventana, sacó la cabeza, y la retiró al momento, confirmándose en su previsión.

—Sí, señora, es él. ¿Quiere V. que le diga á ese caballero que suba?

—No sé quién podrá ser,—dijo la señora Sparsit enjugándose la boca y componiéndose el traje.

—Seguramente es un extraño, señora.

—¿Y qué buscará un extraño en la casa de banca á esta hora? Le traerá algún negocio que ahora no puede arreglarse; pero, sea lo que quiera, Mr. Bounderby me ha conferido un empleo en esta casa, y sabré cumplir con mis deberes. Si éstos me obligan á recibir á ese caballero, le recibiré. Haga V. lo que quiera, Bitzer.

El caballero, ignorante de las palabras magnánimas de la señora Sparsit, repitió su aldabonazo con tanta fuerza, que Bitzer se apresuró á abrir, en tanto que la señora, después de haber escondido en un armario la mesita y los demás testigos de su merienda, se irguió en su silla, á fin de aparecer, si era preciso, con más dignidad.

—Ese caballero desea ver á V., señora,—dijo Bitzer, aplicando su ojo incoloro al ojo de la llave de la habitación de su ama.

La señora Sparsit, que se había aprovechado del intervalo para arreglarse un poco el gorro, se tomó el trabajo de transportar sus facciones clásicas al piso inferior, y entró en la sala de consejo á la manera de una matrona romana que salva los muros de una ciudad sitiada para tratar con el general enemigo.

Como el caballero se había adelantado hacia la ventana, y miraba en aquel momento á la calle completamente distraído, casi no reparó en aquella entrada imponente. Permaneció silban-

do á media voz con toda la calma imaginable, y sin quitarse el sombrero. Se observaba en él cierto aire de indolente fatiga, que en parte provenía de un exceso de buen tono, pues se notaba á primera vista que era un perfecto *gentlemen*, formado con arreglo á los modelos de la época, fastidiado de todo, y sin creer ni en Dios ni en el diablo.

—Creo, caballero (dijo la señora Sparsit), que desea V. hablarme.

—Dispéñseme V., señora,—dijo el desconocido, volviéndose y quitándose el sombrero.

La señora Sparsit hizo un saludo lleno de dignidad, y dijo para adentro, contemplando al caballero:

—Treinta y cinco años, aire distinguido, buena presencia, lindos dientes, voz agradable, buen tono, cabellos negros, mirada atrevida.... ¡Hola! ¡Hola!....

En su calidad de mujer, la señora Sparsit, para ver todo esto, no necesitó más que mirar con el rabo del ojo al inclinarse para saludar. Las mujeres son como aquel sultán que sólo tenía que sumergir la cabeza en una jofaina de agua para ver todo el universo.

—Sírvase V. tomar asiento,—dijo la señora Sparsit.

—Gracias. Sírvase V. permitirme.... El caballero adelantó una silla para la señora; pero per-

maneció con la espalda apoyada contra la mesa en una actitud abandonada. He dejado á mi criado en el embarcadero, á fin de que cuide de mi equipaje, y me vine á la ciudad para reconocer el país. ¡Qué ciudad tan fea! ¿Me permitirá V. que la pregunte si está siempre tan negra como ahora?

—En general, está siempre mucho más negra,—respondió la señora Sparsit con decisión.

—¿Es posible? Dispense V. mi indiscreción; creo que no es V. indígena.

—No, señor. Antes de quedarme viuda, he tenido la buena ó la mala suerte, como V. quiera, de vivir en una esfera muy distinta. Mi marido era un Powler.

—¿De la familia de los Powler?—preguntó el desconocido, después de haber reflexionado algunos instantes.

La señora Sparsit hizo una señal afirmativa con la cabeza. El desconocido pareció un poco más fatigado que antes.

—¿Se aburrirá V. aquí mucho?—fué la sola respuesta que creyó oportuno dar á la declaración genealógica de la señora.

—Soy esclava de las circunstancias, caballero, y he aprendido á someterme al poder que gobierna mi vida.

—Conducta muy filosófica, muy ejemplar, muy laudable y muy....

Creyó que la frase no valía la pena de concluiría, porque se puso á jugar con los dijes del reloj.

—¿Tiene V. la bondad de decirme á qué debo el honor de....?

—Seguramente (contestó el desconocido). Doy á V. las gracias por habérmelo recordado. Soy portador de una carta de introducción para el banquero Mr. Bounderby. Paseándome por las calles de esta ciudad tan extraordinariamente negra, mientras disponían la comida, pregunté á un individuo que encontré.... á un obrero, si no me engaño.... dónde vivía Mr. Bounderby; y este individuo, engañado sin duda por la palabra banquero, me indicó la casa de banca. ¿Supongo que Mr. Bounderby no habitará en este edificio?

—No, señor.

—Gracias. No tenía ni tengo la intención de entregar mi carta en este momento; pero habiendo pasado por esta casa estando paseándome para matar el tiempo, y habiendo tenido la suerte de ver en la ventana á una señora de un exterior tan distinguido como simpático, pensé que debía tomarme la libertad de preguntarle dónde vive Mr. Bounderby el banquero. Y me la tomo, señora, y ruego á V. me lo diga.

Los modales distraídos é indolentes del desconocido estaban bastante compensados, á los

ojos de la señora Sparsit, con cierto aire de franca galantería, de la que no estaba excluido el respeto. Por ejemplo, en aquel momento el desconocido, casi sentado en la mesa, se inclinaba sin miramientos hacia la señora, como atraído por algún secreto encanto que la hacía muy agradable en su género.

—Como sé que las personas de negocios son inclinadas á sospechar, y cumplen así con un deber, voy á enseñarle á V. la carta. Es del diputado de esta ciudad, Mr. Gradgrind, á quien he tenido el honor de conocer en Londres.

La señora Sparsit reconoció la letra; declaró que semejante garantía era de todo punto inútil, y dió las señas de la casa de Bounderby con toda la precisión que el desconocido hubiera podido desear.

—Mil gracias (dijo éste). ¿Sin duda conocerá V. perfectamente al banquero?

—Sí, señor. Hace que le conozco diez años.

—Eso es una eternidad. Creo que se ha casado con la hija de Mr. Gradgrind.

—Sí (dijo la señora Sparsit, cuyos labios se comprimieron de pronto); ha tenido esa.... honra.

—Me han dicho que su mujer es un verdadero filósofo.

—¿De veras, señor?

—Dispense V. mi impertinente curiosidad

(prosiguió el desconocido); pero V. conoce la familia, y es, además, mujer de grande experiencia. Voy á entablar relaciones con la familia, y aun es posible que estas relaciones lleguen á estrecharse mucho. ¿Es la señora tan terrible como de ella se cuenta? Su padre le da tal reputación de ciencia, que ardo en deseos de saber á qué atenerme. ¿Es de todo punto inabordable? ¿Es una de esas mujeres sabias, capaces de aburrir al hombre de más sólido juicio? Vamos; veo en esa sonrisa, que V. no cree en tales disparates. V. devuelve la tranquilidad á mi alma inquieta. ¿Y qué edad tiene? ¿Treinta y cinco, ó cuarenta años?

La señora Sparsit prorumpió en una carcajada.

—¡Si es una niña! Sólo tenía veinte años el día que se casó.

—Doy á V. mi palabra de honor, señora Powler (replicó el desconocido), en fe de que nada me ha causado en el mundo tanta sorpresa.

En efecto, parecía dominado por toda la sorpresa de que era susceptible. Contempló á su interlocutora algunos segundos, sin poder repenirse de su asombro.

—Aseguro á V., señora Powler, que las noticias de su padre me habían preparado á encontrar en la señora Bounderby un personaje adusto y venerable, siquiera por su mucha ri-

diculez. Agradezco á V. en extremo la ocasión que me ha proporcionado en que poder rectificar mi juicio. Dispense V. mi inoportuna visita, y sírvase aceptar mis humildes respetos.

Salió de la estancia saludando, y la señora Sparsit, oculta tras las colgaduras de la ventana, le vió bajar con paso indolente la parte sombría de la calle, llamando la atención de todos los transeuntes.

—Bitzer, ¿qué le parece á V. ese caballero?— preguntó al criado, cuando éste entró á recoger el servicio.

—Debe gastar mucho dinero en el tocador.

—Necesario es confesar que viste con mucho gusto.

—Sí, señora; pero, ¿basta esa compensación? Además, señora (añadió Bitzer, limpiando la mesa), me ha parecido un jugador.

—El juego es una cosa inmoral.

—Una cosa muy ridícula, señora; porque todas las probabilidades están siempre de parte del banquero.

Sea que el calor impidiese trabajar á la señora Sparsit, ó sea que no tuviese ganas de continuar su obra, lo cierto es que no volvió á tocarla en toda la tarde. Estaba sentada en la ventana cuando el sol empezó á ocultarse detrás de la humareda; allí estaba aún cuando la humareda se hizo roja, cuando se extinguió poco á

poco, cuando la oscuridad pareció salir lentamente de la tierra y subir dulcemente hasta los techos de las casas, el campanario de la iglesia, el extremo de las chimeneas de las fábricas, y, en fin, hasta el cielo.

La señora Sparsit permaneció sentada en la ventana sin pedir luz, con las manos sobre las rodillas, no pensando ya en los mil ruidos de la tarde, en los gritos de los pilluelos, en los ladridos de los perros, en el ruido de los carruajes, en los gritos penetrantes de los vendedores de las calles, ni en el trac trac de las abarcas de los obreros que salían de su trabajo. Hasta que el criado anunció que la cena estaba servida, la señora Sparsit no salió de su enajenación mental, ni transportó al piso superior sus negras cejas, plegadas por una meditación profunda, que las había erizado lo suficiente para tener necesidad de algún descanso.

—¡Qué imbécil es!—dijo la señora Sparsit a sentarse á la mesa.

No dijo á quién se dirigían aquellas palabras; pero evidentemente no eran á la cena.

CAPÍTULO XVIII.

Mr. James Harthons.

El partido á que pertenecía Gradgrind tenía necesidad de reforzarse con nuevos adeptos que le ayudasen á cortar la cabeza á los Gracos. Buscaban por todas partes neófitos: ¿y dónde podían hallarlos mejores que entre esos hombres que, á fuerza de estar desengañados de todo, se hallan dispuestos á cualquier cosa?

Además, estas disposiciones saludables de espíritu, que elevan á un hombre hasta las sublimes alturas de la indiferencia, no carecían de atractivo para la mayor parte de los miembros de la escuela de Gradgrind.

Admiraban á aquellos hombres, y aunque procuraban disimularlo, los imitaban en cuanto podían. Jamás se vió en el mundo una raza híbrida tan sorprendente como la de que tratamos.

Entre aquellos hombres, que no pertenecían propiamente á la escuela Gradgrind, se encontraba uno de aquella familia, de mejor presencia y de excelentes disposiciones, que había

poco, cuando la oscuridad pareció salir lentamente de la tierra y subir dulcemente hasta los techos de las casas, el campanario de la iglesia, el extremo de las chimeneas de las fábricas, y, en fin, hasta el cielo.

La señora Sparsit permaneció sentada en la ventana sin pedir luz, con las manos sobre las rodillas, no pensando ya en los mil ruidos de la tarde, en los gritos de los pilluelos, en los ladridos de los perros, en el ruido de los carruajes, en los gritos penetrantes de los vendedores de las calles, ni en el trac trac de las abarcas de los obreros que salían de su trabajo. Hasta que el criado anunció que la cena estaba servida, la señora Sparsit no salió de su enajenación mental, ni transportó al piso superior sus negras cejas, plegadas por una meditación profunda, que las había erizado lo suficiente para tener necesidad de algún descanso.

—¡Qué imbécil es!—dijo la señora Sparsit asentarse á la mesa.

No dijo á quién se dirigían aquellas palabras; pero evidentemente no eran á la cena.

CAPÍTULO XVIII.

Mr. James Harthons.

El partido á que pertenecía Gradgrind tenía necesidad de reforzarse con nuevos adeptos que le ayudasen á cortar la cabeza á los Gracos. Buscaban por todas partes neófitos: ¿y dónde podían hallarlos mejores que entre esos hombres que, á fuerza de estar desengañados de todo, se hallan dispuestos á cualquier cosa?

Además, estas disposiciones saludables de espíritu, que elevan á un hombre hasta las sublimes alturas de la indiferencia, no carecían de atractivo para la mayor parte de los miembros de la escuela de Gradgrind.

Admiraban á aquellos hombres, y aunque procuraban disimularlo, los imitaban en cuanto podían. Jamás se vió en el mundo una raza híbrida tan sorprendente como la de que tratamos.

Entre aquellos hombres, que no pertenecían propiamente á la escuela Gradgrind, se encontraba uno de aquella familia, de mejor presencia y de excelentes disposiciones, que había

producido grande efecto en la Cámara de los Comunes al explicar, según su punto de vista y según el del consejo de administración, cierto accidente de caminos de hierro, en el que los empleados más celosos que jamás se hayan visto, pagados por los directores más generosos posible, ayudados por los mejores procedimientos mecánicos que jamás se hayan inventado, y disponiendo de la línea mejor construída que se haya trazado, mataron á cinco viajeros é hirieron treinta y dos á causa de una eventualidad, sin la cual la excelencia del sistema adoptado hubiera sido sin duda incompleta. Entre las víctimas se encontraba una vaca, y entre los objetos perdidos, que nadie había reclamado, un sombrero negro de señora.

Y el honorable miembro había divertido tanto á la Cámara—que tiene un sentimiento tan simpático para el chiste y el buen humor—al colocar este sombrero sobre la cabeza de la vaca, que la asamblea no quiso oír hablar del sumario que se había pedido, y se apresuró á absolver á los administradores en medio de bravos y carcajadas.

Este caballero tenía un hermano joven, de presencia aún más recomendable, y que había empezado su aprendizaje de la vida como corneta de un regimiento de dragones. Pero le desagradó este oficio, y á fin de sustituirlo por otro,

partió para el extranjero, formando parte del séquito de un embajador de Su Majestad Británica, posición social de la que también se cansó. Más tarde viajó por Jerusalén, lo cual no le pareció mucho más divertido, y, en fin, dió la vuelta al mundo en su yacht, sin encontrar nada que no fuese muy á propósito para aburrirle. Á este hombre agobiado, dijo un día en tono fraternal el honorable miembro de la Cámara de los Comunes:

—Jaime, hay un medio de abrirse camino entre nuestros hombres de estado positivistas; necesitan neófitos. ¿Por qué no haces algunos ensayos en la estadística?

Jaime, sensible á la novedad de esta vocación, que al menos le prometía alguna variedad, no sintió más repugnancia por la estadística que por cualquiera otra cosa. Ensayó, pues. Se preparó con la lectura de algunos libros *ad hoc*, y su hermano fué á decir á los hombres de Estado positivistas:

—Si necesitáis para alguna ciudad de un lindo joven que pueda pronunciar discursos un tanto buenos, no tenéis más que echar mano de mi hermano Jaime.

Después de diversos ensayos oratorios en algunos *meetings* públicos, fué acogido Jaime por Mr. Gradgrind y por un consejo de profetas políticos, que resolvieron enviarle á Cokeville, á fin

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

de que se diese á conocer en la ciudad y sus alrededores, antes de la próxima elección.

He aquí explicada la razón de la carta que el día anterior había enseñado Jaime á la señora Sparsit, y que Mr. Bounderby tenía en la mano en este momento.

Después de haber recibido la carta, Mr. Bounderby se puso el sombrero, y fué á la fonda en que paraba Jaime.

—Caballero (le dijo), me llamo Josué Bounderby, de Cokeville.

Jaime se alegró mucho, aunque no lo parecía, de un encuentro que tanto había deseado.

—Caballero (dijo Bounderby, tomando con toda llaneza una silla); Cokeville no se parece á las demás ciudades que haya V. visto. Así, pues, si V. quiere, ó si no quiere, porque yo soy un hombre muy llano, voy á darle algunos detalles antes de que vayamos más lejos.

Jaime aseguró que tendría mucho gusto en oírlos.

—No se precipite V. (dijo Bounderby; yo no he prometido distraerle). Ya habrá V. visto nuestro humo. Eso es lo que nos hace vivir. Es lo más sano que hay en el mundo bajo todos conceptos, y sobre todos los pulmones. Si V. es de los que quieren obligarnos á disminuir el humo, no nos entenderemos nunca.

A fin de dar á su *ensayo* todas las proba-

bilidades posibles de éxito, contestó Jaime:

—Señor Bounderby; aseguro á V. que comparto completamente sus opiniones, y esto por pura convicción.

—Tanto mejor. Probablemente le habrán hablado á V. mucho del trabajo de nuestros manufactureros. Pues bien: voy á decirle lo que hay sobre el particular. Es el trabajo más agradable y más fácil que existe, y no hay obreros más bien pagados que los nuestros. Aún hay más: nos sería imposible poner más comfortable el interior de las fábricas, á menos de cubrirlas con tapices de Persia, lo que no debemos hacer de modo alguno.

—Y tienen Vds. mucha razón.

—En fin, es preciso que sepa V. á qué atenerse respecto á nuestros menestrales. Todos los braceros de esta ciudad, hombres, mujeres y niños, sin excepción, no tienen más que un objeto. Quieren que se los alimente con sopa de tortuga, y comer con cubiertos de oro. No estamos dispuestos á satisfacer ese antojo. Ya conoce V. á Cokeville.

Jaime declaró que este resumen sucinto de la situación cokevillana le había instruido é interesado cuanto pudiera desear.

—Ya ve V. (continuó Bounderby). Cuando conozco á un hombre, sobre todo á un hombre político, empiezo por entenderme con él, sin an-

darme con rodeos. Sólo tengo una palabra que decir para asegurar á V. el placer que tendré, en el límite de mis pobres medios, en honrar la carta de introducción de mi amigo Tomás Gradgrind. V. es un hijo de familia. No vaya V. á imaginarse un solo instante que yo soy otro hijo de familia. Soy poco menos que un expósito, poco menos que un hijo de la casualidad.

Si algo hubiera podido aumentar el interés que Bounderby inspiraba á Jaime, hubiera bastado esta última circunstancia para producir tal efecto, ó al menos no dejó de asegurarlo así.

—Después de esto (prosiguió Bounderby), podemos estrecharnos las manos bajo un pie perfecto de igualdad. Digo de *igualdad*, porque aunque sé mejor que nadie lo que soy, y que he salido del lodo más inundo, soy, por lo menos, tan orgulloso como V. ¿Qué tal vamos de salud?

Jaime, estrechando la mano del banquero, dijo que se sentía perfectamente, merced á la atmósfera saludable de Cokeville. Mr. Bounderby acogió muy favorablemente esta respuesta.

—Quizás sabrá V., ó quizás no sepa, que me he casado con una hija de Tomás Gradgrind. Si no tiene V. dificultad en acompañarme al otro extremo de la población, tendría mucho placer en presentarle á mi esposa.

—Mr. Bounderby, acaba V. de anticiparse á mi más ardiente deseo.

Con esto terminó la conversación, y salieron.

Bounderby condujo á su amigo, que formaba con él tan maravilloso contraste, á la casa de ladrillos rojos, con ventanas negras y persianas verdes.

En el salón de esta casa apareció muy luego la muchacha más guapa que Jaime había visto en toda su vida.

Parecía tan cortada, y por lo mismo tan poco cuidadosa de sí misma; tan fría, tan orgullosa, y sin embargo tan sensible, tan avergonzada de la humildad fanfarrona de su marido, de la cual cada ejemplo la hacía estremecer como si hubiese recibido un golpe en el pecho, que Jaime, al verla, experimentó una sensación completamente nueva.

El semblante de Luísa no era menos notable que sus maneras; pero el juego natural de su fisonomía era tan reservado, que no se podía adivinar su verdadera expresión.

De todo punto indiferente y segura de sí misma, nunca violenta, pero nunca satisfecha, se encontraba en persona cerca de ellos, pero muy lejos con el pensamiento.

Jaime comprendió que sería imposible en un tiempo dado llegar á conocer íntimamente á aquella joven: tanto burlaba toda su perspicacia.

—Esta es mi mujer, caballero; Luísa, te presento á Mr. Jaime Harthouse. Este caballero se

ha afiliado en la bandera de tu padre. Si dentro de poco no es colega de Tomás Gradgrind, al menos le recomendaremos á los electores de algún partido inmediato. Ya ve V., caballero, que mi mujer es más joven que yo. No sé qué habrá encontrado en mí para casarse conmigo; pero necesariamente habrá encontrado algo: de otro modo, supongo que no sería mi mujer. Tiene un caudal de conocimientos preciosos, políticos y financieros. Si en menos de nada quiere V. prepararse para hacer un discurso sobre un asunto cualquiera, no podré recomendarle mejor maestro que Luisa Bounderby.

—No podría V. recomendarme mejor maestro, ni las lecciones de ningún otro podrán serme más gratas.

—Vamos, si empieza V. con cumplimientos (dijo Mr. Bounderby), nadie en esta casa podrá aventajarle. Yo ignoro el arte de la galantería. Seamos francos: desprecio las fórmulas sociales. Pero V. no ha sido educado como yo. V. es un gentlemén, y yo no pretendo serlo. Soy Josué Bounderby, liso y llano, y me basta. Sin embargo, si resisto á las maneras distinguidas que dan el nacimiento y la educación, puede que le agraden á Luisa. No ha tenido las mismas ventajas que yo, las mismas desventajas, si V. quiere; de manera que no perderá V. el tiempo.

—Mr. Bounderby (dijo Jaime, volviéndose

hacia Luisa y sonriendo) es, á lo que veo, un noble animal, que se encuentra casi en el estado salvaje, y libre de todos esos arneses de convención que debe llevar un desgraciado caballo como yo.

Viéndose Bounderby calificado de aquel modo por un hombre que conocía el mundo, se preguntó:

—¿Cómo deberé tomar esto?

—¿Va V. á consagrarse al servicio de su país? (exclamó Luisa, que permanecía de pie en el mismo sitio en que se había detenido.) ¿Ha resuelto V. ofrecer al país medios de orillar todas sus dificultades?

—No, señora (replicó Jaime sonriendo); palabra de honor que no; no tengo pretensiones de ese género. Conozco algo el mundo, porque lo he corrido en todas direcciones, y he descubierto que no vale gran cosa. No hay nadie que no esté convencido de esto; solamente los unos lo confiesan, los otros no; vengo únicamente á secundar las opiniones de su padre de V., porque para mí todas ellas son iguales, y tanto merecen defensa las unas como las otras.

—¿No tiene V. ninguna opinión?—preguntó Luisa.

—Ni siquiera conservo sombra de ninguna preferencia. Aseguro á V. que no doy importancia á ninguna idea. Las mil maneras con que me

he aburrido en este mundo, han tenido por resultado convencerme de que una serie determinada de ideas puede hacer tanto bien, ó tanto mal, como cualquiera otra. Conozco una encantadora familia inglesa, la de lord Russell, que tiene una divisa italiana. *Lo que será, será*. Es la única verdad que reconozco en los tiempos que corren.

Observó que aquella abominable pretensión á la franqueza que rechazaba la probidad, vicio tan peligroso, tan fatal y tan común, parecía producir en Luisa una impresión que no le era desagradable. Continuó, pues, hablando con tono vario, á fin de no perder la ventaja, y que ella pudiese tomar sus palabras en sentido más serio ó menos serio, según le pareciese más conveniente.

—El partido que puede probarlo todo con una línea de unidades, de decenas, centenas, etc., me parece la broma mejor del mundo y la más digna de alcanzar éxito. Estoy dispuesto á ensayarme con tanto ardor como si creyese en esos principios. ¿Qué más podría hacer si en efecto creyese en ellos?

—Es V. un hombre de estado singular.

—Dispense V.; no tengo ni aun ese mérito insignificante. Las personas de mi opinión, es decir, las personas que no tienen ninguna, componen, no lo dude V., la mayoría de nuestros hombres de estado.

Mr. Bounderby, que estaba ya tan formal con su silencio obligado, que más de una vez estuvo á punto de estallar, interrumpió la conversación, proponiendo aplazar la comida para las seis y media, y aprovechar el intervalo para que Mr. Jaime Harthouse hiciese una visita electoral á todas las notabilidades electoras é interesantes de Cokeville intra y extramuros. Se dió el paseo electoral, y Mr. Jaime Harthouse, gracias á las vulgaridades financieras que había aprendido en libros más vulgares todavía, salió airoso de aquella prueba, aunque más fastidiado que nunca.

Por la tarde halló la mesa servida para cuatro convidados; pero uno de los asientos quedó sin ocupar.

Mr. Bounderby entretuvo á su huésped durante la sopa y el pescado, con un cálculo que demostraba que él había consumido en su juventud lo menos tres caballos en forma de salchichones.

Este detalle, unido á otros mil de la misma especie, que Jaime escuchó con aire fatigado, intercalando de vez en cuando algunos monosílabos, le hubieran decidido sin duda á partir á la mañana siguiente, aunque hubiese sido en dirección á la Tierra Santa, si Luisa no hubiese excitado su curiosidad.

—¡Cómo! ¿Es posible que no haya nada que pueda alterar esa fisonomía?—se preguntó Jai-

me, mirando á Luisa, en tanto que se sentaba en el sitio de preferencia, donde su cuerpo pequeño, pero gracioso, parecía tan lindo como fuera de su lugar.

—Sí, ¡vive Júpiter! Hay algo con el poder de alterar aquel rostro, y ese algo ya está en el comedor. Apareció Tomás. Luisa cambió completamente cuando se abrió la puerta, y en su boca se dibujó una sonrisa.

Una sonrisa encantadora. Quizás Mr. Jaime no la hubiera admirado tanto, si no hiciese tanto tiempo que se estaba admirando de la impasibilidad de aquella fisonomía.

Luisa adelantó la mano, una mano muy linda y delicada, y la cruzó con la de Tomás, que estrechó fuertemente, como si hubiera querido llevarla á sus labios.

—¡Hola! ¡hola! (pensó Jaime). Este chicuelo es el único por quien se interesa. Bueno es saberlo.

Presentaron el chicuelo á Mr. Jaime Harthouse.

—Cuando yo tenía su edad de V., señor Tomás (dijo Bounderby), ó llegaba á la hora precisa, ó me quedaba sin comer.

—Cuando V. tenía mi edad (respondió Tomás), no encontraba V. en sus libros una equivocación que fuera necesario rectificar, y no tenía V. que ir en seguida al tocador á vestirse.

—Está bien; eso basta,—dijo Bounderby.

—Entonces, no empiece V. por reñirme,—murmuró Tomás.

—Señora Bounderby (dijo Harthouse, que oía perfectamente aquella conversación mantenida á media voz); la fisonomía de este joven me es completamente familiar; me parece haberlo visto en el extranjero, ó quizás en alguna escuela pública.

—No (respondió Luisa con mucho interés); no ha viajado aún; ha sido educado en casa. Tomás: decía á este caballero, que no es posible que te haya visto fuera de Inglaterra.

—En efecto, no he tenido la fortuna de viajar.

No había, sin embargo, en el joven, cosa alguna que pudiese motivar la satisfacción de su hermana, porque era un muchacho bastante brusco, y ni siquiera se mostraba complaciente con ella. Preciso era que la soledad de su corazón estuviese muy vacía, para sentirse tan dispuesta á entregarlo al primero que llegase.

—He aquí por qué este chicuelo es el único ser por quien ella se ha interesado (pensó mister Jaime Harthouse, adivinando el misterio en su imaginación). Este es todo el secreto: le veo tan claro como la luz del día.

Ni en presencia de su hermana, ni cuando ésta abandonó el salón, procuró Tomás de ninguna manera ocultar el desprecio que le inspi-

raba Mr. Bounderby; antes al contrario, lo manifestaba siempre que podía no llamar la atención de este personaje independiente, ya haciéndole mohines, ya guiñando los ojos.

Sin contestar á estas comunicaciones telegráficas, Mr. Harthouse se sintió animado por Tomás en aquella noche, y hasta le distinguía en su amistad!

En fin, cuando se levantó para irse á la fonda, manifestó el temor de no acertar con el camino de noche, y ofreciéndose Tomás á servirle de guía, salieron juntos de aquella casa.

CAPÍTULO XIX.

El papagayo.

¿No parece muy extraño que un joven, educado bajo un sistema exagerado de rigor, hubiera llegado á hacerse un hipócrita? Pues esto precisamente le había sucedido á Tomás. ¿No parece también extraño que un joven, al que nunca se le habían dejado cinco minutos de que disponer, se hubiese hecho incapaz de gobernarse? Pues esto también le había sucedido á Tomás. ¿No es incomprensible que un joven cuya imaginación había sido sofocada en la cuna, estuviese aún perseguido por el fantasma de aquella imaginación difunta bajo la forma de una grosera sensualidad? Pues bien; tal era, sin embargo, la historia monstruosa del joven Tomás Gradgrind.

—¿V. fuma?—le preguntó Jaime cuando llegaron á la puerta de la fonda.

—Un poco,—respondió Tomás.

Mr. Harthouse se creyó obligado á instar á Tomás para que subiese. Gracias á un vaso de refresco, gracias también á un habano menos

vulgar que los que él podía procurarse, Tomás se recostó muellemente en un rincón del canapé, más dispuesto que nunca á admirar á su nuevo amigo, que se había instalado en el otro rincón.

Al cabo de algún tiempo, Tomás desvaneció el humo de que estaba rodeado, y examinó á su huésped con mucha atención.

—No tiene trazas de ocuparse mucho en la *toilette* (pensó Tomás), y sin embargo viste con mucha elegancia. ¡Qué bien lleva la ropa!

Habiéndose encontrado por casualidad las miradas de Tomás y de Jaime, el futuro miembro del Parlamento observó que su joven amigo no bebía, y con mano negligente le llenó el vaso.

—Gracias (dijo Tomás), gracias. Pues bien, caballero Harthouse; creo que no le ha caído á V. muy en gracia el viejo Bounderby.

Tomás pronunció estas palabras guiñando un ojo, y mirando á su huésped con aire malicioso al través del vaso que tenía en la mano.

—¿Y por qué no? (preguntó Harthouse.) Me parece un excelente sujeto.

—¿De veras lo cree V. así?—dijo Tomás guiñando el otro ojo.

Jaime Harthouse sonrió, dejó el canapé, y se apoyó en la chimenea, volviendo la espalda al hogar que estaba vacío, y se puso á fumar frente á frente á Tomás, á quien dominaba.

—¡Buen cuñado hace V.!—dijo.

—¡Y tan bueno! (contestó guiñando un ojo); pero me aventaja el viejo Bounderby.

—V. le lleva la ventaja, Tomás,—respondió Jaime.

Era tan agradable verse amigo íntimo de un personaje, oirse llamar por el nombre de pila de una manera tan franca, que Tomás estaba orgulloso de sí mismo.

—Si quiere V. decir que me burlo del viejo Bounderby, lo confesaré francamente. Siempre le he llamado el viejo Bounderby, y siempre le he mirado como á un anciano bonachón. Y ya es tarde para cambiar de conducta.

—Bien; pero cuando su mujer está delante, es preciso contenerse.

—¿Su mujer? ¿Mi hermana Luisa? ¡Pues no faltaba otra cosa!

Tomás prorumpió en una carcajada, tomando un trago de la bebida refrescante. Jaime Harthouse siguió fumando su cigarro, sin abandonar el sitio ni la actitud que había tomado, con su indiferencia de costumbre, contemplando á Tomás con el aire satisfecho de un demonio que está seguro que no será inútil su tentación, y sabe que con sólo rodear á su víctima tiene bastante para hacerle consentir en abandonar el alma en el momento oportuno. Y verdaderamente se hubiera dicho que Tomás cedía á una in-

fluencia de esta especie. Empezó por mirar al descuido á su compañero, después le miró con admiración, y acabó por extender una pierna sobre el canapé, mirándole frente á frente, y con atrevimiento.

—Mi hermana Luísa (dijo) no amaba al viejo Bounderby cuando se casó con él.

—Está V. hablando de tiempos que han pasado (replicó Jaime, haciendo caer con el dedo meñique la ceniza del cigarro); pero estamos en tiempos presentes.

—No amar, verbo activo, modo indicativo, tiempo presente. Primera persona, singular, yo no amo; segunda persona, singular, tú no amas; tercera persona, singular, ella no ama,—contestó Tomás.

—Muy bien, muy bien; pero de seguro no ha pensado V. lo que acaba de decir.

—Á fe mía, que sí lo he pensado; palabra de honor. No se atreverá V. á sostener que mi hermana Luísa ama al viejo Bounderby.

—¿Y por qué, amigo mío, no he de sostenerlo, si los veo casados, que viven unidos, y, al parecer, en buena armonía?

Tomás tenía ya las dos piernas sobre el canapé. Si Mr. Jaime hubiera pronunciado una sola palabra cariñosa, se habría tendido cuán largo era. Conociendo que debía agradecer de cualquier modo la distinción que le dispensaba Jai-

me llamándole su amigo, reclinó la cabeza sobre el brazo del sofá, después de haberla inclinado con galantería, y se puso á fumar con grande afectación de hombre gastado. Después volvió su rostro vulgar, y sus ojos un tanto turbados por el vino hacia el hombre que le dominaba de una manera tan descuidada, y no obstante tan irresistible.

—V. conoce á mi padre, señor Harthouse (dijo Tomás), y, por consecuencia, no debe sorprenderse de que Luísa se haya casado con el viejo Bounderby. Mi hermana nunca ha tenido amantes; mi padre le propuso á ese para marido, y lo aceptó.

—Lo cual fué una prueba de obediencia por parte de Luísa.

—Sí; pero mi amable hermana no hubiera sido tan obediente, y no se hubiera arreglado el asunto con tanta facilidad, á no haber estado yo allí.

El demonio tentador no hizo más que levantar las cejas; pero esto bastó para hacer hablar á aquel papagayo.

—Yo fui quien la decidió (continuó diciendo con aire edificante). Me sepultaron en la casa de banca del viejo Bounderby, adonde no tenía ningún deseo de ir, y estaba persuadido de que me esperaban muy malos ratos, si Luísa no cedía á todos los caprichos del viejo Bounderby;

de suerte que manifesté mi deseo, y Luísa se apresuró á complacerme. Nada hay en el mundo que no sea capaz de hacer por mí. Fué un bello rasgo, ¿no es verdad?

—Encantador, á fe mía.

—Y no era ciertamente que el negocio tuviese para ella la misma importancia que para mí (prosiguió tranquilamente Tomás); porque yo jugaba mi independenciam, mi bienestar, acaso todo mi porvenir; pero ella no tenía otro amante, y tanto valía estar en prisión como permanecer en casa, sobre todo cuando yo no estaba en ella. No es lo mismo que si hubiese dejado otro amante para casarse con el viejo Bounderby. Pero, en fin, de todos modos, fué una gran complacencia de su parte.

—No cabe más amabilidad. ¿Y lleva su suerte con resignación?

—¡Oh! (respondió Tomás con tono de desdenosa protección): es una muchacha muy apreciable, y una muchacha siempre sale bien de las situaciones más difíciles. Se ha acostumbrado á aquel género de vida, y nada le importa un ardite. Además, Luísa no es una muchacha vulgar. Puede encerrarse en sí misma y meditar; muchas veces la he visto al amor de la lumbre, sin mover los ojos por espacio de una hora.

—¡Hola! ¡hola! Tiene recursos en sí misma,—dijo Harthouse, fumando tranquilamente.

—No tantos como V. cree, porque nuestro ayo le ha metido en el cerebro unas teorías tan secas como la yesca. Tal era su método.

—¿Y formó á Luísa á imagen y semejanza suya?

—Y á todos mis hermanos. Yo también estoy formado de la misma manera.

—No es posible.

—Sí tal. Puedo asegurar á V. que el día que dejé mi casa para ir á la del viejo Bounderby, era un verdadero bobalicón, sin la menor idea de la vida.

—¡Bah! Yo no puedo creer eso. V. se burla.

—Juro que no, por lo más sagrado (respondió el papagayo). Hablo formalmente.

Continuó fumando con aire tan grave como digno durante varios minutos; después añadió en tono satisfecho:

—¡Oh! Después he adquirido algunos conocimientos, no lo negaré; pero esta ciencia me la debo á mí mismo; nada tengo que agradecer á mi preceptor.

—¿Y la inteligente Luísa?

—Mi inteligente hermana no ha adelantado un sólo paso. En otros tiempos se quejaba conmigo de no tener ninguna ocupación de esas que distraen á las mujeres, y creo que ahora, sobre poco más ó menos, le sucede lo propio; pero le es indiferente (añadió con malicia y lan-

zando bocanadas de humo). Las muchachas nunca escapan mal.

—Al ir ayer á la casa de banca de Mr. Bounderby, vi á una señora anciana, que parece admirar mucho á su hermana de V.,—dijo Harthouse tirando la punta del cigarro.

—¿La señora Sparsit? ¡Cómo! ¿Ya la ha visto V.?

Su amigo hizo una señal afirmativa con la cabeza. Tomás se quitó el cigarro de la boca, á fin de guiñar el ojo, que ya se iba resistiendo á dejarse gobernar.

—El sentimiento que la señora Sparsit profesa á Luisa, es más que adoración, es *afecto*, es *fanatismo*. La señora Sparsit nada ha tenido que ver con el viejo Bounderby cuando era soltero. ¡Oh, nada!

Estas fueron las últimas palabras que pronunció el papagayo antes de que una torpeza vertiginosa, seguida de un olvido completo, se apoderase de sus sentidos. Salió de este estado de soñolencia para caer en un sueño agitado, del que le despertó una voz que le decía:

—¡Eh! que ya es muy tarde. ¡Vamos!

—¡Vamos! (contestó dejando el canapé y enderezándose lo mejor que pudo.) ¿Conque es preciso separarnos?... ¡Qué lástima!... Tiene V. tan buen tabaco.... pero muy flojo.

—Sí, muy flojo.

—Extremadamente flojo (repitió Tomás). ¿En dónde está la puerta?... ¡Buenas noches!

Tomás tuvo entonces otro sueño extraño, en que se sentía conducido por un criado de la fonda al través de una niebla, la cual se disipó por grados.

Entonces se dirigió á su domicilio sin dar muchas camballadas, si bien se sentía aún bajo la influencia del vino, y fascinado como lo estaba en la presencia de Harthouse, ni más ni menos que si se le hubiera aparecido con su mirada penetrante, aunque indiferente.

El papagayo entró en su casa y se acostó. Si hubiese tenido conciencia de lo que acababa de hacer; si hubiese sido un poco menos charlatán y un poco más *hermano*, hubiera podido detenerse, volver la espalda á su casa, dirigirse al río cenagoso teñido en negro, y acostarse buenamente, cuidando de taparse bien la cabeza con aquel agua fangosa y corrompida.

CAPÍTULO XX.

Hermanos y amigos.

—¡Oh, amigos míos! ¡Trabajadores oprimidos de Cokeville! ¡Oh amigos y compatriotas míos, víctimas de un despotismo cuya mano de hierro os encadena! Yo os lo digo: ha sonado la hora en que debemos reunirnos todos para formar una unidad poderosa y abatir á los opresores que engordan con los despojos de nuestras familias, con el sudor de nuestras frentes, con el trabajo de nuestros brazos, con la médula de nuestros huesos: que huellan los derechos divinos de la humanidad, siempre gloriosos, y los privilegios sagrados y eternos de la fraternidad!

—¡Muy bien! ¡Escuchad, escuchad! ¡Hurrá! Y otras mil exclamaciones, proferidas por un gran número de voces, se alzaron en todos los extremos del salón, donde hacía un calor sofocante, y en donde se veía una muchedumbre compacta, mientras que el orador, subido en un tablado, acababa de proferir este trozo magnifi-

co, acompañándole con los más entusiastas ademanes.

Se había acalorado mucho en la peroración, y su voz estaba tan ronca como rojo su semblante. Á fuerza de gritar con todo el brío de sus pulmones, á la claridad deslumbrante de un mechero de gas, á fuerza de apretar los puños, de fruncir el entrecejo, de enseñar los dientes, de dar golpes en la tribuna, se había cansado tanto, que se vió precisado á detenerse para pedir un vaso de agua.

Mientras permanecía de pié en el tablado, procurando refrescar con el vaso de agua su rostro enrojecido, podríamos hacer una comparación entre el orador y la muchedumbre que le rodea; pero esta comparación no redundaría en provecho suyo.

Á juzgar por las apariencias, no sobresalía entre la masa de su auditorio sino por la altura del tablado en que se había subido; pero, con relación á otros muchos conceptos, estaba muy por debajo de sus oyentes. No es tan leal, ni tan franco, ni de tan buen humor como ellos: reemplaza su sencillez con la astucia, su buen sentido con la pasión. Es un hombre mal formado, de pesadas espaldas, de mirada sombría y amenazadora, de facciones casi siempre contraídas por una expresión de odio, y forma, á pesar de su traje híbrido, un contraste desagradable con la

mayor parte de los asistentes, vestidos con sus ropas de trabajo.

Si siempre es extraño ver á una asamblea cualquiera someterse humildemente á la fastidiosa dictadura de un personaje pretencioso, noble ó plebeyo, que ningún poder humano podría sacarle del fango de la necesidad para elevarle á la altura intelectual de las tres cuartas partes de la asamblea, era más extraño aún, y hasta más penoso, ver aquella multitud inquieta, cuya buena fe no se hubiera atrevido á censurar ningún espectador imparcial é ilustrado, dejarse conmover hasta aquel punto por un jefe tal como lo hemos descrito.

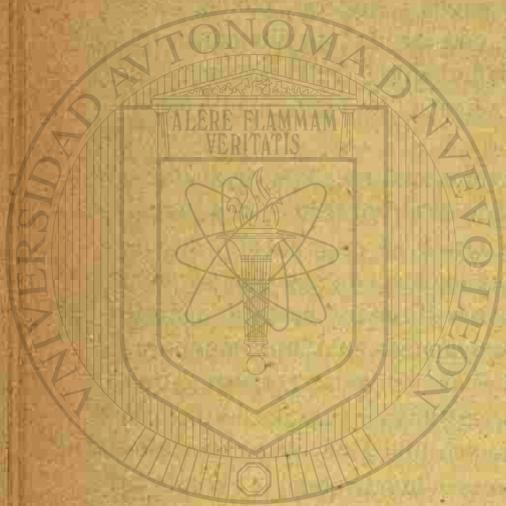
— ¡Muy bien! ¡Oid! ¡oid! ¡Hurra!

La atención y la intención muy conocidas que se observaban en aquellos rostros animados, formaban un espectáculo de los más conmovedores.

Allí no había abandono, ni languidez, ni curiosidad ociosa; ninguna de las diversas fases de la indiferencia, comunes en las demás asambleas, se mostró un solo instante en la de que tratamos. Todos aquellos hombres tenían el convencimiento de que, de un modo ó de otro, su posición era más desgraciada de lo que debía ser; todos aquellos hombres miraban como un deber aliarse con sus compañeros, á fin de mejorar su suerte común; todos aquellos hombres comprendían que

no les quedaba otra esperanza que obrar como un solo individuo; aquella muchedumbre tenía una fe grave, profunda, sincera, en las ideas que la animaban, con razón ó sin ella (sin razón esta vez desgraciadamente). Todo esto se podía ver con una sola mirada: no había medio de engañarse.

El espectador imparcial no podía dejar de reconocer, en el fondo de su corazón, que aquellos hombres, hasta cuando se engañaban, descubrían grandes cualidades, de las que se podía sacar el mejor y más lisonjero partido, porque pretender, aun apoyándose en axiomas generales, por respetables que parezcan, que se extrañaban sin causa legítima, y sólo por el instinto no razonable que presidía á sus obstinados motines, valdría tanto como pretender que puede haber humo sin fuego, muerte sin nacimiento, cosechas sin siembras, ó que todo puede engendrarse de la nada.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

Continuación del meeting.

El orador que hemos dado á conocer en el anterior capítulo tomó algún descanso, enjugó el sudor que corría por su arrugada frente, pasando varias veces de izquierda á derecha su pañuelo plegado en forma de tapón, y concentró sus fuerzas reanimadas en un ademán lleno de desdén y de pesadumbre.

—Pero ¡oh amigos y hermanos míos! ¡Oh mis hermanos y mis compatriotas, trabajadores oprimidos de Cokeville! ¿Por qué hemos de manchar el título glorioso de obrero honrando con él al hombre que conoce por sí mismo los males y las injusticias que se os hacen sufrir á vosotros, honra y prez de este país que os desprecia? ¿Qué diremos del hombre que, habiéndoos oído declarar (con una conformidad noble y majestuosa capaz de estremecer á los tiranos) que estáis

prontos á hacerlos suscritores de la asociación del Tribunal Reunido, y obedecer indistintamente cualquiera orden emanada de esta asociación para vuestro bien; qué diremos, hermanos míos, de un obrero, ya que debemos reconocerle por tal, que en semejante momento abandona su puesto para ir á vender su bandera; que en semejante momento no siente vergüenza al hacer la cobarde y humillante confesión de que permanecerá neutral y rehusa unirse á los que se asocian con valor para defender la libertad y el buen derecho?

Las opiniones no estuvieron unánimes en este pasaje del discurso. Hubo varios murmullos y silbidos; pero el sentimiento del honor era demasiado fuerte y general para permitir que se condenase á un hombre sin oírle.

—¡Cuidado con engañarse, Slackbribge!

—Que pruebe su dicho.

—Oigamos al acusado.

Tales fueron las voces que salieron de diferentes sitios. Al fin, un eco más poderoso que los demás, exclamó:

—¿Está entre nosotros ese hombre? Si está entre nosotros, lo mejor será escucharle.

—Esta proposición fué acogida con una salva de aplausos.

El orador miró en torno suyo con amargason-risa; extendió el brazo derecho, según la cos-

tumbre de todos los Slackbribge, para apaciguar el Océano irritado, y esperó á que reinase un profundo silencio.

—¡Oh, mis hermanos en humanidad! (dijo moviendo la cabeza con aire de profundo desprecio): no extraño que vosotros, hijos postergados del trabajo, pongáis en duda la existencia de semejante hombre; pero ha existido quien vendió su derecho de progenitura por un plato de lentejas; ha existido Judas Iscariote; ha existido un lord Castlereagh, y existe también ese hombre.

Aquí hubo un tanto de confusión y de tumulto, y muy luego el hombre aludido se puso de pié al lado del orador. Estaba pálido, y sus facciones parecían agitadas, sobre todo sus labios; pero permaneció inmóvil, con la mano izquierda en la barba, esperando que se dignasen oírle. Había para dirigir la sesión un presidente, que tomó entonces cartas en el asunto.

—Amigos míos (dijo este funcionario): en virtud de mi oficio, ruego á nuestro amigo Slackbribge, que acaso ha ido demasiado lejos en este negocio, tenga la bondad de sentarse mientras escuchamos á Esteban Blackpool. Ya conocéis á Esteban Blackpool. No ignoráis sus desgracias ni su buena reputación.

Terminadas estas palabras, el presidente estrechó con afecto la mano de Esteban, y se sentó. Slackbribge tomó otra silla, enjugándose la

frente, siempre de izquierda á derecha, nunca en sentido contrario.

—Amigos míos (empezó Esteban en medio de un profundo silencio): he oído lo que acaban de deciros de mí, y es probable que, al subir á la tribuna, perjudique más bien que favorezca mi causa. Me es igual: quiero que sepáis por mí mismo lo que ha pasado, aunque siempre que hablo delante de tanto auditorio, me siento tímido y confuso.

Slackbribge movió la cabeza como si en su pesadumbre hubiera querido desprenderla de sus hombros.

—Soy el único obrero de la fábrica Bounderby que no acepta los reglamentos propuestos. No puedo aceptarlos, amigos míos, porque dudo que puedan proporcionaros algún bien: antes creo que han de causaros mucho mal.

Slackbribge cruzó los brazos, y frunció el entrecejo con aire sarcástico.

—Pero no he subido para eso á la tribuna. Tengo otras razones, razones que me atañen exclusivamente para no asociarme con vosotros, no solamente hoy... sino que me lo impedirán siempre... todo el tiempo que me reste de vida.

Slackbribge se levantó de un salto, y fué á colocarse al lado del obrero, rechinando los dientes y gesticulando:

—¡Oh, amigos míos! ¿No es esto lo que yo os

decía? ¡Oh, mis compatriotas! ¿No es eso exactamente la advertencia que os di para poner os en guardia contra un hermano que os hace traición? ¿Y qué pensáis de tan infame conducta de parte de un hombre sobre el cual todos sabemos que ha pesado la desigualdad de los derechos? ¡Oh, mis compatriotas! Os pregunto qué pensáis de semejante traición de parte de uno de vuestros hermanos, que labra de ese modo su propia ruína, la vuestra, la de vuestros hijos y la de los hijos de vuestros hijos.

Hubo algunos aplausos y algunos gritos de *muer a el traidor*; pero la mayoría de la asamblea permaneció tranquila. Miraron el rostro fatigado de Esteban, patético por las emociones domésticas que revelaba; y la innata bondad de su alma les inspiró más pena que indignación.

—Ese es el oficio del encargado de hablar (dijo Esteban); se le paga para eso, y sabe cumplir con su obligación. Que no se cuide de lo que yo haya podido sufrir. Eso no le concierne. Eso no concierne á nadie más que á mí.

Había tanto respeto á las conveniencias, por no decir tanta dignidad, en estas palabras, que los oyentes se mostraron más tranquilos y más atentos. La misma voz poderosa que momentos antes se dejó oír, exclamó:

—Slackbribge, dejadle hablar y callaos.

Entonces hubo en el salón un silencio sorprendente.

—Hermanos míos (dijo Esteban, cuya voz más elevada se dejó oír con claridad); compañeros míos, porque soy vuestro compañero en los trabajos y en las penas, y creo que el delegado que aquí veis no puede decir otro tanto; sólo tengo una palabra que añadir, y no podría decir más aunque estuviese hablando hasta mañana: —Sé muy bien que estáis decididos á no tener contacto alguno con el obrero que rehuse caminar con vosotros en este asunto. Sé muy bien lo que me espera. Sé muy bien que si estuviese en el caso de morir en la calle, miraríais como un deber el pasar á mi lado indiferentes, ni más ni menos que si se tratase de un extranjero ó de un desconocido: pero cumpliré lo que he jurado.

—Esteban Blackpool (dijo el presidente, que se levantó): medite V., medite V. mucho, antes de consentir en que le rechacen sus antiguos amigos.

Hubo un murmullo general que expresaba el mismo deseo, aunque nadie pronunció una palabra. Todos los ojos estaban fijos en Esteban. No tenía más que cambiar de opinión para conquistar todos los corazones. En el suyo no había ni asomo de resentimiento contra sus compañeros; les conocía demasiado para dejarse arrastrar por debilidades y errores del momento; los co-

nocía como únicamente podía conocerlos un camarada.

—He pensado en esto más de una vez. No puedo estar con vosotros, y nada más tengo que decir; necesito seguir el camino que tengo delante; necesito despedirme de vosotros.

Les hizo una especie de saludo, levantó ambos brazos, y permaneció un momento en esta actitud. Después continuó:

—He cambiado más de una palabra amistosa con algunos de los que aquí se encuentran; veo más de un semblante conocido desde que era más joven y estaba menos triste que ahora. En mi vida he tenido la más leve riña con ninguno de mis compañeros, y sabe Dios que no soy yo quien ha buscado el disgusto de esta noche. Me llamaréis traidor, y todo lo demás.... Hablo de vos (añadió, dirigiéndose á Slackbribge); pero eso es más fácil de decirlo que de probarlo.

Había dado dos ó tres pasos como para bajar de la tribuna, cuando se acordó de una cosa que había olvidado, y volvió á ocupar su puesto.

—Acaso (dijo, volviendo lentamente el rostro arrugado, como para dirigir la palabra á cada uno de los oyentes en particular); acaso cuando se vuelva á tocar y discutir esta cuestión, me rechacéis, si los fabricantes me obligan á trabajar entre vosotros. Espero que eso no sucederá; pero si sucede, me resignaré á trabajar aislado

en un rincón. Sólo cuento con mis brazos para ganar el pan de cada día; ¿y dónde podría encontrar trabajo sino en Cokeville, yo, que nunca he salido de esta ciudad? No me quejaré si vosotros me rechazáis y huís de mi compañía desde esta noche; mas espero que me dejaréis trabajar. Creo que este es mi derecho, y que vosotros no me lo negaréis.

Nadie pronunció una sola palabra; no se oyó el menor ruido en el salón, á no ser el levísimo que producían los que se separaban un poco en el centro de la asamblea para abrir paso al hombre que de entonces en adelante ninguno de ellos debía considerar como compañero. Sin mirar á nadie, yendo derecho á su camino, con aire de humilde firmeza, que nada pedía, que nada reclamaba, Esteban salió del salón, llevando consigo el peso de sus nuevos infortunios.

Entonces Slackbribge, que tuvo su brazo oratorio extendido mientras salía Esteban, como si con extrema solicitud y con grande influencia moral hubiera procurado contener las pasiones vehementes de la multitud, se aplicó á levantar los abatidos espíritus de la asamblea.

—El Bruto romano, ¡oh, amigos míos! ¿no condenó á muerte á su propio hijo, y las madres espartanas no obligaron á sus hijos, que huían, á desafiar la punta de las espadas de sus enemigos? ¿No es un deber para los hombres de Co-

keville, que tenfan á sus espaldas ascendientes, y delante un mundo que los admiraba, y una posteridad que debía sucederles, arrojar á los traidores lejos de las tiendas que habían levantado á una causa sagrada y divina? (De los cuatro puntos cardinales el cielo respondió: ¡¡Sí!! En el Este, en el Oeste, en el Norte y en el Sur.) ¡Así, pues, tres *hurras* por la asociación del Tribunal Reunido!

Slackbribge, usurpando las funciones de director de orquesta, llevó el compás. Aquella multitud de semblantes ansiosos (que no carecían de remordimientos), recobraron alguna serenidad, y se repitió la aclamación. Todo sentimiento personal debe ceder á la causa común. ¡Hurra! El techo resonaba aún con los gritos de triunfo cuando se dispersó la reunión.

No fué necesario más para que Esteban Blackpool hiciese la vida más solitaria que se puede imaginar, una vida de aislamiento entre una muchedumbre con la que antes mantenía estrechas relaciones.

Quien en un país extranjero busca entre mil semblantes una mirada simpática sin encontrarla nunca, puede decir que se encuentra en una agradable sociedad, si se compara al desgraciado que ve pasar todos los días diez semblantes indiferentes que antes eran diez semblantes de amigos. Tal debía de ser, á cada instante de su

vida, la prueba por que pasaba Esteban Blackpool en su trabajo, al entrar y salir de la fábrica, en la puerta, en la ventana, en todas partes. Sus compañeros habían convenido en abandonarle la acera por donde tenía costumbre de pasar; Esteban era el único, entre los operarios, que andaba por donde quería, sin que le molestasen sus camaradas.

Desde mucho tiempo atrás, era Esteban un hombre tranquilo, que buscaba muy poco la sociedad de los demás hombres, y acostumbrado á hacer de sus pensamientos su única compañía. Hasta entonces había ignorado cuánto necesitaba su corazón de la frecuente simpatía de un signo de cabeza, de una mirada ó de una palabra. Nunca hubiera creído que le sería tan difícil separar en su conciencia el abandono completo ó la indiferencia de sus camaradas, y un sentimiento injusto de deshonor y de vergüenza.

Los cuatro primeros días de su prueba, le parecieron tan largos y tan penosos, que empezó á espantarle la perspectiva que se ofrecía á sus ojos. No solamente no volvió á buscar á Raquel, sino que evitó todas las ocasiones de encontrarla; pues, aunque sabía que el extrañamiento de que era objeto no se extendía á las mujeres, al menos oficialmente, observó que varias de las que trabajaban en las fábricas habían cambiado

de tono con él, y tembló al pensar que Raquel fuese también condenada al aislamiento, si la veían hablar con su antiguo amigo.

Volvió, pues, completamente sólo, durante aquellos cuatro días, y no había hablado con nadie, cuando, en el momento en que dejaba su trabajo, se le acercó un joven en la calle.

—¿Se llama V. Blackpool?—le preguntó.

Esteban se sonrojó al observar que se había quitado el sombrero involuntariamente, movido por la gratitud que le inspiraba el hombre que se había dignado hablarle. Fingió que se lo había quitado para arreglarse el cabello, y respondió:

—Sí.

—¿Es V. el obrero de quien han renegado sus hermanos?—continuó Bitzer, que era el joven que le había dirigido la palabra.

Esteban volvió á responder:

—Sí.

—Lo adiviné al ver el empeño con que todos se alejaban de V. sin querer hablarle. Mr. Bunderhy le espera á V. en su casa. ¿Sabe V. dónde vive?

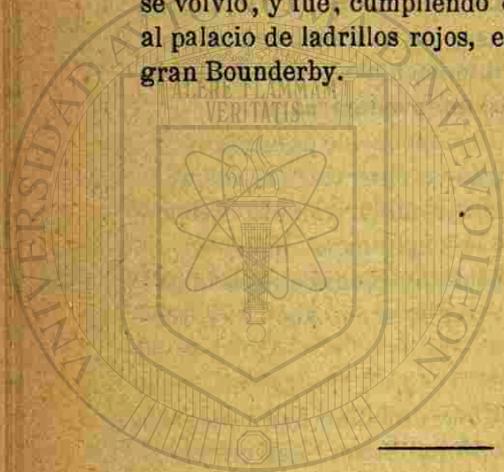
Esteban volvió á responder:

—Sí.

—Entonces vaya V. en seguida; anúnciese, y el criado le hará pasar adelante. Yo soy empleado en la casa de banca; tengo mucho que hacer,

y me dispensará V. un gran favor en evitarme que le acompañe.

Esteban, que se dirigía á una parte opuesta, se volvió, y fué, cumpliendo con su obligación, al palacio de ladrillos rojos, en que habitaba el gran Bounderby.



CAPITULO II.

Obreros y fabricantes.

—Veamos, Esteban; ¿qué es lo que acabo de saber? (dijo Bounderby con voz tempestuosa.) ¿Es V. á quien de tal manera han tratado esos miserables? Entre V., y hable con toda franqueza.

Donde se le invitaba á hablar era en el salón. La mesa estaba servida para el te, y la joven esposa de Mr. Bounderby, su hermano y un gentil caballero de Londres, estaban presentes. Esteban les saludó, cerró la puerta, permaneciendo de pié con el sombrero en la mano.

—Aquí tiene V. el hombre de quien hablaba hace un instante, Harthouse,—dijo Bounderby.

El personaje á quien se dirigía, y que estaba sentado en el sofá hablando con la señora Bounderby, se levantó, diciendo con aire de fastidio:

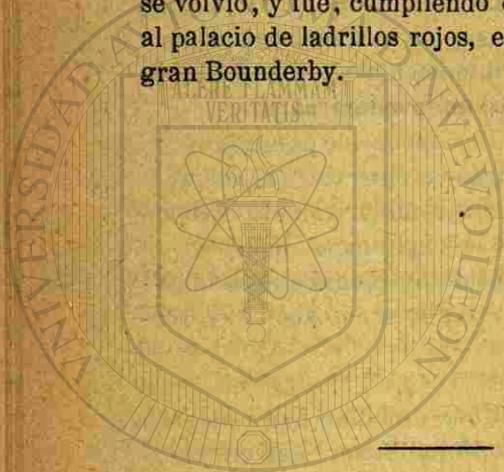
—¿De veras?

Y avanzó hasta la chimenea, cerca de la cual estaba Bounderby.

—Ahora (repitió éste), hable V. con franqueza. Después de los cuatro días que Esteban aca-

y me dispensará V. un gran favor en evitarme que le acompañe.

Esteban, que se dirigía á una parte opuesta, se volvió, y fué, cumpliendo con su obligación, al palacio de ladrillos rojos, en que habitaba el gran Bounderby.



CAPITULO II.

Obreros y fabricantes.

—Veamos, Esteban; ¿qué es lo que acabo de saber? (dijo Bounderby con voz tempestuosa.) ¿Es V. á quien de tal manera han tratado esos miserables? Entre V., y hable con toda franqueza.

Donde se le invitaba á hablar era en el salón. La mesa estaba servida para el te, y la joven esposa de Mr. Bounderby, su hermano y un gentil caballero de Londres, estaban presentes. Esteban les saludó, cerró la puerta, permaneciendo de pié con el sombrero en la mano.

—Aquí tiene V. el hombre de quien hablaba hace un instante, Harthouse,—dijo Bounderby.

El personaje á quien se dirigía, y que estaba sentado en el sofá hablando con la señora Bounderby, se levantó, diciendo con aire de fastidio:

—¿De veras?

Y avanzó hasta la chimenea, cerca de la cual estaba Bounderby.

—Ahora (repitió éste), hable V. con franqueza. Después de los cuatro días que Esteban aca-

baba de pasar en el aislamiento, aquellas palabras no podían dejar de producir en su oído una sensación desagradable y discordante. No solamente lastimaban su alma herida, sino que parecían justificar la acusación de desertor egoísta que le habían dirigido.

—Tenga V. la bondad de decirme para qué me ha llamado.

—Acabo de decírselo á V. (replicó Bounderby); hable V. con franqueza; hable V. como un hombre, porque V. es todo un hombre, y refléranos su posición, así como la historia de esa liga de obreros.

—Dispéñseme V., señor (dijo Esteban); nada tengo que decir acerca de eso.

—Aquí tiene V., Harthouse, una muestra tristísima de lo que son nuestros obreros. Otra vez que este hombre vino á casa, ya hace tiempo, le dije que se pusiera en guardia contra los extranjeros malhechores que infestan el país, sublevando á las clases obreras, y le previne que entraba en muy mal camino. Pues bien; ¿creerá V. que en los mismos instantes en que los obreros acababan de proscribirle, tiene la necedad de permanecer siendo su esclavo; que tiene miedo de abrir la boca para denunciar sus proyectos?

—He dicho que nada tengo que revelar de esas cosas; pero no que tengo miedo de abrir los labios.

—No sólo sé lo que V. ha dicho, sino también lo que ha querido decir, lo cual ciertamente no viene á ser lo mismo. Son, al contrario, dos cosas muy diferentes. Haría V. muy bien en decirnos sobre la marcha que ese tunante de Slackbribge no está en la ciudad para amotinar al pueblo; que no es uno de los jefes reconocidos del populacho, es decir, un grandísimo canalla. Díganos V. todo esto, si quiere. V. no puede engañarme. ¿Por qué no lo dice V.?

—Siento tanto como V., señor, que el pueblo sólo encuentre jefes malos (dijo Esteban). Toma los que se le presentan. Quizás no es la menor de nuestras desgracias la de no encontrar nunca mejores guías.

La tempestad empezó á rugir con más fuerza.

—Hemos dado á la conversación buen principio, ¿no es verdad, Harthouse? Pero esto no es nada. Va V. á ver cómo dirijo á este hombre una sencilla pregunta. ¿Me será permitido, señor Blackpool (el viento empezó á soplar muy fuerte), preguntar á V. por qué razones se negó á formar parte de la asociación?

—¿Cómo?...

—Sí (insistió Bounderby, poniéndose en jarras, moviendo la cabeza y cerrando los ojos, como si hiciese alguna confianza á la pared que tenía delante); sí, ¿qué razones le asistieron á V. para tomar esa determinación?

—Yo hubiera preferido no hablar de tal cosa; pero puesto que V. me lo pregunta, como no quiero faltar á la verdad, contestaré que porque lo había prometido.

—No á mí; bien lo sabe V.,—dijo Bounderby. Tiempo tempestuoso mezclado de calmas engañosas, verdadera calma chicha.

—Verdad que no.

—Demasiado sabe (continuó Bounderby convertido en un huracán) que sus compañeros son un atajo de canallas y de insurrectos, para quienes la deportación sería un castigo muy dulce. Vamos, Mr. Harthouse; V. que ha corrido tanto mundo, ¿ha visto en ningún país un hombre semejante?

Y con el dedo, irritado, Mr. Bounderby señaló á Esteban.

—No, no, señores (dijo Esteban Blackpool, que protestó enérgicamente contra los epítetos de que se había servido su amo, y se dirigió instintivamente á Luisa, desde que sus ojos se fijaron en el semblante de la joven). No son insurrectos, no son canallas. Nada de eso, señora; nada de eso. No hay entre ellos doce hombres... ¿qué digo doce?; no hay seis, que no crean cumplir con un deber para con los demás y para con ellos mismos. Dios me guarde á mí, que les conozco, que los he tratado toda mi vida, que he comido y bebido con ellos, que he vivido y tra-

bajado en su compañía, que los he amado: Dios me guarde de no tomar su defensa en nombre de la verdad; así me hagan todo el daño imaginable.

Hablaba con la ruda vivacidad que pertenece á su clase y que distinguía á su carácter, aumentada quizás con la orgullosa convicción de que permanecía fiel á sus hermanos, á pesar de toda su desconfianza; pero no olvidaba que estaba en casa de su principal, y ni siquiera alzaba la voz.

—No, señora, no. Son leales los unos con los otros, fieles entre sí y serviciales hasta la muerte. Sed pobre entre ellos, estad enferma, tened una de esas penas diarias que llevan el dolor á la puerta de un infeliz, y los encontraréis tiernos, dulces, compasivos, cristianos. Está V. segura de eso, señora; les destrozarían antes de hacerles cambiar.

—En una palabra (dijo Mr. Bounderby): porque tienen tantas virtudes, le han hecho á V. tantos desaires. Diga V. eso con franqueza, y habremos concluído. Vamos, no tenga V. escrúpulos.

—¿Cómo explicar, señora (repitió Esteban, que al parecer buscaba su refugio natural en el rostro de Luisa), que la parte mejor que hay en nosotros, pobres trabajadores, sea precisamente lo que nos causa más embarazo, más desgracia y más error? Sin embargo, así sucede; pero no

nos falta paciencia; y, en general, procuramos hacer todo el bien posible. No creo, pues, que seamos acreedores á tanta injusticia.

—¡Eh, amigo mío! (dijo Brounderby, á quien el obrero, sin observarlo, había excluído de la conversación, dirigiéndose á una tercera persona en vez de dirigirse á él); si V. quiere prestarme atención un momento, no me disgustará que hablemos algunas palabras. Ha dicho V. que nada tenía que decirnos sobre este asunto. ¿Está V. bien seguro de eso?

—Sí, señor; bien seguro.

—Aquí hay un caballero de Londres (Bounderby señaló á Harthouse por encima del hombro), un miembro del Parlamento, y tendría mucho gusto en que presenciase nuestra conversación, en vez de referirle yo la sustancia; aunque no ignoro nada de lo que podrá V. decir, pues no hay nadie que lo pueda saber mejor que yo, se lo prevengo á V., porque prefiero que lo oiga de V. mismo á que me crea bajo mi palabra.

Esteban saludó con la cabeza al caballero de Londres, cuya vista no era muy á propósito para iluminar sus ideas. Dirigió los ojos involuntariamente hacia el semblante en que había buscado su refugio; pero una mirada de Luisa, mirada expresiva, aunque rápida, le obligó á volverse hacia Mr. Brounderby.

—Vamos, díganos V. de qué se queja,—le preguntó el fabricante.

—No he venido aquí para quejarme (le recordó Esteban). He venido porque fueron á buscarme.

—¿De qué os quejáis los obreros en general? —repitió Brounderby cruzándose de brazos.

Esteban le miró un momento con alguna indecisión, y después dijo, como tomando un partido:

—Señor, nunca han sido mi fuerte las explicaciones. Estamos en un lodazal, y esto es claro como la luz del día. Véase la ciudad tan rica como es, y véanse todos los que han venido aquí para tejer, para cardar ó para trabajar en las máquinas, sin haber podido jamás proporcionarse la menor dulzura desde la cuna hasta el sepulcro. Ved cómo vivimos y dónde vivimos. Pues ahora véanse las manufacturas, que marchan siempre, sin hacernos adelantar un paso, como no sea hacia la muerte. Ved cómo Vds. nos miran, lo que escriben acerca de nosotros, lo que dicen de nosotros, y cómo envían diputaciones al secretario de Estado para decir mal de nosotros, y cómo Vds. siempre tienen razón y nosotros nunca, y cómo nosotros nunca hemos sido más que gente irracional desde que estamos en el mundo. Véase cómo el mal va cada día en aumento, siempre en aumento; cómo cada año

se hace más cruel. ¿Quién puede ver todo esto, señor, y decir en el fondo de su alma que esto en que vivimos no es un lodazal?

—Naturalmente, nadie (dijo Mr. Bounderby). Ahora puede V. decir á este caballero de qué medios piensan Vds. valerse para salir de este lodazal en que habitan, y acepto el nombre que V. tanto repite.

—No sé nada, señor. ¿Cómo quiere V. que lo sepa? Á mí no debe V. dirigirse para hacer esas averiguaciones. Ellos son los que pueden resolver esas dudas, satisfacer esa curiosidad.

—En todo caso, voy á decir á V. lo que podríamos hacer para empezar (replicó Mr. Bounderby); haremos un ejemplar con media docena de Slackbribgers. Perseguiremos á esos canallas por crimen de felonía, y haremos que los deporten á las colonias penitenciarias.

Esteban movió gravemente la cabeza.

—No vaya V. á decirme que no haremos nada (dijo Mr. Bounderby, convertido en huracán impetuoso); porque lo haremos; le doy á V. mi palabra.

—Señor (respondió Esteban, con la tranquila confianza de una certeza absoluta); aunque se apoderase V. de todos los que existen y los cosiera á cada uno en un saco para arrojarlos á la mar más profunda que haya podido existir antes de que se creara la tierra firme, el lodazal que-

daría exactamente como está. ¡Extranjeros malhechores! (continuó Esteban, con inquieta sonrisa); hace mucho tiempo que oigo hablar de esos extranjeros; no son ellos el origen del mal, señor; no son quien le dan incremento. No tengo ningún motivo para que me sean simpáticos; al contrario; pero es una empresa inútil y vana la de intentar que abandonen su oficio; más valía trabajar para que el oficio les abandone á ellos. Todo lo que me rodea en esta habitación estaba cuando entré; todo continuará en su puesto después que me haya ido. Póngase ese reloj á bordo de un buque y envíesele á la isla de Norfolk; no por eso el tiempo abandonará su carrera. Pues bien: lo mismo sucede con Slackbribge.

Volviendo otra vez los ojos á su primer refugio, observó que Luisa dirigía hacia la puerta una mirada, equivalente á una advertencia.

Dió un paso hacia atrás, y puso la mano en el picaporte; pero aún no había dicho todo lo que quería decir, y sentía en el fondo de su corazón que era noble venganza del mal que sus compañeros acababan de hacerle, permanecer fiel hasta el último momento á los que le habían rechazado. Se detuvo, pues, para descargar el peso de su corazón.

—Señor: yo no puedo, con lo poco que sé, á mi manera, indicar á este caballero el modo de remediar estos males; obreros hay en la ciudad

que pudieran hacerlo mejor que yo; pero lo que sé muy bien, y lo que puedo decirle, es lo que no se debería hacer, porque sería un medio muy malo.

»La fuerza bruta no es un buen medio; la victoria y el triunfo tampoco lo son.

»Dar siempre la razón á los unos y la sinrazón á los otros, es contra naturaleza, y un medio detestable. Tanto vale no tocar á nada. Dejad amontonados millares de millares de individuos en un mismo lodazal, y acabarán por formar un pueblo aparte del nuestro, con un golfo negro entre ambos, lo cual no puede durar siempre.

»No acercarse con dulzura y paciencia, con maneras consoladoras, á los que están tan próximos á acercarse los unos á los otros en sus numerosas penas y á compartir en su miseria las cosas de que tienen necesidad, tampoco sería un buen medio; con eso nada se conseguiría, mientras el sol no se convierta en un pedazo de nieve. Menos se conseguirá aún considerándolos como una fuerza bruta, como las cifras de una operación aritmética, ó como partes integrantes de una máquina; como si no tuviesen ni amor, ni simpatías, ni memoria, ni inclinaciones, ni una alma capaz de desfallecer y capaz de abrigar esperanzas; tratándolos cuando no permanecen tranquilos, como si no tuviesen nada de esto, y reconviéndolos cuando tratan de faltar á los

deberes de la humanidad respecto á nosotros, he aquí un medio que nunca será bueno, mientras no se deshaga la obra de Dios.»

Esteban se detuvo con la mano en el botón del picaporte, esperando si aún tenían alguna cosa que preguntarle.

—Espere V. un instante (dijo Bounderby, cuyo rostro estaba muy encendido). Le previne á V. la última vez que estuvo aquí á quejarse, que haría muy bien en tomar otro camino y abandonar ese que sigue. Y recordará V. también que le previne que comprendía muy bien sus aspiraciones al cubierto de oro.

—Pues bien: yo le aseguro á V., señor, que por mi parte no comprendo nada.

—Así, pues, para mí es evidente (continuó Bounderby) que es V. uno de esos individuos que siempre tienen por qué quejarse. V. va por todas partes sembrando el descontento y predicando la insurrección. V. no se ocupa de otra cosa, amigo mío.

Esteban movió la cabeza; protesta muda contra los que pudieran creer que no estaba condenado á otra tarea para subvenir á su existencia.

—Es V. un individuo de tal especie, que las personas que le conocen han tenido que cortar con V. toda comunicación. Voy á decir á V. una cosa: soy de la opinión de esas personas por esta

vez... una sólo vez no hace costumbre.... Quiero romper con V. toda clase de relaciones.

Esteban volvió con viveza los ojos hacia el rostro de Bounderby.

—Puede V. acabar el trabajo que tiene entre manos, y después ir á buscarlo á otra parte.

—Bien sabe V., señor, que si V. me niega trabajo, en ninguna parte lo encontraré.

Esta fué la respuesta de Bounderby:

—Sé lo que sé, y V. sabelo que sabe. No tengo que decir ni una palabra más.

Esteban volvió á dirigir una mirada á Luísa; pero sus ojos no encontraron los de la joven: lanzó un suspiro suave, y murmuró en voz tan baja que apenas se le pudo entender:

—El cielo tenga piedad de todos nosotros en este mundo.

Dicho esto, se fué.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO III.

La desaparición.

Ya era casi de noche cuando Esteban salió de la casa de Mr. Bounderby. Las sombras de la noche habían descendido con tanta rapidez, que no miró á su alrededor cuando cerró la puerta, pero subió sin detenerse la calle. Nada estaba tan lejos de su pensamiento como la extraña vieja á quien se encontró cuando hizo su primera visita á aquella misma casa; oyó tras de sí unos pasos ligeros que le eran conocidos, y volviéndose, vió á la anciana acompañada de Raquel.

—¡Oh, Raquel! ¡Querida mía! ¡Y V. con ella, señora!

—Verdad que este encuentro tiene mucho de extraño,—contestó la vieja.

—Pero ¿cómo es que la encuentro á V. acompañada de Raquel?—preguntó Esteban andando al lado de ambas mujeres, colocándose entre ellas, y mirando alternativamente á una y á otra.

vez... una sólo vez no hace costumbre.... Quiero romper con V. toda clase de relaciones.

Esteban volvió con viveza los ojos hacia el rostro de Bounderby.

—Puede V. acabar el trabajo que tiene entre manos, y después ir á buscarlo á otra parte.

—Bien sabe V., señor, que si V. me niega trabajo, en ninguna parte lo encontraré.

Esta fué la respuesta de Bounderby:

—Sé lo que sé, y V. sabelo que sabe. No tengo que decir ni una palabra más.

Esteban volvió á dirigir una mirada á Luísa; pero sus ojos no encontraron los de la joven: lanzó un suspiro suave, y murmuró en voz tan baja que apenas se le pudo entender:

—El cielo tenga piedad de todos nosotros en este mundo.

Dicho esto, se fué.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO III.

La desaparición.

Ya era casi de noche cuando Esteban salió de la casa de Mr. Bounderby. Las sombras de la noche habían descendido con tanta rapidez, que no miró á su alrededor cuando cerró la puerta, pero subió sin detenerse la calle. Nada estaba tan lejos de su pensamiento como la extraña vieja á quien se encontró cuando hizo su primera visita á aquella misma casa; oyó tras de sí unos pasos ligeros que le eran conocidos, y volviéndose, vió á la anciana acompañada de Raquel.

—¡Oh, Raquel! ¡Querida mía! ¡Y V. con ella, señora!

—Verdad que este encuentro tiene mucho de extraño,—contestó la vieja.

—Pero ¿cómo es que la encuentro á V. acompañada de Raquel?—preguntó Esteban andando al lado de ambas mujeres, colocándose entre ellas, y mirando alternativamente á una y á otra.

—Por mi fe, he hecho conocimiento con esta joven tan buena y tan linda, sobre poco más ó menos de la misma manera que con V. (dijo la anciana con alegría). Mi visita habitual se ha retardado un poco este año, porque he padecido un asma, y quise esperar á que hiciese mejor tiempo y más calor. Por lo mismo, no he hecho el viaje en un sólo día, sino que lo he dividido en dos. Esta noche dormiré en el *Café de los viajeros*, una posada muy buena y muy decente, situada allá abajo, cerca de la estación, y me marcho mañana, á las seis, en el tren expreso.

»Pero V. me preguntará qué tiene que ver lo que digo con esta joven. Va V. á oirlo. He sabido el casamiento de Mr. Bounderby. Lo he leído en un periódico, donde hacía el mejor efecto... ¡y qué buen efecto! (La vieja se apoyó en esta frase con entusiasmo singular.) Y quiero conocer á su mujer. Nunca la he visto. ¿Querrá V. creer que ayer no salió de casa la mujer de Bounderby? De suerte que por no renunciar á mi deseo, me estaba paseando antes de irme, y pasé dos ó tres veces al lado de esta joven: viendo un rostro tan dulce, la hablé, y me respondió. He aquí la historia (dijo la anciana á Esteban). Ahora puede V. adivinar el resto en mucho menos tiempo del que yo invertiría en contarlo.

Por esta vez Esteban tuvo que vencer una

prevención irresistible que le predisponía contra aquella anciana, cuyas maneras, sin embargo, eran tan francas y tan sencillas como pudiera desear.

Con aquella dulzura que era tan natural en Raquel y en el pobre obrero, éste anudó la conversación que más interesaba á la vieja.

—Pues bien, señora (le dijo); yo he visto á la esposa de Bounderby; es joven y guapa; tiene ojos negros, rasgados y graves, y tan tranquilos, Raquel, que jamás he visto otros semejantes.

—¡Joven y guapa! (exclamó la vieja encantada.) ¡Tan fresca como una rosa! ¡Qué feliz debe ser!

—Sí, señora; supongo que es muy feliz,—dijo Esteban; pero había alguna duda en la mirada que dirigió á Raquel.

—¿V. lo cree? Si en eso no puede haber la más leve duda. ¿No es esposa de su amo de V.?—replicó la anciana.

Esteban hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—Por lo que hace á mi amo (replicó, mirando de nuevo á Raquel), ya no es mío. Todo ha concluido entre nosotros.

—¡Esteban! ¿Has dejado su fábrica?—preguntó Raquel llena de inquietud.

—¿Qué importa que yo haya dejado la fabri-

ca, ó la fábrica me deje á mí? Todo viene á ser lo mismo. La fábrica y yo vamos á separarnos, y acaso es lo mejor que pudiéramos hacer. Esto era justamente lo que, cuando os encontré, me iba diciendo á mí mismo. Se había hecho imposible mi existencia en esta ciudad. Quizás es un bien para muchas personas que yo me vaya, y quizá lo es también para mí; en todo caso, no puedo elegir; necesito ausentarme. Debo volver la espalda á Cokeville por algún tiempo, é ir á buscar fortuna, querida mía, empezando en otra parte con nuevos sacrificios.

—¿Y adónde irás, Esteban?

—No lo sé aún (dijo quitándose el sombrero y pasándose la mano por sus pocos espesos cabellos); pero no me marcho esta noche, Raquel, ni tampoco mañana. No es cosa fácil adivinar cómo y cuándo volveré; pero ¡bah!, no me faltará valor.

Y, en efecto, encontraba valor en la idea de que aquello era un sacrificio en pro de la felicidad de otros. Aún no había cerrado la puerta de la casa de Bounderby, y ya había reflexionado que su ausencia de Cokeville redundaría en provecho de Raquel, pues no se vería expuesta en lo sucesivo á que la molestasen por no haber cortado con él toda comunicación. Por mucho que le costase abandonarla, y aunque no podía pensar en ninguna otra ciudad manufacturera

adonde no le siguiese el extrañamiento, quizás era para él una especie de alivio verse obligado á huir de aquel suplicio, que había llegado á hacersele intolerable.

Podía, pues, decir con sinceridad:

—Mi partida me parece más fácil de sobrellevar de lo que hubiera podido imaginarme, Raquel.

Raquel no tenía deseos de agravarle su pesada carga; bastante difícil era de sobrellevar.

Le respondió, pues, con una sonrisa consoladora, y prosiguieron los tres su camino.

La ancianidad, sobre todo, es confiada y alegre; es también muy confiada entre los pobres.

La anciana tenía un aspecto tan honesto y resignado; se lamentaba tan poco de sus achaques, aunque se habían aumentado desde su última entrevista con Esteban, que consiguió interesar á sus dos compañeros.

Era demasiado considerada para consentir en que por su causa acortasen el paso; pero se mostraba muy agradecida porque se dignasen hablarle, y muy dispuesta á charlar mientras quisieran escucharla; de manera que cuando el obrero y su amiga llegaron á su barrio, la vieja iba más animada que nunca.

—Venga V. á mi pobre habitación, señora (dijo Esteban), á tomar una taza de te; así vendrá también Raquel, y yo me encargo de con-

ducirla á V. sana y salva á su hospedaje. Pasará mucho tiempo, Raquel, antes de que pueda tener la satisfacción de volver á hablar contigo.

Las mujeres aceptaron, y se dirigieron á la morada del tejedor. Al penetrar en una calle estrecha, Esteban levantó los ojos hacia la ventana de su habitación con cierta especie de terror, que estaba, por decirlo así, impreso en su vivienda solitaria; pero la vidriera estaba abierta tal como la había dejado, y no vió á nadie dentro de la estancia.

El ángel malo de su vida había tendido sus alas hacía ya algunos meses, y no había vuelto á oír hablar de él. Los muebles, menos numerosos, y los cabellos más canos del obrero, eran las únicas huellas que había dejado la última visita de su demonio familiar.

Encendió un fósforo, arregló la mesa para el te, tomó abajo agua caliente y compró un paquetillo de te y otro de azúcar, un pan y un poco de manteca, en la tienda más cercana. El pan estaba tierno y bien cocido, la manteca era fresca y el te y la azúcar de primera clase. Naturalmente, esto confirmaba el aserto repetido con tanta frecuencia por los potentados de Cokeville, de que los obreros vivían como príncipes en aquella afortunada villa.

Raquel hizo el te, y á la vieja le pareció delicioso. Aquella era la primera vez, después de

muchos días, en que Esteban gozaba de algo que se pareciese á las dulzuras de la sociedad con sus semejantes. Él también, aunque tenía que empezar su vida de padecimientos, hizo honor á la mesa. Nuevo argumento en favor del tema continuo de los potentados cokevillanos; á saber: que entre estas gentes hay una ausencia completa de todo espíritu de cálculo.

—Nunca he pensado, señora (dijo Esteban), en preguntarle á V. su nombre.

La anciana dijo que se llamaba la señora Pegler.

—¿Será V. viuda? —preguntó Esteban.

—¡Oh! Hace muchos años.

El esposo de la señora Pegler, uno de los mejores esposos que jamás se han conocido, había muerto, según el cálculo de aquella mujer, antes de que Esteban viniese al mundo.

—Muy triste es, señora, haber perdido á un hombre tan bueno (dijo Esteban). ¿No tiene V. hijos?

La taza que la señora Pegler tenía en la mano, chocando contra el platillo, denunció cierta agitación en aquella mujer.

—No (respondió). No los tengo, no los tengo.

—Habrán muerto, Esteban,—insinuó con dulzura Raquel.

—Siento haber hablado de esto (dijo Esteban);

debió comprender que acaso tocaba una cuerda sensible. He hecho muy mal.

Mientras se excusaba, la taza de la vieja volvió á chocar en el platillo.

—Tenía un hijo (continuó la señora Pegler con marcada expresión de sentimiento; pero tan extraño, que no ofrecía ninguno de los síntomas ordinarios de la aflicción), y ha prosperado mucho; pero no hablemos de él, si Vds. gustan. Lo he perdido.

Esteban sentía aún la pena que había causado á la anciana, cuando la dueña de la casa subió la escalera, y llamándole desde el descanso, le dijo algunas palabras al oído. La señora Pegler no era seguramente sorda, pues oyó el nombre que acababa de pronunciar.

—¡Boulderby! (exclamó con voz sofocada, y alejándose con rapidez de la mesa.) ¡Oh! ¡ocultadme! Por nada en el mundo quisiera que me viese. No le dejéis subir hasta que yo haya salido. Os lo suplico, os lo suplico.

Temblaba, y pareció muy conmovida, ocultándose detrás de Raquel, que procuraba tranquilizarla, y sin darse cuenta de lo que hacía.

—Vamos, señora (dijo Esteban, sumamente sorprendido): tranquilícese V., que no es Mr. Boulderby, sino su mujer. ¿Tiene V. miedo de ella? No hace un instante que le prodigaba V. los mayores elogios.

—¿Está V. seguro de que es la mujer y no el marido?—preguntó la vieja, que seguía temblando.

—Completamente.

—Entonces, hágame V. el favor de no dirigirme la palabra, y de no aparentar siquiera que me ve (dijo la anciana). Déjenme Vds. sola en este rincón.

Esteban consintió en aquella singular demanda, y consultó con una mirada á Raquel, que no pudo darle explicación alguna; después cogió la luz, bajó, y al cabo de algunos instantes volvió, alumbrando á Luísa, que entró en la estancia.

Venía acompañada de su hermano.

Raquel, de pié, se mantenía á una distancia respetuosa, con el chal y el sombrero en la mano, cuando Esteban, sorprendido con aquella inesperada visita, colocó la luz en la mesa. Entonces esperó á que la joven le dirigiese la palabra.

Era la primera vez en su vida que Luísa penetraba en la morada de uno de los obreros de Cokeville; era la primera vez en su vida que se encontraba frente á frente con uno de ellos en particular. Sabía muy bien que formaban un cuerpo, compuesto de centenares y de miles.

Sabía cuánto podía producir el trabajo de cierto número de obreros en un tiempo determinado.

Los veía en bandadas entrar y salir de sus madrigueras, como las hormigas y las limazas; pero sus lecturas le habían instruído más acerca de las costumbres de aquellos insectos trabajadores, que acerca de las costumbres de aquellos hombres y de aquellas mujeres, que sin embargo pertenecen también á la familia de los trabajadores.

Sabía muy bien que las gentes de Cokeville eran una especie de cosa á la que se le hacía trabajar tantas horas, que se le pagaba tanto salario, y nada más; una cosa que se arreglaba de una manera infalible, según las leyes de la producción y del consumo; una cosa que algunas veces se rebelaba contra esas leyes, y creaba dificultades; una cosa que padecía hambre cuando el trigo estaba caro, y que sufría indigestiones cuando estaba barato; una cosa que se reproducía en una proporción de tanto por ciento; que cometía un tanto por ciento de los crímenes perpetrados en cada año, y daba un contingente de tanto por ciento al pauperismo del país; una cosa cuyo comercio al por mayor servía para hacer fortunas inmensas; una cosa que se sublevaba alguna vez como la mar agitada, y causaba algún estrago, frecuentemente á sus propias expensas, y después volvía á entrar en su lecho; pero jamás en su vida le ocurrió la idea de descomponer aquella masa en unida-

des, así como no pensó nunca en descomponer la mar para ver separadamente cada una de las gotas que contiene.

Permaneció un instante examinando la estancia. Después de haber mirado las dos ó tres sillas, los pocos libros, los grabados de ningún mérito y la pobre cama, fijó sus ojos en las dos mujeres y en Esteban.

—He venido á hablar con V. de lo que acaba de pasar en mi casa. Quisiera prestarle á V. algún servicio si V. me lo permite. ¿Es esta su esposa de V.?

Raquel alzó los ojos, que contestaron claramente «no,» y los volvió á bajar.

—Recuerdo (dijo Luísa, avergonzándose de la equivocación que había padecido); recuerdo en este instante que he oído hablar de las desgracias domésticas que V. ha padecido, si bien entonces no presté grande atención á esos detalles. No he tenido ni remotamente intención de hacerle una pregunta que pudiera causar pena á ninguna de las personas presentes. Si me sucediese dirigir á V. otra que produzca el mismo resultado, sepa que es contra mi voluntad, y crea que, si cometí esa torpeza, es por pura ignorancia de lo que debo decir.

Lo mismo que poco tiempo antes Esteban había sentido cierta inclinación simpática hacia Luísa estando en casa de Mr. Bounderby, lo mis-

mo Luísa se dirigió instintivamente á Raquel en tono brusco y precipitado, síntoma particular de la vacilación y de la timidez.

—¿Le ha contado á V. lo que le ha sucedido con mi esposo? Creo que será V. su primer refugio.

—Sé todo lo que ha pasado, señora,—dijo Raquel.

—Me parece haber oído decir que, habiéndole despedido un fabricante, le rechazarían todos los demás.

—Hay tan pocas probabilidades, señora, de salir de esa situación para un obrero que se indispona con su amo.... que está mal visto entre los fabricantes....

—No comprendo qué quiere V. decir. ¿Mal visto?....

—Que se ha conquistado la reputación de revoltoso.

—¿De manera que, gracias á las preocupaciones de su propia clase, y gracias á las preocupaciones de la otra, se encuentra doblemente sacrificado? ¿Las dos clases están, pues, de tal manera separadas en esta ciudad, que no existe entre las dos el espacio más pequeño para un trabajador honrado?

Raquel movió la cabeza, como diciendo que al menos no lo conocía.

—Ha afrontado las sospechas de sus camara-

das (dijo Luísa), porque prometió no asociarse con ellos. Creo que sería á V. á quien hizo esa promesa. ¿Me será permitido preguntar por qué lo prometió?

Raquel prorumpió en llanto.

—Yo no se lo he exigido á este pobre mozo. Le supliqué únicamente, en nombre de su interés, que permaneciese tranquilo, no sospechando siquiera el mal que esto iba á causarle. Pero en cuanto al partido que ha tomado, sé muy bien que morirá antes de faltar á su palabra. Lo conozco demasiado.

Esteban había permanecido inmóvil y atento, en la actitud pensativa que le era habitual, y acariciándose la barba con la mano. Entonces se mezcló en la conversación, con voz menos firme que de costumbre.

—Nadie, excepto yo, puede saber cuánto honor, amo y respeto á Raquel, y con cuánta razón. Cuando hice esta promesa, le dije con verdad que era el ángel de mi vida. Hice una promesa solemne. Nada en el mundo me puede eximir de su cumplimiento.

Luísa volvió el rostro hacia el obrero, y le observó con un sentimiento de respeto completamente nuevo para ella. Miró en seguida á Raquel, y sus facciones adquirieron una expresión de dulzura.

—¿Qué piensa V. hacer?—preguntó.

Su voz era también más suave.

—A fe mía, señora (dijo Esteban, haciéndose superior á sus lágrimas y procurando sonreír); cuando concluya mi tarea, me veré precisado á dejar la ciudad y buscar trabajo en otra parte. Feliz ó desgraciado, es necesario que un hombre haga lo que pueda, y no está en su mano obrar de otro modo, á menos que quiera acostarse en el suelo y dejarse morir de hambre.

—¿Y cómo viajará V.?

—Á pié, señora, á pié.

Luísa se sonrojó, dejó ver una bolsa en sus manos. Se oyó el leve crujido de un billete de banco que desplegaba y ponía en la mesa.

—Raquel: ¿querrá V. decirle, pues V. sabrá hallar la fórmula más conveniente, que esto podrá servirle de gran provecho en su viaje? ¿Quiere V. tomar el dinero?

—No puedo hacerlo, señora (respondió Raquel, separándose un poco). Dios la bendiga á V. por haber pensado con tanta bondad en la suerte de este pobre mozo: pero él es quien debe consultar su corazón y obrar según sus aspiraciones.

Luísa, al pronto, parecía como incrédula; después, un poco asombrada, algo conmovida por una simpatía súbita en presencia de aquel artesano, que tenía tanto imperio sobre sí mismo, que se había manifestado tan sencillo y tan fir-

me en la anterior entrevista, y que, sin embargo, en aquel momento perdía toda su serenidad y se cubría el rostro con las manos, Luísa extendió los brazos como para tocarle; pero instantáneamente se detuvo, y permaneció inmóvil.

—La misma Raquel (dijo Esteban, después de un momento de pausa) no podría hallar palabras más dulces para aumentar el mérito de un ofrecimiento tan generoso. Á fin de probar á V. que no soy un hombre ingrato é irracional, tomaré cincuenta francos. Los tomo á préstamo, para devolverlos más tarde. Jamás habré trabajado de tan buen corazón como el día en que pueda reconocer con la exactitud de la paga el beneficio que me ha dispensado V. esta noche, y que agradeceré toda mi vida.

Luísa tuvo necesidad de recobrar el billete de Banco, y reemplazarlo con la suma mucho más corta que el trabajador aceptaba á título de préstamo. Esteban no era ni elegante, ni guapo, y, sin embargo, la manera de expresar su gratitud, sin frases ampulosas, tenía un sello de gracia que lord Chestelfield no hubiera podido enseñar á su hijo en cien años.

Tomás se había sentado en el borde del lecho, balanceando una de las piernas y volteando el bastón con bastante indiferencia, hasta aquel momento. Viendo que su hermana se disponía á

partir, se levantó con mucha viveza, y se mezcló en la conversación.

—Espera un poco, Luisa (dijo). Antes de marcharnos, quisiera hablar un instante con este obrero. Me ha ocurrido una idea. Se la comunicaré á V., Blackpool, si quiere venir al descanso de la escalera. No necesitamos luz, buen hombre.

Tomás había manifestado grande impaciencia al ver que Esteban se dirigía hacia la mesa para recoger la bujía.

El obrero le siguió fuera de la habitación. Tomás cerró la puerta, y no retiró la mano de la cerradura.

—Dígame V. (murmuró). Creo que puedo prestarle un servicio. No me pregunte V. lo que es, porque pudiera muy bien frustrarse; pero nada se pierde con ensayar.

Tomás hablaba con tanta precipitación, que no dudó Esteban de que estaba muy de prisa.

—Veamos (dijo Tomás). Dígame V. ¿Cuándo es la marcha?

—Hoy es lunes (contestó Esteban reflexionando). Me parece, caballero, que partiré el viernes ó sábado.

—El viernes ó sábado (repitió Tomás). Escúcheme V. No estoy seguro de prestarle el servicio que quería. Ya sabe V. que es mi hermana la señora que está en esa habitación.... Mas es probable que pueda, y si no puedo, poco se per-

derá. Pues bien: voy á decir á V. lo que debe hacer. ¿Conoce V. á nuestro criado?

—Sí, señor.

—Muy bien. Por la noche, cuando salga V. del trabajo, durante los días que le quedan de permanencia en esta ciudad, ronde V. la casa de banca por espacio de una hora, poco más ó menos. Si el criado le ve á V. rondar, hágase el disimulado, pues yo haré que no le hable, á menos que esté seguro de que le puede hacer el servicio que deseo. En este último caso, el criado le entregará á V. una carta ó le dará un recado de mi parte. ¿Me ha comprendido V.?

—Perfectamente.

—Aún no he concluído. Cuide V. mucho de no equivocarse, y no vaya á olvidar lo que le digo. Al irnos contaré este proyecto á mi hermana, y estoy seguro de que será de mi opinión. ¿Estamos? ¿Me ha comprendido V.? Entonces no hay más que decir. Luisa, vámonos.

Abrió la puerta al llamar á su hermana; pero no entró en la habitación, y bajó la estrecha escalera sin esperar á que le alumbrasen.

Estaba ya abajo, cuando Luisa empezó á bajar, y ésta no pudo agarrarse de su brazo hasta estar en la calle.

La señora Pegler permaneció en su rincón hasta que el hermano y la hermana partieron, y volvió Esteban con la luz en la mano. No sabía

cómo expresar la admiración que le había causado la esposa de Bounderby; y como una vieja incomprensible que era, se echó á llorar, porque aquella señora le pareció, como á sus amigos, extremadamente hermosa.

Sin embargo, la señora Pegler se sintió tan turbada por el temor de que al objeto de su admiración se le antojase volver, ó que viniese otra visita, que su alegría desapareció para toda la noche.

Además, era ya tarde para gente que se levantaba muy temprano y trabajaba mucho; la reunión, pues, se dispersó. Esteban y Raquel acompañaron á su misteriosa amiga hasta la puerta del *Café de los viajeros*, en donde le dieron las buenas noches.

Volieron juntos hasta la esquina de la calle en que vivía Raquel, y á medida que se acercaban iban dejando de hablar. Cuando llegaron á aquella esquina sombría en que sus raros encuentros terminaban siempre, se detuvieron silenciosos, como si hubieran temido dirigirse la palabra.

—Procuraré verte otra vez, Raquel, antes de mi partida; pero si no nos viésemos...

—Sé muy bien que no volverás á verme, Esteban. Mejor es que mutuamente nos hablemos con franqueza.

—Tienes razón; eso es más enérgico, y vale

más. He pensado que, como no he de permanecer aquí más que uno ó dos días, será mejor para ti que no volvamos á vernos, que nadie te encuentre en mi compañía. Lo contrario podría darte desazones, y no te serviría de nada.

—No es eso lo que me detiene, Esteban; pero sabes nuestros antiguos convenios, y á ellos me refiero.

—Bien, bien. De todos modos, esto es lo mejor.

—¿Me escribirás todo cuanto pueda interesarme, Esteban?

—Sí. Ahora sólo tengo que expresarte mis últimos deseos. Que el cielo esté contigo; que el cielo te bendiga; que el cielo te dé gracias por mí y te recompense.

—Él te bendiga también, Esteban; te abra camino, y te dé al fin calma y reposo.

—La noche en que velamos juntos te dije, amiga mía, que cuantas veces vea algo ó piense en algo que pueda irritarme, tú estarás siempre en mi pensamiento y á mi lado para tranquilizarme. Lo estás en este momento. Tú me haces ver las cosas con resignación. Dios te bendiga. Buenas noches. ¡Adiós!

¿Qué habrá más sencillo que aquella separación rápida en medio de una pobre calle? Sin embargo, fué un recuerdo sagrado para aquellas pobres gentes.

Economistas utilitarios, esqueletos de maes-

tros de escuela, comisarios del hecho, incrédulos elegantes; vosotros todos los que creáis y propagáis insulsas doctrinas acomodadas al uso del vulgo; vosotros sabéis muy bien que siempre tendréis pobres que gobernar. Pues bien; cultivad en ellos cuanto podáis, y mientras sea tiempo, las gracias de la imaginación y la dulzura de los afectos naturales, á fin de adornar esas existencias que tanto necesitan de adorno; ó bien, cuando venga el día de vuestro triunfo; cuando, gracias á vosotros, la novela haya desaparecido completamente de sus almas, y se les presente la vida con toda su asquerosa desnudez, la realidad podrá muy bien tomar la forma de un lobo devorador.

Esteban trabajó dos días después, sin que nadie le dirigiese la palabra. Sus camaradas continuaron evitando su encuentro. Al terminar el segundo día, vió que se iba terminando su tarea: al terminar el tercero estaba su puesto desocupado.

Todas las noches precedentes había pasado más de una hora en la calle, rondando la casa de banca de Bounderby sin ningún resultado, ni malo ni bueno. Á fin de que no pudieran acusarle de haber faltado á su promesa, resolvió esperar dos horas la tercera y última noche.

La señora que en otro tiempo era ama de llaves de la casa de Bounderby, estaba allí sentada

á una ventana del primer piso, en donde ya la había visto otra vez; y el criado estaba también allí algunas veces hablando con ella en la ventana, ó mirando de cuando en cuando por encima del tarjetón en que se leía la palabra *Banca*; también solía vérsese en el dintel de la puerta tomando el fresco.

La primera vez Esteban, creyendo que era él á quien buscaba, pasó por su lado; pero el otro apenas le miró con sus ojos guiñadores, y sin dirigirle la palabra.

Dos horas son siempre un espacio de tiempo muy largo, sobre todo después de un día consagrado al trabajo. Esteban se sentó en el portal de una casa, contra una pared, debajo de un arco, se paseó de un extremo á otro de la calle, esperó impaciente á que sonara el reloj de la iglesia, y se detuvo mil veces para mirar á los niños que jugaban en la vía pública.

Es tan poco natural pasearse de este modo, sin motivo, que el más inocente rondador puede estar seguro que se pone en evidencia.

Cuando transcurrió la primera hora, Esteban comenzó á experimentar una sensación desagradable, figurándose que desempeñaba el papel de un personaje sospechoso.

Después vino el encargado de encender los faroles, dejando en pos de sí, en la extensa perspectiva de la calle, una doble hilera de luces, que

iba extendiéndose, y disminuyendo hasta perderse en la distancia.

La señora Sparsit cerró la ventana del primer piso, y entró en su habitación. Muy pronto se vió subir una luz por la escalera, visible primero encima de la puerta de entrada, y en seguida en los dos tramos de la escalera, á medida que la señora Sparsit iba subiendo.

Hubo un momento en que se levantó uno de los visillos de los balcones del segundo piso, como si por allí mirase la señora Sparsit; después otro, como si por él estuviese observando el criado.

Esteban no recibió comunicación alguna. Se sintió aliviado de un peso enorme cuando transcurrieron las dos horas, y se alejó con paso veloz para recobrar el tiempo perdido.

No tenía más que saludar á la dueña de su casa y tenderse en el suelo sobre su lecho provisional, pues ya había recogido el equipaje, y todo estaba pronto para partir al día siguiente. Quería verse fuera de la ciudad muy temprano, antes que los obreros transitasen por las calles.

Apenas despuntaba el día, cuando, después de haber lanzado una mirada de despedida alrededor de su habitación, se preguntó tristemente si volvería á verla, y salió de su casa.

La ciudad parecía completamente desierta; se hubiera dicho que todos los habitantes la ha-

bían abandonado, á fin de no tener contacto alguno con el obrero. Todo tenía á aquella hora cierto aire de desolación. Hasta el sol naciente formaba en el cielo una soledad pálida, semejante á un mar entristecido.

Al pasar por delante de la casa en que vivía Raquel, aunque aquel no era su camino, por aquellas calles de ladrillos rojos, por aquellas grandes fábricas silenciosas que no temblaban aún, cerca de la estación del camino de hierro, cuyas rojas señales palidecían á la aparición del sol; al pasar delante de las rojas casas de campo, rodeadas de arbustos ahumados y cubiertos de un polvo sucio, como tomadores de tabaco poco aseados; al pasar por caminos negros como el carbón de piedra, y por delante de una variedad de espectáculos no menos pintorescos, Esteban lo miraba todo con pena; ganó la altura de una colina, y se volvió para abarcar con la vista el conjunto.

El día alumbraba de lleno la ciudad, y las campanas llamaban al trabajo.

Las chimeneas de las casas no estaban aún encendidas, y las altas chimeneas de las fábricas reinaban como señoras en aquel cielo, que bien pronto iba á desaparecer bajo las inmensas bocanadas de sus humaredas envenenadoras; pero durante treinta minutos, un gran número de las ventanas de Cokeville se doraron con una espe-

cie de alba matinal, á cuyo favor los naturales del país pudieron ver el sol como en un eclipse eterno, al través de un vidrio ahumado.

¡Qué cambio el de pasar de las chimeneas á los pájaros! ¡Qué cambio el de sentir el polvo del camino reemplazar bajo las plantas al chirrido del carbón! ¡Qué cambio para Esteban, que había llegado á la edad que tenía, y en aquella mañana de verano volvía á hallar por primera vez sus sensaciones de niño!

Con estos pensamientos en la cabeza y su equipaje debajo del brazo, Esteban paseaba su rostro atento á lo largo del camino real. Y los árboles formaban una arcada por encima de su cabeza, y le decían con su dulce murmullo que dejaba tras sí un corazón amante y fiel.

CAPÍTULO IV.

Pólvora de cañón.

Mr. Jaime Harthouse, queriendo ensayar lo que podría hacer por su partido adoptivo, empezó á contar los votos que le parecían seguros.

Gracias á algunos nuevos libros instructivos que quiso leer por cuenta de sus amigos políticos; gracias á su afectado abandono elegante y distinguido para con la sociedad en general; gracias también á cierta franqueza que frecuentemente se confundía con el descaro, lo cual, como es sabido, es el fin del juego más eficaz y más admirado del mundo *comm'il faut*, no tardó en pasar por un hombre de la más alta experiencia.

Para él era una ventaja ser indiferente á todo, porque esto le permitía unirse á las gentes prácticas y positivas, con la misma intimidad como si fuese uno de tantos, y tratar á los demás partidos como una gavilla de viles hipócritas.

—Sí, mi querida señora Boudery; hipócritas, en los cuales no tenemos fe, así como ellos

cie de alba matinal, á cuyo favor los naturales del país pudieron ver el sol como en un eclipse eterno, al través de un vidrio ahumado.

¡Qué cambio el de pasar de las chimeneas á los pájaros! ¡Qué cambio el de sentir el polvo del camino reemplazar bajo las plantas al chirrido del carbón! ¡Qué cambio para Esteban, que había llegado á la edad que tenía, y en aquella mañana de verano volvía á hallar por primera vez sus sensaciones de niño!

Con estos pensamientos en la cabeza y su equipaje debajo del brazo, Esteban paseaba su rostro atento á lo largo del camino real. Y los árboles formaban una arcada por encima de su cabeza, y le decían con su dulce murmullo que dejaba tras sí un corazón amante y fiel.

CAPÍTULO IV.

Pólvora de cañón.

Mr. Jaime Harthouse, queriendo ensayar lo que podría hacer por su partido adoptivo, empezó á contar los votos que le parecían seguros.

Gracias á algunos nuevos libros instructivos que quiso leer por cuenta de sus amigos políticos; gracias á su afectado abandono elegante y distinguido para con la sociedad en general; gracias también á cierta franqueza que frecuentemente se confundía con el descaro, lo cual, como es sabido, es el fin del juego más eficaz y más admirado del mundo *comm'il faut*, no tardó en pasar por un hombre de la más alta experiencia.

Para él era una ventaja ser indiferente á todo, porque esto le permitía unirse á las gentes prácticas y positivas, con la misma intimidad como si fuese uno de tantos, y tratar á los demás partidos como una gavilla de viles hipócritas.

—Sí, mi querida señora Boudery; hipócritas, en los cuales no tenemos fe, así como ellos

no la tienen en sí mismos. La única diferencia entre nosotros y los profesores de virtud, de caridad ó de filantropía... el nombre importa poco... es, que nosotros sabemos que todo eso no significa gran cosa, y que lo decimos; al paso que ellos lo saben tan bien como nosotros, y se guardan muy bien de decirlo.

¿Por qué razón había de ofenderse Luísa ó manifestarse inquieta al escuchar semejante declaración de principios? ¿No estaba acaso de acuerdo con los de su padre ó con la educación primera? ¿Había tan grande diferencia entre las dos escuelas, cuando una y otra la encadenaban á las mismas realidades materiales, y le prohibían tener fe en otra cosa? ¿Había desarrollado en su alma Tomás Gradgrind, cuando ella era pura y sensible, algo que Jaime Harthouse pudiera tomarse el trabajo de reformar?

Era tanto más digna de lástima en esta ocasión, cuanto que había en su espíritu (este sentimiento existía antes que su padre, eminentemente práctico, hubiera empezado á formar su joven inteligencia) cierta necesidad instintiva de creer en una humanidad menos mezquina y más noble que la que siempre le habían enseñado.

Había en su corazón una lucha constante de dudas y de indiferencia. Esta lucha procedía de que, desde su juventud, habían sofocado en su

alma toda aspiración generosa; su indignación volvía á nacer cuando pensaba en el mal que la habían hecho, si su corazón oía la voz de la verdad, entre aquel confuso murmullo.

En una naturaleza por tanto tiempo acostumbrada á destruirse á sí propia, tan dividida, tan desgarrada, la filosofía de Harthouse obraba á la vez como un alivio y una justificación. Si todo estaba vacío y no tenía valor, ella no perdía nada, nada sacrificaba. «¡Qué me importa!», había contestado á su padre cuando le propuso á Bounderby por esposo, y «¡qué me importa!», continuaba diciendo á todo, sin interrumpir ni un instante su camino.

¿Con qué objeto lo seguía? Luísa adelantaba paso á paso, avanzaba siempre hacia un término fatal, pero con tan lentos y tan imperceptibles progresos, que creía permanecer estacionaria.

En cuanto á Mr. Harthouse, no pensaba en preguntarse adónde iba, y se cuidaba de ello muy poco. No se proponía ningún objeto; no tenía plan alguno meditado; no era en él el vicio bastante enérgico para comprometer su indolente quietud.

Por el pronto, aquello no era más que una distracción, tal como se necesitaba para un caballero de buena familia como él; probablemente algo más, ya no convenía á su reputación de hombre gastado é indiferente á todo.

Poco tiempo después de su llegada, escribió, en tono lleno de languidez, á su hermano el honorable y respetable miembro de la Cámara, que los Bounderby eran una familia muy divertida; que, además, la señora de la casa, lejos de tener sobre sus hombros la cabeza de Medusa, como él esperaba, era una joven extremadamente hermosa. Después de esto no volvió á hablar del asunto, y pasó en el seno de aquella familia todas sus horas desocupadas.

Iba frecuentemente á casa de Bounderby durante el curso de sus apariciones y de sus eclipses electorales en el distrito de Cokeville. Mister Bounderby le instaba para que repitiese sus visitas. Nada se ajustaba mejor á los gustos pretenciosos de Bounderby como poder decir á todos los que le visitaban que por su parte se mofaba de las personas de buena familia; pero que su mujer, la hija de Tomás Gradgrind, apetece aquella sociedad, y que él deseaba que le hiciese buen provecho.

Mr. Jaime Harthouse empezó á pensar que sería para él una sensación nueva si pudiese operar en el semblante de Luísa el cambio agradable que ya había visto aparecer otras veces en el de su hermano.

Era bastante buen observador; tenía una memoria excelente, y no olvidaba una palabra de las revelaciones de su hermano. Las combi-

naba con lo que veía en Luísa, y empezó bien pronto á comprenderla.

Es verdad que lo mejor, lo más íntimo en el carácter de la joven, no estaba al alcance de la inteligencia de Harthouse, porque en la naturaleza humana, como en el Océano, hay abismos que no todo el mundo puede sondear; pero no tardó en leer en la superficie con bastante corrección.

Mr. Bounderby había tomado posesión de una casa y de un parque situados en los alrededores de la ciudad, próximamente á unas quince millas de distancia, y á unas dos ó tres del camino de hierro que se lanzaba sobre numerosos viaductos, á través de un país salvaje, horadado con pozos de minas de carbón abandonadas, y atravesado de noche por fuegos y formas de locomotoras estacionarias á la entrada de los pozos en explotación.

El paisaje se hacía menos áspero á medida que se acercaba á la finca de Mr. Bounderby, en donde se iba modificando hasta transformarse en un sitio rústico, dorado por las hojas amarillentas de los brezos, emblanquecido en primavera con las flores de los espinos, y sombreado todo el verano por las hojas de los árboles que temblaban al soplo del viento.

La casa de banca de Mr. Bounderby se había apoderado de aquella finca en virtud de una hi-

poteca, á la cual habfa sucumbido uno de los potentados de Cokeville, que tenía mucha prisa por hacer fortuna, y que no se había engañado en sus cálculos más que en dos millones y medio.

Estos accidentes ocurrían algunas veces á las familias más respetables de Cokeville; pero ya se sabe que una bancarota no tiene ninguna relación con las clases imprevisoras señaladas por los economistas.

Mr. Bounderby se instaló con gran satisfacción en su nuevo dominio, y empezó, para ser consecuente con su humildad vanidosa, por plantar coles en los parterres. Se complacía en vivir como en una barraca en medio de aquellos muebles elegantes, y continuó el cuadro inmenso de sus fantarronadas de costumbre.

—¿Sabe V., caballero (decía), que me han asegurado que Nickits (el propietario arruinado) ha pagado estos cuadros de paisajes en diez y siete mil quinientos francos? Si he de hablar francamente, lléveme el diablo si en toda mi vida dirijo la vista hacia ellos. ¡Cien libras cada mirada! ¡No, por San Jorge! Yo no olvidó que soy Josué Bounderby, de Cokeville. Durante muchos años no he poseído otras pinturas (hubiera sido preciso haberlas robado) que el retrato de un hombre que se afeitaba en una caja á guisa de espejo: otra era una mujer pintada en una

caja de cigarros, de la que me servía para embetunar las botas que se dignaban confiarme.

—Harthouse (continuó): aquí tiene V. una pareja de caballos. Haga V. que traigan aún media docena, que ya encontraremos donde alojarlos. Aquí hay cuadras para doce caballos, en cifra redonda, y si no se calumnia á Nickits, sus cuadras son un modelo. Este hombre fué educado en Westminster. Allí recibió la educación, en el colegio de Westminster, con un tratamiento real; en tanto que mi principal alimento se componía de patatas, y no tenía más lecho que las cestas de los revendedores del mercado. Aunque tuviese el capricho de conservar una docena de caballos, capricho que no tendré, porque me basta con uno, no tendría corazón para verlos tan bien alojados, pensando en los rincones en que yo he dormido otras veces. No podría verlos, caballero, sin dar orden de que salieran inmediatamente. Véase cómo todo cambia. V. ve esta finca, V. la conoce, V. sabe que no hay en su género otra finca tan completa en Inglaterra, ni en ninguna parte; le desaffó á V. á que encuentre otra igual, sea donde sea. ¿Y á quién encuentra V. instalado en ella? Á mí, á Josué Bounderby, de Cokeville, en tanto que Nickits (lo sé por cierta persona que fué ayer á decírmelo al despacho), Nickits, que recitaba papeles en versos latinos en las comedias que se ejecutan

todos los años en el colegio de Westminster, y se creía aplaudido por los magistrados y la nobleza de este país; Nickits, tan afortunado, está hoy en completa ruína..., ¡en completa ruína, caballero!, obligado á vivir en un quinto piso de una calle sucia y estrecha.

Á la sombra de los árboles de aquel retiro, y durante los largos y calurosos días del verano, Mr. Harthouse empezó sus experiencias sobre el semblante que tanto le había extrañado cuando le vió por primera vez, é intentó hacerle cambiar en su favor.

—Señora Bounderby: considero como muy feliz la casualidad que ha hecho que nos encontremos solos en este sitio. Hacía ya mucho tiempo que deseaba hablar con V.

No era, sin embargo, una casualidad maravillosa, encontrarla á la hora precisa en que se encontraba siempre sola en aquel sitio, punto predilecto de sus paseos. Era una glorieta en medio de un bosque sombrío, en que había algunos troncos de árboles por el suelo, en los que ella tenía la costumbre de sentarse, para mirar las hojas caídas al soplo del otoño último, como otras veces miraba las cenizas rojas que caían en el hogar de la casa paterna.

Harthouse se sentó á su lado, lanzándole una mirada.

—Su hermano de V...., mi joven amigo Tomás....

El rostro de Luisa se animó, y se volvió hacia Jaime con cierta expresión de interés.

—En mi vida (pensó Harthouse) he visto cosa más notable, más encantadora que el rayo que ha venido de repente á iluminar sus lindas facciones.

La fisonomía de Harthouse reveló su pensamiento, acaso reveló su cálculo, pues probablemente no hizo otra cosa que obedecer á las secretas instrucciones de su señor.

—Dispéñeme V., señora. La expresión de ese interés fraternal es tan encantadora.... Tomás debía estar tan orgulloso de haberlo inspirado.... Sé que eso es inevitable; pero no he podido impedir que estalle mi admiración.

—¡Es V. tan ingenuo!—dijo Luisa con calma.

—No, señora; no me diga V. eso: ya sabe V. que disimulo muy poco ó nada. Ya sabe V. que me doy por un harapó viejo de la naturaleza humana, pronto á venderme á quien me ofrezca una suma razonable, y que soy de todo punto incapaz de recordar ninguno de los procedimientos en uso entre los pastores de la Arcadia.

—Espero (replicó Luisa) la confianza que iba V. á hacerme respecto á mi hermano.

—Es V. muy severa conmigo, y lo merezco. V. me concederá que si tengo un carácter indi-

ferente para todo, en cambio no soy embustero. Solamente me causó V. un momento de sorpresa, que me separó del objeto de la conversación. Vuelvo á Tomás. Me intereso mucho por él.

—¿Luego se interesa V. en algo?—preguntó Luisa, mitad incrédula, mitad agradecida.

—Si me lo hubiera V. preguntado la primera vez que vine á esta quinta, le hubiera dicho que no. Hoy, aun á riesgo de verme acusado por no decir la verdad, y de despertar en V. una incredulidad muy justificada, debo responder que sí.

Luisa hizo un ligero movimiento, como si quisiese hablar, sin conseguir formular la frase: al cabo contestó:

—Mr. Harthouse, quiero creer que se interesa V. por mi hermano.

—Gracias: me hace V. justicia. Puedo estar orgulloso de que, al menos en esto, he merecido la gratitud que V. se digna consagrarme. Ha hecho V. tanto por Tomás.... Le ama V. tanto.... La existencia de V. prueba tan admirable abnegación en favor de su hermano.... Dispense V., me separo de mi objeto.... En fin, lo cierto es que me intereso por Tomás.... por él mismo.

Luisa había hecho un ademán casi imperceptible, como para levantarse súbitamente é irse antes de que Harthouse hubiera terminado su frase. Harthouse lo advirtió, y dió otro giro á sus explicaciones. Luisa no se movió.

—Señora (continuó Jaime en tono ligero, que sin embargo parecía costarle grande esfuerzo, y que era aún más expresivo que el tono serio que acababa de dejar); no es un crimen imperdonable en un joven de la edad de Tomás ser atolondrado, ligero, aficionado á gastar, un poco disipador, como quien dice. ¿Lo es Tomás?

—Sí.

—Permítame V. que le hable con franqueza. ¿Cree V. que juega?

—Creo que hace algunas apuestas.

Harthouse esperaba, como para darle tiempo de concluir, la contestación. Luisa continuó:

—Estoy segura.

—Y naturalmente, pierde.

—Sí.

—Cuando se apuesta hay seguridad de perder. ¿Me será permitido insinuar que es probable que V. misma le haya proporcionado algunas veces dinero para cubrir sus compromisos?

Luisa permaneció sentada, con los ojos bajos; pero al oír esta pregunta, miró á Harthouse como si quisiese explicársela, y como si no le hubiese oído.

—Crea V. que aquí no se trata de una impertinente curiosidad. Temo que Tomás va en camino de crearse poco á poco embarazos, y quiero tenderle una mano amiga desde el fondo de mi

triste experiencia. No necesito repetir que lo hago por él mismo. ¿Lo necesito acaso?

Luisa iba á contestar; pero también esta vez guardó silencio.

—Para confesar á V. francamente lo que me ha ocurrido (continuó Jaime, recobrando otra vez su tono ligero, y siempre con cierto embarazo fingido), diré en confianza que creo que tiene por qué quejarse de la educación que ha recibido. Me parece, perdone V. mi sinceridad, que no ha debido haber nunca mucha confianza entre él y su digno padre.

—No lo creo yo así,—dijo Luisa, ruborizándose al recuerdo que esta observación le despertaba.

—Ó entre él y.... (estoy seguro de que interpretará V. favorablemente mi pensamiento), y su muy estimable cuñado.

Luisa se sonrojó más y más: sus mejillas estaban ardiendo, y respondió con voz más débil:

—Tampoco eso me parece probable.

—Señora (dijo Harthouse, después de una corta pausa): ¿no ha llegado aún el caso de que pueda haber entre nosotros más confianza? V. le ha dado á Tomás sumas considerables.

—Ya comprende V., Sr. Harthouse (respondió Luisa, después de vacilar un instante, pues aunque indecisa y turbada desde el principio de la conversación, no había perdido el imperio que

tenía sobre sí misma); ya comprende V. que si contesto á las preguntas con que me acosa, no es para quejarme ni para expresar un sentimiento. Toda queja sería inútil; lo que hago una vez, no lo siento en mi vida.

—Y menos una mujer de corazón como el tuyo,—pensó Harthouse.

—Al casarme, observé que mi hermano tenía muchas deudas, muchísimas, para un joven de su posición; bastantes, en fin, para obligarme á vender algunas alhajas. Esto no era un sacrificio. Las vendí con mucho gusto. No tenían in algún valor á mis ojos.

Fuera que hubiese leído en la mirada de Harthouse que estaba adivinando su corazón, ó fuese que su conciencia le hiciera temer que aquel hombre comprendiese que se refería á algunos regalos hechos por su marido, Luisa se detuvo, y volvió á sonrojarse. Si Harthouse no lo había adivinado todo desde el principio, aquel sonrojo inesperado hubiera sido suficiente para advertir al menos malicioso.

—Después, en diversas épocas, he dado á mi hermano todo el dinero de que he podido disponer. Creo en el interés que á V. le inspira, y no quiero hacerle confianzas á medias. Desde que V. tiene la costumbre de venir á esta casa, Tomás ha necesitado dos ó tres mil francos en diversas ocasiones. No he podido darle tan gran-

de cantidad, y, naturalmente, he temido las consecuencias probables de esta necesidad de dinero; pero he guardado muy bien el secreto hasta hoy, y esperó que V. me daría palabra de hacer otro tanto. No he participado mis temores á nadie, porque.... Pero V. me ha comprendido.

Luisa se detuvo bruscamente.

Como hombre siempre dispuesto á aprovecharse de cualquier ventaja, vió y aprovechó la ocasión de presentar á Luisa su propia imagen, ligeramente velada por el retrato de su hermano.

—Señora (dijo): aunque no valgo gran cosa y no busco en el mundo más que placeres, me ha interesado lo que acaba V. de decirme. No puedo ser severo con Tomás. Comprendo y comparto la prudente indulgencia con que juzga V. sus extravíos. Sin querer por esto faltar al respeto que debo á Mr. Gradgrind y á Mr. Bounderby, reconozco que la educación de Tomás no ha sido muy afortunada. Educado de tal manera, que no puede luchar ventajosamente con el mundo, en donde tiene que representar un papel, el primer uso que ha hecho de su libertad ha sido precipitarse en el exceso. Tal es el resultado inevitable de un sistema demasiado rígido. La noble rudeza y la independencia de todo punto británica de Mr. Bounderby, á pesar de su originalidad encantadora, no son cualidades muy á propósito para inspirar confianza. Creo que estare-

mos de acuerdo en este punto. Y si añado que le falta siquiera un poco de esa delicadeza necesaria para dar consuelos á un corazón desconocido, á un carácter que no se comprende y á un talento mal cultivado, comprenderá V. cuál es mi punto de vista en esta cuestión.

Harthouse leyó en el semblante de Luisa que se aplicaba á sí propia las palabras que acababa de pronunciar.

—Estamos, pues, en el caso (añadió), de ser indulgentes. Sin embargo, Tomás tiene un defecto que no le perdono, y por el cual le censuro con toda severidad.

Luisa le miró frente á frente, y le preguntó cuál era aquel defecto.

—Acaso (continuó) no debería añadir una sola palabra. Acaso, en suma, hubiera valido más no dejar que se desvaneciese esta ilusión.

—Me pone V. en cuidado.... Dígame V. á qué alude.

—Á fin de no causar á V. una inquietud sin objeto, y puesto que esta confianza relativa á Tomás quedará entre los dos, me decido á obedecer. No puedo perdonarle que no se muestre más sensible en sus palabras, en sus miradas y en sus acciones, á la ternura, á la abnegación de su mejor amiga, al desinterés que le manifiesta y á los sacrificios que se impone por él. La gratitud que él siente hacia V. me parece

muy ligera. Lo que V. ha hecho por él, merece un amor, un agradecimiento de todos los instantes, y no una indiferencia continua. Aunque yo me cuido de muy pocas cosas, no puedo ser indiferente, señora, para con este defecto de Tomás, y no debo colocar su pecado en la categoría de los veniales.

El bosque flotó ante los ojos de Luísa, que los tenía inundados de lágrimas. Lágrimas que brotaban de una fuente profunda, largo tiempo escondida, y su corazón estaba lacerado por un dolor agudo que las lágrimas no podían aliviar.

—En una palabra, señora: todos mis esfuerzos deben encaminarse á corregir á Tomás de ese defecto. Mi conocimiento más maduro de los negocios, y mis consejos acerca de los medios de que puede valerse para salir de apuros, me darán sobre él cierta influencia, de la cual me aprovecharé para conseguir el objeto que me propongo. Ya he dicho bastante, y acaso demasiado. Allá abajo, entre los árboles (añadió, después de levantar los ojos y mirar á su alrededor), estoy viendo á Tomás; sin duda ha llegado en este instante. Me parece que viene hacia aquí, y creo muy oportuno que le salgamos al encuentro. Quizá le corroen los remordimientos de su conciencia fraternal, si es que hay conciencia, porque, á fe mía que oigo hablar de ella con demasiada frecuencia para creer que existe.

Ayudó á levantarse á Luísa, y le ofreció el brazo: los dos salieron al encuentro de Tomás, que adelantaba con paso indolente. Se estremeció al ver á su hermana y á su amigo, y mudó de color.

—¡Calle! (murmuró): no sabía que estaban Vds. aquí.

—¿Se entretenía V. quitando el musgo á los árboles con el bastón? ¿Qué nombre quería V. grabar en la corteza?—le preguntó Harthouse, tocándole afectuosamente en el hombro, y haciéndole dar media vuelta en dirección á la casa.

—¿Qué nombre?... (respondió Tomás.) ¡Ya! Querrá V. decir qué nombre de mujer.

—Hay sospechas vehementes de que ha grabado V. en la corteza de los fresnos el nombre de una hermosura encantadora.

—Yo no me cuido de esas cosas, señor Harthouse, mientras una encantadora hermosura que tenga la libre disposición de un dote decente no se tome el trabajo de pensar en mí. Me importa poco que sea tan fea como rica, con tal de que tenga esta cualidad en grado superlativo: si la tiene, por poco que la haya favorecido la naturaleza, no tema perder su conquista; grabaré su nombre tantas veces cuantas quiera en las cortezas de los árboles.

—¡Diablo! Tomás, tiene V. sentimientos en extremo mercenarios.

—¡Mercenarios! (repitió Tomás.) ¿Quién no es mercenario en este mundo? Pregúntelo V. á mi hermana.

—¿Has averiguado que ese sea uno de mis defectos?—preguntó Luisa, sin quejarse de otro modo del descontento ó del mal humor de su hermano.

—Nadie puede contestar á esa pregunta mejor que tú: me refiero á ti misma,—dijo Tomás en tono malicioso.

—Hoy viene misántropo Tomás: eso sucede de vez en cuando á las personas que se aburren (dijo Harthouse). No le crea V., señora; está muy lejos de sentir lo que dice, y porque V. conozca sus sentimientos, le explicaré algunas de sus opiniones respecto á V., opiniones que me ha comunicado en particular, si no da al instante una disculpa admisible.

—De todos modos, señor Harthouse (dijo Tomás, calmándose un poco, gracias á la admiración que le inspiraba su amigo, pero moviendo la cabeza con aire de mal humor), no podrá V. decir que yo haya alabado el que ella se manifieste mercenaria. Podría alabarla en opuesto sentido, y lo haría si tuviera razón; pero esta es cuestión que á todos nos importa muy poco, y yo no quiero quebraderos de cabeza.

Llegaron á la casa, y Luisa soltó el brazo de Harthouse para entrar en su habitación. Har-

thouse la siguió con los ojos mientras subía la escalera, hasta que desapareció en el fondo oscuro de la estancia; después, volviéndose á Tomás, le puso cariñosamente la mano en el hombro, y le invitó á dar un paseo por el jardín.

—Tomás, amigo mío: tenemos que hablar dos palabras.

Se habían parado en medio de un bosquecillo de rosas muy mal cuidado. La humildad de Bounderby no aspiraba á tener las rosas de Nickits, y Tomás se sentó en el parapeto de un terrado, cogiendo capullos y deshojándolos por pasatiempo, en tanto que su demonio familiar le dominaba, teniendo un pié en el parapeto y el cuerpo apoyado con gracia sobre el brazo con que sostenía la levantada rodilla. Se les podía distinguir desde la ventana de Luisa. Quizá ésta los veía.

—¿Qué tiene V., Tomás?

—¡Ay, señor Harthouse! (dijo Tomás, lanzando un suspiro); me muero de aburrimiento.

—Y yo también, amigo mío.

—¡V.! (replicó Tomás.) ¡V., que es un modelo de indiferencia! Yo vivo en un estado insoportable. No puede V. tener una idea de las complicaciones que me he creado.... Cuando pienso que con sólo quererlo mi hermana podría sacarme de ellas....

Se puso á morder los capullos y á arrancarles

las hojas con los dientes: sus manos temblaban como las de un anciano paralítico.

Después de haber fijado en él una mirada observadora, su compañero continuó con estudiado abandono:

—Tomás, no es V. razonable, sino, por el contrario, muy exigente con su hermana. Repetidas veces le ha dado á V. dinero, lo cual es una prueba de cariño; bien lo sabe V.

—Sí, señor, convengo en ello. ¿En qué otra parte podía buscarlo? El viejo Bounderby se jacta de continuo de que á mi edad vivía con dos cuartos al mes, ó cosa por el estilo. Mi padre se ha trazado, según dice, una línea de conducta, y me ata de piés y manos desde que tengo uso de libertad. Mi madre no tiene nada que le pertenezca, como no sean sus achaques. ¿En dónde quiere V. que un hombre encuentre dinero? ¿Y á quién quiere V. que se lo pida sino á mi hermana?

Estaba casi llorando, y deshojaba las rosas por docenas. Mr. Harthouse le cogió por la solapa de la levita con ademán consolador.

—Pero, querido Tomás, ¿si Luisa no tiene dinero!

—¿Que no lo tiene? Ni yo pretendo que lo tenga. Posible es que yo necesite más dinero que el que ella pueda tener; pero en ese caso lo debiera buscar, lo cual no le sería muy difícil. No

quiero ocultar á V. nada, después de todo lo que le he dicho: ya sabe V. que no se casó con el viejo Bounderby, ni por amor propio, ni por amor que le inspirase, sino por amor á mí. Entonces, ¿por qué el cariño que me profesa no le obliga á hacerle que me dé todo lo que necesito? Nadie la pone en el caso de decir lo que hace de su dinero; bastante talento tiene, y halagando al viejo Bounderby, podría sacarle mucho oro. ¿Por qué no lo halaga, sabiendo que tanto me interesa? Pero no. Siempre está delante de él como una piedra, en vez de hacerse la amable para obtener con facilidad lo que necesite. Yo no sé qué nombre le dará V. á esto; pero digo que su conducta es desnaturalizada.

Había al otro lado del parapeto un estanque grande de agua, y Mr. Jaime Harthouse tuvo intenciones de dar en él un baño á Tomás Gradgrind, hijo, de la misma manera que los manufactureros de Cokeville amenazaban desde el momento en que se creían lastimados en sus intereses con tirar todos sus bienes al Océano Atlántico; pero no abandonó su actitud graciosa, y la balaustrada de piedra no vió caer al otro lado más que los capullos deshojados por Tomás, y que se mantenían nadando en el agua, donde formaban una isla flotante.

—Mi querido Tomás (dijo Harthouse): ¿me permite V. que sea su banquero?

—En nombre del cielo (replicó con viveza Tomás), no me hable V. de banqueros.

Y parecía tan pálido como las rosas.

Mr. Harthouse, como hombre perfectamente educado y acostumbrado á la mejor sociedad, no podía permitirse demostrar extrañeza ni sentimiento; pero levantó los párpados con ligera expresión de sorpresa; y sin embargo, la admiración era cosa tan contraria á los principios de su escuela como á las doctrinas del colegio Gradgrind.

—¿Cuánto necesita V. por el pronto? ¿Se trata de cuatro cifras? Hable V.; diga V. la cantidad.

—Amigo mío (replicó Tomás, que lloraba entonces realmente, y sus lágrimas valían más que sus quejas anteriores, por más que le dieran cierto aire ridículo); ya es muy tarde: ahora no me serviría de nada el dinero. Pero no por eso dejo de agradecer la oferta: es V. un verdadero amigo.

¡Un verdadero amigo!

—¡Qué joven tan imbécil eres!—dijo Harthouse para sí.

—Considero ese ofrecimiento como una gran prueba de amistad (exclamó Tomás, estrechándole la mano); como una gran prueba de amistad, que no olvidaré nunca.

—Pues bien (replicó Jaime); quizás más ade-

lante le sea á V. útil mi afecto. Y si entonces, amigo mío, quiere V. recurrir á mí, cuando esas complicaciones financieras vuelvan á atormentarle, le podré indicar, para salir de la situación, algún medio excelente que á V. no se le ocurrirá nunca.

—Gracias (le dijo Tomás, moviendo la cabeza con aire lúgubre). Quisiera que antes nos hubiéramos conocido.

—Vamos, Tomás (dijo Harthouse, terminando y tirando también á guisa de ofrenda una rosa ó dos á la isla flotante, que se obstinaba en adherirse á la pared, como si hubiese querido incorporarse á la tierra firme); todo lo que hace el hombre es con algún egoísmo, y yo no difiero en nada de los demás mortales. Deseo ardientemente.... (La languidez con que expresó este deseo era de todo punto trópica.) Deseo que no sea V. tan indiferente con su hermana; que se porte V. con ella como un verdadero hermano, complaciente y cariñoso.... Además, en V. es un deber.

—Haré lo que V. desea.

—Ya sabe V., Tomás, que sólo existe el presente: no me hable V. del porvenir, y cambie de conducta al instante.

—Sí, al instante.... Mi hermana Luisa le dará á V. noticias del cambio.

—Ahora que hemos arreglado este convenio

(dijo Harthouse con un acento que permitía á Tomás creer, y lo creyó el pobre necio, que aquella condición se le imponía un buen muchacho, incapaz de abusar de la expansión de su gratitud): ahora separémonos hasta la hora de comer.

Cuando Tomás fué al comedor, su pena no le impidió llegar antes que Bounderby.

—No he querido darte un sentimiento, Luisa (dijo á su hermana, dándole la mano y un beso). Sé que me quieres, y yo te quiero mucho.

Durante toda la tarde se dibujó en el semblante de la joven una sonrisa, que estaba dedicada á otro. ¡Ay! Sí, dedicada á otro.

—Esto prueba que el hermano no es el único ser por quien ella se interesa (pensó Mr. Jaime Harthouse, volviendo á la reflexión que había hecho cuando vió por vez primera aquel rostro). No, no; no es su hermano el único que le interesa.

CAPÍTULO V.

Explosión.

La mañana del siguiente día era demasiado hermosa para pasarla en el lecho; así, pues, Jaime Harthouse se levantó muy temprano para ir á sentarse al pié de su ventana, fumando con toda comodidad un cigarro, semejante al que había ejercido tan saludable influencia sobre su joven amigo. Desvaneciéndose todo su ser al calor de los rayos del sol, rodeado del incienso de su pipa oriental, en tanto que el humo perezoso se extendía en la atmósfera, meditaba sobre sus ganancias. Por de pronto, no sabía qué cosa era fastidio; podía, pues, prestar toda atención al cálculo que le ocupaba.

Había entre él y Luisa un secreto, del que estaba excluido el esposo; un secreto que versaba positivamente sobre la indiferencia de Luisa hacia su marido, y sobre la incompatibilidad de carácter que existía desde el principio entre el marido y la mujer. Se había probado hábil; pero claramente conocía su corazón, hasta en los

(dijo Harthouse con un acento que permitía á Tomás creer, y lo creyó el pobre necio, que aquella condición se le imponía un buen muchacho, incapaz de abusar de la expansión de su gratitud): ahora separémonos hasta la hora de comer.

Cuando Tomás fué al comedor, su pena no le impidió llegar antes que Bounderby.

—No he querido darte un sentimiento, Luisa (dijo á su hermana, dándole la mano y un beso). Sé que me quieres, y yo te quiero mucho.

Durante toda la tarde se dibujó en el semblante de la joven una sonrisa, que estaba dedicada á otro. ¡Ay! Sí, dedicada á otro.

—Esto prueba que el hermano no es el único ser por quien ella se interesa (pensó Mr. Jaime Harthouse, volviendo á la reflexión que había hecho cuando vió por vez primera aquel rostro). No, no; no es su hermano el único que le interesa.

CAPÍTULO V.

Explosión.

La mañana del siguiente día era demasiado hermosa para pasarla en el lecho; así, pues, Jaime Harthouse se levantó muy temprano para ir á sentarse al pié de su ventana, fumando con toda comodidad un cigarro, semejante al que había ejercido tan saludable influencia sobre su joven amigo. Desvaneciéndose todo su ser al calor de los rayos del sol, rodeado del incienso de su pipa oriental, en tanto que el humo perezoso se extendía en la atmósfera, meditaba sobre sus ganancias. Por de pronto, no sabía qué cosa era fastidio; podía, pues, prestar toda atención al cálculo que le ocupaba.

Había entre él y Luisa un secreto, del que estaba excluido el esposo; un secreto que versaba positivamente sobre la indiferencia de Luisa hacia su marido, y sobre la incompatibilidad de carácter que existía desde el principio entre el marido y la mujer. Se había probado hábil; pero claramente conocía su corazón, hasta en los

pliegues más recónditos; se había aprovechado de su afección más tierna para acercarse á ella; y ¡cuánto había progresado! Formaba parte integrante de aquel afecto, y la barrera tras la cual Luisa defendía su vida, se había bajado como por encanto. Todo esto, ¿no era á la vez muy divertido y muy satisfactorio?

Y, sin embargo, no abrigaba hasta entonces ninguna intención seria de empujarla hacia el mal. En el interés público, como en el de las relaciones privadas, hubiera valido más, para honor del siglo en que vivía Harthouse, que la numerosa legión de descreídos de que formaba parte, fuese francamente viciosa, en vez de atenerse á la indiferencia y á las ocasiones. Los escollos que se dejan arrastrar á placer de la corriente, son siempre los que originan mayor número de naufragios.

Cuando el diablo toma la figura de un león que ruga, se muestra bajo una forma desnuda de atractivos, á no ser para los salvajes ó para los cazadores; pero cuando está adornado, peinado y vestido según la moda, cuando está cansado del vicio y de la virtud, tan hartó de los ardores del infierno como de la alegría del paraíso, entonces, sea que haga de Maquiavelo en política ó de Don Juan en amor, es siempre el diablo en persona, el verdadero diablo, único á quien se debe temer.

Jaime Harthouse estaba, pues, sentado al pié de su ventana, fumando con abandono, y considerando lo mucho que había adelantado en el camino que había emprendido por casualidad. El objeto á que se dirigía estaba indicado claramente; pero no se tomaba el trabajo de meditar en los medios de realizarlo: lo que está escrito, se cumple siempre.

Como aquel día tenía en perspectiva un largo paseo á caballo, pues á pocas leguas de la quinta se celebraba una reunión política, en que tendría ocasión de obtener ventajas entre algunos partidarios de Gradgrind, se vistió desde muy temprano, y bajó á almorzar.

Estaba impaciente por leer en los ojos de Luisa si había retrocedido desde el día anterior; pero no leyó nada de esto. Se encontró en el mismo sitio en que había dejado la señal. Lo conoció en el interés impreso en la mirada que le dirigió Luisa.

El tiempo no transcurrió ni bien ni mal para Mr. Harthouse; pero no para su aburrimiento en aquel empleo fatigoso del día, y volvió á caballo á las seis. Había un espacio de media milla entre la verja de la posesión y la entrada de la casa, y adelantaba despacio por el paseo rodeado de árboles y cubierto de menuda arena que antes pertenecía á Mr. Nickits. Bounderby le salió al encuentro.

ció el brazo, y durante la marcha, que era á paso lento, le preguntó cómo se había cometido el robo.

—Iba á decirselo á V. (exclamó Bounderby dando el brazo á la señora Sparsit, con aire encolerizado). Si no hubiera V. tenido tanta curiosidad por saber á cuánto ascendía la suma, hubiera empezado por eso. Ya conoce V. á esta señora.... porque esta mujer es una señora, la señora Sparsit.

—Sí, yo he tenido el honor....

—Muy bien. Este joven es Bitzer. También le habrá V. visto en la misma ocasión que á esta señora.

Harthouse movió la cabeza en señal afirmativa, y Bitzer saludó con el revés de la mano.

—Muy bien. Ambos viven en la casa de banca. Quizás lo sabrá V.: muy bien. Ayer por la noche, á la hora de cerrarse las oficinas, se echaron todas las llaves, como de costumbre. En el salón forrado de hierro á cuya puerta duerme este individuo, había.... no importa cuánto dinero. La caja pequeña del gabinete del joven Tomás, destinada á recibir valores de poca consideración, contenía tres mil ochocientos y pico de francos.

—Tres mil ochocientos cincuenta y ocho con ochenta y cinco céntimos,—dijo Bitzer.

—Vamos (respondió Bounderby volviéndose):

procure V. no interrumpirme. ¡Hola!.... ¿No es bastante haber sido robado mientras V. roncaba como hombre ahito, sino que también he de verme interrumpido por un doméstico? Yo no roncaba cuando tenía la edad de V. Yo no comía lo suficiente para poder roncar. Nunca, en mi vida.

Bitzer se llevó otra vez la mano á la frente con aire apesadumbrado, y pareció también conmovido y humillado con el ejemplo de abnegación moral que le daba la juventud de Bounderby.

—Tres mil ochocientos y pico de francos (repitió éste). El joven Tomás había guardado esta suma en su caja, que no es de las más sólidas; pero ya es tarde para pensar en ello. Todo había quedado en buen orden. En medio de la noche, mientras este joven individuo roncaba.... Señora Sparsit, ¿no me dijo V. que lo había oído roncar?

—No puedo decir precisamente que lo haya oído, y, por consiguiente, no puedo afirmar el hecho. Pero durante las noches de invierno, cuando se dormía sobre la mesa, oía un ruido que sólo puedo definir diciendo que se parecía mucho al que produce una respiración agitada. En diversas ocasiones le he oído producir ruidos semejantes al movimiento de una péndola. Yo no quiero acriminar en lo más mínimo el carácter moral de Bitzer (añadió la señora Sparsit

con el aire soberbio de una mujer obligada á dar en conciencia un testimonio estrictamente verídico). Lejos de eso, siempre lo he considerado como un joven que profesa excelentes principios, y deseo que esta declaración pueda interpretarse en favor suyo.

—Pues bien (continuó el inflexible Bounderby); mientras roncaba ó respiraba con agitación, é imitaba el ruido de una péndola, ó no importa qué; durante su sueño, digo, no sé quiénes y no sé cómo, ocultos ó no en la casa, que eso aún está por saber, penetraron hasta la caja de Tomás y robaron el contenido. Estando las llaves debajo de la almohada de la señora Sparsit, y no habiéndose notado violencia en las cerraduras, claro es que los ladrones tuvieron que valerse de ganzúas; además, se ha encontrado una á eso de las doce de la mañana en medio de la sala. Al abrir las oficinas, nadie observó cosa alguna capaz de producir alarma. Bitzer se levantó, arregló los pupitres antes de que entraran los escribientes, y al llegar á la caja de Tomás, vió la puerta abierta, la cerradura forzada y el dinero robado.

—Á propósito; ¿dónde está Tomás?—preguntó Harthouse, mirando á su alrededor.

—Ha ido á ayudar á la policía en sus pesquisas (respondió Bounderby); por eso no se ha quedado en la casa de banca. Quisiera que esos

ganapanes hubieran intentado robarme cuando tenía la edad de Tomás. Yo respondo de que no hubieran conseguido su objeto, porque no tenía un solo ochavo.

—¿Sospecha V. de alguien?

—¿Que si sospecho de alguien? ¡Ya lo creo! ¡Pardiez! (replicó Bounderby, abandonando el brazo de la señora Sparsit.) No se saquea impunemente la casa de banca de Josué Bounderby, de Cokeville, sin que las sospechas recaigan sobre cualquiera. No, por vida mía.

Mr. Harthouse se apresuró á preguntar de quién se sospechaba.

—Pues bien (dijo Bounderby, deteniendo el paso y volviéndose para estar enfrente de todo el mundo); lo voy á decir; pero no vaya V. á publicarlo, que entonces los bandoleros comprometidos, porque forman cuadrilla, se pondrán en seguridad. ¿Me promete V. el secreto? Espere V. un instante. (Mr. Bounderby se enjugó la frente con el pañuelo.) ¿Qué dirá V. (aquí el orador estalló con violencia) si hubiese un obrero comprometido en este asunto?

—Espero (dijo Harthouse con indiferencia) que ese obrero no será nuestro amigo Blackpot.

—Diga V. *pool* en vez de *pot*, y ese es nuestro hombre.

Luisa dejó escapar una débil exclamación de duda y de sorpresa.

—¡Oh! Sí. Lo sé muy bien (dijo Bounderby). Pues qué, ¿no estoy yo acostumbrado á estas cosas? Son las gentes más honradas del mundo. Ya estoy al cabo. Aspiran á que se les explique su derecho, y nada más. ¡Tunantes! Enséñeme V. un obrero descontento, y yo le enseñaré un hombre capaz de todo.... ¡Sí, de todo!

Esta era otra de las ficciones populares de Co-keville, que se habían tomado el trabajo de acreditarla en la opinión, y en realidad había muchas almas buenas que las creían sinceramente.

—Pero yo conozco á esos canallas (prosiguió Bounderby). Leo en ellos como en un libro abierto. Señora Sparsit, á V. me remito. ¿Qué consejo di á ese Blackpool la primera vez que puso el pié en mi casa, cuando vino con la intención expresa de que yo le dijese cómo podría volver de arriba abajo la religión, y echar una zancadilla á la santa iglesia? Señora Sparsit, V. que en razón á su noble parentela está al nivel de la aristocracia, confiese si he dicho ó no á ese individuo: «V. no es ángel de mi devoción; V. acabará mal.»

—Dice V. muy bien. Le dijo V., en tono que debió causarle grande impresión, todo eso que acaba de referir.

—¿Y no se lo dije después de haber ofendido groseramente la delicadeza de sentimientos de V.?

—Sí, señor; nada es más exacto. Aunque no pretendo que mis sentimientos sean más delicados.... más inocentes, si V. prefiere la expresión, que acaso lo hubieran sido, á haber ocupado siempre la posición que ahora ocupo.

Mr. Bounderby fijó en Mr. Harthouse una mirada resplandeciente de orgullo, como para decirle:

—Yo soy el propietario de esta señora, y por parte de V. merece todo género de atenciones.

Después anudó el hilo de su discurso:

—V. mismo puede recordar, Harthouse, lo que le dije delante de V. No escaseé las palabras: no puedo tener miramientos con esa gente. Los conozco mucho. ¿Y qué ha sucedido ahora? Tres días después desaparece. Parte, sin que nadie sepa adónde ha ido, como hizo mi madre cuando yo era niño, con la diferencia de que este individuo es una persona aún menos estimable que mi madre, si es posible. ¿Qué ha hecho antes de partir? No lo creará V. nunca.... (Mr. Bounderby, que tenía el sombrero en la mano, daba un golpe en la copa á cada período de su discurso, como si su sombrero hubiera sido un tamboril.) Si yo le dijese á V. que se le ha visto varias veces seguidas rondar la casa banca y sus alrededores; que la señora Sparsit ha dicho que no podía rondar con buenas intenciones;

que esta señora llamó la atención de Bitzer hacia aquel individuo, y que le observaron los dos; que, según las informaciones tomadas hoy mismo, los vecinos lo notaron igualmente, ¿qué contestaría V.?

Ahora que había llegado al punto culminante de su discurso, Mr. Bounderby, á semejanza de los bailarines de Oriente, se cubrió con el tamboril.

—En efecto: eso hace sospechar.... (dijo Jaime); convengo en ello.

—¡Ya lo creo, caballero, ya lo creo! (dijo Bounderby con cierta mirada provocativa.) Pero Blackpool no es el único criminal. Tiene por cómplice á una vieja. Jamás se saben estas cosas hasta que el mal está hecho; siempre se descubre que la puerta de la cuadra no cerraba bien, cuando han robado el caballo: ahora se trata de una vieja, de una vieja que de vez en cuando viene á esta ciudad por el ferrocarril. En todo el día hace otra cosa que rondar la casa, y por la noche se va con su cómplice, sin duda á madurar el plan.... ¡Que no cargara con ella el diablo!

—En efecto (pensó Luisa); la noche en que yo visité á Esteban había una anciana en la habitación, y parecía recatarse.

—No es esto todo; tenemos noticias de sobra (continuó Bounderby moviendo incesantemente la cabeza en ademán misterioso). Pero ya he di-

cho bastante por ahora. V. tendrá la bondad de ser prudente, y no decir á nadie una palabra de este asunto. Quizá necesitaremos tiempo; pero no importa. Es una política excelente la de dejarles algún espacio, á fin de no despertar sus sospechas; no hay que precipitar las cosas. Y naturalmente serán castigados *con todo el rigor de la ley*, como dicen las gentes de golilla, y estará muy bien hecho. Todo el que asalta una casa de banca, debe sufrir las consecuencias de su crimen. Á no ser por estas consecuencias, todos iríamos á robar.

Había cogido la sombrilla que Luisa llevaba en la mano, y la había abierto, de manera que, aunque no hacía sol, la joven caminaba á la sombra, ni más ni menos que si lo hiciera y la sombrilla pudiera servir para algo.

—Por el pronto, Luisa (le dijo su marido), aquí está la señora Sparsit, de quien debes ocuparte. Los nervios de esta señora han padecido mucho con el suceso, y permanecerá en casa un día ó dos. Cuida de que se le disponga una habitación conveniente.

—Muchas gracias, caballero (contestó la discreta señora); pero suplico que nadie se moleste por mi causa. Necesito muy poca cosa.

Cuando le enseñaron su habitación, le sorprendió hasta tal punto el aspecto confortable de aquella estancia y tanto se resistió á habitar en

ella, que cualquiera hubiese creído que prefería pasar la noche sobre la mesa de la cocina.

—Los Powler y los Scadgers, es verdad, estaban acostumbrados al lujo (decía con cierta complacencia la señora Sparsit); pero debo acordarme de que ya no soy lo que he sido. (Nunca dejaba de hacer esta observación con cierta gracia altiva, especialmente si podía oír la algún criado.) Y en verdad (añadía), si yo pudiese borrar para siempre el recuerdo de que Mr. Sparsit era un Powler, y que yo misma estoy ligada á la familia Scadgers; ó bien si estuviese en mi mano cambiar las cosas y hacer de mí una persona de humilde nacimiento emparentada con la plebe, lo haría con mucho gusto. Atendiendo á las circunstancias que me rodean, creería que el hacerlo era un deber en mí.

En la mesa, el mismo espíritu de abnegación monacal la impulsaba á renunciar los vinos y los platos suculentos, hasta que Mr. Bounderby le mandaba con toda formalidad que los tomase. Entonces la señora Sparsit respondía:

—Á decir verdad, es V. demasiado bueno, caballero.

Y renunciaba por pura obediencia á su firme resolución de tomar, como lo había anunciado formalmente, un modesto pedazo de carnero.

Se confundía también en excusas cuando necesitaba la sal; y como era suficientemente ama-

ble para dejar de corroborar en cuanto le fuese posible el testimonio de Bounderby acerca del mal estado de sus nervios, se apoyaba de vez en cuando contra el espaldar de la silla, para llorar en silencio; entonces se podía ver, ó, mejor dicho, no había más remedio que ver, pues llamaba sobre sí la atención general, una lágrima de gran dimensión, semejante á la perla de un zarcillo, rodar por todo lo largo de su nariz romana.

Pero el sello dominante en aquella mujer, desde el principio hasta el fin, era la resolución inquebrantable de compadecer á Mr. Bounderby.

En ciertos momentos no se podía dominar, y movía la cabeza, como diciendo:

—¡Ay! ¡Pobre Yorick!

Después de haberse puesto en evidencia, á pesar suyo, por esas señales exteriores de emoción, contraía su rostro una ligera sonrisa, resplandecía con el contento, y decía en tono festivo:

—Al fin ha conservado V. su buen humor, por lo cual doy gracias al cielo.

Y aparentaba mirar como una verdadera bendición que Mr. Bounderby no hubiera sucumbido bajo el peso de sus infortunios.

Otra originalidad que no podía vencer sin gran trabajo era la de confundirse siempre en excusas.

Sentía una inclinación extraña á llamar

siempre á la señora Bounderby señorita Gradgrind, y en el discurso de la noche cedió á esta inclinación lo menos sesenta veces. La repetición de este error causaba á la señora Sparsit una turbación modesta; pero, según aseguraba, le parecía tan natural decir señorita Gradgrind, que le era casi imposible figurarse que aquella oven que habfa tenido la felicidad de conocer siendo una niña, era realmente mujer legítima de Mr. Bounderby.

Otra particularidad de aquel *quid pro quo* inconcebible era que cuanto más pensaba en el cambio, lo comprendía menos; tan chocante era la diferencia.

En el salón, después de la comida, Mr. Bounderby, por su propia autoridad, volvió á tratar el asunto del robo, examinó los testigos, tomó nota de sus declaraciones, encontró á los acusados culpables, y les impuso las penas más severas.

Terminado el proceso, Bitzer fué enviado á Cokeville, con orden de recomendar al joven Tomás que viniese en el tren expreso.

Cuando trajeron las luces, murmuró la señora Sparsit:

—No esté V. tan afligido, caballero. Quisiera verle tan alegre como de costumbre.

Mr. Bounderby, á quien estos consuelos empezaban á poner sentimental en grado estúpido, suspiró como una vaca marina.

—No puedo verle á V. de ese modo (dijo la señora Sparsit). Juguemos al tric-trac, como en la época en que tenfa el honor de que viviésemos bajo un mismo techo.

—Desde entonces no he vuelto á jugarlo, señora,—dijo Bounderby.

—Verdad que no (añadió la señora Sparsit en tono consolador); lo sé muy bien. Recuerdo que este juego no agrada mucho á la señorita Gradgrind; mas me tendré por afortunada si V. se digna....

Se pusieron á jugar cerca de una ventana que daba al jardín.

Era una hermosa noche; no alumbraba la luna, pero la noche era serena y embalsamada.

Luisa y Mr. Harthouse salieron para dar un paseo por el jardín, en donde se oían sus voces con el silencio de la noche; pero no lo que hablaban. La señora Sparsit, atenta en apariencia al tric-trac, se fatigaba la vista, procurando penetrar en la oscuridad exterior.

—¿Qué es lo que pasa ahí fuera, señora? (preguntó Bounderby.) Creo que no contemplará V. ningún incendio.

—Nada de eso, caballero; pensaba en el rocío.

—¿Y qué le ha hecho á V. el rocío, señora?

—Personalmente nada; pero temo que se constipe la señorita Gradgrind.

—No se constipa nunca.

—¿De veras?

Y al hacer esta pregunta, le acometió un golpe de tos.

Cuando llegó la hora de retirarse, Bounderby pidió un vaso de agua.

—¿Agua? ¿Pues y el Jerez que le gustaba á V. tanto, con cidra y nuez moscada?

—¡Vive Dios, señora, que he perdido la costumbre!—dijo Bounderby.

—Tanto peor (replicó la señora Sparsit); V. pierde todas sus antiguas costumbres. Un poco de ánimo. Si la señorita Gradgrind me lo permite, me ofrezco á servir á V. el vasito de vino como se lo servía otras veces.

Habiéndole permitido la señorita Gradgrind que hiciera todo cuanto quisiese, la señora Sparsit, llena de atención y de delicadeza, fabricó el brebaje, y se lo presentó á Bounderby.

—Esto le hará á V. mucho provecho. Le calentará el estómago. Esto es lo que le hace á V. falta, y lo que no debiera faltarle nunca.

Y cuando Bounderby dijo: «Á la salud de V., señora,» ella contestó con mucho sentimiento:

—Gracias, caballero. Tengo los mismos deseos que V., y quiero verle muy feliz sobre todas las cosas.

Finalmente, le dió las buenas noches de un modo patético, y Mr. Bounderby se fué á acostar, convencido de que había experimentado

alguna contrariedad sensible, sin poder decir precisamente de quién ni de qué tenía por qué quejarse.

Mucho tiempo después de haberse desnudado y acostado, Luísa espío la llegada de su hermano Tomás. Sabía que no podía volver antes de la una de la madrugada; pero en el sombrío silencio del campo, poco á propósito para calmar la agitación de su espíritu, el tiempo le pareció muy largo. En fin, después que el silencio y la oscuridad parecieron redoblar á porfía, oyó llamar á la verja de entrada.

Le pareció que hubiera deseado que la campana hubiera estado tocando hasta el amanecer; pero cesó el ruido, se perdió en los aires el círculo de sus últimas vibraciones, y la noche volvió á quedar muda.

Espero aún un cuarto de hora, según pudo juzgar. Entonces se levantó, se puso un peñador, salió de la alcoba á pesar de la oscuridad, y subió á las habitaciones de su hermano. La puerta estaba cerrada, abrió suavemente, y llamó á Tomás, acercándose al lecho con paso silencioso.

Se arrodilló junto al lecho, rodeó con el brazo el cuello de su hermano, y acercó al suyo el rostro de Tomás. Sabía muy bien que no estaba dormido, que sólo lo aparentaba, pero no le dijo una palabra.

Muy luego Tomás se estremeció, como si acabase de despertarse sobresaltado :

—¿Quién está ahí? ¿Qué sucede?—preguntó.

—Tomás, ¿no tienes nada que decirme? Si alguna vez me has amado y tienes algún secreto que ocultar á todo el mundo, confíamelo á mí.

—No te comprendo, Luísa. Sin duda estabas durmiendo, y sueñas todavía.

Luísa descansó la cabeza sobre la almohada y veló con sus cabellos el rostro de Tomás, como si hubiera querido ocultarle á las miradas de todos, menos á las suyas.

—Mi querido hermano (le dijo): ¿no tienes nada que contarme? ¿No hay nada que podrías confiarme si quisieras? Nada de cuanto puedas decirme cambiará mi cariño, bien lo sabes; pero te suplico, hermano, que me digas la verdad.

—No te comprendo, Luísa.

—Tal como estás ahora, acostado, querido Tomás, en la noche triste y sombría, tal permanecerás acostado en cualquiera parte una noche que está por venir, aun cuando tu hermana, si vive, se viera precisada á abandonarte. Tal como ahora estoy, con los piés desnudos, á medio vestir, tal estaré en la noche de la muerte hasta que me convierta en polvo. ¡Por esta noche, hermano, te pido que me digas la verdad!

—¿Pero qué es lo que quieres saber?

En la energía de su amor, Luísa le estrechó

contra su pecho, como si hubiera sido un niño.

—Puedes estar seguro (le dijo), de que no haré ninguna reconvención. Puedes estar seguro de que te salvaré, por mucho que me cueste. ¡Oh, Tomás! ¿No tienes nada que decirme? Habla muy bajo; di solamente *sí*, y te comprenderé.

Inclinó el oído hacia los labios de su hermano; pero Tomás guardó un obstinado silencio.

—¿Ni una palabra, Tomás?

—¿Cómo quieres que te diga *sí*, ó cómo quieres que te diga *no*, si no te entiendo? Luísa: tú eres una muchacha muy buena, muy virtuosa, muy digna, empiezo á creerlo, de tener un hermano mejor que yo. Pero nada tengo que decirte. Vete á acostar, vete á acostar.

—¿Estás muy cansado?—murmuró Luísa, al cabo de algunos minutos.

—Sí; estoy muy cansado.

—Tan ocupado habrás estado hoy, y tan fatigoso habrá sido el día para tí... ¿Se ha descubierto alguna cosa más?

—Nada más que lo que él mismo te ha dicho.

—Tomás: ¿has confiado á alguien que hemos ido á casa de esas gentes, y que vimos á los tres juntos?

—No. ¿No me rogaste tú misma que nada dijese, al pedirme que te acompañara á su casa?

—Sí. Yo no sabía lo que iba á suceder.

—Ni yo. ¿Cómo hubiera podido saberlo?

Había hasta mal humor en la precipitación de aquella respuesta.

—Después de lo que ha sucedido (preguntó la hermana, poniéndose en pié cerca del lecho), ¿deberé decir que hicimos esa visita? ¿Será preciso que lo diga? ¿Qué debo hacer?

—Por Dios, Luísa (replicó su hermano); tú no tienes por costumbre pedirme parecer. Di lo que quieras. Si haces de ello un misterio, te imitaré, y si no, lo mismo.

La oscuridad era demasiado densa para que pudieran verse; pero ambos parecían muy atentos, y antes de hablar reflexionaban detenidamente.

—Tomás: ¿crees tú que aquel hombre á quien di dinero esté verdaderamente comprometido en el robo?

—No sé. No veo razón alguna en contrario.

—Me parecía tan honrado....

—Puede habértelo parecido, y no serlo.

Hubo un momento de silencio: antes de responder, Tomás vaciló y se detuvo.

—En una palabra (continuó Tomás, como hombre que había tomado su partido); tan lejos estaba yo de pensar bien de aquel hombre, que le hice salir al descanso de la escalera para decirle simplemente que debía considerarse muy satisfecho con la limosna que le había procurado la visita, y que esperaba que haría de ella buen

uso. Por lo demás, nada tengo que decir contra él; no tengo fundamento para creer que no sea un hombre honrado, y espero que no haya tenido parte en ese asunto.

—¿Se incomodó por lo que le dijiste?

—No; al contrario, estuvo muy atento. ¿En dónde estás, Luísa?

Se había levantado del lecho para abrazar á su hermano.

—Buenas noches, Luísa; buenas noches.

—¿Nada más tienes que decirme?

—Nada. ¿Qué quieres que te diga? No querrás obligarme á decir un embuste.

—¡Oh! Seguramente que no, y esta noche menos que nunca; temería mucho por tu descanso en las noches, y te las deseo más tranquilas que la presente.

—Gracias, mi querida Luísa. Estoy tan cansado, que me admiro de no contestarte todo lo que quieras, con tal que me dejes dormir. Vete á acostar.

Después de haberla abrazado otra vez, volvió á acostarse, se cubrió la cabeza con la manta, y permaneció tan inmóvil, como si hubiese llegado para él la noche terrible que Luísa había invocado para dar mayor fuerza á sus ruegos.

La joven permaneció un rato al lado del lecho, y después se alejó con lentitud. Se detuvo á

la puerta, la abrió, volvió la cabeza antes de salir, y le preguntó si la había llamado. Pero Tomás no contestó: Luisa cerró suavemente la puerta, y entró en su alcoba.

Entonces el miserable levantó la cabeza con precaución, y viendo que su hermana había partido, se deslizó del lecho, cerró la puerta con la llave, y se volvió á la cama: allí, arrancándose los cabellos, llorando amargamente, amando á su hermana, aunque incómodo con ella, lleno para consigo mismo de un desprecio profundo, pero impenitente, y animado, contra todo lo que hay de bueno en el mundo, del mismo desprecio profundo y del mismo odio impotente.

CAPÍTULO VI.

Para concluir.

La señora Sparsit, mientras descansaba en la quinta de Bounderby para entonar sus nervios, ejercía noche y día una vigilancia tan activa á la sombra de sus cejas coriolanescas, que sus ojos, semejantes á dos faros encendidos, hubieran bastado para advertir á todo marino prudente que cuidase de no chocar contra una roca tan terrible como su nariz romana y los sombríos surcos de su semblante, si la buena señora no hubiese tranquilizado á las gentes con sus maneras tranquilas y suaves.

No había otra mujer como ella para rondar todos los rincones de la casa. ¿Cómo se las componía para que la encontrasen en todos los pisos á la vez? Era inexplicable. Una señora en quien parecía innato el sentimiento de las conveniencias, perteneciente además á familias tan distinguidas, no podía ser sospechosa de saltar por encima de las escaleras ó de echarse á rodar para bajarlas más pronto; y, sin embargo, la extraordinaria facilidad con que andaba de arri-

la puerta, la abrió, volvió la cabeza antes de salir, y le preguntó si la había llamado. Pero Tomás no contestó: Luisa cerró suavemente la puerta, y entró en su alcoba.

Entonces el miserable levantó la cabeza con precaución, y viendo que su hermana había partido, se deslizó del lecho, cerró la puerta con la llave, y se volvió á la cama: allí, arrancándose los cabellos, llorando amargamente, amando á su hermana, aunque incómodo con ella, lleno para consigo mismo de un desprecio profundo, pero impenitente, y animado, contra todo lo que hay de bueno en el mundo, del mismo desprecio profundo y del mismo odio impotente.

CAPÍTULO VI.

Para concluir.

La señora Sparsit, mientras descansaba en la quinta de Bounderby para entonar sus nervios, ejercía noche y día una vigilancia tan activa á la sombra de sus cejas coriolanescas, que sus ojos, semejantes á dos faros encendidos, hubieran bastado para advertir á todo marino prudente que cuidase de no chocar contra una roca tan terrible como su nariz romana y los sombríos surcos de su semblante, si la buena señora no hubiese tranquilizado á las gentes con sus maneras tranquilas y suaves.

No había otra mujer como ella para rondar todos los rincones de la casa. ¿Cómo se las componía para que la encontrasen en todos los pisos á la vez? Era inexplicable. Una señora en quien parecía innato el sentimiento de las conveniencias, perteneciente además á familias tan distinguidas, no podía ser sospechosa de saltar por encima de las escaleras ó de echarse á rodar para bajarlas más pronto; y, sin embargo, la extraordinaria facilidad con que andaba de arri-

ba abajo hubiera podido justificar las más extrañas suposiciones.

Otra circunstancia igualmente notable en la señora Sparsit era que nunca se daba prisa para nada. Se transportaba con la rapidez de una bala desde el granero al sótano, sin perder nunca el aliento ni la dignidad en el momento de su llegada. Apostaría á que ningunos ojos humanos la vieron jamás andar con paso precipitado.

Estuvo muy amable con Mr. Harthouse, y cambió con él algunas palabras atentas. Poco tiempo después de haber llegado á casa de Bounderby, le hizo su majestuosa reverencia en el jardín una mañana antes de almorzar.

—¡Cómo se pasa el tiempo! Me parece que fué ayer, caballero (dijo la señora Sparsit), cuando tuve el honor de recibir á V. en la casa de banca, y de darle las señas de la habitación de Mr. Bounderby.

—Ese es un acontecimiento que no olvidaré nunca,—contestó Harthouse, inclinando la cabeza hacia la señora Sparsit con el aire más indolente.

—Vivimos en un mundo muy extraño, caballero.

—Por una coincidencia de que siempre estaré orgulloso, he tenido el honor de hacer la misma observación, aunque en términos menos ingeniosos.

—Digo en un mundo extraño, caballero (pro-

siguió la señora Sparsit, después de haber contestado á aquel cumplimento bajando sus negras cejas, lo que se avenía mal con el meloso tono de su voz); digo en un mundo extraño, por lo que concierne á las amistades que entablamos hoy con personas de quienes ayer éramos de todo punto desconocidas. Me acuerdo de que en aquella ocasión llegó V. á decir que la señorita Gradgrind le causaba á V. miedo.

—La memoria de V. me hace más honor del que merece mi escasa importancia. Me aproveché de las noticias que V. me dió para corregir mi timidez, y es inútil añadir que aquellas noticias eran completamente exactas. El talento de V. para todo lo que exige exactitud.... con una mezcla de fuerza moral.... y de ingenio de familia.... ha tenido demasiadas ocasiones de manifestarse, para que nadie pueda ponerlo en duda.

Se hubiera creído que iba á dormirse diciendo esta galantería: tanto tiempo había necesitado para expresarla, tan distraído se había encontrado al proferirla.

—¿Le ha parecido á V. la señorita Gradgrind, no puedo acostumbrarme á llamarla la señora Bounderby, tan joven como yo se la había pintado?—preguntó la señora Sparsit.

—Me hizo V. un retrato exactísimo. La semejanza es perfecta.

—Es V. un joven amable, caballero.

—Extremadamente amable.

—Parecía en otro tiempo que á la señorita Gradgrind le faltaba cierta expresión; pero confieso que en este punto me parece que ha ganado no poco; ha sido un cambio admirable. Justamente: aquí viene Mr. Bounderby (exclamó la señora Sparsit, haciendo con la cabeza varias señales consecutivas, como si no tuviera ojos más que para él): ¿qué tal se siente V. hoy, caballero? Vamos, vamos, Mr. Bounderby; una poca más alegría.

Esta perseverancia obstinada de la señora Sparsit en querer aliviar la miseria de su huésped y aligerarle el peso de su carga, había ya empezado á hacer que Mr. Bounderby estuviese más amable con ella, y más duro que de costumbre para con los demás, empezando por su mujer. Así, cuando la señora Sparsit le dijo con cierta alegría forzada:

—Necesita V. almorzar; pero presumo que la señorita Gradgrind no tardará en venir á presidir la mesa.

Mr. Bounderby contestó:

—Si yo esperase á que mi mujer se ocupe de mí, señora, podría esperar hasta el día del juicio. Le ruego á V. se tome el trabajo de preparar el te por sí misma.

La señora Sparsit consintió, y recobró su antiguo puesto en la mesa.

Esta era una ocasión más que se le ofrecía á aquella excelente mujer para dar mayores pruebas de sentimentalismo. Era tan humilde, sin embargo, que cuando Luisa apareció, se puso de pié, protestando que nunca hubiera pensado en sentarse en aquel sitio, dadas las circunstancias presentes, aunque por muchos años había tenido el honor de preparar el desayuno á Mr. Bounderby, sin que la señorita Gradgrind hubiese aceptado la posición que en aquel momento ocupaba.

—Señora, permanezca V. donde está (dijo Bounderby). Mi esposa tendrá mucho gusto en que V. le evite este trabajo; es cosa segura.

—No diga V. eso, caballero (replicó la señora Sparsit con tono casi severo); puede sentirlo la señora Bounderby, y V. no debe dar sentimientos á nadie.

—No tenga V. cuidado, señora. ¿No es verdad, Luisa, que nada te importa eso?

—Ciertamente. ¿Qué puede importarme? Fuera una extraña manía.

—¿Y por qué quiere V. que eso nos importe lo más mínimo, señora Sparsit? (preguntó Bounderby, hinchado con el sentimiento de su dignidad ofendida.) Bien ve V. que da demasiada importancia á esas cosas. ¡Por San Jorge! ¡No faltaba más, sino que me hicieran renunciar á mis más caras tradiciones domésticas! Tiene V. ideas

extravagantes, señora. Venga V. á hablarme ahora de los hijos de Tomás Gradgrind.

—¿Qué tiene V.? (preguntó Luisa con frialdad.) ¿Quién le ha ofendido á V.?

—¡Ofendido! (repitió Bounderby.) ¿Piensa V. que si yo estuviese ofendido en lo más mínimo no lo hubiera dicho? ¿Que no hubiera pedido una reparación? Tengo por costumbre hablar con franqueza. Yo no poseo dos caras.

—No supongo, en efecto, que nadie haya podido tener ocasión de encontrarle á V. demasiado discreto ó demasiado delicado en la expresión de sus sentimientos (contestó tranquilamente Luisa); en cuanto á mí, puedo decir que nunca he tenido que reconvenir á V. por eso, ni como mujer, ni como esposa. No sé qué es lo que V. quiere.

—¿Lo que quiero? Nada. Si algo quisiera, crea V. que yo, Josué Bounderby, de Cokeville, tendría bastante para conseguirlo con mi voluntad.

Como daba golpes en la mesa tan fuertes que hacían saltar las tazas, Luisa le miró con el rostro inflamado por un rubor orgulloso.

—¡Otro nuevo cambio!—dijo para sus adentros Mr. Harthouse.

—Está V. hoy incomprensible (dijo Luisa); pero no se tome V. la pena de explicar la causa, yo se lo suplico. No soy curiosa, y no quiero saber más.

Agotado este asunto, Mr. Harthouse se puso á hablar con indolente alegría de cosas insignificantes. Desde aquel momento, la influencia que ejercía la señora Sparsit sobre Mr. Bounderby contribuyó á unir más á Luisa y Jaime, á alejar más á la joven de su marido, y á aumentar aquella peligrosa confianza con un extraño, confianza á la que se había abandonado por grados tan insensibles, que, aunque hubiese querido, ya no estaba en su mano retroceder. ¿Pero quería ó no? Este es un secreto que estaba oculto en lo más íntimo de su corazón.

Tan conmovida se manifestó la señora Sparsit aquella mañana, que después del desayuno, y al ayudar á Mr. Bounderby á alcanzar su sombrero, le besó la mano casta y respetuosamente, y llamándole su bienhechor, se retiró agobiada por la pena. Sin embargo, es un hecho incontestable, que le consta al autor de esta historia verdadera, que cinco minutos después que Mr. Bounderby había salido de la casa cubierto con aquel mismo sombrero, la misma nieta de los Scadgers, pariente por alianza de los Powler, amenazó con la mano derecha el retrato de su bienhechor, é hizo á aquella obra de arte una mueca despreciativa, como diciendo:

—Todo va bien, imbécil; todo va bien.

Apenas acababa de partir Mr. Bounderby, cuando apareció Bitzer. Era portador de un bi-

lete, anunciando á Luisa que la señora Gradgrind estaba muy enferma. La pobre señora nunca gozaba de salud en todo el largo espacio de tiempo de que su hija podía acordarse; pero ya hacía días que habían empeorado sus achaques, y en la última noche se había temido por su vida. En aquel momento estaba tan cerca de la muerte, que quería estar más cerca de algo que pudiese distraerla.

Acompañada del más rubio de los criados posibles, pálido, servidor elegido muy acertadamente para abrir las puertas de la muerte adonde llamaba la señora Gradgrind, Luisa se dirigió á Cokeville, y pronto se vió confundida entre las ahumadas máquinas de aquella ciudad devoradora. Despidió al criado, montó en un carruaje, é hizo que la condujeran á su antiguo domicilio.

Rara vez había ido á su casa después de haberse casado. Su padre estaba casi siempre en Londres, ocupado en cerner y discernir su reposito de cenizas parlamentarias, sin conseguir nunca separar el grano de las granzas.

Su madre, acostada, como siempre, en un canapé, no consideraba las visitas de su hija sino como un motivo de incomodidad. Luisa no se sentía muy dispuesta á hacer compañía á los niños. Luisa no había vuelto á manifestarse cariñosa con Cecilia, desde el día en que la hija del

saltimbanquis había alzado los ojos para mirar con compasión á la futura esposa de Bounderby.

Nada tenía Luisa que la hiciese desear volver á la casa paterna, y, por consiguiente, no había vuelto.

Cuando se acercó á los sitios en que se había deslizado su infancia, no sintió despertarse en ella esos dulces recuerdos que están adheridos al hogar paterno. Los sueños de su juventud, sus castillos en el aire, las perspectivas risueñas, encantadoras, imposibles, con que había embellecido en la imaginación un mundo desconocido; todas esas ilusiones en las cuales es tan dulce haber creído alguna vez en la vida, que es tan dulce recordar cuando ya no se puede creer en ellas, no podían ejercer ninguna influencia en Luisa, cuya educación había sido tan helada. Los recuerdos de la juventud no se evocaban en ella los unos á los otros, como la caridad que llama á su alrededor á los niños.

No; Luisa era extraña á todos estos sueños. Antes de llegar á la razón, no había recorrido los caminos encantados de la imaginación por donde tantos millones de niños habían pasado antes que ella. No había encontrado, en el término de su carrera mágica, á la razón bajo la forma de una divinidad bienhechora, inclinándose ante divinidades no menos poderosas. La razón se le había aparecido de pronto como un

ídolo sombrío, frío y cruel, como un tirano feroz que sabe atraerse las víctimas atadas de piés y manos, para leer su conducta con sus ojos sin expresión, y para recoger de sus labios de hielo los preceptos de una ciencia estúpida.

Estos eran para Luísa los recuerdos de su infancia en la casa paterna. Si tenía un asomo de memoria de las fuentes que la naturaleza había puesto en su corazón, era para acordarse de que habían secado los manantiales en el momento en que se querían desbordar. ¿En dónde se hallaban ahora aquellas aguas cristalinas? Habían ido á fertilizar en otros el suelo afortunado en que las rosas ocultaban las malezas, y los lirios los cardos silvestres.

Entró en la casa y en la alcoba de su madre, presa de un antiguo y profundo dolor. Desde la partida de Luísa, Ceci había vivido con el resto de la familia, bajo un pié de igualdad. Ceci estaba al lado de la señora Gradgrind, y Juana, la hermana más pequeña de Luísa, que tenía entonces diez ó doce años, se hallaba también en la alcoba.

Costó mucho trabajo hacer comprender á la señora Gradgrind que estaba presente su hija mayor. Descansaba en un canapé, apoyada en varios cojines, según su antigua costumbre, y conservaba su actitud de otras veces, cuanto se lo permitía su extremada debilidad. Se había re-

sistido resueltamente á entrar en el lecho, temiendo, según decía, no volver á salir.

Su voz débil parecía venir de muy lejos, del fondo de su paquete de chales, y el sonido de las voces extrañas que le dirigían la palabra, parecía invertir tanto tiempo en llegar á sus oídos, que se la hubiera creído acostada en el fondo de un pozo. La pobre señora estaba allí, sin duda, más cerca de la verdad.

Cuando le dijeron que la señora Bounderby estaba allí, contestó, como si jugase á los despropósitos, que jamás había llamado á su yerno por aquel nombre, desde que se casó con Luísa; que esperando á hallar un nombre conveniente, le llamaba J., y que no quería en aquel momento derogar la regla, no habiendo podido aún procurarse un nombre que pudiera reemplazar definitivamente á aquella consonante.

Ya hacía algunos minutos que Luísa estaba sentada á su lado, y le había hablado muchas veces, sin que la enferma pudiese comprender quién la hablaba; pero de pronto pareció salir de su sueño.

—Hija mía; espero que todo marchará á tu gusto (dijo la señora Gradgrind). Tu padre lo ha hecho todo. Tenía en ello mucho empeño, y sus esfuerzos habrán redundado en tu bien.

—Madre, quisiera saber noticias tuyas, en vez de darte las mías,—contestó Luísa.

—¿Quieres saber noticias mías? Pues eso me extraña. Te aseguro que aquí nadie se ocupa de eso. Esto no marcha bien, Luísa. Estoy muy débil y atolondrada.

—¿Sufres mucho, querida madre?

—Creo que existe algún dolor en alguna parte de la alcoba; pero no estoy cierta de que lo tengo.

Después de esta extraña respuesta, guardó silencio algunos minutos. Luísa, que tenía cogida la mano de su madre, no le sentía latir el pulso; pero cuando la llevó á sus labios pudo ver palpitar un débil destello de vida.

—Tu hermana y tú os veis raras veces (dijo la señora Gradgrind). Te se parece más y más á medida que va creciendo. Quisiera que la vieses. Tráela, Ceci.

Trajeron á la niña, y permaneció de pié, con una mano entre las de su hermana. Luísa observó que Juana se había adelantado, rodeando con sus brazos el cuello de Ceci, y sintió la diferencia de aquel recibimiento.

—¿Ves cómo se te parece, Luísa?

—Sí, mamá; creo que se me parece, pero....

—¿Qué? Sí, es lo que he dicho siempre (exclamó la señora Gradgrind con inesperada vivacidad). Y esto me recuerda.... Tengo.... Tengo que hablarte, querida mía. Ceci, hija mía; déjanos solas un instante.

Luísa había soltado la mano de Juana; le pa-

recía el rostro de su hermana más risueño y más feliz que el suyo cuando tenía aquella edad; había visto, no sin un movimiento de despecho, hasta en la alcoba de su madre moribunda, un reflejo de la dulzura de aquel otro semblante presente siempre ante sus ojos; aquel tierno semblante de ojos tranquilos, pálido por las vigili-
as, pero más pálido aún por el contraste de una caballera negra como el azabache.

Habiéndose quedado sola con su madre, Luísa vió extenderse por el rostro de la moribunda una tranquilidad lúgubre: hubiérase dicho que se abandonaba á lo largo de algún río, terminada toda resistencia, y dichosa con dejarse arrastrar por la corriente. La joven llevó otra vez á sus labios la sombra de aquella mano, y dijo á su madre:

—¿De qué me iba V. á hablar, madre mía?

—Sí, sí.... es verdad. Ya sabes que tu padre está ahora siempre ausente. Es indispensable que yo le escriba con este objeto.

—¿Con qué objeto, madre mía? No se preocupe V. así. ¿Con qué objeto?

—Debes acordarte de que cuantas veces he dicho alguna cosa, no importa sobre qué, jamás he visto el fin, y, por consiguiente, hace mucho tiempo que he dejado de decir mi opinión.

—Te comprendo, madre mía.

Pero sólo acercando el oído y siguiendo con

atención el movimiento de sus labios, pudo Luísa recoger para darles sentido aquellos sonidos tan déviles y tan entrecortados.

—Tú y tu hermano habéis aprendido mucho, Luísa: habéis estado estudiando todo el día y toda la noche. Espero que no se me vuelva á hablar más ni de ciencias ni de *hechología*.

—Te comprendo bien, mamá: haz un esfuerzo para continuar; eso únicamente te exijo.

Luísa decía esto para impedir que su madre se dejase arrastrar demasiado pronto por la corriente.

—Pero hay una cosa que no se encuentra de seguro en la *hechología*.... tu padre no la conoce ó la ha olvidado, Luísa. Yo no sé á punto fijo lo que puede ser, y he pensado en ella frecuentemente, cuando Ceci estaba allí, sentada á mi lado. Ahora me será imposible dar con el nombre. Quizás tu padre lo encontrará. Estome tiene inquieta. Lo quiero escribir para pedirle, en nombre del cielo, que descubra lo que esto es. Dame una pluma.... dame una pluma.

Pero no tenía ni aun la facultad de moverse; su pobre cabeza continuaba moviéndose de izquierda á derecha y de derecha á izquierda, á falta de otro lenguaje más expresivo.

Se figuró, sin embargo, que le habían dado lo que pidió, y que tenía entre sus dedos la pluma, que no hubiera podido sostener.

Poco importan los caracteres ininteligibles que se puso á trazar sobresus vestidos. La mano que los escribía no tardó en permanecer inmóvil: la luz, que siempre había alumbrado con una claridad débil y dudosa detrás de aquella sombra chinesca medio desvanecida, se extinguió; y la señora Gradgrind, á pesar de su poca inteligencia, al salir de esta oscuridad en que el hombre se arrastra y se agita en vano, se encontró revestida de la gravedad imponente de los sabios y de los patriarcas.

CAPÍTULO VII.

La escalera de la señora Sparsit.

Los nervios de la señora Sparsit se resistían tenazmente á recobrar el tono que habían perdido, y esta digna señora permaneció algunas semanas en la quinta de Mr. Bounderby, donde, no obstante las tendencias cenobíticas de su espíritu, se resignó á que la alojasen y alimentasen como á una princesa.

Mientras duraron aquellas vacaciones, la guardiana de la casa de banca permaneció fiel á su papel, y continuó compadeciendo á Mr. Bounderby con tan tierna piedad, que pocos habrá que puedan estar orgullosos de haber inspirado otra semejante; lo cual no impedía que continuase llamando imbécil al retrato del objeto de su ternura, con tanto encono como desprecio.

Al tempestuoso Bounderby se le metió en la cabeza que la señora Sparsit debía ser una mujer muy superior, puesto que había observado la contrariedad general é inmerecida de que creía poder quejarse (aún no sabía con exactitud

en qué consistía su desgracia), y se figuraba, además, que Luísa se había opuesto á recibir frecuentes visitas de aquella señora, sin el respeto que debía á la voluntad de su amo y señor; resolvió, pues, no separarse ni á tres tirones de la señora Sparsit. Cuando los nervios de la parienta de lady Scadgers estuvieron bastante fuertes para permitirle frecuentar otra vez los lugares solitarios, Bounderby le dijo en la mesa el día antes de su partida:

—Vendrá V. á esta quinta todos los sábados, señora, mientras dure la primavera, y no se irá hasta el lunes.

Á lo cual contestó la señora Sparsit, poco más ó menos, en estos términos, aunque no había abrazado la religión musulmana:

—Oír es obedecer.

La señora Sparsit no era, ni con mucho, una mujer poética; ¿cómo le pasó por la cabeza una idea que se formulaba con una herejía? Á fuerza de vigilar á Luísa, de observar aquel carácter impenetrable, que se burlaba de la curiosidad, acabó por elevarse á la altura de la inspiración. Levantó en su espíritu una escalera inmensa, á cuyo extremo se hallaba el golfo sombrío de la vergüenza y el deshonor; y de día en día, de hora en hora, veía á Luísa bajar los peldaños de aquella escalera.

La señora Sparsit no se ocupó en otra cosa

que en mirar á su escalera y seguir con los ojos á Luisa á medida que bajaba, ya despacio, ya de prisa, ya salvando varios escalones á la vez, ya deteniéndose, pero sin procurar nunca volver á subir. Si hubiera retrocedido un solo paso, la señora Sparsit hubiera sido capaz de tener *spleen* y morir de pena.

Luisa, en efecto, había continuado bajando sin detenerse hasta el día, y durante todo el día en que Mr. Bounderby dirigió á la señora Sparsit la invitación semanal que hemos señalado más arriba. Esta señora estaba, pues, de muy buen humor, y dispuesta á charlar hasta por los codos.

—Á propósito, caballero (dijo); si osara permitirme dirigir á V. una pregunta relativa á un asunto sobre el cual V. manifiesta mucha reserva (lo que ciertamente sería un gran atrevimiento de mi parte, sabiendo, como sé, que V. no obra nunca sin motivo), le preguntaría si ha descubierto alguna cosa.

—No, señora, no; todavía no; y, vistas las circunstancias, no esperaba otro resultado. Roma no se edificó en un solo día, señora.

—Es verdad,—contestó la señora Sparsit moviendo la cabeza.

—Ni en una semana.

—Verdad que no,—replicó la señora Sparsit con cierta melancolía.

—Pues bien: yo también, señora, puedo es-

perar; ya lo comprende V. Puesto que Rómulo y Remo esperaron, ¿por qué no ha de poder esperar Josué Bounderby, de Cokeville? Estos, sin embargo, tuvieron una juventud más afortunada que la mía; tuvieron una loba por nodriza; yo también he tenido una loba, pero no por nodriza, sino nada más que por abuela. En vez de darme leche, me daba golpes; en cuanto á esto, era una verdadera vaca de Alderney.

—¡Ah!

—Nada, señora, nada he podido averiguar; sin embargo, el negocio está en buenas manos, y el joven Tomás, que ahora trabaja tan asiduamente (lo que habrá sido muy nuevo para él, porque se ha educado en mi escuela), ayuda á la policía cuanto le es posible. He aquí la recomendación que les hago: permaneced tranquilos como si estuvierais muertos: trabajad por bajo de cuerda cuanto queráis; pero sin dejar traslucir nada; de otro modo, veréis muy pronto coaligarse cincuenta de esos canallas para poner en salvo al individuo que ha desaparecido. Estad tranquilos; los ladrones acabarán por creer que ya no se piensa en ellos, y entonces se les echa mano con toda seguridad.

—Muy bien pensado (dijo la señora Sparsit). Eso me interesa vivamente. ¿Y la anciana de quien me habló V.?

—La vieja de quien he hablado (interrumpió

Bounderby con tono acerbo, porque en esto no tenía de qué vanagloriarse), no se encuentra; pero bien puede estar segura de que acabarán por encontrarla. Entre tanto, señora, soy de opinión que valdrá más ocuparnos menos de ella.

Aquella misma tarde la señora Sparsit, descansando en la ventana para hacer mejor la digestión, miró desde lo alto de su gran escalera, y vió á Luisa que continuaba bajando.

Estaba sentada al lado de Mr. Harthouse en un bosquecillo del jardín, hablando muy de quedo; él se inclinaba hacia ella, y su rostro tocaba casi á los cabellos de Luisa.... si es que no los tocaba, en efecto, según pensó la señora Sparsit, haciendo esfuerzos sobrehumanos para ver más fácilmente.

La señora Sparsit estaba demasiado lejos de la pareja para oír una sola palabra de la conversación, y saber si se hablaban bajo; pero lo adivinaba en su actitud.

He aquí lo que decían:

—¿Se acuerda V. de aquel hombre, Mr. Harthouse?

—¡Perfectamente!

—¿De sus facciones, de sus maneras, y de lo que le dijo á V.?

—Perfectamente; por cierto que me pareció muy pesado, muy fastidioso. Por lo demás, ha

sido muy hábil de parte suya adoptar, como lo ha hecho, el género de elocuencia patrocinado por la escuela de la humildad virtuosa; pero aseguro á V. que, oyéndole, exclamaba: «hijo mío, tú exageras las cosas.»

—Confieso que me hubiera costado mucho trabajo pensar mal de aquel hombre.

—Mi querida Luisa.... como dice Tomás (nunca Tomás la llamaba *querida mía*): ¿no sabe V. nada bueno respecto á ese individuo?

—Nada.

—¿Ni tampoco de ningún individuo de su clase?

—No (replicó en un tono que se parecía mucho á su tono de otras veces, y que ya parecía haber perdido). ¿Cómo había de pensar nada bueno, si no los conozco?

—Entonces, consienta V., mi querida Luisa, en admitir las ideas que le somete humildemente un amigo sincero, que ha estudiado diferentes especies de sus excelentes semejantes; porque son excelentes; estoy dispuesto á reconocerlo, á pesar de ciertas pequeñas debilidades, entre las cuales es preciso contar la que consiste en apropiarse todo lo que les cae á la mano. El individuo en cuestión hace frases; muy bien; pero ¿quién no tiene esa habilidad?

»Hace también profesión de moralidad; muy bien; pero los charlatanes de toda especie hacen

también la misma profesión. Desde la Cámara de los Comunes hasta la casa correccional, todo es una profesión general de moralidad, exceptuando las gentes de nuestro partido, y en verdad que esta excepción es la que nos hace menos sacrificios que los otros. V. conoce el asunto: se trata de un individuo que pertenece al populacho, y convengamos en que mi amigo mister Bounderby no pone la delicadeza necesaria para dorarle la píldora. El hombre que pertenece á la plebe, es vejado, exasperado; abandona la casa murmurando; encuentra á alguno que le propone una asociación para negocios como el de la casa de banca, acepta, llena el bolsillo, y se va tranquilo por ese lado. Francamente: es necesario convenir en que Blackpool, en vez de ser un hombre vulgar, hubiera estado muy por encima del vulgo, si no se hubiera dado prisa á aprovecharse de la ocasión.

—Casi tengo remordimientos (respondió Luisa, después de haber meditado un instante) de estar dispuesta á creerle á V., y de que sus palabras me alivien de un peso enorme.

—Nada digo que no sea razonable, nada que no pueda creerse sin remordimientos. Más de una vez he hablado con mi amigo Tomás, porque Tomás y yo seguimos tratándonos con la mayor confianza, y tiene la misma opinión que yo. ¿Quiere V. dar una vuelta?

Se alejaron, paseándose por entre los árboles, que el crepúsculo empezaba á envolver entre sombras. Luisa, apoyada en el brazo de Hart-house, sin pensar ni remotamente que seguía bajando la escalera de la señora Sparsit.

La señora Sparsit veía á Jaime ir y venir; oía hablar de él á izquierda y derecha; veía como él los cambios de expresión que había estudiado en el semblante de Luisa; observaba también, como él, si se cubría con alguna nube, cómo y en qué momento; sabía, además, por qué esta nube se desvanecía en un instante; tenía sus negros ojos siempre abiertos, sin la menor piedad, sin el menor remordimiento, absorbida en su curiosidad, en el interés que tenía en ver á la joven acercarse más y más, sin que ninguna mano fuese en su ayuda y á detenerla al borde del precipicio, á los últimos escalones de aquella escalera imaginaria.

Á pesar de todo el respeto que le inspiraba Mr. Bounderby, á quien sabía distinguir en público del imbécil del retrato, no tenía ni intención remota de impedir que bajase Luisa. Esperaba en silencio, fija siempre en la escalera su mirada cautelosa; y si alguna vez hacía algún movimiento amenazador, no era sino muy raramente, y cuando nadie pudiese observarla.

CAPÍTULO VIII.

Más abajo, siempre más abajo.

Luísa bajaba la gran escalera sin mirar atrás, dirigiéndose siempre, como la piedra en el agua sin fondo, hacia el golfo sombrío que la esperaba abajo. Mr. Gradgrind, informado de la muerte de su mujer, había venido de Londres, y la había enterrado como convenia á un hombre práctico. Después se apresuró á volver á tratar los asuntos nacionales, á fin de descubrir lo que buscaba, para tirar polvo á los ojos de los que buscaban otra cosa.

La señora Sparsit no se daba tregua en su asiduo espionaje. Separada de su escalera durante la semana por toda la extensión del camino de hierro que conducía de la casa de campo á Cokeville, no dejaba por eso de observar los movimientos de Luísa, como una gata los de los ratones. El marido, el hermano, Mr. Jaime Harthouse, los sobres de las cartas y de los paquetes, todo objeto animado ó inanimado que podía tener alguna relación con la escalera, le proporcionaba, sin saberlo, noticias muy útiles.

—Ya tiene V. el pié en el último tramo, señorita (dijo la señora Sparsit, apostrofando con el índice amenazador á la mujer á quien veía bajar); y por mucho que V. haga, todos sus artificios no me separarán de mi objeto.

Sin embargo, fuese efecto del arte, fuese efecto de la naturaleza, gracias al fondo primitivo del carácter de Luísa, ó gracias á los sentimientos que las circunstancias habían creado, es lo cierto que su extraña reserva se burlaba de la penetración de la señora Sparsit, sin dejar de dar estímulo á su curiosidad.

Había momentos en que el mismo Mr. Jaime Harthouse no estaba seguro de comprender el objeto constante de sus desvelos. Había momentos en que no podía leer en el rostro que tanto había estudiado, y en que aquella solitaria joven era para él un misterio más impenetrable que todas las mujeres del mundo rodeadas de un círculo de satélites que les ayudan á disimular.

Mr. Bounderby tuvo necesidad de ausentarse para un asunto que exigía su presencia en otra parte durante tres ó cuatro días. Era viernes cuando dió esta noticia á la señora Sparsit en el interior de la casa de banca.

—Pero (añadió) irá V. á la quinta como de costumbre; en todo y por todo, como si yo estuviese en ella. Que yo esté ó que no esté, viene á ser lo mismo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. A

"ALFONSO REYES"

ANEXO 1625 MONTERREY, MEXICO

—Ruego á V., caballero (replicó la señora Sparsit con tono de reconvención), que no me diga eso. La ausencia de V. establece para mí una gran diferencia, y espero que V. lo comprenderá.

—Pues bien, señora; ya tratará V. de resignarse lo mejor que pueda,—dijo Bounderby, muy lisonjeado con aquella reconvención afectuosa.

—Señor Bounderby, su voluntad es mi ley: de otro modo, hubiera tenido tentaciones de resistir el cumplimiento de sus amables órdenes, no estando muy segura de que la señorita Gradgrind encuentra tanto placer como V. en compartir conmigo su generosa hospitalidad. Pero no tiene V. necesidad de añadir una sola palabra. Iré, puesto que V. me lo ruega.

—¡Toma! Cuando le invito á que venga á mi casa, señora (dijo Bounderby, abriendo los ojos cuanto pudo), me parece que no necesita V. más invitación que la mía.

—Verdad que no; al menos así lo espero. No hablemos más de esto. Únicamente quisiera verle á V. tan alegre como en los tiempos pasados.]

—¿Qué quiere V. decir, señora?—preguntó Bounderby con su voz tempestuosa.

—En otro tiempo tenía V. una elasticidad de carácter, cuya falta siento en el alma. Vamos, señor; no hay que volver la vista atrás.

Mr. Bounderby, sufriendo la influencia de

esta recomendación difícil, que la señora Sparsit había acompañado de una mirada llena de compasión, sólo pudo mover la cabeza con aire ridículo; después se le vió tomar cierto airecillo insolente con todas las personas inferiores á quien tuvo que hablar en el resto de la mañana.

—Bitzer (dijo la señora de Sparsit en la misma tarde de aquel día memorable, después que se puso en camino y se cerró la casa de banca); vaya V. á ofrecer mis respetos al joven Tomás, y preguntarle si quiere subir á compartir conmigo la cena.

El joven Tomás, que estaba siempre dispuesto á admitir invitaciones de este género, dió las gracias atentamente, y poco después se presentó en la estancia.

—Señor Tomás (dijo la señora Sparsit); al ver este refrigerio en mi casa, se me ocurrió que V. podría caer en la tentación de probar algo.

—Gracias, señora,—dijo Tomás.

Y se puso á comer con aire sombrío.

—¿Qué tal está Mr. Harthouse?

—¡Oh! muy bien.

—¿En dónde cree V. que estará ahora?—preguntó la señora Sparsit con tono ligero, después de haber abandonado á Tomás á las divinidades infernales, para enseñarle á ser más comunicativo.

—Está cazando en el Yorkshire (contestó To-

más); ayer le envió á mi hermana una cesta de caza tan grande como la torre de San Pablo.

—Sólo con verlo se adivina que Mr. Harthouse es un diestro cazador,—dijo la señora Sparsit con afabilidad.

—Famoso,—respondió el joven.

Desde su más tierna edad, Tomás había tenido algo de falso en la mirada; mas de algún tiempo á aquella parte este defecto había aumentado tanto, que no podía mirar á nadie frente á frente por espacio de tres minutos consecutivos. La señora Sparsit, pues, tenía mayor facilidad para observarle á su satisfacción.

—Mr. Harthouse ha sido desde luego muy simpático para mí, como lo es para todas las personas que le tratan. ¿Podemos tener la esperanza de verle pronto, señor Tomás?

—Sí tal; le espero mañana.

—¡Oh! Esa es una buena noticia,—exclamó la señora Sparsit.

—Estoy citado con él por la tarde aquí cerca, en el desembarcadero (dijo Tomás); y creo que en seguida comeremos juntos. No parecerá por la casa de campo en ocho ó diez días; al menos así me lo ha dicho. Sin embargo, no me extrañaría verle por allí el domingo.

—Á propósito: ¿se acordará V. de un encargo que voy á darle para su hermana?

—Señora.... procuraré acordarme (respondió

Tomás de muy mal humor); con tal de que el encargo no sea muy difícil de retener en la memoria.

—Sólo se trata de ofrecer mis respetos á su hermana de V., y prevenirle que temo mucho que no me sea posible ir á molestarla con mi presencia esta semana; estoy aún afectada de los nervios, y haré muy bien en quedarme sola con mi tristeza.

—¡Oh! Si no es más que eso, poco se pierde con que olvide la comisión, porque es probable que Luisa sólo piense en V. cuando la tenga delante.

Después de haber pagado con este amable cumplimiento el refrigerio que le ofreció aquella buena señora, se encerró en el más completo silencio, hasta que se acabaron los postres, y entonces exclamó:

—¡Señora, necesito marcharme!

Y, efectivamente, se fué.

Al día siguiente, que era sábado, la señora Sparsit lo pasó en la ventana, viendo pasar los transeúntes, dándose cuenta del tráfico general de la calle, resolviendo una infinidad de cosas en su cabeza, y, sobre todo, no perdiendo jamás de vista la escalera.

Llegada la noche, se puso el sombrero y el mantón, y salió tranquilamente: sin duda tenía razones especiales para rondar furtivamente al-

rededor de la estación en que debía desembarcar un viajero que llegaba de Yorkshire, y para elegir su punto de observación detrás de los pilares ó en los rincones ó detrás de las vidrieras de los salones de descanso, más bien que mostrarse abiertamente donde todos esperaban.

Tomás estaba allí, y esperó hasta la llegada del tren en cuestión. Aquel tren no condujo á Mr. Harthouse. Tomás esperó á que la concurrencia se dispersase, á que el tumulto se apaciguara; después consultó con una lista de la llegada de los trenes, y se informó de los empleados. En seguida se alejó lentamente, se detuvo varias veces en el camino, miró á derecha é izquierda, se quitó y se puso el sombrero, bostezó, se estiró, y presentó, en fin, todos los síntomas de ese fastidio mortal que debe experimentar un hombre condenado á esperar el tren siguiente, es decir, una hora y cuarenta minutos.

—Esto ha sido un pretexto para que el hermano no les incomode (dijo la señora Sparsit, saliendo de la estación, donde no había perdido de vista á Tomás). En este momento Harthouse está con su hermana.

Este fué un rayo de luz, y se lanzó con toda la rapidez de que era capaz, á fin de consignar si era fundada su sospecha. La estación del camino de hierro que pasaba por la casa de cam-

po, se encontraba al otro extremo de la ciudad; el camino era trabajoso, y no tenía tiempo que perder; pero estuvo tan pronta para apoderarse de un fiacre, tan lista para bajar, sacar el dinero, tomar billete y saltar en el vagón, que fué arrastrada de la misma manera que si la hubiese arrastrado una nube.

Durante todo el camino vió ante ella, inmóvil en el aire, su escalera fantástica y la mujer que iba bajando los peldaños: no perdió de vista ni á la una ni á la otra un solo instante. Cuando llegó, ya Luisa estaba casi en el último escalón; se mantenía milagrosamente al borde del abismo.

La noche aquella, una noche nebulosa de otoño, vió á la señora Sparsit deslizarse fuera del vagón, bajar las gradas del pequeño desembarcadero, atravesar la vía para entrar en un paseo de acacias, y permanecer oculta tras de las ramas y de las hojas de un grupo de arbustos. Uno ó dos pájaros, que aún no dormían, trinaban en sus nidos con acento perezoso; un murciélago que pasaba y repasaba á su alrededor con vuelo tardo, y el ruido sofocado de sus propios pasos en el denso polvo, sobre el que se andaba como sobre terciopelo, esto fué todo lo que vió y oyó la señora Sparsit hasta el momento en que cerró suavemente una reja.

Se acercó á la casa, siempre escondiéndose tras los arbustos, y dió la vuelta al edificio, exa-

minando al través de las hojas las ventanas del piso bajo. La mayor parte de las ventanas estaban abiertas (no se acostumbraba á cerrarlas en un tiempo tan caluroso); pero aún no se veía luz alguna, y todo continuaba en silencio.

Recorrió el jardín, sin obtener resultado, más lisonjero. Entonces pensó en el bosque, y se dirigió á aquel sitio á paso de lobo, sin cuidarse de las hierbas, ni de las espigas, ni de lo escabroso del terreno, ni de los insectos que lo cubrían. Adelantaba con tanta prevención y de tal manera absorbida por su idea constante, que aunque el bosque hubiera sido un bosque de víboras, no por eso hubiera retrocedido.

¡Silencio!

Los pájaros pequeñuelos hubieran podido caer fácilmente de sus nidos, fascinados con el brillo de los ojos de la señora Sparsit: tanto su resplandor era vivo y luciente en las sombras de la noche, cuando aquella mujer se detuvo para escuchar.

Estaban hablando muy cerca de allí. Reconoció las voces de Luísa y Jaime.

—¡Hola! ¡hola! Ya se ve que la cita dada á Tomás era solo un pretexto para que no les incomodase. Estaban allí los dos, cerca del árbol derribado.

La señora Sparsit se agachó, á fin de permanecer oculta entre la hierba húmeda de rocío, y

se acercó más. Después se levantó, y se puso detrás de un árbol, como Robinsón Crusóe cuando se puso en emboscada para aguardar á los salvajes. Estaba tan cerca de ellos, que, á haber dado un paso más, hubiera podido tocarlos con la mano. Harthouse estaba allí de incógnito; no había parecido por la casa. Había venido á caballo, y tuvo necesidad de atravesar los campos vecinos, porque el animal estaba atado á algunos pasos de aquel sitio, en una pradera.

—Amor mío (le decía Harthouse). ¿Y qué quería V. que hiciese? Sabía que estaba V. sola, y no he podido dejar de venir.

—Baje V. la cabeza cuanto pueda (pensó la señora Sparsit), á fin de darse más atractivo; por mi parte no veo; pero no dudéis de que dos ojos atentos están fijos sobre vosotros.

Luísa bajaba la cabeza, en efecto; pedía encarecidamente á Harthouse que se alejase, que se fuese, pero sin volver la cabeza hacia él, sin levantarla siquiera.

Sin embargo, ¡cosa rara!: la noble señora emboscada tras del árbol, jamás, en ninguna época de su vida, había visto á Luísa permanecer más tranquila que en aquel momento. Tenía cruzadas las manos, inmóviles como si fuesen de una estatua, y ni aun su palabra anunciaba la menor turbación.

—Amor mío (decía Mr. Harthouse: la señora

Sparsit vió con placer que el brazo del joven rodeaba la cintura de Luísa): ¿no consentirá V. que permanezca unos instantes á su lado?

—Aquí no.

—Dígame V. en dónde.

—Aquí no.

—Es que es tan corto el tiempo de que podemos disponer, ¡y vengo de tan lejos!: vea V. mi abnegación y mi desinterés. Nunca el esclavo más sumiso se vió maltratado de este modo por su señora. Después de haber esperado este recibimiento afectuoso que me ha devuelto la vida, verme despedido con la frialdad de otras veces. Eso parte el corazón.

—¿Cuántas veces me obligará V. á repetir que quiero estar sola en este sitio?

Se estremecieron ambos. La espía temblaba también como una culpable, porque creyó que estaba otro espía oculto entre los árboles. No era más que el ruido de la lluvia, que empezaba á caer en espesas gotas.

—¿Quiere V. que vuelva á montar á caballo, y que me presente ahora en la casa con el necio pretexto de que el dueño tendrá mucho gusto en verme?

—No.

—Esas órdenes crueles serán ejecutadas al pié de la letra, aunque en este momento me puedo considerar como el hombre más desgraciado

del mundo. ¡No haber sido insensible con todas las demás mujeres más que para verme al fin subyugado á los piés de la más hermosa, de la más amable y de la más ingrata! Mi querida Luísa, no puedo consentir en que nos separemos, mientras V. haga semejante abuso de su poder.

La señora Sparsit le vió detener á Luísa con el brazo que le rodeaba la cintura; le oyó en seguida declarar que la adoraba, que era el único objeto por quien él lo sacrificaba todo, incluso su vida. El afán constante de todos sus deseos nada era comparado con su amor. Sólo se ocuparía en adelante en buscar medios que le acercaran á Luísa, y renunciaría á todas sus esperanzas, si tuviera que alejarse de aquellos sitios; luciría si ella quisiese lucir con él, ó rodearía su amor de misterio si ella se lo mandase; aceptaría la suerte que quisiera imponerle, aunque fuera muy dura; todo le era igual, con tal de que se abandonase fielmente al hombre que había comprendido su sacrificio y su alejamiento del mundo; al hombre á quien había inspirado desde los primeros días una admiración, un interés que él mismo se juzgaba incapaz de sentir; al hombre que había obtenido su confianza, y que la merecía por su abnegación y por su pasión ardiente.

Todas estas palabras, pronunciadas y escuchadas con precipitación, fueron recogidas por

la señora Sparsit, á pesar de la turbación de su malicia satisfecha, del temor de que la descubriesen, del ruido creciente de una copiosa lluvia sobre las hojas, y de una tempestad que se acercaba rugiendo.

La señora Sparsit las recogió todas, pero de tal modo envueltas en una niebla tan impenetrable de confusión, que cuando Mr. Jaime Hart-house fué por su caballo, la espía, á falta de no estar bien segura del sitio ni de la hora precisa en que los amantes debían volver á verse, logró, sin embargo, adivinar que se habían dado cita para aquella misma noche.

Peró uno de ellos permanecía aún cerca de la señora Sparsit en medio de la oscuridad, y mientras pudiera seguir las huellas de Luísa, no había peligro de equivocarse.

—¡Oh, amor mío! (pensó la señora Sparsit): ¡qué poco sospecharás que llevas tan buena escolta!

La señora Sparsit vió á Luísa salir del bosque y entrar en la casa. ¿Qué hacer entonces? La lluvia se había convertido en un verdadero diluvio. Los bajos de la señora Sparsit habían tomado tintas de diferentes colores sobre un fondo verde; arroyos corrían por su sombrero y su nariz romana. Todo esto no impidió que aún fuese á ocultarse entre los arbustos, para reflexionar sobre lo que podría hacer.

¿Pero no es Luísa quien sale de la casa? Apenas ha tenido tiempo para tomar un mantón y envolverse en él, y ya sale de la quinta. Va á reunirse con su amante. Sus piés abandonan el último peldaño de la escalera. Miradla precipitada en el abismo.

Andando, á pesar de la lluvia, con paso firme y veloz, abandona el paseo de árboles para tomar por una senda paralela. La señora Sparsit la sigue á favor de las sombras de la noche, pero á corta distancia: hubiera tenido miedo de perderla de vista, pues la joven corría en aquella oscuridad tenebrosa.

Quando Luísa se detuvo para cerrar sin ruido la verja, la señora Sparsit se detuvo también. Quando Luísa continuó su camino, la señora Sparsit hizo otro tanto. Luísa tomó para irse el mismo camino que había traído la señora Sparsit. Atravesó la carretera, subió las gradas de madera que conducían al camino de hierro. La señora Sparsit sabía que el tren con dirección á Cokeville no tardaría en pasar; adivinó, pues, que Cokeville iba á ser su primera etapa.

En el estado deplorable del traje de la señora Sparsit, pocas precauciones eran necesarias para conseguir que nadie la conociese; pero se detuvo á la sombra de la pared de la estación, sacudió la ropa, se echó el sombrero hácia la cara, y arregló un poco el peinado, procurando darle

una forma distinta de la de costumbre. Disfrazada de este modo, pudo, sin temor de ser reconocida, subir la escalera y pagar su asiento en el despacho de billetes.

Luísa esperaba sentada en un rincón, y la señora Sparsit en otro. Ambas oían la tempestad que rugía con violencia, y la lluvia que resbalaba por el techo ó azotaba los parapetos de las arcadas. Las luces, en su mayor parte apagadas por el agua y el viento, les permitían ver en todo su esplendor el relámpago que temblaba serpenteando en los raiis.

Pero muy pronto la estación tiembla, y no tarda en palpar como un corazón enfermo: es que llega el tren. Fuego y vapor, un silbido formidable, una luz roja, un gran estruendo y el sonido de una campana, todo esto se escucha á un mismo tiempo, y Luísa entra en un vagón, la señora Sparsit en otro: la estación no es otra cosa que un puerto desierto, perdido en la tempestad.

La humedad y el frío hacían tiritar á la señora Sparsit; mas no por eso dejaba de sentir alegría en el corazón. Luísa había caído al fondo del precipicio, y en cierto modo le parecía á la buena señora que solo tenía que vigilar un cadáver. Después de haber desplegado tanta actividad para organizar aquel triunfo fúnebre, ¿cómo no hubiera sentido alegría en el corazón?

—Llegará á Cokeville mucho tiempo antes que él (pensó la señora Sparsit, cuando el tren se detuvo en la estación de la ciudad); por muy ligero que sea el caballo de nuestro enamorado, no puede habernos tomado la delantera. ¿Adónde irá á esperarle? Y después, ¿adónde irán? Paciencia: ya lo veremos.

La lluvia era tan copiosa, que causó mucha confusión cuando el tren llegó al lugar de su destino. Las cañales eran verdaderos torrentes, los sumideros estaban atascados, y las calles inundadas.

Desde que echó pié á tierra, la señora Sparsit dirigió una mirada de desesperación á los carruajes que esperaban á los viajeros, y á los cuales todo el mundo se precipitaba en desorden.

—Probablemente subirá en un fiacre (dijo), y desaparecerá antes de que yo haya tenido tiempo de seguirla en otro. Aun á riesgo de que me atropellen, quiero ver el número del coche, y enterarme de las señas que da al cochero.

Pero la señora Sparsit se engañaba en sus cálculos. Luísa no montó en un fiacre; había ya partido á pié. Los ojos negros, fijos en el vagón en que había viajado, no habían sido bastante diligentes.

Al cabo de algunos minutos, viendo que la portezuela no se abría, la señora Sparsit pasó y volvió á pasar por delante del coche, sin conse-

guir ver nada; acabó por mirar en el interior, y encontró el vagón vacío. Hela aquí, fría hasta los huesos, con los piés tan mojados que le hacían chis chas en los zapatos, el sombrero arrugado como una breva, y con toda la ropa estropeada; y en premio de todo cuanto había sufrido, no tuvo otro recurso que verter un torrente de amargas lágrimas, gritando:

—¡La he perdido!

CAPÍTULO IX.

La caída.

Los trabajadores del taller nacional, después de haberse divertido los unos con los otros en mil pequeños combates muy encarnizados, se habían dispersado momentáneamente, y Mr. Gradgrind fué á pasar á su casa las vacaciones.

Estaba escribiendo en la estancia, adornada con el reloj lúgubrememente estadístico, sin duda para probar alguna cosa. Quizás, en suma, procuraba demostrar que el buen Samaritano era un mal economista.

El ruido de la lluvia no le distraía mucho; pero llamaba lo bastante su atención para hacerle levantar la cabeza de vez en cuando, como para reñir á los elementos. Cuando la tormenta sonaba con fuerza, miraba hacia Cokeville, persuadido de que el flúido eléctrico podría derribar alguna de las corpulentas chimeneas.

La tempestad rodaba á lo lejos, y la lluvia caía como un diluvio, cuando la puerta de la estancia se abrió. Miró por debajo del quinqué que

guir ver nada; acabó por mirar en el interior, y encontró el vagón vacío. Hela aquí, fría hasta los huesos, con los piés tan mojados que le hacían chis chas en los zapatos, el sombrero arrugado como una breva, y con toda la ropa estropeada; y en premio de todo cuanto había sufrido, no tuvo otro recurso que verter un torrente de amargas lágrimas, gritando:

—¡La he perdido!

CAPÍTULO IX.

La caída.

Los trabajadores del taller nacional, después de haberse divertido los unos con los otros en mil pequeños combates muy encarnizados, se habían dispersado momentáneamente, y Mr. Gradgrind fué á pasar á su casa las vacaciones.

Estaba escribiendo en la estancia, adornada con el reloj lúgubrememente estadístico, sin duda para probar alguna cosa. Quizás, en suma, procuraba demostrar que el buen Samaritano era un mal economista.

El ruido de la lluvia no le distraía mucho; pero llamaba lo bastante su atención para hacerle levantar la cabeza de vez en cuando, como para reñir á los elementos. Cuando la tormenta sonaba con fuerza, miraba hacia Cokeville, persuadido de que el flúido eléctrico podría derribar alguna de las corpulentas chimeneas.

La tempestad rodaba á lo lejos, y la lluvia caía como un diluvio, cuando la puerta de la estancia se abrió. Miró por debajo del quinqué que

estaba sobre la mesa, y con el asombro que es de suponer, vió á su hija mayor.

—¡Luísa!

—Papá: tengo que hablar con V.

—¿Qué sucede? ¿Qué me revela la agitación de ese semblante? ¡Bondad del cielo! (dijo mister Gradgrind, admirándose más y más.) ¿Cómo has podido venir á casa con esta tormenta?

Luísa llevó las manos á sus vestidos, como si no supiera que estaban mojados. Después se descubrió la cabeza, y dejando caer al suelo el mantón, permaneció con los ojos fijos en su padre; estaba tan pálida, tan despeinada, tan amenazadora y tan desesperada á la vez, que Gradgrind tuvo miedo.

—¿Qué sucede? Por Dios, dímelo, Luísa.

Luísa se dejó caer en una silla, y puso su helada mano sobre el brazo de su padre.

—Padre: V. es quien me ha educado desde la cuna.

—Sí, Luísa.

—¡Maldita sea la hora en que nací, para verme tan desgraciada!

Gradgrind la miró con aire de desdén y de espanto, repitiendo con el acento del hombre que no comprende una palabra:

—¡Que eres desgraciada!.... ¡Que sea maldita la hora en que nacistes!....

—¿Cómo ha podido V. darme la vida, y ro-

barme todas esas cosas inapreciables, que hacen que el vivo valga más que un muerto que tuviese la conciencia de su estado? ¿En dónde están las gracias de mi alma? ¿En dónde los sentimientos de mi corazón? ¿Qué ha hecho V., padre mío, de este jardín que hubiera debido florecer en otro tiempo en el vasto desierto que llevo conmigo?

Luísa se golpeó el pecho con ambas manos.

—Si alguna vez hubiera florecido en mí, sus solas cenizas hubieran bastado para salvarme del vacío en que mi vida entera se pierde. Yo no quisiera decir á V. esto; pero, padre, ¿se acuerda V. de nuestra última conversación en esta estancia?

Gradgrind estaba tan lejos de esperar lo que estaba oyendo, que contestó con cierta dificultad:

—Sí.

—Lo que ahora sale de mis labios, lo hubiera dicho á V. entonces si hubiera V. venido en mi ayuda un solo instante. No le reconvegno, padre mío. Lo que V. nunca ha procurado desarrollar en mi corazón, tampoco ha procurado nunca desarrollarlo en el suyo; pero, ¡Dios mío!, si V. lo hubiera hecho tiempo ha, ó si al menos me hubiese abandonado á mí misma, ¡cuánto mejor y más feliz me podría ahora considerar!

Al oír estas palabras, triste recompensa de

sus desvelos, Mr. Gradgrind apoyó la cabeza en la mano, y lanzó un gemido.

— ¡Si hubiera V. sabido, padre, la última vez que nos encontramos aquí juntos, lo que sentía en mí misma, aunque procuraba vencerlo! ¡Ay! yo no he hecho otra cosa desde mi infancia que procurar siempre vencer todos los impulsos de mi corazón. Si V. hubiese sabido que quedaban en el fondo de mi alma sentimientos, afectos, debilidades capaces de desarrollarse, á pesar de todos los cálculos que los hombres hayan podido hacer, y tan desconocidos de la aritmética como lo es el Creador de todas las cosas; si V. hubiera sabido esto, ¿me hubiera V. dado un marido á quien estoy convencida que detesto? Gradgrind respondió:

— ¡No, no, pobre hija mía!

— ¿Me hubiera V. condenado á la educación fría, terrible, que me ha endurecido y helado? ¿Me hubiera V. robado, sin enriquecer á nadie, sino solamente para mayor desolación de este mundo, la parte inmaterial de mi existencia, la primavera y el estío de mi fe, mi refugio contra todo lo que hay de sórdido y de miserable entre los seres reales que me rodean, la escuela en que hubiera aprendido á ser más humilde y más confiada respecto á ellos, y á procurar en mi pequeña esfera hacerles todo el bien posible?

— ¡Oh, no, no, Luísa!

—Sin embargo, padre; si yo hubiese sido completamente ciega; si me hubiera visto obligada á buscar á tientas mi camino, y si conociendo solamente por la costumbre de tocarlos, la forma y la superficie de los objetos, me hubiera visto precisada á ejercitar un poco mi imaginación respecto á ellos, sería un millón de veces más prudente, más feliz, más amante, más satisfecha, más inocente; en fin, más *mujer* de lo que ahora soy con estos ojos que ven tanto. Ahora oiga V. lo que he venido á decirle.

Gradgrind cambió de posición. Habiéndose levantado Luísa al mismo tiempo, se encontraron el uno al lado del otro. Luísa tenía una mano sobre el hombro de su padre, y le miraba atentamente.

—Sufriendo una hambre y una sed que nunca se han aplacado; atraída por un deseo ardiente hacia alguna región donde las reglas, las cifras y las definiciones no reinasen como señoras, he crecido luchando paso á paso en toda la extensión de mi camino.

—Nunca he sabido que fueses desgraciada, hija mía.

—Yo lo sabía, padre. En este combate he rechazado, he triturado mi buen ángel para hacer de él un demonio. Lo que me han enseñado, sólo ha servido para suscitar en mí dudas, para hacerme incrédula y desdeñosa, para hacerme

sentir lo que no había aprendido; mi postrero y lúgubre recurso ha sido que la vida se pasaría bien pronto, y que no tenía nada que ofrecer que valiese la pena ó el fastidio de una lucha.

—¡Cómol.... ¡Á tu edad, Luísa!—dijo el padre con voz doliente.

—Sí, á mi edad (repitió Luísa). Ahora descubro á V. sin temor, como sin esperanza, todas las heridas de mi corazón. Cuando V. me propuso un esposo, lo acepté. Ni V. ni él pueden reconvenirme por haber aparentado que le amaba. Sabía, y V. también lo sabe, padre mío, y él tampoco lo ignora, que yo nunca le había amado. Yo no era, sin embargo, de todo punto indiferente, porque me proponía ser útil á Tomás. Me aproveché de esta escapatoria desesperada como el peor camino que pudiera emprender mi imaginación, y no tardé en encontrar el vacío. Pero Tomás era el objeto de toda la ternura de mi vida; quizás llegó á serlo, porque supe compadecerle. Poco importa ahora cuál fuese la causa, á menos que se disponga V. á mirar los errores de Tomás con ojos indulgentes.

En tanto que Mr. Gradgrind la tenía en sus brazos, Luísa colocó la otra mano en los hombros de su padre, y continuó con los ojos fijos en él.

—Cuando me vi casada irrevocablemente, se despertó la antigua lucha: mi alma se ha suble-

vado contra ese lazo, que han hecho tan odioso todas las antipatías que separan nuestras naturalezas, y que todas esas fórmulas generales no podrán nunca reconciliar, mientras que la anatomía no aprenda en dónde debe sumir el escalpelo para llegar hasta los secretos del corazón.

—¡Pobre hija mía!

—Sí, compadézcame V., ó, más bien, compadezca su obra. Yo vivo en el mundo como en un desierto; yo tengo un corazón que no me sirve para nada, que por nada se interesa, que es tan impotente para el bien como para el mal; yo no conozco las delicias del sentimiento; no sé en qué consisten las emociones de la vida; ni siquiera conozco el mundo por referencia; me sucede lo que al hombre que, sin haber salido de la aldea en que nació, oye hablar de otras regiones sin concebirlas, porque nunca creyó que el mundo se extendiese más allá de donde su vista alcanza; yo oigo á mi alrededor un lenguaje que no comprendo; yo no he aprendido á calcular; pero ha llegado la hora en que temo aprender á sentir; y, sin embargo, quiero iniciarme en esa ciencia. Padre, padre: yo, que siempre me he visto desheredada de cariño; yo, que nunca he gustado los placeres de la ternura; yo, que tengo á mi lado á un hombre que me inspira horror, que me da asco, á quien odio y á quien maldigo,

¿debo resignarme á esta vida estéril y fatigosa?
¿No puedo amar?

Gradgrind vió en la desesperación de su hija todo lo horrible de la tempestad que combatía su alma. Aquella pregunta le descubrió un horrible misterio, y apenas pudo balbucear:

—¿Amar?... ¿Á quién?...

—Á alguien que me comprenda, á alguien que en un instante me indemnice de tantos años de sufrimientos, aunque envenene todos los días de mi existencia. ¿Qué me importa padecer? Yo quiero que mi corazón lata de alguna manera.

—¡Hija mía, me das horror!

—Enséñeme V. un medio de romper esta cadena odiosa para recuperar mi libertad.

—No la hay, pobre Luísa.

—Yo no puedo creerlo. Si hay poder para atar, ¿por qué no ha de haberlo también para desatar lazos terribles? Indíqueme V. un medio, padre mío.

—¡La muerte!

—¡La muerte! ¡Ah! Adiós mis esperanzas.

Luísa separó las manos de los hombros de su padre, se cubrió con ellas el rostro, lanzó un grito desgarrador, y cayó al suelo sin sentido.

CAPITULO X.

Otra cosa necesaria.

Al volver Luísa de su desmayo, abrió lentamente los ojos, y se encontró en su lecho y su alcoba de otros tiempos. Al pronto le pareció que todo lo que había sucedido desde la época en que aquellos objetos le eran familiares, no podía ser sino las sombras de un sueño; pero poco á poco, á medida que cuanto le rodeaba se iba dibujando ante sus ojos bajo una forma más real, los sucesos pasados se presentaron también bajo una forma más real á su espíritu.

Apenas podía mover la cabeza dolorida y agobiada; sus ojos estaban también fatigados y doloridos; se sentía muy débil. Una apatía extraña, pasiva, se había apoderado de tal manera de todo su ser, que sólo al cabo de algún tiempo observó la presencia de su hermana. Aun después que sus ojos se encontraron con los de la niña, y de haberse acercado ésta al lecho, Luísa permaneció varios minutos contemplándola en silencio, abandonando á Juana la mano que ésta le tomaba con timidez.

—¿Cuándo me han traído aquí?—preguntó.

—Ayer noche.

—¿Quién me trajo?

—Creo que Ceci.

—¿Y por qué dices que lo crees?

—Porque la vi aquí esta mañana. No entré en mi alcoba á despertarme como de costumbre, y fui á buscarla. Como no estaba en su cuarto, la busqué por toda la casa, y al fin la encontré aquí cuidándote y bañándote la frente con agua de colonia. ¿Quieres ver á papá? Ceci me ha dicho que era necesario avisarle cuando te hubieses despertado.

—¡Qué rostro tan angelical tienes, Juana!—dijo Luisa, mientras la niña, siempre con timidez, se bajaba para darle un beso.

—¿Así lo crees? ¡Cuánto te lo agradezco! Estoy segura de que todo se lo debo á Ceci.

Luisa retiró el brazo con que había empezado á rodear el cuello de la niña.

—Ve á avisarle á papá, si quieres.

Después, deteniéndose un instante, añadió:

—¿Eres tú quien con tanto esmero ha arreglado mi alcoba?

—No: ha sido Ceci.

Luisa dió una vuelta en el lecho, y no volvió á escuchar una sola palabra.

Cuando su hermana se retiró, volvió la cabeza, y tuvo fijos sus ojos en la puerta hasta

que se abrió para dar paso á Mr. Gradgrind.

Parecía agobiado é inquieto: su mano, ordinariamente firme, tembló en la de su hija. Se sentó cerca del lecho, preguntó con ternura á Luisa cómo estaba, y le recomendó la quietud después de la agitación de la víspera, y de la tempestad á que se había expuesto. Hablaba con voz dulce y turbada, muy diferente del tono dictatorial que en él era una costumbre: diríase que buscaba las palabras de que había de valerse.

—¡Mi querida Luisa! ¡Pobre hija mía!

Se sentía embarazado en tales términos, que no pudo proseguir, y repitió sus exclamaciones.

El asunto le parecía tan difícil de abordar, que aún empezó otra vez.

—Sería inútil, Luisa, procurar decirte cuánto me ha angustiado la revelación que ayer me hiciste. La tierra que piso se estremece bajo mis piés. El único apoyo en que yo descansaba, y cuya solidez me parecía imposible que desapareciese, se ha deshecho en un instante. Estoy aturdido con este descubrimiento. Ningún sentimiento egoísta hay en lo que te digo; pero ¡me parece tan difícil de sobrellevar el golpe que ayer recibí!

Luisa no podía ofrecer ningún consuelo; ella, cuya vida no había sido más que un naufragio continuo contra la misma roca.

—No diré, Luísa, que si por una feliz casualidad me hubieras desengañado hace algún tiempo, fuera mejor para tu tranquilidad y la mía, porque sé que no entraba en mi sistema admitir confianzas de ese género. He calculado mi sistema, lo que creí sus ventajas, y lo he aplicado con rigor; debo, pues, aceptar la responsabilidad de mis cálculos. Sólo te suplico, hija mía, que creas en mi buena intención.

Hablaba con voz conmovida, y es justo reconocer que decía la verdad.

—De eso estoy convencida, padre. Sé que siempre me ha mirado V. con ojos de predilección. Sé que ha querido V. hacerme dichosa. Nunca le he hecho á V. reconvencción alguna, y nunca se las haré.

Gradgrind cogió la mano que Luísa le tendía, y la retuvo entre las suyas.

—Mi querida hija; he pasado toda la noche en mi mesa, pasando y repasando en mi espíritu el recuerdo de nuestra dolorosa entrevista. Cuando pienso en tu carácter; cuando pienso que me has ocultado años enteros lo que sólo sé de algunas horas á esta parte; cuando pienso en las circunstancias cuya violencia te ha arrancado esa confesión, me convenzo de que debo desconfiar de mí mismo.

Pudiera haber ido más lejos en la confesión de su impotencia, viendo aquel semblante que

le miraba atento; y, en efecto, adelantó la mano para retirar con suavidad de la frente de su hija los cabellos que la ocultaban en desorden. Caricias tan sencillas, á las cuales no se hubiera prestado atención ni de una ni de otra parte, eran muy significativas en Mr. Gradgrind; así es que su hija las aceptaba como otras tantas palabras de arrepentimiento.

—Tengo razón para desconfiar de mí mismo por el presente y por lo porvenir, y no quiero ocultarte mis dudas (contestó Mr. Gradgrind con visibles muestras de vacilación). Ayer á estas horas no hubiese usado semejante lenguaje; pero hoy disto mucho de estar convencido de que merezco la confianza que tienes en mí, de que sea capaz de responder al llamamiento que has venido á hacerme, de que tenga el instinto que sería necesario para ayudarte á entrar en el buen camino, hija mía.

Luísa se había vuelto de espaldas, y tenía el rostro apoyado en el brazo, de modo que su padre no la podía ver. La violencia y la cólera de la joven se habían calmado; pero aunque estaba poseída de sentimientos más dulces, no lloraba. Y su padre, ¿quién podría creerlo?, había venido á demandar que se le viese verter un torrente de lágrimas.

—Hay personas que aseguran (continuó siempre titubeando) que existe una sabiduría de la

cabeza y otra del corazón. Yo no lo he creído; pero, como acabo de decirte, desconfío de mí: es posible que la cabeza no baste para todo, como yo había supuesto. ¿Puedo atreverme hoy á sostener lo contrario, si esa otra especie de sabiduría era por casualidad la que yo he descuidado, si de lo que he carecido, Luísa, es del instinto necesario?

Sus palabras conservaban aún un fondo de duda, como si aquello fuese una hipótesis que le repugnaba admitir hasta en aquel momento. Luísa no respondía. Estaba tendida en el lecho á medio vestir, sobre poco más ó menos lo mismo que él la había visto en el suelo la noche anterior.

—Luísa (dijo, y su mano fué á colocarse otra vez sobre los cabellos de su hija); hace algún tiempo que he estado ausente con frecuencia, y aunque tu hermana ha sido educada según el mismo.... sistema.... (parecía pronunciar con repugnancia esta palabra), naturalmente su educación se ha modificado por el ejemplo de ciertas compañas que, en hora feliz para ella, no habrán dejado de influir en su alma. Te preguntó con toda ignorancia y toda humildad, hija mía, si habrá sido esto una felicidad para Juana. ¿Qué te parece?

—Padre (respondió Luísa sin moverse), si se ha despertado en su infantil corazón alguna ar-

monía que ha debido permanecer muda en el mío hasta el momento que se cambió en tempestad, que dé Juana gracias al cielo, y que prosiga el camino más dichoso que le está trazado, mirando como su mayor ventura no haber puesto el pié en el que á mí me han obligado á tomar.

—¡Oh, hija mía! ¡Hija mía! (dijo el padre con desesperación.) Tu estado me hace muy infeliz. ¿De qué me sirve que no me dirijas reconven- ciones, si me hago á mí propio las más crue- les? (Inclinó la cabeza, y le dijo en voz baja): Luísa, tengo una idea vaga de que empieza á operarse en mí un cambio lisonjero, por el simple efecto del amor y de la gratitud. Lo que la cabeza no hubiera hecho ni hubiera podido ha- cer, empieza á hacerlo poco á poco el corazón. ¿Lo crees posible?

Luísa no respondió.

—En todo caso, esto no serviría para honrar- me, Luísa. ¿Cómo podré conservar algún orgu- llo viendo lo que he hecho de ti? ¿Pero lo crees posible?

El padre, presa de la desesperación, volvió á mirar á su hija, y sin pronunciar más palabra, salió de la alcoba. Apenas la había dejado, Luí- sa oyó á la puerta pasos ligeros, y sospechó que Ceci había venido á colocarse á la cabecera de su lecho. Luísa levantó la cabeza. Al pensar que iban á verla en aquel triste estado, y que la mi-

rada involuntaria de compasión que tanto le había irritado iba á quedar justificada, una ira sorda se encendió en ella. Toda fuerza comprimida estalla y se rompe. El aire que sería bienhechor para la tierra, el agua que la fertiliza, el calor que haría madurar la mies, se cambian en elementos de destrucción si se les tiene apasionados. Tal era la historia del corazón de Luísa; las excelentes cualidades con que la había dotado la naturaleza, á fuerza de estar comprimidas, se habían transformado en una masa dura, impenetrable para la amistad.

Por fortuna, sintió entonces una mano suave apoyarse en su cuello, y comprendió que la suponían dormida. Aquella mano simpática no podía despertar su cólera.... Que no se retire, que no se retire.

La mano permaneció quieta, despertando y fomentando en Luísa una multitud de dulces pensamientos; en Luísa, que no pudo verse rodeada de silencio y de cuidados, sin que algunas lágrimas se abriesen paso á través de sus ojos. El rostro de aquel ángel misterioso tocó al suyo, y sintió que también tenía lágrimas en las mejillas, lágrimas que probablemente se vertían por ella.

Luísa fingió que se despertaba, y se sentó en el lecho. Ceci se alejó, y permaneció tranquilamente de pié junto á la cabecera.

—Espero que no la habré incomodado á V. Venía á preguntarle si quiere que permanezca aquí.

—¿Y para qué? Mi hermana no puede estar sola. Para ella lo es V. todo.

—¿De veras? ¡Ojalá que le sirviese á V. en algo!

—¿En qué?—preguntó Luísa casi con dureza.

—No importa en qué; si me fuese posible, en aquello de que V. tenga más necesidad. De cualquier manera, quiero en algo ser útil á V., y si me permite ensayar, verá que acaso no perdamos el tiempo. ¿Me lo permite V.!

—¿Le ha encargado á V. mi padre que me haga esa pregunta?

—De veras que no (respondió Ceci). Me dijo que ahora podía entrar; pero ya vine aquí por encargo suyo esta mañana.... ó al menos....

—¿Al menos qué?—preguntó Luísa, fijando en ella una mirada inquisitorial.

—Ignoraba si le agradecería á V. verme aquí.

—Crees que siempre te he detestado, ¿no es verdad?

—Me parece que no, porque yo la he querido á V. siempre, y siempre he deseado darle pruebas de mi cariño. Pero V. cambió algo respecto á mí antes de dejar esta casa, y no lo extrañé. V. sabía tantas cosas, y yo tan pocas; además, era muy natural que, hallándose entre nuevos

amigos, no tuviese por qué quejarme, y me resignaba, sin debilitar mi afecto en lo más mínimo.

Al decir esto, se ruborizó Cecilia. Luísa comprendió toda la delicadeza de aquella alma, y sintió remordimientos.

—Ante todo, Cecilia, ¿sabes lo que yo soy? Soy tan orgullosa y tengo el corazón tan endurecido; siento en mi espíritu tanta turbación y me afligen tantas penas; soy tan colérica y tan injusta para los demás y para mí misma, que todo en mí no es más que tempestad, tinieblas, y aun acaso infamia. ¿No te espantas, Cecilia?

—No.

—Soy tan desgraciada y es tan completa la ruina de todo lo que hubiera podido cambiar mis sentimientos, que si hubiese permanecido hasta hoy algo de cuanto me ha hecho tan sabia á tus ojos, no tendría necesidad ahora de un guía que me enseñase la paz, el contento, el honor y todo lo bueno que me hace falta. ¿No te asombra nada de esto?

—No.

Con la inocencia de su animado afecto, y con el entusiasmo de su antigua abnegación, que no había podido reconvenir á Luísa por su abandono, Cecilia esparció cierta luz suave sobre el ánimo sombrío de su compañera.

Luísa soltó la mano de Ceci para permitirle

que la abrazase; después se hincó de rodillas, y estrechando en sus brazos á la hija del titiritero, la contempló casi con veneración.

—Perdóname, compadéceme y socórreme. Ten piedad de mi grande miseria, y déjame reposar mi cansada cabeza sobre tu corazón amante.

—Descánsala, descánsala (exclamó Ceci); descánsala sobre este pecho que es tuyo, querida mía.

CAPÍTULO XI.

Muy ridículo.

Mr. Jaime Harthouse pasó toda una noche y todo un día presa de tanta agitación, que el gran mundo, el ojo armado del mejor lente, apenas hubiera podido reconocer en el joven al hermano del honorable y economista miembro del Parlamento.

Es positivo; estaba muy agitado. Hubo veces en que se expresó con tanta agitación, que se parecía en su manera de hablar al vulgo de los mártires.

Entraba y salía de una manera incomprendible, como el hombre que no sabe lo que hacer. Galopaba por las calles como un ladrón de carreteras. En una palabra: estaba tan aburrido, que se olvidaba hasta de que algunas veces el aburrimiento es de buen tono, que tiene ciertas reglas que practicar, prescritas por las autoridades competentes en materia de moda.

Después de haber lanzado su caballo en dirección á Cokeville, á pesar de la tormenta, como

si la ciudad sólo hubiese distado un paso, estuvo en vela toda la noche: de cuando en cuando tiraba del cordón de la campanilla con furia, reconviniendo al criado que servía en la fonda de haberle ocultado una carta ó un recuerdo que no podía dejar de haber recibido.

Sin embargo, se mostró la aurora, lució la mañana, avanzó el día, y no se recibió ninguna carta, ningún mensaje; Mr. Jaime Harthouse decide ir á la casa de campo. Allí sabe que Mr. Bounderby está ausente, y su mujer en la ciudad. Todos ignoraban que hubiese salido, cuando se recibió una orden para que no se esperase á la señora.

—¿Qué hacer? No tenía más recurso que seguirla á la ciudad; pero ni en su casa ni en la banca encontró á Mr. Bounderby ni á la señora Sparsit. ¡Verse reducido al extremo de tener que sentir la ausencia de aquel dragón con faldas!

—Á fe mía, que no sé dónde estará (dijo Tomás, que tenía razones personales para inquietarse con aquella ausencia). Salió al despuntar el día. Es una mujer que todo se vuelve misterio. La detesto. Es lo mismo que el albino de Bitzer, con sus ojos siempre guiñadores.

—¿En dónde estaba V. ayer tarde, Tomás?

—¿Que dónde estaba ayer tarde? ¡Pues me gusta! Esperándole á V. hasta el momento en que llovió como nunca he visto llover en mi vida.

¡Que en dónde estaba!... Á V. sí que podría yo hacerle esa pregunta.

—No pude venir.... Me detuvieron ciertos quehaceres....

—Entonces los tuvimos los dos. Los míos se redujeron á esperarle á V.: aguardé la llegada de todos los trenes, excepto el de la Mala. Como la noche era horrible, no me atreví á ponerme en camino para la quinta, y tuve que acostarme en la ciudad.

—¿Dónde?

—¿Dónde? En la cama, y en casa de Bounderby.

—¿Vió V. á su hermana?

—¿Cómo diablos había de verla si estaba á quince millas de aquí?

Maldiciendo de su suerte y de su joven amigo, Mr. Harthouse terminó aquella entrevista sin más ceremonia, preguntándose por la centésima vez qué quería decir todo aquello.

Sin embargo, una cosa le parecía bastante clara.

Estuviese Luisa en la ciudad ó fuera de ella; fuese que Harthouse hubiera hecho una declaración demasiado prematura después de haberse tomado tanto trabajo para comprenderla; fuese que á su dama le hubiese faltado valor, ó que todo se hubiese descubierto, ó que hubiera ocurrido un accidente, ó una equivocación incom-

preensible por el pronto, de todos modos sólo quedaba por hacer una cosa, y era esperar, para hacer frente á los sucesos, por graves que fuesen.

No le era posible abandonar la fonda en que todos sabían que paraba durante su permanencia en aquella región tenebrosa...., y después ya sucedería lo que estuviese escrito.

—Ya me espere un cartel de desafío, ó ya una cita ó reconvenções de la bella, voy á empezar por comer (dijo Jaime); Bounderby tiene sobre mí la ventaja de pesar más; y si ha de haber entre nosotros una explicación á la inglesa, no será malo que me prepare con un régimen sólido.

Llamó, pues, y dejándose caer muellemente en un sofá, mandó que le sirviesen la comida á las seis, y que no olvidasen un beefsteack. Mientras esperaba, mató el tiempo como mejor pudo, lo cual no era muy fácil, atormentado como estaba, pues á medida que pasaban las horas sin obtener la menor explicación, sus acumulados tormentos aumentaban exageradamente.

Sin embargo, tomó las cosas con tanta tranquilidad como es posible á la naturaleza humana, y volvió más de una vez á abrigar la idea de un desafío con Bounderby.

—Yo debía dar al camarero (dijo) una buena propina para que eche á rodar á mi adversario.

Un poco más tarde dijo:

—Mejor sería alquilar, en el momento crítico, un mocetón como un trinquete, que de un puñetazo le saltase la tapa de los sesos.

Pero todas estas bromas no servían de nada para distraer la preocupación de Jaime, y me veo precisado á confesar que le pareció el tiempo muy largo.

Le fué imposible, aun antes de comer, dejar de hacer frecuentes excursiones por los dibujos de la alfombra, mirar por la ventana, escuchar á la puerta cada vez que se oían pasos, y experimentar alguna inquietud cuando sentía que estos pasos se acercaban.

Pero después de la comida, cuando el crepúsculo sucedió al día, y después la noche al crepúsculo, sin que hubiese recibido ninguna comunicación, empezó á sentir lo que él llamaba todos los tormentos del Santo Oficio.

No obstante, siempre fiel á su convicción (la única que tuvo en toda su vida), de que en la indiferencia consiste el buen tono, se aprovechó de esta crisis para pedir bujías y un periódico.

Hacía media hora que estaba procurando leer, cuando apareció el camarero, y le dijo con tono á la vez humilde y misterioso:

—Ahí está una persona que pregunta por V.

Un vago recuerdo, que era la fórmula empleada allí por los agentes de policía cuando iban á apoderarse del hilo de alguna trama, hirió la

mente de Mr. Harthouse, que preguntó al camarero:

—¿Quién me busca?

—Una señora joven, que quiere hablar con V.

—¿Dónde está?

—Allí fuera.

—¿Pero dónde?

—Al otro lado de la puerta.

—Que el diablo cargue contigo, imbécil,— exclamó Mr. Harthouse, que se precipitó en el corredor, en donde vió en efecto á una joven, á quien no conocía, vestida con sencillez y de un rostro muy lindo. Al conducirla á su habitación, y al ofrecerle una silla para que se sentase, observó á la luz de las bujías que era mucho más linda de lo que le había parecido al principio. Tenía un aire muy inocente, era muy joven, y muy agradable la expresión de su fisonomía.

No tenía miedo de él, y de ningún modo parecía turbada; únicamente se preocupaba con el objeto de su visita; diríase que se olvidaba de sí misma, para pensar en esto únicamente.

—¿Es el señor Harthouse á quien hablo?—dijo cuando estuvieron solos.

—Sí, señora.

Jaime añadió aparte:

—Y le hablas con los ojos más tranquilos que he visto en mi vida, y la voz más segura de cuantas he escuchado.

—Si no sé á punto fijo...., y reconozco en esto mi ignorancia, lo que le obliga á V. su honor de caballero en muchos casos (dijo Ceci), creo al menos poder contar con ese honor para guardar el secreto de mi visita y de lo que voy á decirle. ¿Me empeña V. su palabra?....

—La empeño, señora.

—Ya ve V. que soy muy joven; ya ve V. que vengo sola, y, al presentarme aquí, únicamente mi esperanza me ha dado consejo y valor.

—Se comprende que esa esperanza es demasiado viva (pensó Mr. Harthouse, siguiendo la rápida mirada que Ceci alzaba al cielo). ¡Vaya un principio! No sé adónde iremos á parar.

—Creo (dijo Ceci) que habrá V. adivinado de qué persona acabo de separarme.

—Hace veinte y cuatro horas, horas que me han parecido siglos, que estoy en la mayor ansiedad, en la mayor inquietud, respecto á cierta señora. La esperanza que he podido concebir razonablemente de que viene V. de parte de esa señora, ¿no es fundada quizás?

—Me he separado de ella hace una hora.

—¿La ha dejado V. en casa de?....

—Su padre.

El rostro de Mr. Harthouse se dilató á despecho de su sangre fría, y aumentó su sorpresa.

—No sé adónde vamos á parar,—dijo para sí.

—Llegó á casa de Mr. Gradgrind anoche,

cuando la tempestad era más fuerte. Estaba muy agitada, y pasó toda la noche en un estado de insensibilidad. Yo vivo en casa de su padre, y he permanecido á su lado. Puede V. estar seguro, caballero, de que no la vuelve á ver en su vida.

Admirado Jaime, suspiró profundamente; y si habéis visto alguna vez á un hombre reducido á no saber qué decir, ese hombre era Mr. Harthouse.

El candor infantil de Cecilia, su modesta intrepidez, su sinceridad, su vehemencia, su completa abnegación para olvidarse de sí propia y pensar únicamente en el objeto de su visita; todo esto, unido á su fe sencilla, en una promesa al aire, que casi sentía vergüenza de haberla hecho, daban á aquella entrevista un carácter que le era tan poco familiar, que se sintió desarmado, y no tuvo una sola palabra para defenderse.

Acabó, sin embargo, por decir:

—Una noticia como la que me da V., expresada con tanta confianza y por tan lindos labios, me desconcierta, en verdad, más de lo que V. puede figurarse. ¿Me permite V. que le pregunte si ha recibido encargo de la señora en cuestión para expresarse en los términos que lo ha hecho?

—No me ha dado encargo alguno.

—El hombre que se ahoga, se agarra á un clavo ardiendo. Sin poner en duda la sinceridad

de V., permítame decirle que aún alimento la esperanza de que no todo está perdido, y que no se me condena á destierro perpetuo.

—No hay la menor esperanza. Mi principal objeto al venir á esta casa ha sido asegurar á V. que es preciso renunciar á toda idea de volverla á hablar, ni más ni menos que si hubiese muerto ayer noche al entrar en casa de su padre.

—¿Que es preciso renunciar? ¿Y si yo no pudiese, ó si por acaso tuviese el defecto de ser muy testarudo, y no quisiera renunciar?

—No por eso sería menos cierto que ya no queda esperanza.

Jaime Harthouse la miró con una sonrisa incrédula; pero Cecilia no hizo alto en ella, porque se hallaba absorbida por más serios pensamientos.

Jaime se mordió los labios, y reflexionó un instante.

—Pues bien (dijo); si desgraciadamente acabase por reconocerlo, después de los pasos que debo dar para asegurarme, y me veo reducido á una situación tan desesperada como esa prohibición perpetua, no me constituiré en perseguidor de esa señora. Pero ha dicho V. que no le ha dado ningún encargo.

—Solo he pedido consejos á la amistad que mutuamente nos profesamos. No tengo otro título

que me recomiende á V. más que mi conocimiento de su carácter y de las circunstancias de su casamiento. ¡Ay, Mr. Harthouse! Creo que también V. ha conseguido penetrar estos misterios.

Se sintió conmovido por el fervor de aquel llamamiento, conmovido hasta el fondo de la cavidad en que debiera hallarse su corazón, si lo hubiera tenido alguna vez.

—No sé lo que se llama un individuo moral (dijo); y nunca he procurado hacerme pasar por uno de ellos. Soy tan inmoral como se puede ser; y, sin embargo, si he causado la pena más leve á la señora que es objeto de esta conversación; si la he comprometido de un modo desdichado; si me he dejado arrebatado hasta el punto de manifestarle sentimientos que no están completamente de acuerdo con... con eso que se llama el hogar doméstico; si me he aprovechado de que su padre es una máquina y su hermano un mequetrefe, ó de que su marido es un bestia, me apresuro á asegurar á V. que en todo esto no me ha llevado ninguna mala intención. He corrido de un extremo á otro sin apercibirme de ello, sin reparar en que el índice de los capítulos de culpas podría ser tan largo. Ahora que lo observo, he comprendido que, en efecto, hay materia de sobra para hacer una novela en varios tomos.

Aunque habló de todo esto en el tono frívolo

que le era peculiar, se advertía bien que por esta vez pretendía dar un barniz decente á una superficie bastante fea. Se calló un momento, y después continuó con más sangre fría, aunque con ese aire de descontento que nunca hubiera podido disimular:

—Después de la comunicación que acaba V. de hacerme de tal modo que es imposible toda duda, no sé de qué otros labios hubiera podido aceptarla tan fácilmente. Posible es que yo no deba volver á ver á esa señora, y, en ese caso, lo único que sentiré, es haber llevado las cosas tan lejos para....; pero me es imposible prometer que llegue á ser con el tiempo lo que se llama un hombre moral, ó que crea ni remotamente en la existencia de ese fénix fabuloso.

El rostro de Cecilia indicaba bastante que aún no había terminado su misión.

—Me ha dicho V. (continuó Harthouse, cuando Cecilia fijó en él otra vez sus ojos) que éste era el objeto principal de su visita. Debo, pues, presumir que le ha traído otro secundario.

—Sí.

—¿Será V. tan buena que me lo indique?

—Mr. Harthouse (respondió Ceci con mezcla de dulzura y de severidad, y persuadida de que le vería hacer sin vacilar todo lo que exigiese de él); la única reparación que de V. depende, es abandonar la ciudad al instante y para siem-

pre. Estoy completamente convencida de que no puede V. hacer más terrible el mal que ha causado. No diré que sea esto gran cosa; pero, en fin, siempre es algo, y no hay medio de obrar de otra manera. Así, pues, aunque no tengo otros títulos que invocar más que los que V. ya conoce, y todo esto no pasa más que entre V. y yo, le pido que abandone la ciudad esta noche misma, y que me prometa no volver más.

Si hubiera procurado ejercer sobre él otra influencia además de la verdad de sus palabras y la rectitud de sus intenciones; si hubiera manifestado con la mejor voluntad del mundo la menor reserva ó el más leve fingimiento; si hubiese demostrado ó sentido el más ligero temor de exponerse á las bromas, á las reticencias ó á las objeciones de Mr. Harthouse, éste hubiera conseguido ventajas en seguida. Pero toda su destreza no hubiera conseguido turbar el alma cándida y confiada de Ceci, como no hubiera conseguido alterar el azul del cielo contemplándolo con extrañeza.

—Pero (preguntó con bastante embarazo) ¿comprende V. la importancia de lo que me pide? Probablemente V. ignora que estoy en este país por un negocio público, y muy ridículo en sí mismo; pero que me he comprometido á llevarlo á buen término, y por cuyo buen resultado me dejaría hacer pedazos; mas no porque V. lo

ignore deja de ser un hecho real y positivo. Nadie hubiera dicho que Ceci había prestado atención á aquellas palabras.

—Además (prosiguió Harthouse, dando algunos pasos por la habitación); es imposible representar un papel más absurdo. Esto es llenar á un hombre de ridículo para toda su vida; no he hecho yo tantos sacrificios para retirarme de un modo tan incomprensible.

—Sin embargo, es la única reparación que de V. depende, caballero; estoy completamente convencida. De otro modo, no hubiera venido aquí.

Volvió á mirar el rostro de Ceci, y continuó paseando.

—Palabra de honor que no sé qué hacer. Esto es inmensamente absurdo.

Le había llegado el turno de capitular para xigir el secreto.

—Si me decidiese á hacer una cosa tan ridícula (dijo, apoyándose en la chimenea), no podría ser sino ofreciéndome la discreción más absoluta.

—Tengo confianza en V., y V. debe tenerla en mí: confianza por confianza.

La posición que ocupaba delante de la chimenea le recordó su entrevista con el mequetrefe. Era la misma chimenea, y no pudo dejar de ocurrírsele que él era el verdadero mequetrefe en aquella ocasión.

—Á fe mía que pocos se habrán visto en situación más ridícula (dijo, clavando los ojos en la alfombra, y después en el techo, riendo, frunciendo el entrecejo, separándose de la chimenea y volviendo á ella); pero no veo otro medio que marcharme. Supongo que eso será lo cierto, y lo que está escrito se cumple siempre.

Ceci se levantó. Este resultado no le sorprendía; pero estaba muy satisfecha, y su rostro resplandecía de contento.

—Me permitirá V. añadir (continuó Jaime), que dudo de que ningún otro embajador ni ninguna otra embajadora hubiera podido gloriarse del mismo éxito. Declaro que, no solamente me ha colocado V. en una posición muy ridícula, sino que también me ha derrotado en toda regla. ¿Me hará V. el favor, al menos, de decirme el nombre de mi victoriosa enemiga?

—¿Mi nombre?—preguntó la embajadora.

—Es el único que puede interesarme.

—Cecilia Jupe.

—Puesto que voy á partir, perdone V. mi curiosidad. ¿Es V. de la familia?

—No soy sino una pobre muchacha (replicó Ceci), abandonada en mi infancia....; mi padre no era más que un titiritero; me recogió mister Gradgrind, y desde entonces he vivido con ellos.

Cecilia había desaparecido.

—Sólo faltaba esto para completar mi hastío

(dijo Mr. Harthouse, dejándose caer con abandono en el sofá, después de haber permanecido un instante inmóvil como una estatua). Mi vergüenza es completa. ¡Una muchacha abandonada! ¡Una hija de un titiritero! El ridículo de que me he cubierto forma una pirámide interminable.

Y á propósito de pirámide, le ocurrió la idea de recorrer el Nilo. En seguida cogió una pluma, para escribir á su hermano la siguiente carta:

« Querido Jack : todo ha concluído respecto á Cokeville; me aburro demasiado, y dejo el puesto.—Tu afectísimo, JAIME. »

Llamó.

—Que venga mi criado.

—Ha ido á acostarse, señor.

—Dígale V. que se levante y que haga los baules.

Escribió otras dos cartas : la una para mister Bounderby, anunciándole que dejaba el país, é indicándole dónde se le podría hallar durante quince días, y la otra con el mismo objeto á mister Gradgrind. Apenas se había secado el lacre en los sobres, y ya Jaime había dejado tras sí las largas chimeneas de la ciudad, instalado en un vagón del ferrocarril, que galopaba y resplandecía al través del paisaje sombrío.

Los moralistas podrían imaginarse que mister Jaime Harthouse hizo algunas reflexiones consoladoras, á propósito del recuerdo de aquella

retirada, una de las más extrañas acciones de su vida, que no llegó á ser una especie de compensación para las demás, y que había servido de desenlace á un negocio bastante feo; pero no las hizo. Un profundo sentimiento por no haber conseguido más que ponerse en ridículo; lo mucho que de él se reírían los hombres de su especie si se decidiese á contarles la aventura : en esto únicamente pensó, es decir, en un tormento más. Tanto, que la acción más laudable de su vida, ó poco menos, fué justamente la que ocultó con más cuidado, porque era la de que más se avergonzaba.

CAPÍTULO XII.

Muy decisivo.

A pesar de un constipado formidable, de una extinción de voz, de estornudos continuos que amenazaban á cada instante dislocar su majestuosa nariz, la infatigable señora Sparsit persiguió incansablemente á Bounderby. Presentándose en todo el resplandor de su dignidad personal en su casa de la calle de San Jaime, no pudo contener más tiempo su cañón cargado hasta la boca, y lo hizo estallar como una bomba. Después de haber cumplido su misión con infinita alegría, aquella mujer, de un espíritu sublime, se sintió mal, y cayó sin sentido sobre Mr. Bounderby.

El primer cuidado de Mr. Bounderby fué sacudirse para desembarazarse de la señora Sparsit, y dejarla salir como pudiese de las diferentes fases de su complicada indisposición. En seguida recurrió á los estimulantes más eficaces; es decir, hizo una tortilla las manos de la respetable señora; le roció el rostro con agua, y le llenó la boca de sal. Cuando, gracias á estas atenciones

delicadas, la señora Sparsit volvió en su acuerdo (lo que no tardó mucho), Mr. Bounderby la depositó en un tren expreso, sin ofrecerle otros tónicos, y la condujo á Cokeville más muerta que viva.

Considerada como ruína clásica, la señora Sparsit presentaba un espectáculo bastante interesante cuando llegó al término de su viaje; pero, considerada bajo cualquiera otro punto de vista, la indisposición que había sufrido era excesiva y disminuía sus derechos á la admiración pública. Sin prestar la menor atención al deplorable estado del traje y de la salud de la señora, sordo á sus estornudos patéticos, Mr. Bounderby la metió en un fiacre, y la condujo en seguida á Pierre-Loge.

—Señor Tomás Gradgrind (dijo Bounderby, cayendo como un huracán en la habitación de su suegro); aquí está una señora.... Ya conoce V. á la señora Sparsit.... Pues aquí está. Tiene que decir á V. una cosa interesante.

—¿No ha recibido V. mi carta?—exclamó mister Gradgrind.

—No se trata aquí de carta ninguna, caballero (gritó Bounderby). La ocasión es oportuna para hablar de cartas. ¡Que vengan á hablar de cartas á Josué Bounderby, de Cokeville, en la situación en que se encuentra!

—Bounderby (dijo Gradgrind con tono de pa-

cífica reconvencción): hablo de una carta especial, que le he dirigido á V. á propósito de Luisa.

—Tomás Gradgrind (replicó Bounderby dando con la mano repetidos golpes en la mesa); yo hablo también de un asunto completamente especial, que también tiene relación con Luisa. Señora Sparsit; señora, adelántese V.

Esta infortunada señora, procurando entonces dar su testimonio, pero sin poder pronunciar con claridad una palabra, y haciendo penosos gestos que anunciaban una inflamación de la garganta, se fatigó tanto, é hizo involuntariamente tantos mohines, que Mr. Bounderby, desesperado, la cogió por el brazo y la dió una sacudida.

—Si no puede V. hablar (dijo Bounderby), deje que yo lo haga. El momento no es muy oportuno para que una señora, por elevado que sea su nacimiento, nos apure la paciencia tosiedo y estornudando. Tomás Gradgrind, la señora Sparsit, que está presente, se encontró por casualidad hace poco en el caso de oír una conversación al aire libre entre su hija de V. y su amigo Mr. Jaime Harthouse.

—¿De veras?—preguntó Gradgrind.

—Pues ya se ve que sí (exclamó Bounderby); y en esa conversación....

—Es inútil repetírmelo, Bounderby; sé lo que ha pasado.

—¿Lo sabe V.? En ese caso (dijo Bounderby, á quien le sacaban de tino la calma y la dulzura de su suegro), puesto que V. sabe tanto, quizás sabrá también dónde se encuentra su hija en este momento.

—Sin duda. Está aquí.

—¿Aquí?

—Mi querido Bounderby, permítame V. que le ruegue, en interés de todos, que modere sus arrebatos. Luisa está aquí. Desde que pudo cortar la entrevista con la persona de quien V. habla, y que siento en el alma haberle presentado, Luisa se apresuró á venir á casa, á fin de ponerse bajo mi protección. Apenas hacía algunas horas que yo había vuelto de Londres, cuando la recibí aquí.... en esta estancia. Se había apresurado á tomar el primer tren con dirección á Cokeville; corrió desde la estación á casa de su padre, á pesar de una tempestad horrorosa, y se me presentó en un estado muy próximo á la locura. Es inútil decir que hasta ahora no ha salido de mi casa. Por el interés de uno y de otro, le ruego á V. que se tranquilice.

Bounderby miró á su alrededor, sin decir una palabra, en todas direcciones, excepto en la de la señora Sparsit; después, volviéndose bruscamente hacia la sobrina de lady Scadgers, le dijo á aquella desgraciada:

—Ya lo oye V., señora. Presente V. las excu-

sas que tenga por conveniente por haber recorrido el país tan sin objeto en trenes de gran velocidad.

—Mis nervios (murmuró la señora Sparsit) están muy agitados, y mi salud muy quebrantada en este momento, para que pueda hacer otra cosa que refugiarme en mis lágrimas.

Y lo hizo como lo dijo.

—Pues bien, señora (dijo Bounderby); sin querer tratar á V. de otra manera que como tratar se debe á una mujer bien nacida, voy á añadir una palabra. Creo que hay otra cosa en que puede V. refugiarse; por ejemplo, en un fiacre; y como el que os ha traído está á la puerta, V. me permitirá que la acompañe hasta la portezuela para que la conduzca á la casa banca. Una vez allí, lo que puede V. hacer mejor será darse un baño de piés con agua bien caliente, tanto cuanto pueda sufrirla, y beberse un vaso de leche con ron, hirviendo, tan luego como esté acostada.

Diciendo esto, Mr. Bounderby tendió la mano derecha á la señora Sparsit, y acompañó hasta el vehículo en cuestión á aquella afligida mujer, que en todo el camino no dejó de estornudar dolorosamente.

Bounderby no tardó en volver solo.

—Como he comprendido que quería V. hablarme, aquí estoy ya de vuelta; pero le advierto

que no tengo muy buen humor: lo confieso francamente; este negocio no es de mi gusto, ni aun siquiera como V. me lo ha explicado, y no creo que jamás me haya tratado Luisa con el respeto y la sumisión que Josué Bounderby, de Cokeville, tiene derecho á esperar de su mujer. V. tiene su opinión, no lo dudo; pero yo también tengo la mía. Si piensa V. decirme esta noche algo que esté en contradicción con esta sincera confianza, mejor será que dejemos la conversación en tal estado.

Como Mr. Gradgrind, según se ha visto, se había mostrado muy conciliador, Mr. Bounderby ponía cuanto estaba de su parte por parecer terrible. Era una de las particularidades de su carácter amabilísimo.

—Mi querido Bounderby,—empezó á decir Mr. Gradgrind replicando.

—Permítame V. (dijo Bounderby); no me gusta que las personas me quieran tanto. Cuando alguno me dice que me quiere, se me ocurre que tiene intención de engañarme. Yo no hablo con galantería, V. lo sabe, y me conoce que no soy atento. Si quiere V. etiqueta, ya sabe dónde buscarla; elegantes tiene por amigos que le servirán ese artículo hasta que no quiera más; es un género averiado, que no existe en mi almacén.

—Bounderby (continuó Gradgrind); todos estamos sujetos á error....

—Cref que V. estaba libre de esa fatalidad,— interrumpió Bounderby.

—Quizás yo también lo he creído; pero, repito que todos estamos sujetos á error, y sería sensible á la delicadeza de V., hasta le viviría reconocido si quisiese prescindir de esas transparentes alusiones á Mr. Harthouse. Pasaré por alto en nuestra conversación la intimidad que V. tenía con él; pero suplico que no me reconenga sobre este particular.

—Ni siquiera le he nombrado,—dijo Bounderby.

—Bien, bien (respondió Gradgrind con paciencia y hasta con sumisión: y permaneció algún tiempo reflexionando). Bounderby, me parece que nunca hemos comprendido perfectamente á Luísa.

—¿Qué entiende V. por *no hemos*?

—Pues bien: yo no la he comprendido (replicó Mr. Gradgrind en respuesta á aquella pregunta brutal); me parece que jamás la he comprendido perfectamente. Dudo de haberle dado la educación que le convenía.

—En hora buena; hemos herido el punto de la dificultad (dijo Bounderby); en eso estamos conformes. ¿Ha concluído V. por hacer ese descubrimiento? ¡La educación! Voy á decir á V. lo que es la educación: es ponerle á uno de patitas en la calle, y tenerle á media ración para

todo, menos para los porrazos. Esto es á lo que yo llamo educación.

—Creo que su buen sentido le demostrará á V. (dijo Mr. Gradgrind con tono de humilde reconvencción), que por mucho que sea el mérito de semejante sistema, sería difícil aplicarlo á las niñas en general.

—No me lo parece así,—replicó el obstinado Bounderby.

—Bueno; no discutiremos sobre ese punto. Aseguro á V. que no deseo entablar una polémica. Quiero solamente reparar el mal, si es posible, y espero que V. me ayude con buena voluntad, porque he sido muy desgraciado.

—Todavía no le entiendo á V. (dijo Bounderby con resuelta obstinación); y por consiguiente, nada puedo prometer.

—Me parece, mi querido Bounderby (prosiguió Mr. Gradgrind con el mismo tono humilde y propiciatorio), que en el espacio de algunas horas he aprendido á conocer el carácter de Luísa mejor que en todos los años precedentes. Este conocimiento me ha sido revelado por circunstancias muy penosas, y no puedo gloriarme de haber hecho yo mismo el descubrimiento. Creo que tiene Luísa cualidades que... que se han abandonado cruelmente.... Y.... quisiera decir á V. que... que si tuviese la bondad de unirse á mí para intentar de común acuerdo el medio de

dejar á Luísa rehacerse durante algún tiempo, y para animar sus buenos sentimientos naturales, á fin de que se desarrollen á fuerza de ternura y de cuidados...., esto...., esto redundaría en la felicidad de todos. Ya sabe V. (dijo Gradgrind, cubriéndose el rostro con las manos) que Luísa ha sido siempre mi hija predilecta.

El tempestuoso Bounderby, al oír estas palabras, se hinchó tanto, que se hubiera podido temer verle sucumbir á un ataque de apoplejía fulminante; sus orejas habían tomado un encendido color de púrpura; sin embargo, contuvo su indignación.

—¿Quisiera V. tenerla en su casa algún tiempo?—preguntó.

—Yo.... había pensado consultar á V., mi querido Bounderby, sobre si sería conveniente que Luísa permaneciese en mi casa acompañada de Ceci; ya conoce V. á Cecilia Jupe, que la comprende mucho y posee toda su confianza.

—De donde concluyo, Tomás Gradgrind (dijo Bounderby, levantándose con las manos en la cintura), que V. opina que hay entre Luísa y yo lo que se llama una incompatibilidad de carácter.

—Temo que en este momento haya una incompatibilidad general entre Luísa y.... y.... y casi todas las relaciones sociales en que yo la he colocado, —respondió con tristeza el afligido padre.

—Escúcheme V., Tomás Gradgrind (dijo Bounderby, mirándole frente á frente, con las facciones animadas, las piernas abiertas, las manos en los bolsillos, y con los cabellos que se parecían, más que nunca, á un campo de trigo arrollado por el viento de su cólera tempestuosa). Me ha dicho V. su opinión, y voy á decirle la mía. Soy un ciudadano de Cokeville; soy Josué Bounderby, de Cokeville; conozco todas las fábricas, todas las chimeneas, todo el humo, todos los obreros de esta ciudad: todo esto lo tengo en la punta del dedo; todo esto es visible y real; pero cuando un hombre viene á hablarme de cualidades imaginarias, le contesto invariablemente, sea quien quiera, que lo veo venir. Quiere comer sopa de tortuga y faisanes servidos con cubierto de oro, y aspira simplemente á montar en un carruaje tirado por seis caballos. Esto es lo que quiere su hija de V. Puesto que V. opina que se le debe dar lo que quiere, le aconsejo que V. mismo se lo dé; pues advierto, Tomás Gradgrind, que de mí no ha de obtenerlo nunca.

—Bounderby: esperaba que después de mi súplica, emplease V. otro tono.

—Espere V. un poco. Ha hablado V. cuanto ha querido; le he escuchado hasta el fin: escúcheme ahora, si le place. Ha sido V. un modelo de inconsecuencia; no sea también un modelo de injusticia; pues por mucha pena que me cause

ver á Tomás Gradgrind reducido á ese extremo, mayor sería mi sentimiento si aún le viese descender. Así, pues, si existiese una incompatibilidad cualquiera, como me lo da V. á entender, entre Luisa y yo, por mi parte le doy á entender á V. que existe una incompatibilidad grandísima é incontestable, y he aquí cómo yo la explico: Luisa está muy lejos de apreciar como debiera las cualidades de su marido. Luisa no está convencida del honor que le reporta su casamiento. ¡No, por San Jorge! Me parece que no me salgo de la cuestión.

—Bounderby (objetó Mr. Gradgrind); eso no es razonable.

—¿De veras? (dijo Bounderby). Me encanta V. diciendo esas cosas; desde que Tomás Gradgrind, con las nuevas luces que le han alumbrado instantáneamente, pretende que lo que yo digo no es razonable, no necesito saber más para convencerme que todas mis palabras han sido muy sensatas. Continúo, con el permiso de V. Ya sabe V. mi origen, y que durante muchos años no he necesitado ándaderas, por la sencilla razón de que desde muy niño me acostumbraron á andar solo. Pues bien: á pesar de esto (V. es dueño de creerlo, ó de dudarlo), hay señoras—señoras bien nacidas—pertenecientes á familias muy elevadas, que tendrían á orgullo besar la tierra que piso.

Lanzó esta frase á la cabeza de su suegro, como un cohete á la Congrève.

—En tanto que su hija de V. (prosiguió Bounderby) está muy lejos de haber tenido un nacimiento elevado, y, por lo tanto, es inútil que le diga cuán poco me cuido de esas bagatelas; mas no por eso deja de ser un hecho, y desafío á V., Tomás Gradgrind, á que cambie un hecho. Ahora bien; ¿por qué digo yo todo esto?

—Probablemente no será por lisonjearme.

—Escúcheme V. hasta el fin (dijo Bounderby) y no hable hasta que le llegue el turno. He dicho esto, porque señoras pertenecientes á familias distinguidas se han sorprendido al ver la manera que tenía Luisa de conducirse conmigo. Se han admirado de la insensibilidad de su hija de V., y se han preguntado cómo podía yo sufrirla. Yo mismo me lo pregunto, y no lo sufriré más.

—Bounderby (replicó Mr. Gradgrind, levantándose); creo que cuanto menos se prolongue esta entrevista, será mejor para ambos.

—Al contrario, Tomás Gradgrind; creo que esta entrevista, debe prolongarse. Al menos.... (esta consideración le detuvo), al menos hasta que yo haya dicho todo lo que tenía intención de decir; después nos detendremos en donde V. quiera. Llego á una cuestión que podrá simplificar el asunto. ¿Qué es lo que V. ha querido decirme con la proposición que acaba de hacerme?

—¿Cómo?

—Lo que V. oye.

—Quiero decir que espero consienta V. amistosamente en que Luísa disfrute en casa de un período de reposo y tranquila reflexión, que poco á poco la pueda mejorar en todos conceptos. Es decir, que hagamos desaparecer las ideas que V. abriga respecto á la incompatibilidad. ¿Puede V. admitir la cuestión en esos términos?

—¿Y dónde ha adquirido V. esas ideas?

—Ya le he dicho á V. que temo que no hayamos comprendido á Luísa, y no es mucho desear que V., que le lleva muchos años, me ayude á hacerla entrar en el buen camino. Al casarse con ella, ha aceptado V. una gran responsabilidad: V. la aceptó lo mismo para el bien que para el mal, y....

Posible es que Mr. Bounderby no tuviese mucho gusto en oír las palabras textuales que él mismo había dirigido á Esteban Blackpool; pero no cabe duda en que cortó la cita litúrgica con un movimiento de impaciencia.

—¡Vamos! Yo no tengo necesidad de oír eso. Sé muy bien cómo la he aceptado; lo sé tan bien como V., y esa es cuenta mía.

—Iba á observar solamente que todos estamos sujetos al error más ó menos. V. como yo, y yo como V., y que una ligera concesión de su par-

te, fundada en la responsabilidad que ha aceptado, será, no solamente un acto de bondad, sino acaso una deuda que Luísa puede reclamarle.

—No es esa mi opinión (murmuró Bounderby). Voy á terminar este asunto según mis opiniones, pero sin que esto sea motivo de disgusto entre nosotros. Á decir verdad, creo que sería indigno de mi reputación quejarme por tan poco. En cuanto á su amigo el gentleman, que se vaya al infierno si le parece. Si le encuentro en mi camino, le comunicaré mi modo de pensar; si no le encuentro, no le diré nada, porque eso no vale la pena de incomodarme. En cuanto á su hija de V., á quien he hecho mi esposa y á quien hubiera debido dejar soltera, si no ha vuelto á mi casa mañana al mediodía, comprenderé que quiere permanecer en otra parte; le enviaré su equipaje, y podrá V. tenerla en su compañía todo el tiempo que guste. Esto es lo que diré á todos, á propósito de la incompatibilidad que me obliga á pronunciar este *ultimatum*. «Soy Josué Bounderby, de Cokeville; he sido educado de este y del otro modo; mi señora es hija de Tomás Gradgrind, y ha sido educada de tal y de cuál manera; no podíamos vivir juntos, y ha sido preciso separarnos.» Creo, sin vanagloriarme, que nadie me tiene en el concepto de un hombre ordinario; así, pues, la mayor parte de las personas comprenderán, sin necesidad de que se lo

diga, que me ha sido preciso casarme con una mujer que tampoco fuese completamente ordinaria.

—Permítame V. rogarle que reflexione detenidamente antes de tomar esa resolución.

—Yo siempre me decido de pronto (dijo Bounderby, cubriéndose bruscamente con el sombrero). Todo lo que hago, lo hago de pronto; y hasta me sorprende que Tomás Gradgrind haga semejante observación á Josué Bounderby, de Cokeville, conociéndole como le conoce. Si algo pudiera sorprenderme en adelante, es ese desgraciado que acaba de hacerse partidario de unas cuantas simplezas sentimentales. Ya conoce V. mi determinación; ahora nada más tengo que decir. Servidor.

En seguida Mr. Bounderby se fué á su casa y se acostó. Al día siguiente, á las doce y cinco minutos, dió á sus criados orden de recoger cuidadosamente todo cuanto pertenecía á su mujer y de que lo llevasen á casa de Tomás Gradgrind; después hizo anunciar en el *Diario* la venta de su casa de campo, y nació otra vez á la vida de soltero.

CAPÍTULO XIII.

Perdido.

No por esto había perdido de vista el robo de la casa de banca, y desde aquel día el negocio ocupó el primer lugar en la atención del jefe de aquel establecimiento. Á fin de probar que no sin razón se jactaba de su actividad incansable, Mr. Bounderby, en su calidad de hombre poco ordinario, de hombre que no debía su elevación más que á sí mismo, en su calidad de maravilla comercial, más admirable que la misma Venus que salió del seno de las ondas, Mr. Bounderby tenía mucho empeño en demostrar cuán poco disminuían su ardor industrial estas pequeñeces domésticas. Por consiguiente, durante las primeras semanas de su segundo celibato, se movió más que nunca, é hizo tales cosas, renovando sus investigaciones á propósito del robo, que los agentes encargados de buscar á los autores casi hubieran deseado que tal robo no se hubiese cometido. Casi todos creían que las pesquisas se habían abandonado como inútiles, pues no se ha-

diga, que me ha sido preciso casarme con una mujer que tampoco fuese completamente ordinaria.

—Permítame V. rogarle que reflexione detenidamente antes de tomar esa resolución.

—Yo siempre me decido de pronto (dijo Bounderby, cubriéndose bruscamente con el sombrero). Todo lo que hago, lo hago de pronto; y hasta me sorprende que Tomás Gradgrind haga semejante observación á Josué Bounderby, de Cokeville, conociéndole como le conoce. Si algo pudiera sorprenderme en adelante, es ese desgraciado que acaba de hacerse partidario de unas cuantas simplezas sentimentales. Ya conoce V. mi determinación; ahora nada más tengo que decir. Servidor.

En seguida Mr. Bounderby se fué á su casa y se acostó. Al día siguiente, á las doce y cinco minutos, dió á sus criados orden de recoger cuidadosamente todo cuanto pertenecía á su mujer y de que lo llevasen á casa de Tomás Gradgrind; después hizo anunciar en el *Diario* la venta de su casa de campo, y nació otra vez á la vida de soltero.

CAPÍTULO XIII.

Perdido.

No por esto había perdido de vista el robo de la casa de banca, y desde aquel día el negocio ocupó el primer lugar en la atención del jefe de aquel establecimiento. Á fin de probar que no sin razón se jactaba de su actividad incansable, Mr. Bounderby, en su calidad de hombre poco ordinario, de hombre que no debía su elevación más que á sí mismo, en su calidad de maravilla comercial, más admirable que la misma Venus que salió del seno de las ondas, Mr. Bounderby tenía mucho empeño en demostrar cuán poco disminuían su ardor industrial estas pequeñeces domésticas. Por consiguiente, durante las primeras semanas de su segundo celibato, se movió más que nunca, é hizo tales cosas, renovando sus investigaciones á propósito del robo, que los agentes encargados de buscar á los autores casi hubieran deseado que tal robo no se hubiese cometido. Casi todos creían que las pesquisas se habían abandonado como inútiles, pues no se ha-

bía hecho ningún nuevo descubrimiento. Ninguno de los culpables, hombre ó mujer, había dado el menor paso que pudiera comprometerle. Y, lo que aún parecerá más extraño, no se había vuelto á oír hablar de Esteban Blackpool, y la misteriosa anciana permanecía siendo un misterio.

Habiendo llegado las cosas á tal estado, ningún signo oculto indicaba que debiesen ir más lejos. Mr. Bounderby se decidió por aventurar un golpe atrevido. Redactó un anuncio, ofreciendo una recompensa de quinientos francos á quien aprehendiese ó ayudase á aprehender al llamado Esteban Blackpool, sospechoso de complicidad en el robo de la casa de banca, tal noche, tal mes, tal año, etc. Dió las señas del susodicho Esteban Blackpool, es decir, una descripción tan minuciosa como le fué posible, de su traje, de sus facciones, de su estatura aproximada y de sus maneras; refirió cómo el obrero había abandonado la ciudad, é indicó la dirección en que se le había visto por última vez. Impreso el todo en letras grandes y negras sobre papel blanco, mandó fijar el cartel en todas las esquinas de la población por parte de noche, á fin de que por la mañana llamasen la atención de todo el pueblo.

Fué necesario que las campanas de las fábricas hiciesen uso de su voz más sonora aquella mañana para llamar al trabajo á los grupos de

obreros, que, reunidos alrededor de los carteles al despuntar el día, los devoraban con ojos ávidos, y los más ávidos no eran ciertamente los que sabían leer, sino los ignorantes; estos, escuchando la voz amiga que les leía alto (siempre encontraban á alguno que les prestase este servicio), contemplaban aquellos grandes caracteres de imprenta con un vago terror y un respeto que hubieran parecido casi ridículos, si el espectáculo de la ignorancia pública no estuviese siempre lleno de amenazas y de desdichas.

Slackbribge, el delegado orador, convocó aquella noche misma á su auditorio; había conseguido del impresor un anuncio muy nuevo, que llevaba en el bolsillo. ¡Oh mis amigos y compatriotas, oprimidos trabajadores de Cokeville! ¡oh hermanos en humanidad y en trabajo! ¡oh mis conciudadanos! ¡Qué sensación cuando Slackbribge desplegó lo que él llamaba *un documento infernal*, y lo expuso á las miradas y á la execración de la comunidad obrera!

—¡Oh mis hermanos en humanidad! Ved de cuánto es capaz un traidor que deserta del campo de los grandes corazones afiliados bajo la justicia y la unión! ¡Oh mis amigos, queridos compañeros de humillación, que lleváis al cuello el soberbio yugo de la tiranía; vosotros, en quienes el despotismo huella con sus piés de hierro los cuerpos derribados en el polvo en donde qui-

sieran teneros hasta el fin de vuestros días como á la serpiente del paraíso terrenal! ¡Oh mis hermanos, y no añadiré en mi calidad de hombre! ¡Oh mis hermanos! ¿Qué pensáis ahora de Esteban Blackpool, con sus espaldas ligeramente encorvadas, su estatura de cinco piés y siete pulgadas próximamente, tal como nos le presenta este degradante é innoble documento, este pernicioso anuncio, este abominable cartel?

»¡Con qué majestuosa unidad de indignación aplastaréis la víbora que intenta arrojar esta mancha y esta vergüenza sobre la raza sagrada que felizmente ha desterrado al infame, y le ha rechazado para siempre de su seno! Porque ya os acordaréis de la noche en que se presentó á nosotros en esta plataforma; ya sabéis cómo frente á frente, y paso á paso, le he seguido al través de todos los dédalos complicados de sus turtuosas respuestas; ya sabéis cómo bajó la cabeza confundido, procurando escapárase y extraviar la cuestión hasta el momento en que, no sabiendo de qué medio valerse, se vió precisado por mis esfuerzos á precipitarse fuera de este recinto, para que en adelante le pudiera señalar el dedo inflexible del desprecio, marcado con el hierro candente de todo espíritu librey formal.

»Y ahora, amigos míos, excelentes trabajadores, que os habéis hecho la cama en que reposáis, dura, pero honrada, mediante la labo-

riosidad, y no mediante el crimen; vosotros que ganáis con el sudor de vuestra frente vuestra comida escasa, pero digna; decidme: ¿qué nombre le daréis á ese infame holgazán que, arrojando la máscara, se alza ante nosotros con toda su deformidad natural?... ¿Cómo le llamaréis?... Es un ladrón, un bandido, un fugitivo, un proscrito, cuya cabeza está pregonada: es una llaga, una úlcera en el noble carácter de los obreros de Cokeville.

»Así, pues, á vosotros todos, ¡oh mis hermanos!, asociados para una obra sagrada, en la que vuestros hijos, y los hijos de vuestros hijos que aún están por nacer, han puesto sus firmas y sus sellos infantiles, os propongo, en nombre de la Agregación del Tribunal Reunido, que siempre tiene los ojos abiertos para vuestros intereses; os propongo, digo, que este meeting declare que Esteban Blackpool, obrero, de quien se habla en este anuncio, habiéndole ya renegado solemnemente la comunidad de obreros de Cokeville, es extraño á ella; que nada tiene ésta de común con los crímenes de aquél, y no es responsable, como clase social, de sus acciones vergonzosas.»

Así habló Slackbribge, rechinando los dientes y sudando como él solo. Algunas voces severas gritaron:

—¡No!

Y unos cuarenta obreros apoyaron esta proposición, gritando:

—¡Slackbribge, vais demasiado lejos! ¡Moderaos!

Pero estos eran pigmeos que luchaban contra un ejército de gigantes; la masa de la asamblea suscribió el evangelio, según San Slackbribge, y lanzó tres aclamaciones en su honor, en tanto que permanecía de pié ante ellos, jadeando y gesticulando.

Los obreros y obreras que compusieron la reunión habían salido y se dirigían tranquilamente á sus domicilios, cuando Ceci, que había sido llamada algunos minutos antes, volvió al lado de Luísa. Habían tocado á la campanilla.

—¿Quién llama?—le preguntó Luísa.

—Es Mr. Bounderby (contestó Ceci, pronunciando este nombre con timidez), que viene con su hermano de V., y una mujer que dice que se llama Raquel, y que V. la conoce.

—¿Qué quieren, mi estimada Ceci?

—Verla á V. Raquel tiene los ojos encendidos, y parece muy encolerizada.

—Padre (dijo Luísa, porque Mr. Gradgrind estaba presente); no puedo negarme á recibirlos, por una razón que se explica por sí misma. ¿Pueden entrar aquí?

Mr. Gradgrind no vió ningún inconveniente. Ceci fué á decirles que pasaran. Volvió casi in-

mediatamente con ellos. Tomás entró el último, y se refugió en el lugar más oscuro de la estancia, cerca de la puerta.

—Señora Bounderby (dijo el marido, que se presentó saludando con mucha frialdad); creo que no la incomodaré á V. La hora no es la más á propósito; pero esta mujer ha evocado sucesos que hacen necesaria mi visita. Mr. Gradgrind, como su hijo de V., Tomás, se obstina en no decir una palabra, me he visto precisado á provocar un careo.

—Ya me ha visto V. otra vez, señora,—dijo Raquel, colocándose enfrente de Luísa.

Tomás tosió.

—Ya me ha visto V. otra vez, señora,—repitió Raquel, viendo que Luísa no contestaba.

Tomás volvió á toser.

—Es cierto.

Raquel miró con orgullo á Bounderby, y continuó:

—¿Quiere V. dar á conocer, señora, en dónde nos hemos visto, y qué personas estaban presentes?

—Fui á la casa en que vivía Esteban Blackpool la noche en que fué despedido de la fábrica, y en ella la vi á V. Estaba presente una mujer anciana, que no habló, y á quien apenas vi, porque no salió de un rincón oscuro. Me acompañaba mi hermano.

—¿Y no podía V. habernos dicho antes todo eso, joven Tomás?—preguntó Bounderby.

—Había prometido á mi hermana no decir una palabra. (Luísa se apresuró á confirmar este aserto.) Y además (añadió el mequetrefe), refiere también con tan exactos detalles, que hubiera sido una lástima privar á Vds. del placer de escucharla.

—Sírvasse V. decir, señora (prosiguió Raquel), qué le llevó en aquel día desgraciado á casa de Esteban Blackpool.

—Me había infundido lástima (continuó Luísa ruborizándose), y deseaba saber cuáles eran sus propósitos para ofrecerle mi ayuda.

—Gracias, señora (dijo Bounderby); le estoy á V. muy agradecido.

—¿Le ofreció V. un billete de Banco?—preguntó Raquel.

—Sí; pero lo rehusó. Sólo pude hacerle aceptar cincuenta francos en oro.

Raquel volvió otra vez los ojos hacia mister Bounderby.

—¿De veras? (exclamó éste.) Se confirma completamente el cuento que acaba V. de contarme, aunque me esté pareciendo muy ridículo, y sobre todo muy inverosímil.

—Señora (dijo Raquel); á Esteban Blackpool se le trata hoy como á un ladrón en impresos fijados al público en todas las esquinas de la ciu-

dad, y aun acaso fuera de ella. Esta noche se ha celebrado un meeting, en el cual se ha hablado de él de la manera más deshonrosa. ¡De Esteban, del hombre más honrado, más leal y más bueno que hay en el mundo!

La indignación cedió al dolor, y Raquel se detuvo sollozando.

—Lo siento mucho, muchísimo,—dijo Luísa.

—¡Oh, señora, señora! (replicó Raquel.) No sé lo que pueda V. haber hecho. Las personas de vuestra clase no nos conocen, no se cuidan de nosotros, no se creen de la misma especie. No conozco el objeto que la llevó á V. á casa de Esteban. No puedo afirmar que haya V. ido con alguna intención secreta que V. sola conozca, sin cuidarse del daño que podría causar á ese pobre hombre. Entonces la dije á V.: «Dios la bendiga por haber venido,» y lo dije con todo mi corazón. ¡Demostraba V. tanta conmiseración por sus penas!.... Pero hoy no sé qué decir, no sé qué pensar.

Al verla tan fiel á la amistad que le unía con el pobre Esteban, y tan profundamente afligida, Luísa no tuvo valor para reconvenirla por sus injustas sospechas.

—Y cuando pienso (dijo Raquel con voz entrecortada por los sollozos) que el pobre hombre le estaba á V. tan agradecido, creyéndola tan buena para él; cuando pienso que llevó su ma-

no á su fatigado rostro para ocultar las lágrimas que se escapaban de sus ojos.... Confío, sí, en que su suerte le inspira á V. lástima ; pero no sé qué pensar , no sé qué pensar.

—Acabemos de una vez (interrumpió el mequetrefe, agitándose con inquietud en el rincón oscuro); ¿ ha venido V. aquí para insultar á las gentes? Bien merecía V. que, á manera de lección, la pusiesen en la calle.

Raquel no contestó una palabra , y sus sofocantes sollozos fueron el único ruido que se oyó, hasta el momento en que Bounderby tomó la palabra.

—Vamos (dijo); ya sabe V. lo que ha prometido. Mejor sería que, en vez de llorar, pensase V. en eso.

—Estoy avergonzada (respondió Raquel, enjugándose las lágrimas) de mostrarme á Vds. en este estado ; pero ya ha concluído todo. Señora: cuando leí lo que se ha impreso contra Esteban, una colección de mentiras, que lo son como si á V. se refriesen, me fuí derecha á la casa de banca, para decir que sé dónde está Esteban, y para ofrecer solemnemente que vendría á Cokeville dentro de dos días. No encontré á Mr. Bounderby, y su hermano de V. me despidió. Entonces procuré ver á V.; mas, no pudiendo conseguirlo, volví á mi trabajo. Tan luego como salí de la fábrica , corrí á enterarme de lo que se decía de

Esteban, porque sé muy bien, y lo digo con orgullo, que él vendrá á confundir á todos sus detractores. Volví otra vez á casa de Mr. Bounderby, y entonces le encontré; le dije cuanto sabía, no quiso creer una sola palabra, y esa ha sido la causa de que vengamos aquí.

—Hasta ahí todo es exacto (dijo Bounderby, sin sacar las manos de los bolsillos, y sin quitarse el sombrero de la cabeza) ; pero conozco á Vds. muy á fondo desde hace mucho tiempo, y sé todas sus mañas. Aquí no se trata de hablar; V. ha prometido hacer algo. ¿Qué la detiene?

—He escrito á Esteban por el correo de esta noche, como ya lo he hecho otra vez durante su ausencia, y estará aquí, á más tardar, dentro de dos días.

—Pues bien: voy á decir á V. una cosa. V. ignora quizás que también ha sido vigilada de vez en cuando, porque no está exenta de toda sospecha de complicidad en este asunto, según el principio que dice : «Dime con quién andas, y te diré quién eres.» En el correo no se ha recibido carta alguna dirigida á Esteban. Dígame V. en qué estafeta ha echado la suya; á menos que se haga la ilusión de que le ha escrito.

—Señor : aún no hacía una semana que se marchó, cuando me escribió diciendo que se había visto precisado á buscar trabajo con nombre supuesto.

—¡Por San Jorge! (exclamó Bounderby silbando). ¡Cambia de nombre! ¡Diablo! No sé cómo se decide á hacerlo una persona tan inmaculada. Ya sabe V. que los tribunales nunca aciertan á comprender que un inocente dé en la manía de cambiarse de nombre.

—¡En nombre del cielo, señor! (exclamó Raquel, con los ojos cuajados de lágrimas): ¿qué quería V. que hiciese el pobre? Por una parte, los fabricantes estaban en contra suya; por otra los obreros, aunque sólo pedía que se le dejase trabajar en paz y vivir honradamente. ¿No puede tener un obrero un alma, una voluntad suya? ¿Es preciso que obre mal con los unos y con los otros?

—Le compadezco con todo mi corazón (respondió Luísa), y espero que se justificará.

—Supongo que podemos estar tanto más seguros de eso, cuanto que rehusa V. decirnos dónde está, ¿no es cierto?—dijo Bounderby.

—Nada hay que pueda hacerle venir aquí con la vergüenza inmerecida de que le traigan á la fuerza. Vendrá libremente, por su propia voluntad, para justificarse y confundir á todos los que ofenden su buena reputación cuando está ausente y no se puede defender. Le he dicho lo que se está haciendo con él, y repito que estará aquí dentro de dos días.

—Á pesar de esa promesa (continuó Boun-

derby), si antes se le puede echar mano, se le proporcionará en seguida la ocasión de justificarse. En cuanto á V., nada tengo que decir en su contra; ya hemos visto que era verdad todo cuanto V. fué á contarme; le he dado los medios de probarlo, y asunto concluído. Buenas noches. Necesito examinar este negocio con más detenimiento.

Cuando Bounderby se puso en movimiento, salió Tomás de su rincón, se colocó junto á su cuñado, y desapareció con él. La única frase de atención que murmuró al salir, fué un confuso *Buenas noches, padre.*

Mr. Gradgrind no había murmurado una palabra en toda la escena, y tampoco rompió el silencio cuando Luísa dijo con dulzura:

—Raquel, cuando V. me conozca mejor, no desconfiará de mí.

—No es propio de mi carácter (contestó Raquel con tono más amistoso) desconfiar de nadie. Pero cuando tanto se desconfía de mí... de todos nosotros... no puedo rechazar esas ideas. Pido á V. perdón de haberla ofendido. Y, sin embargo, quizás vuelva á pensar lo mismo, viendo la injusticia con que se trata al pobre Esteban.

—¿Le ha dicho V. en su carta (preguntó Ceci), que se sospecha de él, á lo que parece, porque se le ha visto rondar de noche la casa de banca? Es

un antecedente que le puede servir para preparar las explicaciones que pueda dar á su vuelta. Así la acusación no podrá cogerle de sorpresa.

—Sí, señora (respondió Raquel), aunque no puedo adivinar qué iba á hacer allí. Aquel no era su camino, sino el opuesto. Su camino era el mismo que el mío.

Ceci se había acercado á Raquel, preguntándole dónde vivía, y si podía ir á su casa al día siguiente, para tener noticias de Esteban.

—Dudo (contestó Raquel) que pueda estar aquí antes de dos días.

—Entonces iré pasado mañana, —dijo Ceci.

Cuando Raquel se marchó, después de haber consentido en aquella visita, Mr. Gradgrind alzó la cabeza, y dijo á su hija:

—Querida Luisa, no recuerdo haber visto jamás á ese hombre. ¿Crees que verdaderamente está comprometido en este asunto?

—Así lo había creído, aunque con mucho trabajo; mas ahora no lo creo.

—Es decir, que has hecho todo lo posible por creerle culpable, en vista de las sospechas que pesaban sobre él. ¿Tiene aire de hombre honrado?

—Muy honrado.

—¡Y esa Raquel, cuya confianza es inquebrantable! Yo me pregunto (dijo Mr. Gradgrind pensativo) si el verdadero culpable no conoce estas acusaciones. ¿Quién es? ¿Dónde puede estar?

Hacía poco que los cabellos de Mr. Gradgrind empezaban á cambiar de color. El padre volvió á apoyar en la mano su cabeza gris. Luisa, llena de espanto y de compasión, se apresuró á sentarse á su lado. En aquel momento sus ojos se encontraron por casualidad con los de Ceci. Ésta, ruborizándose, se estremeció, y Luisa se llevó el dedo á los labios, recomendándole el silencio.

La noche siguiente, cuando Ceci entró á decir á Luisa que Esteban no había vuelto, se lo dijo en voz baja. La noche después, cuando vino con la misma noticia, habló con la misma entonación de misterio y espanto. Desde entonces no volvieron á pronunciar el nombre del obrero, y ni siquiera le aludieron, al menos en voz alta; antes bien procuraban evitar la conversación cuando Mr. Gradgrind hablaba del robo.

Transcurrieron los dos días estipulados; transcurrieron tres días y tres noches sin que Esteban volviere, sin que se oyera hablar de él. Al cuarto día, Raquel, cuya confianza no se había quebrantado, y pensaba que se habría perdido su carta, fué á la casa de banca á enseñar cuatro letras que había recibido de Esteban. El obrero decía el punto de su residencia, que era en una de las numerosas colonias de trabajadores que se separaban del camino real á distancia de unas veinte leguas. Fueron agentes al sitio

indicado, y toda la ciudad esperaba que al día siguiente se apoderarían de Esteban.

Entre tanto el mequetrefe no se separaba de Bounderby: parecía su sombra, que le acompañaba á todas partes. Estaba muy agitado y horriblemente nervioso; se mordía las uñas hasta hacerse sangre, y hablaba sin concierto. Á la hora en que se esperaba al supuesto ladrón, el mequetrefe se hallaba en el desembarcadero, apostando á que Esteban había desaparecido antes de la llegada de los agentes enviados en su busca.

El mequetrefe tenía razón. Los curiosos se volvieron como habían ido. Esteban Blackpool había recibido la carta de Raquel, y éste había escapado al instante; nadie sabía más. Sólo había una duda en el ánimo de los cokevillanos; todos se preguntaban si Raquel había escrito en efecto á Esteban para hacerle venir ó para advertirle que emprendiese la fuga. Sobre este punto estaban divididas las opiniones.

Pasaron seis y siete días, é iba transcurriendo otra semana: el miserable mequetrefe empieza á mostrar un triste valor y á desafiar á las gentes con su mirada.

—Pues qué, ¿no era el verdadero ladrón el individuo de que tanto se sospechaba? ¡Linda pregunta, á fe mía! En ese caso, ¿dónde estaba y por qué no venía á justificarse?

¿En dónde estaba? ¿Por qué no venía? En medio de las sombras de la noche, los ecos de sus propias palabras, que durante el día se habían ido Dios sabe adónde, vinieron en vez de Esteban á resonar en los oídos de Tomás hasta la mañana siguiente.

CAPÍTULO XIV.

Recuperado.

Transcurrieron otro día y otra noche sin que pareciese Esteban. ¿En dónde estaba, y por qué no venía?

Todas las noches Cecilia iba á casa de Raquel á sentarse á su lado en su modesta y aseada habitación. Raquel trabajaba todo el día como las gentes de su clase necesitan trabajar, sin levantar cabeza, por muchos cuidados que les preocupen. Las serpientes de humo se cuidaban muy poco de averiguar si alguno se había perdido ó se le había encontrado, si era inocente ó culpable; los elefantes atacados de melancolía, por nada que sucediera alteraban su marcha rutinaria, ni más ni menos que los partidarios de los hechos positivos.

Transcurrieron otro día y otra noche, y nada nuevo vino á interrumpir la monotonía covevillana. La desaparición de Esteban Blackpool empezaba ya á molestar á los habitantes de Co-

keville, y hacerse un hecho tan monótono como el movimiento de una máquina cualquiera.

—Apostaría (dijo Raquel) á que hoy no existen en la ciudad veinte personas que crean aún en la inocencia de ese hombre.

Ambas estaban sentadas en aquella habitación, alumbrada únicamente por un farol de la calle. Cecilia, que había llegado la primera, antes de que anocheciese, á fin de esperar á que la obrera volviese de su trabajo, se sentó junto á la ventana, y allí permanecieron las dos, sin necesitar otra luz que alumbrase sus tristes pensamientos.

—Si desgraciadamente no hubiese V. estado conmigo algunas noches (dijo Raquel), hubiera perdido la razón; pero me infunde V. valor y esperanza. ¿No es verdad que sigue V. convencida de que aunque las apariencias le condenen, conseguirá justificarse?

—Lo creo, Raquel, con todo mi corazón. Tanto estoy persuadida, que comparto esa confianza generosa; tanto creo en su inocencia, como si le hubiese conocido toda mi vida.

—Y yo, señora (dijo Raquel con voz temblorosa), hace muchos años que le conozco, y siempre le he visto tan resignado, tan fiel á todo lo que es bueno y honrado, que, aunque no volviese á oír hablar de él, y aunque viviese cien años esperándole, diría hasta el momento de exhalar el

último suspiro: «Dios conoce mi corazón.» Nunca he dejado de tener confianza en Esteban Blackpool.

—En casa todos estamos convencidos de que tarde ó temprano se acreditará su inocencia. Ya no desconfiará V. de Lúsa.

—Ahora, que la veo con frecuencia, no; pero, sin embargo, no puedo evitar.... No sé por qué, pero me parece que hay alguien interesado en que no venga Esteban. Creo que si se hubiese presentado voluntariamente á justificarse ante el mundo, ese alguien habría detenido á Esteban, ó le habría hecho desaparecer.

—Ese pensamiento es horrible,—dijo Ceci, palideciendo.

—¡Oh! sí.... muy horrible....; si le hubiesen asesinado....

Cecilia se estremeció, y se puso aún más pálida.

—Cuando esta idea me ocurre (dijo Raquel), y me ocurre con frecuencia, aunque hago todo lo que puedo por rechazarla, me parece que me da fiebre; siento necesidad de andar de prisa mucho tiempo, sin lo cual no puedo acostarme.

—Bien puede haber caído enfermo (dijo Ceci, ofreciendo tímidamente un rayo de esperanza á aquella infeliz). Estará detenido en algún pueblo del tránsito.

—No hay ninguno en donde pueda estar. Se

le ha buscado en todas partes, y en ninguna se le ha encontrado.

—Es verdad,—contestó Ceci con desaliento.

—Sólo necesitaba dos días para hacer el viaje á pié. Además, le envié dinero para que tomase la diligencia.

—Esperemos que el día de mañana nos traiga mejores noticias. Vamos á tomar un poco el aire, Raquel.

La noche era hermosa, y en las esquinas de las calles conversaban algunos obreros, formando pequeños grupos; era la hora de cenar, y pocas personas se hallaban fuera de sus casas.

—No se deje V. abatir, Raquel (le dijo Ceci); de un momento á otro se la puede necesitar para que tome la defensa de Esteban. Mañana es sábado; si no hay noticias mañana, ¿quiere V. que el domingo nos paseemos juntas por el campo? Ese paseo le dará á V. fuerzas para la semana siguiente. ¿Acepta V.?

—Sí, amiga mía.

En aquel momento se hallaban en la calle de Mr. Boudierby. Ceci tenía que pasar por delante de la casa de éste para entrar en la suya. Acababa de llegar á Cokeville un tren que había puesto en movimiento multitud de vehículos, y los viajeros habían producido en la ciudad cierta emoción. Infinidad de carruajes los llevaban de aquí para allá: uno de ellos se detuvo tan á tiem-

po á la puerta de Mr. Bounderby, cuando Cecilia y Raquel pasaban por allí, que ambas se volvieron instintivamente. Á la luz resplandeciente del reverbero de gas, y al extremo de las gradas que conducían á la casa del banquero, vieron á la señora Sparsit víctima de una agitación, desahaciéndose por abrir la portezuela; y al verlas, les gritó que se detuviesen.

—¡Qué extraña coincidencia! (exclamó la señora Sparsit, después de haberla ayudado el cochero.) ¡Qué coincidencia providencial! Salga V., señora (añadió, dirigiéndose á una persona que estaba dentro del carruaje). Salga V., si no quiere que la hagamos salir á la fuerza.

En seguida se vió bajar á la misteriosa anciana en persona, de quien se apoderó inmediatamente la señora Sparsit.

—¡Que nadie toque á esta mujer! (gritó la señora Sparsit con mucha energía.) ¡Que nadie la toque! Me pertenece. ¡Entre V., señora! Entre V., si no quiere que la hagamos entrar á la fuerza.

El espectáculo de una matrona de clásico aspecto arrastrando á una mujer de mucha edad para que entrase á la fuerza en una casa, hubiera bastado en cualquier tiempo para despertar la curiosidad á los transeuntes británicos bastante dichosos para asistir á semejante escena, y les hubiera obligado á invadir la casa á fin

de ver cómo terminaba el asunto; pero cuando aumentaba el atractivo de tal fenómeno el rumor del robo de la casa de banca, á la vez tan público y tan misterioso, es claro que los desocupados no podían razonablemente resistir al deseo de penetrar en la casa, aunque se desplomase sobre ellos. Por consiguiente, el grupo de espectadores que la casualidad había reunido, compuesto de veinticinco vecinos de los más oficiosos, se agolparon detrás de Ceci y Raquel, que seguían á la señora Sparsit y su cautiva. Toda aquella gente entró alborotada en el comedor de mister Bounderby, en donde los que llegaron los últimos no perdieron un sólo momento en subirse sobre las sillas para dominar á los demás.

—Que avisen á Mr. Bounderby para que baje (gritó la señora Sparsit); Raquel, ¿conoce V. á esta mujer?

—Es la señora Pegler.

—¡Ya lo creo que es ella! (exclamó la señora Sparsit con aire de triunfo). Que avisen á mister Bounderby para que baje. Vamos; abra paso todo el mundo.

En aquel momento la anciana señora Pegler, envolviéndose en su mantón y procurando evitar las miradas, murmuró algunas palabras de súplica.

—Bueno, bueno (replicó la señora Sparsit en alta voz). Ya le he dicho á V. mil veces por el

camino que no la dejaré á V. marchar antes de que se haya explicado con él.

Mr. Bounderby se manifestó en compañía de Mr. Gradgrind y del mequetrefe, con los cuales estaba hablando en el piso superior. La mirada de Mr. Bounderby manifestó sentimiento de sorpresa, más bien que el de hospitalidad, á la vista de aquellos convidados, no convidados, que llenaban el comedor.

—¿Qué significa esto? (preguntó): señora Sparsit, ¿qué quiere decir esto?

—Señor (empezó á decir la digna ama de llaves); doy gracias á la fortuna por haberme procurado la felicidad de traer aquí una persona á quien busca V. hace mucho tiempo. Estimulada por mi deseo de hacerle á V. salir de la ansiedad que tanto le atormenta, y no teniendo para que me sirviese de guía sino noticias muy vagas de la localidad en que se suponía que podía habitar esta anciana, y habiéndome dado estas noticias la joven obrera Raquel, que afortunadamente se encuentra aquí para reconocer la identidad de la culpable, he tenido la felicidad de lograr mis deseos, trayendo conmigo á la persona en cuestión: ya se comprende que muy á pesar suyo. No sin gran trabajo he podido llevar á cabo esta misión delicada; pero cuando se trata de prestar á V. un servicio, no reparo en dificultades. La hambre, la sed y el frío

son para mí verdaderos placeres en esas ocasiones.

La señora Sparsit se calló, porque pudo leer en el semblante de Mr. Bounderby una extraña mezcla de todas las variedades y de todas las nubes de una contrariedad, cuando la anciana señora Pegler se mostró á sus ojos.

—¿Qué es eso, señora? ¿Se está V. mofando de mí? (fué la inesperada pero vigorosa respuesta de Mr. Bounderby.) Sírvase V. decirme si se está V. burlando de mí, señora.

—¡Yo!—exclamó la señora Sparsit con voz débil.

—¿Por qué diablo se mezcla V. en lo que no le importa? ¿No tiene V. bastante con sus asuntos, sino que también quiere meter esa nariz ofensiva en los de mi familia?

Esta maliciosa alusión á la facción favorita de su fisonomía, agobió á la señora Sparsit. Cayó redonda sobre una silla, como petrificada, y fijando en Mr. Bounderby una mirada estupefacta, no sabía explicarse lo que la estaba sucediendo.

—Mi querido Josué (exclamó la señora Pegler, que temblaba de piés á cabeza.) ¡Hijo mío querido! No me quieras mal. No ha sido culpa mía. Ya he dicho y redicho á esa señora que sabía muy bien que lo que estaba haciendo no iba á serte agradable; pero no quiso creerme.

—¿Por qué ha consentido V. que la traiga aquí? ¿No podía V. haberle arrancado el sombrero y un diente, ó arañarla, ó hacerle cualquiera otra cosa?—preguntó Bounderby.

—¡Mi querido hijo!... Me amenazó con que me traerían los agentes de la autoridad, si no me venía con ella. ¿No valía más seguirla tranquilamente, que dar un escándalo en una casa tan... (la señora Pegler paseó una mirada tímida, pero orgullosa), en una casa tan magnífica? Te aseguro, en verdad, que no es la culpa mía; mi querido, mi noble y digno hijo. Siempre he sido discreta, mi querido Josué. Nunca he faltado á mi promesa. Á nadie le he dicho que soy tu madre. Te he admirado desde lejos, y si he venido de vez en cuando á la ciudad, ha sido á largos intervalos, para mirarte cuando nadie ha podido observarme, pero siempre con orgullo, siempre he venido de incógnito, y lo mismo me he vuelto al lugar.

Mr. Bounderby, con las manos en los bolsillos, se paseó con impaciencia alrededor de la mesa del comedor, en tanto que los espectadores recogían con avidez cada sílaba que se escapaba de los labios suplicantes de la señora Pegler, y á cada sílaba abrían los ojos más asombrados. Mr. Bounderby continuaba paseándose cuando la señora Pegler terminó su alocución. Mr. Gradgrind, á su vez, se dirigió en estos

términos á aquella anciana, de quien tan malas noticias tenía.

—Me admira, señora (dijo con tono severo), que se atreva V., en los últimos días de su vida, á dar á Mr. Bounderby el nombre de hijo, después del trato inhumano y desnaturalizado que le ha hecho V. sufrir.

—¡Yo desnaturalizada! (exclamó la pobre vieja.) ¡Yo inhumana! ¡Y con mi hijo! ¡Con mi hijo querido!

—¡Su hijo querido! (repitió Mr. Gradgrind.) ¡Sí, sí, muy querido! Ahora que se ha enriquecido con sus propios esfuerzos, no dudo que le querrá V. mucho; pero no le quería V. tanto cuando le abandonó en su niñez á la brutalidad de la borracha de su abuela.

—¡Que yo he abandonado á Josué! (exclamó la señora Pegler juntando las manos.) Dios le perdone á V. esas mentirosas invenciones y esas calumnias á la memoria de mi excelente madre, que murió en mis brazos antes de que Josué hubiese venido al mundo. Arrepíentase V., caballero, y Dios le haga la gracia de conservar le la vida hasta que cambie esos innobles sentimientos.

La señora Pegler estaba tan seria y tan indignada, que Mr. Gradgrind, espantado con la idea que le ocurrió, le preguntó con un tono más dulce:

—¿Luego niega V. que su hijo.... abandonado por su madre al nacer.... fué más de una vez recogido en el arroyo de la calle?

—¡Josué en el arroyo! (exclamó la señora Pegler.) ¡Cómo! ¡Eso nunca! Debiera V. avergonzarse, caballero, de lo que está diciendo. Mi hijo sabe muy bien, y él mismo lo dirá, que si bien ha nacido de padres pobres, lo hemos amado con tanta ternura como pudieran los más encompetados, y que no han temido imponerse privaciones para enseñarle á leer, escribir y contar. Todavía tengo en casa las planas. Sí, sí; las tengo. Mi hijo sabe muy bien, y él mismo lo dirá, que cuando murió su pobre padre (entonces tenía Josué ocho años), la pobre viuda también supo sacrificarse, como era su deber, su placer y su orgullo, para abrirle el camino donde pudiera hacer su aprendizaje. Y en verdad que encontró un maestro que le ha ayudado á establecerse. Así ha podido ser rico, muy rico. Y sabrá V., caballero, porque mi hijo no se lo dirá, que aunque su madre tiene una miserable tienda de aldea, nunca la ha olvidado, porque me pasa una pensión de ochocientos francos, mucho más de lo que necesito, con la única condición de que permanecería en mi aldea, que no me jactaría de ser su madre, y que no vendría á incomodarle. Lo hice así; no he venido á la ciudad más que una vez al año, para verle desde lejos, sin

que él lo sospechase. Y tenía razón (añadió la pobre anciana, disculpando á Bounderby, con el tono más cariñoso) en querer que no saliese de mi aldea; porque si viviese aquí, no dejaría de hacer muchas tonterías, mientras que allá soy muy feliz. Nadie me impide embriagarme en el orgullo de tener un hijo como Josué, y puedo amarle en mi pueblo sola, completamente sola. Me avergüenzo por V., caballero (continuó la señora Pegler, terminando su discurso); me avergüenzo de esas calumnias y de esas sospechas. Es la primera vez que entro en esta casa, y no quería entrar, porque mi querido hijo me había dicho que no entrase. Nunca hubiera entrado, á no ser á la fuerza. Debería V. avergonzarse, sí, por haberme acusado de ser mala madre, cuando mi hijo está ahí para desmentirle.

Todos los espectadores, así los que estaban subidos en las sillas como los demás, dejaron oír un murmullo simpático en favor de la señora Pegler, y Mr. Gradgrind comprendió que inocentemente había dado crédito á una calumnia infame. Mr. Bounderby, que no había interrumpido su paseo, y cuya fisonomía se hinchaba por instantes y se ponía más encendida, se paró bruscammente.

—No sé con certeza (dijo) por qué las personas presentes se han creído en el deber de honrarme con su visita; pero tampoco pido explicacio-

nes. Espero que tendrán la bondad de marcharse cuando estén completamente satisfechas, ó, mejor dicho, espero que, satisfechas ó no, tendrán la bondad de desalojar mi casa todo lo más pronto posible. No estoy dispuesto á abrir ahora un curso público sobre los asuntos de mi familia. Los que esperasen verme dar explicaciones á este propósito, verán defraudadas sus esperanzas, sobre todo Tomás Gradgrind, á quien principalmente va esta indirecta. Por lo que hace al robo de la casa de banca, se ha cometido un error respecto á mi madre. Si no hubiera habido exceso de celo, no se hubiera cometido ese error, y, por mi parte, condeno todo exceso de celo, venga de quien viniere. Buenas noches.

Aunque Mr. Bounderby tomó así la cosa, y se expresaba con el aplomo de costumbre, teniendo la puerta abierta para que saliesen los espectadores, había por esta vez en sus modales huecos y en su aire de huracán algo de afligido, que le daba un aspecto de compunción más ridículo de lo que puede imaginarse. Convencido de no ser otra cosa que un fanfarrón de la humildad, de haber edificado sobre mentiras su débil reputación, y de no haber respetado la verdad en sus vanaglorias como si hubiese tenido la pretensión abyecta, la más abyecta de todas, de atribuirse una noble genealogía, hacía el papel de la persona más sucia del mundo, mientras

pasaban por la puerta aquellos espectadores que, á su entender, no dejarían de referir el suceso por toda la ciudad. No hubiera hecho una figura más triste aquel pobre fanfarrón convicto, si le hubiesen cortado las orejas.

La misma señora Sparsit, aunque desprendida del pináculo de la alegría al abismo de la desesperación, no estaba aún tan haja como aquel hombre poco común, que á sí propio se llamaba hijo de sus obras.

Raquel y Ceci, dejando á la señora Pegler tomar posesión de una cama en la casa de su hijo por solo aquella noche, se dirigieron juntas hacia Pierre-Loge, y se separaron á la puerta. Mr. Gradgrind se había reunido á ellas en la calle, y les había hablado con interés de Esteban Blackpool, diciendo que la injusticia evidente de las sospechas que había inspirado la señora Pegler debía naturalmente ejercer en la opinión pública cierta influencia favorable al obrero.

En cuanto al mequetrefe, durante toda aquella escena no se había alejado de Mr. Bounderby, así como no se separaba de él hacía ya días, ni para bueno ni para malo. Tomás creía seguramente que mientras Bounderby no pudiera hacer ningún descubrimiento de que él no tuviera noticia, estaba completamente seguro. Por lo demás, no había vuelto á ir á casa de su hermana; sólo la había visto una vez, es decir, la no-

che en que siguió á Bounderby como una sombra, según ya lo hemos referido.

El alma de Luísa alimentaba un temor vago y sombrío de que no hablaba nunca, pero que envolvía un horrible misterio respecto á aquel joven perverso é ingrato. El mismo pensamiento triste y sombrío se le había ocurrido á Cecilia, bajo la misma forma indeterminada, cuando Raquel habló de alguien que pudiera resultar comprometido si volvía Esteban, y que acaso le había hecho desaparecer. Luísa no había confesado nunca que sospechaba de su hermano. Cecilia y ella no se habían hecho ninguna confianza á este propósito, á excepción de algunas miradas que habían cambiado el día en que Mr. Gradgrind meditaba con la cabeza apoyada en la mano; pero se comprendían tanto, que la una leía en el pensamiento de la otra. Esta nueva inquietud era tan terrible, que las intimidaba como la sombra de un fantasma; Luísa no se atrevía á pensar que este fantasma estuviese á sulado, y menos aún que estuviese cerca de su amiga.

Mientras tanto, el ánimo forzado que el mequetrefe había llamado en su ayuda, no le abandonaba. Si Esteban Blackpool no era el ladrón, ¿por qué no se presentaba?

Pasó una noche, otro día y otra noche. Ninguna noticia de Esteban Blackpool. ¿En dónde está? ¿Por qué no viene?

CAPÍTULO XV.

Luz de luna.

El domingo siguiente, Ceci y Raquel se reunieron muy temprano para ir á pasearse en el campo. Era una hermosa mañana de otoño.

Como Cokeville no se contentaba con cubrir de cenizas su propia cabeza, sino que cubría también la de todo el vecindario, á semejanza de esos inestimables devotos que hacen penitencia por sus propias faltas, llenando á los demás de cilicios, los que deseaban respirar de cuando en cuando algunas bocanadas de aire puro (lo cual no es precisamente lo más punible de las vanidades humanas), tenían costumbre de hacerse transportar por el camino de hierro, á algunas millas de las fábricas, antes de empezar su paseo campestre. Ceci y Raquel hicieron como todos los demás, para escapar de la humareda cokevillana, y bajaron en una estación situada en la mitad del camino, entre la ciudad y la casa de campo de Mr. Bounderby.

Aunque el verde paisaje estaba sembrado aquí

che en que siguió á Bounderby como una sombra, según ya lo hemos referido.

El alma de Luísa alimentaba un temor vago y sombrío de que no hablaba nunca, pero que envolvía un horrible misterio respecto á aquel joven perverso é ingrato. El mismo pensamiento triste y sombrío se le había ocurrido á Cecilia, bajo la misma forma indeterminada, cuando Raquel habló de alguien que pudiera resultar comprometido si volvía Esteban, y que acaso le había hecho desaparecer. Luísa no había confesado nunca que sospechaba de su hermano. Cecilia y ella no se habían hecho ninguna confianza á este propósito, á excepción de algunas miradas que habían cambiado el día en que Mr. Gradgrind meditaba con la cabeza apoyada en la mano; pero se comprendían tanto, que la una leía en el pensamiento de la otra. Esta nueva inquietud era tan terrible, que las intimidaba como la sombra de un fantasma; Luísa no se atrevía á pensar que este fantasma estuviese á sulado, y menos aún que estuviese cerca de su amiga.

Mientras tanto, el ánimo forzado que el mequetrefe había llamado en su ayuda, no le abandonaba. Si Esteban Blackpool no era el ladrón, ¿por qué no se presentaba?

Pasó una noche, otro día y otra noche. Ninguna noticia de Esteban Blackpool. ¿En dónde está? ¿Por qué no viene?

CAPÍTULO XV.

Luz de luna.

El domingo siguiente, Ceci y Raquel se reunieron muy temprano para ir á pasearse en el campo. Era una hermosa mañana de otoño.

Como Cokeville no se contentaba con cubrir de cenizas su propia cabeza, sino que cubría también la de todo el vecindario, á semejanza de esos inestimables devotos que hacen penitencia por sus propias faltas, llenando á los demás de cilicios, los que deseaban respirar de cuando en cuando algunas bocanadas de aire puro (lo cual no es precisamente lo más punible de las vanidades humanas), tenían costumbre de hacerse transportar por el camino de hierro, á algunas millas de las fábricas, antes de empezar su paseo campestre. Ceci y Raquel hicieron como todos los demás, para escapar de la humareda cokevillana, y bajaron en una estación situada en la mitad del camino, entre la ciudad y la casa de campo de Mr. Bounderby.

Aunque el verde paisaje estaba sembrado aquí

y allí con montones de carbón de piedra, no dejaba de ser encantador. Por una parte aparecía Cokeville como una niebla espesa; á otro lado empezaban á alzarse algunas colinas; un tercer punto de vista mostraba un ligero cambio en la luz del horizonte, que brillaba sobre la mar lejana; á sus piés la fresca hierba les convidaba á pisarla. Todo estaba tranquilo. Las locomotoras á la entrada de las minas estaban también tranquilas; por algunas horas han dejado de moverse las ruedas. Sólo el gran camino del mundo continúa su revolución, pero grave y pausadamente, sin confusión y sin ruidos.

Las dos amigas se paseaban por el campo, siguiendo con preferencia las sendas extraviadas, evitando siempre los sitios en que la hierba era más espesa y más alta, porque se contaban en el país lúgubres historias respecto á los pozos de minas, ya abandonados, que se ocultaban bajo aquellos indicios engañosos.

Era cerca de mediodía cuando pensaron en descansar. No habían visto á nadie de cerca ni de lejos, y nada venía á turbar su soledad.

—Este sitio es sosegado, Raquel, y parece tan poco frecuentado el camino que hemos traído, que acaso seamos las únicas personas que hemos venido por aquí.

De pronto Ceci se interrumpió, lanzó un grito, y se arrojó en brazos de Raquel, que al observar

su movimiento, se había levantado de un salto.

—¿Qué es eso?

—¿No veis un sombrero abandonado en la hierba?

Se adelantaron juntas. Raquel recogió el sombrero, temblando de piés á cabeza. En seguida prorumpió en llanto y sollozos. El mismo Esteban Blackpool había trazado su nombre en el forro del sombrero.

—¡Infeliz! ¡Infeliz! Le habrán asesinado; su cadáver no puede estar lejos.

—¿Tiene el sombrero alguna mancha de sangre?—baluceó Cecilia.

Ambas permanecieron un rato sin que se atrevieran á mirar el sombrero; pero al fin le examinaron, sin hallar en él traza de violencia, ni interior ni exteriormente. Se conocía que ya hacía tiempo que estaba el sombrero allí, porque la lluvia y el rocío le habían manchado. Las mujeres, horrorizadas, miraron á su alrededor sin moverse del sitio que ocupaban; pero no observaron ninguna otra señal que les indicara la proximidad de Esteban.

—Raquel (murmuró Ceci): voy á adelantarme sola.

Iba á adelantar un paso, cuando Raquel la estrechó entre sus brazos, dando un grito, que resonó repetido por el eco de los lejanos horizontes. Ante ellas, á sus piés, se veía el borde de un

abismo negro y terrible, oculto entre la hierba. Dieron un paso atrás, y cayeron de rodillas, apoyando mutuamente las cabezas en los hombros la una de la otra.

—¡Oh, Dios mío! ¡Está ahí dentro! ¡Está ahí dentro!

Estas palabras, acompañadas de gritos terribles, fueron las únicas que pronunció Raquel. Las lágrimas, los ruegos, las persuasiones, no podían nada. Era imposible hacerla callar. Fué necesario detenerla por fuerza, pues de otro modo se hubiera arrojado al abismo.

—¡Raquel! ¡Querida Raquel! En nombre del cielo. No os dejéis dominar por el dolor, pensando en Esteban.

Á fuerza de repetir esta plegaria con fervor, con agonía, Cecilia consiguió que Raquel se callase; pero entonces aquella pobre mujer la miró con ojos petrificados como los de una estatua.

—Quizás vive todavía, Raquel: ¿V. no querrá dejarle mutilado, quizás muribundo, en el fondo de ese pozo horrible? ¿An helará prestarle ayuda?

—¡Oh! ¡No, no!

—Pues bien: callos, y dejadme que escuche.

Cecilia se acercó al abismo temblando; allí llamó á Esteban, alzando la voz cuanto pudo. Escuchó, pero nada contestó á su llamamiento. Llamó otra vez, y volvió á escuchar: tampoco obtuvo respuesta. Llamó veinte, treinta veces;

cogió una piedrecilla, y la arrojó al abismo; pero no la oyó caer.

El vasto paisaje cuyo tranquilo aspecto le había encantado momentos antes, casi esparcía desesperación en el alma generosa de Ceci, cuando al levantarse miró á su alrededor, sin ver ningún recurso de que valerse.

—Raquel, no podemos perder tiempo. Es preciso que cada una de nosotras vaya por un lado á pedir socorro. Tome V. el camino por donde hemos venido; yo seguiré adelante por la senda. Diga á V. todos los que encuentre lo que ha pasado. Sobre todo, piense V. en Esteban.

Leyó en el rostro de su compañera que ya podía fiarse de ella, y después de haberse detenido un momento, viéndola correr retorciéndose las manos, Ceci emprendió el camino que se había trazado.

—Corre, corre, Cecilia; no te detengas, no descanses, ni aun para tomar aliento. ¡Corre! ¡corre!

Animando su carrera, ya bastante rápida, con las súplicas que á sí misma se hacía, corrió de prado en prado, de camino en camino, de lugar en lugar, como nunca había corrido en su vida, hasta que al fin encontró á la entrada de una mina una cabaña, en que dos hombres estaban durmiendo sobre paja.

Despertarlos, contarles jadeando el motivo

de su extraña aparición, y mostrarse aquellos infelices tan anhelantes como ella, fué todo obra de un momento. Uno de aquellos hombres estaba borracho; pero en el instante que su camarada le dijo que un desgraciado había caído en el pozo del Infierno, se levantó precipitadamente, se dirigió á una cuba de agua, sumergió en ella la cabeza, y se quedó despejado.

Acompañada de estos protectores, Ceci corrió una media milla más, y después otra milla sola, mientras cada uno tomaba una dirección diferente. En fin, se encontró un caballo, y encargó á un mensajero que fuese á brida tendida al camino de hierro y entregase allí una carta para Luísa. Toda la aldea estaba en movimiento, y sus habitantes reunían cuantos medios de salvación podían haber á las manos.

Le parecía á Ceci que habían transcurrido muchas horas desde que habían dejado á Esteban en la tumba en que estaba enterrado vivo. No pudo resolverse á estar más tiempo lejos de aquel sitio; le parecía que hubiera sido una deserción. Volvió, pues, rápidamente, acompañada de media docena de obreros, incluso el borrachado, al cual la fatal noticia le había devuelto su sangre fría, y se había hecho el más servicial de todos. Cuando llegaron cerca del pozo del Infierno, estaba en el mismo abandono en que Cecilia le había dejado. Los obreros llamaron á Esteban, y

prestaron atención; examinaron los bordes del abismo, y reflexionaron acerca del modo con que había podido ocurrir el accidente; después se sentaron, esperando los instrumentos que necesitaban.

El más mínimo zumbido de un insecto en el aire, el más leve crugir de las hojas, la palabra más breve pronunciada en voz baja por los obreros, todo hacía estremecer á Ceci, porque se imaginaba oír un grito que salía del fondo del abismo. El viento soplaba tranquilamente, y ningún ruido subía del fondo á la superficie. Al cabo de un rato llegaron los instrumentos y las personas á quienes esperaban los trabajadores. En medio de éstas venían Raquel y un médico, que traía vino y medicinas, aunque nadie tenía ni la más remota esperanza de encontrar á Esteban, y mucho menos de encontrarle vivo.

Cuando ya había bastantes personas para emprender los trabajos de salvación, el obrero borracho, sea que se hubiese puesto por sí mismo á la cabeza de los demás, ó que le hubiese acordado este honor el consentimiento unánime de sus compañeros, formó un gran círculo alrededor del pozo, y colocó centinelas para impedir que se aproximasen los curiosos á molestarles. Á excepción de los voluntarios á quienes había aceptado como trabajadores, no admitió dentro del círculo más que á Ceci y á Raquel;

pero una hora después, cuando la carta de Ceci llevó de Cokeville un tren expreso, pudieron penetrar también Mr. Gradgrind y Luisa, mister Bounderby y Tomás.

Hacía ya cuatro horas que el sol estaba descendiendo, desde que Ceci y Raquel se habían sentado en la yerba, antes de que se hubiera dispuesto, con perchas y cuerdas, un aparato que permitiese á dos hombres la bajada al pozo. La creación de esta máquina, por sencilla que fuese, había presentado dificultades; se habían olvidado muchos objetos indispensables, y se necesitó tiempo para ir á la aldea á buscarlos y volver con ellos. Eran las cinco y media de la tarde de aquel hermoso domingo de otoño, y aún nose había arrojado al pozo un hacha encendida, á fin de juzgar si la atmósfera no estaba demasiado viciada. Tres ó cuatro de aquellos rudos trabajadores observaban atentamente la luz que otro hacía bajar atada á la punta de una cuerda, según sus indicaciones.

Cuando subieron la luz, continuaba ardiendo, aunque esparcía una claridad muy débil. Echaron luego en el pozo una poca de agua, y el trabajador borracho, en compañía de uno de sus camaradas, provistos ambos de linternas, dió la orden de bajar.

Mientras la cuerda se desliaba fuerte y tirante; mientras la garrucha rechinaba, no hubo un

hombre ni una mujer, entre las ciento ó doscientas personas reunidas allí, que respirase libremente como de costumbre. Al fin hicieron una señal desde abajo, y dejó de girar la garrucha. El tiempo que los hombres encargados de la garrucha permanecieron con los brazos cruzados, pareció tan largo, que muchas mujeres creyeron que sin duda había ocurrido algún accidente funesto; pero el médico, que tenía en la mano el reloj, manifestó que aún no habían transcurrido cinco minutos, y les recomendó que se callasen.

Aún no había concluído de hablar, cuando la garrucha se puso en movimiento. Era fácil observar que no giraba con la misma pesadez que si subiesen los dos obreros; necesariamente uno de ellos se había quedado abajo, en el fondo del pozo.

La cuerda subió fuerte y tirante; anillo por anillo fué enrollándose en el cilindro, y todas las miradas se fijaron en la boca del pozo. El obrero borracho saltó con ligereza sobre la hierba. Todos prorumpieron en un grito:

—¿Muerto ó vivo?—preguntaron.

Después hubo un silencio de muerte.

Cuando respondió: «¡vivo!», la muchedumbre lanzó una gran aclamación, y un sin fin de lágrimas asomaron á muchos ojos.

—Pero se ha hecho mucho daño (añadió el obrero). ¿En dónde está el Doctor? Se ha hecho

tanto daño, caballero, que no sabemos cómo hacerle subir.

Consultaron un breve rato, observando con inquietud el semblante del Doctor, que les hacía algunas preguntas, y movía la cabeza al oír la contestación. El sol descendía cada vez más aprieta; alumbraba la luz roja que precede al crepúsculo, y dejaba ver distintamente la profunda ansiedad de todos los semblantes.

El resultado de la consulta fué que los obreros volvieran á poner en movimiento la garrucha, y uno de ellos bajara llevando vino y otros fortificantes. Mientras esto se hacía, el médico mandó traer una camilla, y se puso á hacer por sí mismo vendajes y cabezales, que iba entregando al minero, enseñándole la manera de usarlos. Aquel valiente trabajador, con el oído atento, con el rostro vislumbrado por la luz que tenía en la mano, y sin quitar la vista anhelante del fondo del abismo, no era el personaje menos digno de atención en aquella escena espantosa.

Había cerrado la noche, y fué necesario encender hachas.

Según aquel hombre contó á los que le rodeaban, Esteban había caído sobre un montón de escombros que cubría por mitad el fondo del abismo, y su caída no había sido tan grave, gracias á la tierra amontonada junto á las paredes. Estaba tendido de espaldas, con un brazo de-

bajo del cuerpo, y, según se acordaba, no se había movido más que para sacar de un bolsillo un poco de pan y carne que llevaba cuando cayó al pozo.

Dejó su trabajo en el momento de recibir la carta de Raquel, y anduvo á pié todo el camino, y cuando cayó, que era de noche, se dirigía á la casa de campo de Mr. Bounderby. Si había atravesado aquella parte tan peligrosa del país á una hora tan intempestiva, era porque, siendo inocente del crimen que se le imputaba, tenía impaciencia por tomar el camino más corto para entregarse á la justicia.

—El pozo del Infierno (dijo el minero, lanzando una imprecación), quiere merecer hasta el fin su odioso nombre.

Cuando estuvo todo dispuesto, antes de que la garrucha se hubiera puesto en movimiento, desapareció el trabajador en el pozo. La cuerda se desarrolló como la primera vez; hicieron de abajo la señal, y la garrucha cesó de moverse; dieron otro nuevo aviso, y la garrucha chilló horriblemente, oprimida con el peso de la cuerda, más fuerte y más tirante que nunca. Apenas se atrevía nadie á mirar á la cuerda, por miedo de que estallase; pero vuelta á vuelta se fué liando al cilindro, sin accidente alguno, y aparecieron á su vez la cadena y los ganchos, que respectivamente sujetaban á los dos obreros,

quienes... (era aquel un espectáculo que oprimía el corazón), quienes sostenían en sus brazos, con toda la delicadeza de que eran capaces, á una pobre criatura humana, cuyo cuerpo estaba quebrantado, como si la hubieran tenido en un potro.

La muchedumbre prorumpió en un sordo murmullo de compasión, y las mujeres prorumpieron en llanto cuando aquella forma humana, que casi no tenía la forma, salió del abismo y la pusieron en la camilla que habían improvisado. Al pronto, el médico únicamente se acercó á aquel infeliz; después se aproximaron Ceci y Raquel. Entonces vieron una fisonomía pálida, desfigurada, pero tranquila, que miraba al cielo, y una mano herida que descansaba sobre las vestiduras que cubrían el cuerpo, como pidiendo que otra mano fuera á posarse en ella.

Le dieron de beber, le refrescaron el rostro con agua, y le hicieron tomar algunas gotas de cordial con un poco de vino. Aunque Esteban continuaba mirando al cielo en completa inmovilidad, sonrió exclamando:

—¡Raquel!

Raquel se arrodilló en la hierba al lado suyo, y se inclinó hacia él, interponiendo su semblante entre el cielo y el de Esteban, que ni aun tenía fuerza para volver los ojos adonde estaba su amiga.

—¡Raquel!... ¡Mi querida Raquel!...

Raquel le cogió la mano. Esteban le dijo:

—No la sueltes.

—¿Sufres mucho, mi querido Esteban?

—He sufrido, pero ya no. Sí, he tenido sufrimientos horribles, atroces, y tantos, querida mía... Pero todo ha concluído... ¡Ah, Raquel! ¡Qué lodazal es este mundo!

El espectro de su mirada de otras veces pareció pasar por su fisonomía cuando repitió esta palabra.

—El pozo en que he caído, querida mía, ha costado la vida á centenares de hombres, según afirman los ancianos de estos alrededores...; padres, hijos, hermanos, apoyos de infinitos seres que sostenían y cuya hambre aplacaban. El pozo en que he caído es más mortífero que una batalla. Lo he leído en una solicitud de los mineros; piden y suplican, en nombre de Jesucristo, á los legisladores, que no permitan que les asesine su trabajo, sino que los salven de esos accidentes; que los conserven para sus mujeres y sus hijos, á quienes aman tanto como los caballeros pueden amar á los suyos. Cuando se explotaba la mina, mataba á las gentes sin necesidad; ahora que está abandonada, continúa haciendo lo mismo. Ya veis que es necesario que muramos siempre sin necesidad, de un modo ó de otro... El lodazal no perdona á nadie.

quienes.... (era aquel un espectáculo que oprimía el corazón), quienes sostenían en sus brazos, con toda la delicadeza de que eran capaces, á una pobre criatura humana, cuyo cuerpo estaba quebrantado, como si la hubieran tenido en un potro.

La muchedumbre prorumpió en un sordo murmullo de compasión, y las mujeres prorumpieron en llanto cuando aquella forma humana, que casi no tenía la forma, salió del abismo y la pusieron en la camilla que habían improvisado. Al pronto, el médico únicamente se acercó á aquel infeliz; después se aproximaron Ceci y Raquel. Entonces vieron una fisonomía pálida, desfigurada, pero tranquila, que miraba al cielo, y una mano herida que descansaba sobre las vestiduras que cubrían el cuerpo, como pidiendo que otra mano fuera á posarse en ella.

Le dieron de beber, le refrescaron el rostro con agua, y le hicieron tomar algunas gotas de cordial con un poco de vino. Aunque Esteban continuaba mirando al cielo en completa inmovilidad, sonrió exclamando:

—¡Raquel!

Raquel se arrodilló en la hierba al lado suyo, y se inclinó hacia él, interponiendo su semblante entre el cielo y el de Esteban, que ni aun tenía fuerza para volver los ojos adonde estaba su amiga.

—¡Raquel!... ¡Mi querida Raquel!...

Raquel le cogió la mano. Esteban le dijo:

—No la sueltes.

—¿Sufres mucho, mi querido Esteban?

—He sufrido, pero ya no. Sí, he tenido sufrimientos horribles, atroces, y tantos, querida mía.... Pero todo ha concluído.... ¡Ah, Raquel! ¡Qué lodazal es este mundo!

El espectro de su mirada de otras veces pareció pasar por su fisonomía cuando repitió esta palabra.

—El pozo en que he caído, querida mía, ha costado la vida á centenares de hombres, según afirman los ancianos de estos alrededores....; padres, hijos, hermanos, apoyos de infinitos seres que sostenían y cuya hambre aplacaban. El pozo en que he caído es más mortífero que una batalla. Lo he leído en una solicitud de los mineros; piden y suplican, en nombre de Jesucristo, á los legisladores, que no permitan que les asesine su trabajo, sino que los salven de esos accidentes; que los conserven para sus mujeres y sus hijos, á quienes aman tanto como los caballeros pueden amar á los suyos. Cuando se explotaba la mina, mataba á las gentes sin necesidad; ahora que está abandonada, continúa haciendo lo mismo. Ya veis que es necesario que muramos siempre sin necesidad, de un modo ó de otro.... El lodazal no perdona á nadie.

Dijo esto con voz dulce, sin ira contra nadie, solamente para dar un testimonio en favor de la verdad.

—Raquel: no te habrás olvidado de tu hermana pequeña. No es probable que la olvides ahora, ni que me olvides cuando voy á reunirme con ella. Tú sabes, mi pobre y resignada amiga, cuánto has trabajado por ella cuando estaba sentada en tu ventana, y cómo murió, joven y contrahecha, matada por el aire malsano que se podía muy bien corregir, pero que se deja apesatar las tristes habitaciones de los obreros. Te digo que esto es un lodazal, un verdadero lodazal.

Luisa se acercó á Esteban; pero éste no pudo verla, porque sus ojos estaban fijos en el cielo estrellado.

—¿Hubiera yo tenido necesidad de venir aquí, si este mundo fuera más noble? Sin el lodazal en que nosotros mismos nos metemos, ¿no me hubieran comprendido mejor mis compañeros y hermanos? Si Mr. Bounderby me hubiera conocido más...., si me hubiera conocido algo...., no se habría incomodado conmigo. ¡Pero mira allá arriba, Raquel, mira allá arriba!

Siguiendo la dirección de los ojos de Esteban, vió que contemplaba una estrella.

—Ha brillado sobre mí (dijo con respeto), en todos mis dolores y en todas mis agonías. Ha

alumbrado hasta el fondo de mi alma. Á fuerza de mirarla, Raquel, y de pensar en ti, casi he acabado por no pensar en este lodazal; porque si todos no me han comprendido bien, yo tampoco había comprendido á todo el mundo. Cuando recibí tu carta, creí al pronto que la señora que fué á verme estaba de acuerdo con su hermano, lo cual hubiera sido un infame complot. Cuando caí estaba irritado contra ella, y poco faltó para que fuera tan injusto con esa señora como todos lo han sido conmigo. En nuestros juicios como en nuestras acciones, es preciso saber sufrir con resignación. En mi dolor y mi pena, con los ojos fijos allí arriba, en esa estrella brillante que respandecía sobre mi cabeza, he visto más claro, y mi último deseo es ahora que las personas puedan acercarse, y conseguir comprenderse mejor los unos á los otros que cuando yo estaba en este mundo.

Al oír estas palabras de dulce paciencia, Luisa se inclinó sobre Esteban, frente de Raquel, de manera que el obrero pudiese verla.

—¿Me habéis oído? (preguntó Esteban, después de una pausa de algunos instantes.) No me he olvidado de V., señora.

—Sí, Esteban; le he oído á V., y su deseo es el mío.

—¿Tiene V. padre? ¿Quiere V. decirle cuatro palabras de mi parte?

—Aquí está (dijo Luisa con terror). ¿Quiere V. que le llame?

—Si no tiene V. inconveniente...

Luisa volvió con su padre. Cogidos de la mano, contemplaron juntos la fisonomía del obrero.

—V. me disculpará, caballero, y me devolverá mi buena reputación á los ojos de los demás hombres. Le lego ese encargo.

Mr. Gradgrind se turbó, y preguntó de qué manera.

—Su hijo de V. se lo dirá (contestó Esteban); pregúnteselo V. Yo no acuso á nadie; no quiero dejar ninguna acusación tras de mí: no diré una palabra más. Cierta noche vi y hablé á su hijo de V. Solamente le pido que me disculpe, y confío en que lo hará.

Deseando ver el médico cómo conducían al herido, y estando dispuestos los que habían de llevarle, los que tenían antorchas ó linternas se prepararon á marchar á la cabeza de la comitiva. Antes de que levantaran la camilla, y mientras que se hacían los preparativos de marcha, Esteban, que no había separado los ojos de la estrella, dijo á Raquel:

—Siempre que he abierto los ojos y la he visto brillar sobre mí en medio de mi pena, he pensado que esa estrella milagrosa es la que indicó á los magos la cuna de nuestro Salvador. Apostaría á que es la misma.

La comitiva se puso en marcha, y Esteban vió con grande placer que le conducían en la dirección que la estrella le parecía indicar.

—Raquel: amiga mía, no sueltes mi mano. Podemos pasearnos juntos esta noche, sin que nadie tenga que murmurar.

—Descuida; no me separaré de ti en todo el camino.

—¡Dios te bendiga! ¿Quién tiene la bondad de cubrirme el rostro?

Le llevaron despacio y con mucho cuidado, á través de aquel inmenso paisaje, sin que Raquel soltase la mano del infeliz obrero. Rara vez alguna palabra, murmurada en voz baja, interrumpió el triste silencio de la multitud. El cortejo parecía una procesión fúnebre. La estrella había indicado á Esteban dónde encontraría al Dios de los pobres; había pasado por la humildad, el dolor y el perdón, para ir á reunirse con su Redentor en el asilo del descanso.

CAPITULO XVI.

Casa al mequetrefe.

Antes de que se hubiera roto el círculo formado alrededor del pozo del Infierno, uno de los personajes admitidos en el interior había ya desaparecido. Mr. Bounderby y su sombra no permanecieron al lado de Luisa, que daba el brazo á su padre; habían permanecido solos y un tanto apartados.

Cuando Esteban llamó á Mr. Gradgrind, Ceci, atenta á todo lo que pasaba, se deslizó detrás de aquella sombra perversa, cuyo rostro aterrizado hubiera llamado hacia sí todas las miradas, si el herido no tuviese este privilegio, y murmuró algunas palabras á su oído. Habló un instante con ella, y desapareció. De este modo salió el mequetrefe del círculo antes de que la multitud se pusiese en marcha.

Cuando el padre entró en su casa, envió á un criado á casa de Mr. Bounderby, para que dijese á su hijo que fuese inmediatamente á Pierre-Loge. Le contestaron que Mr. Bounderby había

perdido á Tomás en el campo. y que, no habiendo vuelto á verle, había supuesto que estaría en casa de su padre.

—Creo, papá (hijo Luisa), que no volverá á Cokevi le esta noche.

Mr. Gradgrind volvió la cabeza, y no habló una palabra.

Á la mañana siguiente fué él mismo á la casa de banca tan luego como se abrieron las oficinas, y viendo que el asiento de su hijo estaba vacío, salió al encuentro de Mr. Bounderby, que no podía tardar en llegar. Mr. Gradgrind advirtió al banquero que, por motivos que le explicaría muy pronto, pero que le rogaba no se los preguntase entonces, tenía necesidad de ocupar á su hijo en la casa por algunos días. Le previno al mismo tiempo que estaba encargado de rehabilitar á Esteban Blackpool y de declarar el nombre del ladrón. Mr. Bounderby quedó estupefacto, tan inmóvil como una estatua, cuando le dejó su suegro, y se hinchó como una bola de jabón, sin embargo de que no era ni con mucho tan hermoso; en esto únicamente la comparación no es exacta.

Mr. Gradgrind entró en su casa, se encerró en su despacho, y pasó en él todo el día. Cuando Ceci y Luisa llamaron á su puerta, respondió sin abrirles:

—Ahora no, hijas mías; esta noche....

Cuando volvieron por la noche, les respondió:

—No puedo recibiros hasta mañana.

No comió en todo el día ni pidió luz; únicamente se le oyó pasear con agitación hasta la una de la madrugada.

Pero á la mañana siguiente bajó á almorzar á la hora de costumbre, y ocupó en la mesa el mismo sitio de siempre. Había envejecido, y estaba abatido y encorvado; y, sin embargo, tenía el aire más tranquilo y más satisfecho que cuando no quería reconocer en esta vida más que hechos reales y positivos. Antes de salir del comedor, fijó la hora en que Luísa y Ceci debían ir á verle, y se alejó con aire meditabundo.

—Querido papá (dijo Luísa, cuando por la mañana fueron á verle, fieles á la cita); aún os quedan tres hijos. No se parecen á los otros dos. Yo *misma*, con la ayuda de Dios, acabaré por parecerme á ellos.

Tendió la mano á Ceci, como para decirle: «y con la tuya también, querida Cecilia.»

—Vuestro infortunado hermano (dijo mister Gradgrind) me va á matar á disgustos. ¿Crees que tendría ya premeditado el robo cuando te acompañó á casa del obrero?

—Lo temo, papá. Sé que tenía necesidad de dinero, y que ya había gastado mucho.

—Viendo que Blackpool se disponía á abandonar la ciudad, su genio malo le sugeriría el pen-

samiento de hacer que recayesen las sospechas sobre ese desgraciado.

—Creo que se le ocurrió esa idea mientras me estaba esperando sentado, papá, porque yo le rogué que me acompañase: no fué suya la idea de la visita.

—¿Llamó á Esteban aparte para hablarle?

—Sí, lo sacó de su habitación. Más tarde, cuando le pregunté para qué, me dió no sé qué pretexto más ó menos especioso; pero desde ayer noche, papá, recordando las circunstancias con las nuevas luces con que esta noche de reflexión he alumbrado mi mente, temo haber adivinado todo cuanto pasó entre ellos.

—Veamos si tus temores son tan terribles como los que yo abrigo,—dijo Mr. Gradgrind.

—Temo (dijo Luísa vacilando) que hiciera á Esteban Blackpool, quizás en su propio nombre, quizás en el mío, ciertas proposiciones, que hayan obligado á ese infeliz á hacer, con toda la inocencia y toda la honradez de su alma, lo que hasta entonces no había hecho; es decir, venir á esperar junto á la casa de banca, por espacio de dos ó tres noches, antes de su partida.

—Es evidente (dijo Mr. Gradgrind); harto evidente.

Se ocultó el rostro con las manos, y permaneció algunos minutos sin hablar. Al fin, dominando su emoción, dijo:

—Y ahora, ¿cómo encontrarle? ¿Cómo arrancarle de las manos de la justicia? ¿Cómo durante las breves horas que puedo dejar transcurrir sin aclarar la verdad, podré encontrar á tu hermano? Daría doscientos mil francos porque esto fuera posible.

—Ceci lo ha previsto todo, papá.

Gradgrind volvió los ojos hacia donde estaba Ceci, como la hada bienhechora de la casa, y le dijo con tono de dulce gratitud y de bondad reconocida:

—¡Siempre tú, hija mía!

—Nuestros temores (respondió Ceci, mirando á Luisa) no datan de ayer; y cuando vi que Esteban le llamaba á V., cuando lo vi todo, fui á buscarle, y sin que nadie pudiera observarlo, le dije:

—No me mire V. á mí; mire V. á su padre. Póngase V. en lugar seguro por él, y por V. mismo.

Ya estaba temblando antes de que yo le hablara; pero se estremeció más aún cuando le dirigió la palabra, y me dijo:

—¿Adónde quiere V. que vaya? Tengo poco dinero, y no conozco á nadie que pueda ocultarme.

Entonces pensé en el circo donde trabajaba mi padre. No me he olvidado del sitio en que Mr. Sleary da las representaciones en esta época

del año, y, además, sólo hace tres ó cuatro días que he leído los anuncios en un periódico. Aconsejé á Tomás que en seguida se fuese al circo, que hablase en mi nombre á Mr. Sleary, y le suplicase lo tuviera oculto hasta que yo fuera por allí.

—Allí estaré antes que despunte el día (me respondió); y le vi deslizarse por en medio de la multitud.

—¡Dios sea loado! (exclamó el padre.) Aún será tiempo de hacerle pasar al extranjero.

Tenía tanta más esperanza, cuanto que la ciudad adonde Ceci había enviado á Tomás, distaba tres horas del puerto de Liverpool, que proporcionaría al fugitivo medio de embarcarse para cualquiera país del mundo. Pero era necesario obrar con prudencia para reunirse con él, porque de un instante á otro podrían despertarse sospechas, y nadie sería capaz de jurar que el mismo Mr. Bounderby, en un acceso de celo fanfarrón por el bien público, no quisiera desempeñar el papel de Bruto.

Se decidió, pues, que Ceci y Luisa irían solas á la ciudad en cuestión por un camino determinado, mientras que el infortunado padre, tomando una dirección opuesta, daría un rodeo para llegar al mismo punto. Se convino además que no se presentaría directamente á Mr. Sleary, temiendo que se desconfiase de la sinceridad de

sus buenas intenciones, ó que la noticia de su llegada impulsase á su hijo á emprender de nuevo la fuga; pero que Ceci y Luisa se encargarían de abrir las negociaciones y de anunciar al autor de aquella vergonzosa aventura la presencia de Mr. Gradgrind, y el objeto que allí le llevaba.

Cuando se discutió este proyecto, y estuvo bien comprendido por los tres actores, fué necesario pasar á la ejecución. Mr. Gradgrind salió muy temprano, y se dirigió al campo para tomar el camino de hierro en que debía viajar; cuando llegó la noche, las dos jóvenes partieron en la misma expedición, por un camino diferente, felicitándose de no haber encontrado ningún rostro conocido.

Viajaron toda la noche, salvos algunos minutos de espera en las estaciones, y á la mañana siguiente, muy temprano, desembarcaron en una especie de ejido, á una milla ó dos de la ciudad adonde se dirigían. Salieron de aquel triste desembarcadero, merced á un postillón viejo y brutal, que por dicha esperaba allí con su vehículo.

Así penetraron de incógnito en la ciudad.

Lo primero que vieron fué el esqueleto del circo de Sleary. La compañía había partido para otra localidad, veinte millas más lejos, donde las ecuyères habían empezado á dar sus representaciones el día anterior.

La única vía de comunicación que había entre las dos ciudades, era un camino montuoso: no pudieron andar mucho camino. Aunque sólo se detuvieron un instante para almorzar de prisa, dieron las doce antes de llegar á las puertas del circo de Sleary, y la una antes de llegar á la plaza del mercado.

En el momento en que echaban pié á tierra sobre el pavimento de la calle, el pregonero, armado de su campanilla, anunciaba una representación nacional dada por los *ecuyers*, y que iba á empezar en seguida.

Ceci fué de opinión, para no despertar la atención pública, que debían tomar un billete en el despacho. Si Mr. Sleary estaba allí para recibir el dinero, no dejaría de reconocerla y de obrar con discreción. Si no estaba allí, estaría en el interior del circo, donde no dejaría de verlas, y de instruir las también con discreción acerca de lo que había hecho el fugitivo.

Se dirigieron, pues, con el corazón palpitantes, hacia la barrera que tanto conocía Ceci. Se veía la bandera adornada con la inscripción *Circo de Sleary*; se veía también la garita, pero no al director de la compañía. Kiderminster, que había adquirido una madurez demasiado terrestre para que la imaginación más crédula pudiese seguir tomándole por Cupido, había cedido ante la fuerza invencible de las circunstancias

sus buenas intenciones, ó que la noticia de su llegada impulsase á su hijo á emprender de nuevo la fuga; pero que Ceci y Lúsa se encargarían de abrir las negociaciones y de anunciar al autor de aquella vergonzosa aventura la presencia de Mr. Gradgrind, y el objeto que allí le llevaba.

Cuando se discutió este proyecto, y estuvo bien comprendido por los tres actores, fué necesario pasar á la ejecución. Mr. Gradgrind salió muy temprano, y se dirigió al campo para tomar el camino de hierro en que debía viajar; cuando llegó la noche, las dos jóvenes partieron en la misma expedición, por un camino diferente, felicitándose de no haber encontrado ningún rostro conocido.

Viajaron toda la noche, salvos algunos minutos de espera en las estaciones, y á la mañana siguiente, muy temprano, desembarcaron en una especie de ejido, á una milla ó dos de la ciudad adonde se dirigían. Salieron de aquel triste desembarcadero, merced á un postillón viejo y brutal, que por dicha esperaba allí con su vehículo.

Así penetraron de incógnito en la ciudad.

Lo primero que vieron fué el esqueleto del circo de Sleary. La compañía había partido para otra localidad, veinte millas más lejos, donde las ecuyères habían empezado á dar sus representaciones el día anterior.

La única vía de comunicación que había entre las dos ciudades, era un camino montuoso: no pudieron andar mucho camino. Aunque sólo se detuvieron un instante para almorzar de prisa, dieron las doce antes de llegar á las puertas del circo de Sleary, y la una antes de llegar á la plaza del mercado.

En el momento en que echaban pié á tierra sobre el pavimento de la calle, el pregonero, armado de su campanilla, anunciaba una representación nacional dada por los *ecuyers*, y que iba á empezar en seguida.

Ceci fué de opinión, para no despertar la atención pública, que debían tomar un billete en el despacho. Si Mr. Sleary estaba allí para recibir el dinero, no dejaría de reconocerla y de obrar con discreción. Si no estaba allí, estaría en el interior del circo, donde no dejaría de verlas, y de instruir las también con discreción acerca de lo que había hecho el fugitivo.

Se dirigieron, pues, con el corazón palpitantes, hacia la barrera que tanto conocía Ceci. Se veía la bandera adornada con la inscripción *Circo de Sleary*; se veía también la garita, pero no al director de la compañía. Kiderminster, que había adquirido una madurez demasiado terrestre para que la imaginación más crédula pudiese seguir tomándole por Cupido, había cedido ante la fuerza invencible de las circunstancias

y de su barba, y tomó á su cargo un papel de comedia, para plegarse á todas las exigencias del servicio, y estaba en aquel momento adherido á la caja, con un tambor en reserva, para utilizar sus ocios y lo superfluo de sus fuerzas.

Estaba muy ocupado en examinar el dinero que recibía, y dar caza á las monedas falsas, y no podía fijarse en otra cosa. Ceci pasó sin que la reconociese, y ambas entraron en el circo.

El emperador del Japón, montado en un caballo viejo y muy pacífico, se entretenía en sus juegos favoritos, que ya conocen nuestros lectores. Ceci, aunque familiarizada desde muy niña con aquella familia real, no conocía personalmente al actual emperador, cuyo reinado fué de los más pacíficos. La señorita Josefina Sleary, que debía aparecer en su gracioso ejercicio ecuestre de las flores del Tirol, fué anunciada por el payaso (que tuvo la feliz idea de equivocarse y decir un equívoco), y Mr. Sleary apareció dando la mano á su hija.

Apenas había dado Mr. Sleary un fustazo al clown, y apenas había éste gritado «si volvemos á empezar, os tiro el caballo á la cabeza,» cuando el padre y la hija reconocieron á Cecilia. No por eso dejaron de acabar el ejercicio ecuestre con menos sangre fría, y, salvo la primera mirada, el ojo movable de Mr. Sleary no reveló más expresión que el inmóvil.

El ejercicio pareció un poco largo á Cecilia y á Luisa, sobre todo durante el pequeño entre-acto, hecho para dar ocasión al payaso de que se repitiese por la centésima vez la siguiente historia:

—Dos piés, sentado en tres piés, estaba mirando á un pié, cuando vino cuatro piés, y sellevó el pié; entonces se levantó dos piés, cogió á tres piés y se lo tiró á cuatro piés, y recobró el pié.

Aunque esta historia burlesca no era más que un modo ingenioso de representar bajo la forma de la alegoría á un carnicero sentado en un tajo de tres piés, y á quien un perro le robaba una pierna de carne, el relato y las explicaciones exigieron un tiempo que parecía interminable á Cecilia y Luisa, devoradas por la inquietud. Al fin tocaron en el hombro á Cecilia, y le hicieron seña para que saliese.

Llevó consigo á Luisa. Mr. Sleary las recibió en una pequeña estancia, cuya entrada no era permitida al público.

—Cecilia (le dijo, llevándose á los labios un vaso de aguardiente); me alegro mucho de volver á verte. Siempre te hemos querido, y estoy seguro de que nos has hecho mucho honor desde que te separaste de nosotros. Es preciso que veas á tus compañeros antes que empecemos á hablar de negocios: de otro modo se morirían de pena, especialmente las mujeres. Aquí tienes

á Josefina, que se ha casado con Childers, y tienen un niño que, aunque sólo cuenta tres años de edad, ya se anuncia en los carteles con el apodo de la «Pequeña maravilla de la equitación á la alta escuela.» Ya te acordarás de Cupido, que, según decías, estaba enamorado de ti. Pues también se ha casado, pero con una viuda que puede ser su madre: en sus buenos tiempos bailaba en la cuerda floja, pero ahora no puede lucirse porque está muy gruesa. Tiene dos hijos, de suerte que estamos muy bien provistos para las escenas de fantasía y los prodigios en miniatura. Si pudieses ver á nuestros *Niños perdidos en el bosque*, con su padre y su madre muriéndose los dos sobre un caballo; el pícaro de su tío tomándoles bajo su tutela, también sobre un caballo; á ellos mismos desesperados de dolor sobre un caballo, dirías que es la pieza más completa que has visto en tu vida. Te acordarás también de Emilia Gordon, que fué casi una madre para ti. Pues se ha quedado viuda. Su marido se cayó de espaldas de lo alto de un elefante haciendo el sultán de las Indias que se dirigía á una especie de padoga, y todavía no ha vuelto. Emilia Gordon volvió á casarse con un comerciante en quesos que se enamoró de ella en una función; hoy es administrador de los bienes de los pobres, y, por consiguiente, está en camino de hacerse rico.

Mr. Sleary, que respiraba con menos facilidad que de costumbre, siguió refiriendo todos los cambios domésticos con mucha animación, y sobre todo con una especie de inocencia verdaderamente admirable, y que nadie esperaba hallar en quien, como él, era un veterano de caballería y un furibundo bebedor de aguardiente.

—Ahora, Cecilia (dijo), no quiero que me digas ningún secreto; pero supongo que esta señorita será....

—Su hermana. Lo ha adivinado V.

—Y, por supuesto, hija del otro. Eso era lo que quería decir: ¿Está bueno su papá de V.?

—No tardará en reunirse con nosotros (dijo Luisa impaciente). ¿Pero está seguro mi hermano?

—Sano y salvo. Tenga V. la bondad de mirar por ese agujero.

Las dos jóvenes se pusieron á mirar por las rendijas de las tablas mal unidas.

—Se está representando *Jacobo vencedor de los gigantes*, pantomima cómica é infantil (continuó Sleary): ese accesorio que veis, es la casa donde Jacobo debe refugiarse, y ahí tenéis á mi payaso, armado con una cacerola y una escoba, representando al criado de Jacobo; más allá está el mismo Jacobito, vestido con una espléndida armadura, y á su lado dos negros cómicos, mu-

cho mayores que la casa, que están allí con el único objeto de llevar y traer aquel accesorio: el gigante, que es un muñeco de resorte que me ha costado muy caro, no ha parecido todavía. ¿Ven Vds. todo eso?

—Sí.

—Pues seguid mirando. Ahora, señorita....

Acercó un banco para que pudieran sentarse.

—Yo tengo mis opiniones, y su padre de V. las suyas. No quiero saber lo que su hermano de V. ha hecho; vale más que no lo sepa. Todo lo que puedo decir es que el papá no ha abandonado á Cecilia, y yo no olvido esas cosas. Su hermano de V. es uno de esos dos negros.

Lúsa, mitad avergonzada, mitad satisfecha, dejó escapar un grito.

—Es un hecho, y sin embargo nunca lo hubiera V. adivinado. Tomás se quedará aquí cuando se acabe la representación. No lo desnudaré ni le quitaré la tizne de la cara. Acabada la representación, puede V. venir, ó su padre, y le encontrarán aquí, y podrán hablar con él con entera libertad. No repare V. en su fisonomía: lo importante es que esté disfrazado.

Lúsa, después de dar repetidas gracias á Sleary, y sintiendo su corazón más aliviado, no quiso entretenerle más; le dió un encargo afectuoso para Tomás, y se alejó con los ojos llenos de lágrimas. Se convino en que volvería más

tarde con Ceci. Mr. Gradgrind llegó una hora después. Tampoco había encontrado una sola persona conocida, y estaba ya persuadido de que con el concurso de Mr. Sleary, su deshonorado hijo podría llegar á Liverpool aquella misma noche.

Como ninguno de ellos podía acompañar al fugitivo sin riesgo de que le conociesen, por bien que se disfrazase, Mr. Gradgrind se adelantó á escribir á un corresponsal, con quien podía contar, para rogarle embarcase al portador á toda costa á bordo de un buque que partiese para la América del Norte ó del Sur.

Terminados estos preparativos, se pasearon por la ciudad, esperando á que el circo estuviese completamente vacío, y que, no solamente los espectadores, sino también los caballos y la compañía, lo hubiesen desalojado.

Después de muchas idas y venidas, vieron salir á Mr. Sleary y sentarse delante de una puerta inmediata á la del circo, y fumando tranquilamente en su pipa, como para advertirles que se podían acercar.

—Servidor de V., caballero (dijo, saludando á Mr. Gradgrind cuando éste, con las dos jóvenes, penetraba en el circo. Si necesita V. de mí, aquí me tiene á sus órdenes. Su hijo de V. se ha puesto la librea cómica; pero no le dé á V. pesadumbre por eso.

Entraron, y Mr. Gradgrind se sentó desolado

en medio del circo, sobre el trampolín de que se servía el clown. Sobre uno de los bancos del fondo, que parecía aún más retirado, gracias á la media luz de aquel extraño lugar, estaba el miserable mequetrefe, que tenía la desgracia de que fuese su hijo.

Llevaba un traje de la Edad Media, que se parecía bastante al de un suizo, con paramentos muy exagerados; un chaleco inmenso, zapatos con moñas y un tricornio inverosímil. Ninguna de estas prendas estaba hecha á su medida, y las telas eran vastísimas y llenas de agujeros. Tenía pintadas en el rostro cicatrices blancas en los sitios en que el sudor había reblandecido el unto negro y grasiento que cubría todas sus facciones. Nunca hubiera creído Mr. Gradgrind, á no verlo, que hubiese nada tan triste, detestable y ridículamente vergonzoso como aquel muchacho, con su librea cómica; y, sin embargo, era un hecho visible como ninguno. ¡Y decir que á tal extremo había quedado reducido uno de sus hijos modelo!

Al principio el mequetrefe no quería acercarse; pero al fin, cediendo, si puede decirse así hablando de una concesión hecha de muy mala gana á las instancias de Ceci, porque de Luisa renegaba completamente, bajó de banco en banco hasta la valla del circo, tan lejos como le fué posible del sitio en que estaba sentado su padre.

—¿Qué es lo que ha pasado?—preguntó mister Gradgrind.

—¿Cómo que qué ha pasado?—respondió el hijo, con tono de mal humor.

—Me refiero al robo,—dijo el padre, alzando la voz.

—Yo mismo forcé la caja por la noche, antes de salir de la oficina, y la dejé entreabierta. Ha tiempo que mandé hacer una llave, que se ha encontrado. La tiré á la calle á la mañana siguiente, para que se creyesen que de ella se había servido el autor del robo. No tomé todo el dinero de una sola vez. Ya sabe V. toda la historia.

—Un rayo que se hubiese desprendido sobre mí (exclamó el padre), no me hubiera estremecido tanto.

—No veo motivo para tanta extrañeza (exclamó el hijo). En un número dado de personas que ocupan puestos de confianza, una parte de ellas abusan. He aquí el problema y la solución que mil veces he oído repetir á V. como un principio establecido. ¿Puedo yo nada contra los principios? ¿Consuela V. á las gentes con el razonamiento? Pues bien: ahora le toca á V. consolar-se de la misma manera.

El padre se cubrió el rostro con las manos, y el hijo permaneció de pié, con su humillante disfraz: sus manos tenían mucha semejanza con

las de un mono. El día iba descendiendo rápidamente: de vez en cuando el mequetrefe volvía el blanco de los ojos hacia su padre, con expresión de fastidio y de impaciencia; era la única parte de su fisonomía que conservaba alguna animación: tan espesa era la corteza que le cubría el semblante.

—Es preciso que vayas á Liverpool á embarcarte para el extranjero.

—Sé bien que es lo único que puedo hacer. Además, en ninguna parte llevaría una vida más miserable que la que he llevado aquí desde que tuve edad de conocerme.

Mr. Gradgrind fué á la puerta, y volvió con Sleary, á quien preguntó:

—¿Cómo haremos partir á este desgraciado?

—Ya he pensado en ello. No hay tiempo que perder; de suerte que es preciso decidirse sobre la marcha: de aquí al camino de hierro hay seis leguas; un coche sale dentro de media hora; este coche va á la estación para alcanzar el tren correo; este tren le conducirá derecho á Liverpool.

—Pero, mírele V. (exclamó el infeliz Gradgrind). ¿Cómo podrá?...

—No quiero hacerle viajar con ese traje (interrumpió Sleary). Diga V. una palabra, y gracias á mi guardaropía, le transformo en menos de cinco minutos.

—No comprendo....

—En el personaje que á V. le parezca más á propósito. Voy á mandar que vayan por cerveza; no hay nada como la cerveza para poner blanco á un negro de teatro.

Mr. Gradgrind aceptó enseguida; mister Sleary se apresuró á buscar una blusa, un sombrero de fieltro y otros accesorios del traje; el mequetrefe se apresuró á cambiar de vestido detrás de una cortina de sarga; Mr. Sleary se apresuró á ir á buscar cerveza y convertir á su negro en blanco.

—Ahora venga V. al carruaje, y súbase á la imperial. Yo le acompañaré á V. hasta el despacho; creerán que forma V. parte de mi compañía. Despídase de su familia, y vamos.

Enseguida, Mr. Sleary se retiró por delicadeza.

—Aquí tienes la carta (dijo Mr. Gradgrind). Te proporcionarán todo cuanto necesites. Lava con el arrepentimiento y una conducta más honrada la mancha de tu crimen, que tan tristes consecuencias ha tenido. Dame la mano, pobre hijo mío, y Dios te perdone como yo te perdono.

El culpable, conmovido por las palabras y el tono lastimero de su padre, sintió tentaciones de verter algunas temerosas lágrimas; pero cuando Luisa le tendió los brazos, volvió á rechazarla.

—¡Tú no! Nada tengo de común contigo.

—¡Oh, Tomás! ¡Tomás! ¡Así te apartas de

mi lado, á pesar de lo mucho que te quiero!

—¡ Lo mucho que me quieres! (replicó Tomás con dureza.) ¡ Bueno está tu cariño ! ¡ Dejar al viejo Bounderby que despidiese á Mr. Harthouse, mi mejor amigo, para volverte á casa de papá, precisamente en los instantes en que yo corría mayor peligro ! ¡ Vaya un cariño! Di más bien que me has hecho traición; tú nunca me has tenido cariño.

—Vamos pronto,—dijo Sleary desde la puerta.

Salieron todos atropellándose, diciendo Luisa á Tomás que le perdonaba, y que no dejaría de quererle; que sentiría haberse separado de ella de aquel modo, y que algún día recordaría con placer lo que acababa de decirle. Mr. Gradgrind y Ceci, que iban delante de Tomás mientras la hermana procuraba aún enternecerlo, se detuvieron y retrocedieron un poco, porque vieron venir á Bitzer jadeando, con sus delgados labios entreabiertos, sus cejas temblorosas, y su rostro más pálido que nunca, como si la carrera, que aumenta en todos los colores, á él le privase de los suyos.

—Siento mucho destruir vuestros planes (dijo Bitzer); pero no puedo consentir que me engañen los saltimbanquis; aquí está vestido con blusa, y le necesito.

Y hasta se creyó obligado á coger á Tomás por el cuello, para mayor seguridad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LÉON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO XVII.

Filosófico.

Cuando volvieron á entrar en la barraca, Sleary empezó por cerrar la puerta, para impedir que penetrasen los intrusos. Bitzer, sin soltar á su prisionero, á quien el miedo paralizaba, permanecía en medio del circo, mirando traídonamente á su antiguo patrón, medio perdido en la oscuridad del crepúsculo.

—Bitzer (dijo Mr. Gradgrind, completamente abatido, y con tono de sumisión muy humilde), ¿tiene V. corazón ?

—De otro modo no circularía mi sangre (replicó Bitzer al oír aquella extraña pregunta). Nadie hay que pueda dudar de que tiene corazón, por poco que esté familiarizado con los hechos establecidos por Harvey referentes á la circulación.

—¿Y es accesible á los sentimientos de la compasión?—preguntó Gradgrind con voz suplicante.

—Es accesible á la razón, caballero (respondió el discípulo de los hechos), y no á otra cosa.

mi lado, á pesar de lo mucho que te quiero!

—¡ Lo mucho que me quieres! (replicó Tomás con dureza.) ¡ Bueno está tu cariño ! ¡ Dejar al viejo Bounderby que despidiese á Mr. Harthouse, mi mejor amigo, para volverte á casa de papá, precisamente en los instantes en que yo corría mayor peligro ! ¡ Vaya un cariño! Di más bien que me has hecho traición; tú nunca me has tenido cariño.

—Vamos pronto,—dijo Sleary desde la puerta.

Salieron todos atropellándose, diciendo Luisa á Tomás que le perdonaba, y que no dejaría de quererle; que sentiría haberse separado de ella de aquel modo, y que algún día recordaría con placer lo que acababa de decirle. Mr. Gradgrind y Ceci, que iban delante de Tomás mientras la hermana procuraba aún enternecerlo, se detuvieron y retrocedieron un poco, porque vieron venir á Bitzer jadeando, con sus delgados labios entreabiertos, sus cejas temblorosas, y su rostro más pálido que nunca, como si la carrera, que aumenta en todos los colores, á él le privase de los suyos.

—Siento mucho destruir vuestros planes (dijo Bitzer); pero no puedo consentir que me engañen los saltimbanquis; aquí está vestido con blusa, y le necesito.

Y hasta se creyó obligado á coger á Tomás por el cuello, para mayor seguridad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LÉON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO XVII.

Filosófico.

Cuando volvieron á entrar en la barraca, Sleary empezó por cerrar la puerta, para impedir que penetrasen los intrusos. Bitzer, sin soltar á su prisionero, á quien el miedo paralizaba, permanecía en medio del circo, mirando traídonamente á su antiguo patrón, medio perdido en la oscuridad del crepúsculo.

—Bitzer (dijo Mr. Gradgrind, completamente abatido, y con tono de sumisión muy humilde), ¿tiene V. corazón ?

—De otro modo no circularía mi sangre (replicó Bitzer al oír aquella extraña pregunta). Nadie hay que pueda dudar de que tiene corazón, por poco que esté familiarizado con los hechos establecidos por Harvey referentes á la circulación.

—¿Y es accesible á los sentimientos de la compasión?—preguntó Gradgrind con voz suplicante.

—Es accesible á la razón, caballero (respondió el discípulo de los hechos), y no á otra cosa.

Los dos interlocutores se miraron: el semblante de Mr. Gradgrind estaba más blanco que el del espía.

—¿Qué motivo razonable puede V. tener para impedir la fuga de ese desgraciado muchacho? (dijo Mr. Gradgrind.) ¿Qué motivo tiene V. para matar de dolor á su pobre padre? Mire V. mi hija. Tenga V. piedad de nosotros.

—Caballero (respondió Bitzer con tono decidido y lógico); puesto que V. me pregunta por qué quiero llevarme á Tomás á Cokeville, lo diré francamente. Hace ya tiempo que en mi conciencia le achacaba yo el robo de la banca. No le quitaba la vista de encima, y observaba su conducta hasta en los menores detalles. Guardé mis observaciones para mí, lo cual no me impidió que las continuase haciendo, y hoy dispongo de una amplia colección de pruebas contra él, sin contar su fuga y su propia confesión, que he tenido la dicha de escuchar. Tuve la satisfacción de rondar ayer mañana su casa de V., y le he seguido hasta aquí. Voy á conducir á Tomás á Cokeville, á fin de dejarle en poder de mister Bounderby. Estoy persuadido de que este señor me ascenderá á la plaza que Tomás ocupaba.

—Si el interés es lo único que á V. le mueve....

—Dispense V. que le interrumpa (replicó Bitzer). V. no ignora que todo el sistema social entero se reduce á una cuestión de interés per-

sonal. Siempre se consulta á ese interés: tal es el hombre. Ya sabe V. que yo era muy joven cuando me instruyeron en ese catecismo.

—¿Qué suma aceptaría V. en cambio del ascenso con que cuenta?

—Gracias por la proposición (exclamó Bitzer); pero estoy decidido á no aceptar indemnización alguna de esa especie. Como conozco los principios prácticos que V. profesa, preví que me ofrecería una alternativa de esa especie: he echado mis cálculos, y he encontrado más seguro y más ventajoso para mí subir un peldaño en la escala social, que no vender mi silencio á un ladrón, por mucho dinero que me ofrezca.

—Bitzer (exclamó Mr. Gradgrind, tendiendo los brazos, como para decir: *¡Vea V. cuán miserable soy!*): Bitzer, sólo me resta un medio de conmover á V....; V. ha estado algunos años en la escuela que yo fundé. Si, en agradecimiento á la educación que V. ha recibido, puede olvidar un instante su interés personal, y dejar en libertad á mi hijo, le ruego y le suplico que lo haga.

—Verdaderamente me extraña (replicó el discípulo, hábil como siempre en la respuesta) ver que tenía V. en la controversia una posición que no puede defenderse. Mi educación está pagada; es un contrato concluído desde el momento que salí de la escuela.

Este era un principio fundamental de la filosofía Gradgrind. Nadie debe trabajar, bajo ningún pretexto, para el obispo. El reconocimiento debe abolirse, con las virtudes que le son consiguientes. Cada centímetro de la existencia de los hombres, desde su nacimiento hasta su muerte, debe ser un contrato debatido y concluido en forma legal. Y si no llegamos al cielo por este camino, es porque el cielo no es un lugar político-económico, y entonces nada tenemos que hacer en él.

—Concedo (añadió Bitzer) que mi educación no ha costado gran cosa. ¿Y qué prueba eso? Que me hayan fabricado barato, no es una razón para que yo procure colocarme con la mayor ventaja posible.

Bitzer tuvo que detenerse en este paraje de su discurso, viendo las lágrimas de Luisa y Ceci.

—Suplico á Vds. que no lloren de esa manera, porque eso no sirve de nada. Creerán Vds. que yo no quiero bien á Tomás; nada de eso. Sólo á consecuencia de las causas razonables que acabo de exponer, me decido á llevarle á Cokeville. Que intente resistir, y gritaré, ¡al ladrón! Pero no resistirá, no hay cuidado.

Mr. Sleary, que con la boca cerrada y ambos ojos fijos había escuchado estas doctrinas con la más profunda atención, se adelantó á su vez.

—Caballero (dijo, dirigiéndose á Mr. Grad-

grind); sabe V. perfectamente, y esa señorita también ó mejor que V., porque se lo he dicho, que ignoraba lo que su hijo de V. había hecho, y que tampoco deseaba averiguarlo, porque me figuré que se trataba solamente de alguna travesura; pero habiendo declarado este joven que se trata del robo de una banca, á femía que eso es serio, demasiado serio, para que yo pueda tratar con V., como ha dicho muy bien ese joven rubio. Por consiguiente, no lleve V. á mal que sea del partido de ese joven, y si digo que tiene razón, tampoco se incomode. Diré, sin embargo, lo que puedo hacer por V. Haré que enganchen un cabriolé, y conduciré á Tomás y á ese joven rubio á la estación, de manera que no haya aquí un escándalo. No puedo consentir en hacer otra cosa.

Esta deserción del único amigo que les quedaba provocó nuevas lamentaciones por parte de Luisa, y causó una aflicción aún más profunda á Mr. Gradgrind. Pero Ceci, que miraba atentamente á Sleary, no se había engañado acerca de las verdaderas intenciones del director. Cuando todos se dirigían á la puerta, Sleary le hizo una seña para que se quedase atrás. Cerrando entonces la puerta con llave, le dijo con mucha animación:

—Ese caballero ha sido un buen amigo para ti; yo lo seré tuyo. Por lo demás, el joven rubio

es un famoso canalla. La noche será muy oscura: yo tengo un caballo que hace todo cuanto se quiera, excepto hablar; tengo un perro capaz de mantener á un hombre clavado en un sitio durante veinticuatro horas seguidas. Dile á ese joven dos palabras al oído. Dile que no tenga miedo cuando el caballo empiece á danzar, y que espere la llegada de un tñburi, tirado por una mula. Dile que salte en tierra en seguida que vea acercarse el tñburi, porque la mula le hará recobrar el tiempo perdido. Si mi perro permite al joven rubio ni siquiera echar pié á tierra, le permito que vaya á Roma. Y si mi caballo sale antes de doce horas del sitio en que se ponga á danzar, declaro que no le conozco. ¡Vamos! ¡Vivó!

En efecto: se obró con tanta prontitud, que al cabo de diez minutos, Mr. Childers, conductor del tñburi, y que á la sazón paseaba en pantuflas por la plaza del mercado, ya había recibido la consigna, y el cabrióle de Mr. Sleary estaba ya dispuesto. Era un espectáculo delicioso ver al perro sabio ladrando alrededor del vehículo, mientras Sleary, con un simple movimiento de su ojo movable, recomendaba á Bitzer á la atención particular del inteligente cuadrúpedo.

Llegada la noche, los tres viajeros subieron en el carruaje y se pusieron en camino; el perro sabio, animal muy corpulento, tenía ya fascinado á Bitzer en su asiento, y no se alejaba de la

rueda, cerca de la cual estaba sentado, á fin de estar pronto á avanzarle, en el caso de que manifestase el menor deseo de echar pié á tierra.

Mr. Gradgrind y las dos jóvenes velaron toda la noche en la posada. Á la mañana siguiente, á las ocho, Mr. Sleary y el perro se presentaron juntos, tan alegre el uno como el otro.

—Todo va bien, caballero (dijo Sleary). Sin dudarse ha embarcado ya su hijo de V. El caballo ha danzado la polka hasta que ya no podía tenerse en pié; entonces le dije una palabra al oído, y se echó á dormir como un bienaventurado. Cuando el canalla del joven rubio quiso continuar el camino á pié, el perro le cogió por la corbata, y le echó á rodar como á una pelota. Entonces volvió á subir al carruaje, y no intentó bajar hasta que yo volví la razón á mi caballo, á las seis y media de esta mañana.

Ya se deja comprender que Mr. Gradgrind le dió repetidas gracias, y dió á entender con infinita delicadeza que estaba dispuesto á recomendar aquel servicio con una suma respetable en dinero.

—No necesito nada para mí (contestó Sleary); pero Childers es padre de familia, y si V. le ofrece alguna suma, acaso la aceptará. En cuanto á mí, con que V. le compre un collar al perro y unos arreos al caballo, enhorabuena.... Ahora

bien: un vaso de aguardiente no lo desprecio nunca.

Ya había pedido un vaso de aguardiente, y pidió otro.

—Si no fuera ir demasiado lejos pedir á V. que dé una comida á la compañía á razón de cuatro francos por cabeza, sin contar el perro, eso les agradecería mucho.

Mr. Gradgrind declaró que estaba pronto á dar aquellos testimonios de gratitud.

—En ese caso, si V. quiere ordenar un espectáculo, tendremos mayores motivos de agradecimiento. Ahora, si estas señoritas me lo permiten, quisiera decir á V. dos palabras en secreto.

Luísa y Ceci se retiraron á la habitación inmediata. Mr. Sleary, después de beber otro vaso de aguardiente, continuó en estos términos:

—No necesito decir que el perro es un animal extraño.

—Su instinto tiene algo de maravilloso,—dijo Mr. Gradgrind.

—Llámesese como se quiera: que me ahorquen si sé qué nombre dar á la inteligencia de ese animal; pero he visto á un perro encontrarme de una manera que me ha hecho creer que fué en busca de un amigo, y le preguntó: «¿Conoce V. por casualidad á un hombre que se llama Sleary, de estas y las otras señas?» Y que le respondió: «No le conozco personalmente; pero sé de un

perro muy capaz de encontrarle, y que, consultado este otro perro, reflexionó un instante, antes de decir: «¿Sleary? ¿Sleary? Espera. Sí le conozco. Me han hablado de él, y no hace mucho. Puedo darte las señas de su casa en un abrir y cerrar de ojos.» Como yo me presento con tanta frecuencia al público y recorro tantos países, me conocen muchos perros.... no cabe duda.

Estas reflexiones parecían causar una profunda sorpresa á Mr. Gradgrind.

—De todos modos (continuó Sleary, después de haber humedecido sus labios con aguardiente), hace ya un año que dábamos representaciones en Chester. Ejecutábanse *Los niños perdidos en el bosque*, cuando entra en el circo por la puerta de los artistas un perro. Venía de lejos, se hallaba en el más triste estado, cojeaba, y apenas veía. Se acercó primero á los niños, á quienes reconoció detenidamente, como para buscar á alguno, y en seguida se vino á mí, hizo un esfuerzo, se levantó sobre las patas traseras aunque estaba muy débil, movió la cola, y murió. Aquel perro, caballero, era Patalista.

— ¡El perro del padre de Cecilia!

—El mismo. Conociendo á aquel animal como yo lo conocía, puedo jurar que si no hubiese muerto su amo.... y si no estuviese enterrado.... no hubiese venido á buscarme. Josefina, Childers y yo hablamos mucho tiempo de la aventu-

ra, para decidir si sería conveniente escribir á V. ; pero decidimos que no. Nada bueno teníamos que decir. ¿Por qué entristecer el ánimo de la pobre Cecilia y hacerla desgraciada? De suerte que nunca se sabrá si Jupe ha abandonado infamemente á su hija ó si ha preferido morir solo de pena antes de asociarla á su miseria.... Eso no lo sabremos hasta que no sepamos de qué medios se valen los perros para buscar nos.

—Cecilia conserva aún la botella que su padre le dió para que fuese por aceite, y mientras viva, y mientras ella viva, creará que la ha abandonado por pura afección.

—Eso lo que nos enseña son dos cosas : primera, que hay en el mundo un amor que, después de todo, no es el interés personal, sino una cosa muy distinta ; y segunda, que si ese sentimiento se sujeta ó no á cálculo, tan difícil es de averiguar como el talento de los perros.

Mr. Gradgrind, sin replicar, miró por la ventana. Mr. Sleary vació su vaso, y llamó á las jóvenes.

—Cecilia, hija mía, dame un abrazo, y adiós. Señorita, para mí es muy grato ver que trata V. á Ceci como á una hermana en quien tiene mucha confianza. Espero que Tomás vivirá para hacerse más digno del cariño de V. Caballero, venga esa mano por la primera y última vez. No sea V. severo con nosotros, pobres vagabundos.

Preciso es que la gente se divierta. No siempre se puede aprender á trabajar. El mundo no se ha hecho para eso. Todos están obligados á aceptarnos. Obre V. con sabiduría y caridad, y procure sacar partido de nosotros, en vez de impulsarnos al mal con el desprecio.

CAPÍTULO XVIII.

Final.

Mr. Bounderby no perdonó nunca á la señora Sparsit haber tenido la audacia de querer ver más allá que su señor. Indignado con el descubrimiento triunfal que había hecho apoderándose de la señora Pegler, pensó tanto y tanto en este exceso de celo, que los errores de su ama de gobierno aumentaron más y más á sus ojos, y llegaron á hacerse una bola de nieve. Mister Bounderby concibió la gran idea de despedir á la señora Sparsit, á pesar de toda su nobleza, y se sentó en el comedor, como otras veces, delante de su retrato. La señora Sparsit estaba sentada á la chimenea, muy ajena de pensar la suerte que le esperaba.

Mr. Bounderby cortó un pedazo de pan, y tiró el cuchillo sobre la mesa con estrépito.

La señora Sparsit dió un salto, y exclamó:

—¡Mr. Bounderby!

—¿Qué sucede? (preguntó Bounderby.) ¿ Por qué me mira V. así?

—¿ Quiere V. decirme si le ha sucedido algo desagradable? Me parece que está V. de mal humor.

—Sí, señora.

—¿ Y por qué?

—El que se haya V. mecido en dorada cuna no le da derecho para atormentar y embrutecer á un hombre como yo, y no lo consentiré.

Mr. Bounderby había creído necesario ir derecho al asunto, previendo que, si aceptaba la discusión en todos sus detalles, acabaría por ser vencido.

La señora Sparsit empezó por levantar sus cejas coriolanescas; después las frunció; recogió la costura en el canastillo, y se levantó.

—Caballero (dijo con majestad): veo claramente que mi sociedad no le es á V. agradable en este momento. Voy á retirarme á mi habitación.

—Permítame V. que abra la puerta, señora.

—Gracias; yo misma la abriré.

—Me parece que debe V. estar mal aquí: me parece que mi humilde techo no es digno teatro para una mujer que, como V., desplega tanto aprecio en los asuntos de otro.

La señora Sparsit le lanzó una mirada que respiraba el más profundo desprecio, lo que no impidió para que le preguntase con extremada finura:

—¿De veras?

—Lo he pensado á consecuencia de los últimos sucesos, y en mi pobre juicio....

—Ya sabemos todos que el juicio de Mr. Bounderby es infalible. Desprecie V. sus demás cualidades, pero no su juicio, —dijo la señora Sparsit con venenosa ironía.

Mr. Bounderby, muy encendido y muy contrariado, replicó :

—Decía, pues, señora, que se necesita un tren de casa muy diferente para que pueda brillar una mujer como V. ¿No es verdad que en casa de lady Scadgers, su pariente, encontraría V. asuntos en que ocupar su oficiosa actividad?

—Nunca me había ocurrido esa idea; pero me parece una cosa muy probable.

—Pues bien; ensáyela V. (dijo Mr. Bounderby, poniendo en el canastillo de la señora Sparsit un billete de banco). V. se irá cuando quiera: no corre prisa; pero nunca conviene perder el tiempo.

Dicho esto, la señora Sparsit, cuyas facciones romanas parecían en aquel momento una medalla fundida en conmemoración del profundo desprecio que le inspiraba Bounderby, le miró fijamente de piés á cabeza, pasó por delante de él con desdén majestuoso, y subió á su cuarto. Mr. Bounderby cerró la puerta, se sentó delante de la chimenea, y fijó sus ojos de fieramosca en su re-

trato y en el porvenir. ¿Pero veía bien el porvenir? Observó, es verdad, á la señora Sparsit sosteniendo un combate diario, provista de todas las armas de que se compone el arsenal femenino. ¿Se vió siendo una especie de esclavo de Bitzer, enseñándole á todos los extraños que llegaban á su casa como un joven lleno de porvenir, que había ganado legítimamente la plaza de Tomás, y que no se había apoderado del ladrón, merced á la mala pasada que conocen nuestros lectores? ¿Vió un reflejo de su propia imagen, haciendo un testamento vanidoso, según el cual veinticinco mendigos de más de cincuenta y cinco años, llevando en los botones de su librea el nombre de Josué Bounderby, comerían todo el resto de su vida en un *Hospicio-Bounderby*, asistirían al oficio divino en una capilla bounderbiana, se dormirían con los sermones de un limosnero bounderbiano, y darían náuseas á todos los estómagos bien constituidos con aquella enorme aglomeración de estupidez y de orgullo bounderbiano? ¿Previó el día en que, cinco años más tarde, Josué Bounderby debía morir de apoplejía fulminante en una calle de Cokeville, y en que aquel admirable testamento debía empezar su larga carrera de estafas, de robos y bajezas, para no aprovechar más que á las gentes de justicia?... ¿Qué hacía el retrato, si no le revelaba nada de esto?

—¿De veras?

—Lo he pensado á consecuencia de los últimos sucesos, y en mi pobre juicio....

—Ya sabemos todos que el juicio de Mr. Bounderby es infalible. Desprecie V. sus demás cualidades, pero no su juicio, —dijo la señora Sparsit con venenosa ironía.

Mr. Bounderby, muy encendido y muy contrariado, replicó :

—Decía, pues, señora, que se necesita un tren de casa muy diferente para que pueda brillar una mujer como V. ¿No es verdad que en casa de lady Scadgers, su pariente, encontraría V. asuntos en que ocupar su oficiosa actividad?

—Nunca me había ocurrido esa idea; pero me parece una cosa muy probable.

—Pues bien; ensáyela V. (dijo Mr. Bounderby, poniendo en el canastillo de la señora Sparsit un billete de banco). V. se irá cuando quiera: no corre prisa; pero nunca conviene perder el tiempo.

Dicho esto, la señora Sparsit, cuyas facciones romanas parecían en aquel momento una medalla fundida en conmemoración del profundo desprecio que le inspiraba Bounderby, le miró fijamente de piés á cabeza, pasó por delante de él con desdén majestuoso, y subió á su cuarto. Mr. Bounderby cerró la puerta, se sentó delante de la chimenea, y fijó sus ojos de fieramosca en su re-

trato y en el porvenir. ¿Pero veía bien el porvenir? Observó, es verdad, á la señora Sparsit sosteniendo un combate diario, provista de todas las armas de que se compone el arsenal femenino. ¿Se vió siendo una especie de esclavo de Bitzer, enseñándole á todos los extraños que llegaban á su casa como un joven lleno de porvenir, que había ganado legítimamente la plaza de Tomás, y que no se había apoderado del ladrón, merced á la mala pasada que conocen nuestros lectores? ¿Vió un reflejo de su propia imagen, haciendo un testamento vanidoso, según el cual veinticinco mendigos de más de cincuenta y cinco años, llevando en los botones de su librea el nombre de Josué Bounderby, comerían todo el resto de su vida en un *Hospicio-Bounderby*, asistirían al oficio divino en una capilla boulderbiana, se dormirían con los sermones de un limosnero boulderbiano, y darían náuseas á todos los estómagos bien constituidos con aquella enorme aglomeración de estupidez y de orgullo boulderbiano? ¿Previó el día en que, cinco años más tarde, Josué Bounderby debía morir de apoplejía fulminante en una calle de Cokeville, y en que aquel admirable testamento debía empezar su larga carrera de estafas, de robos y bajezas, para no aprovechar más que á las gentes de justicia?... ¿Qué hacía el retrato, si no le revelaba nada de esto?

Pues ved por su parte á Mr. Gradgrind, el mismo día y á la misma hora, que también está sentado en su gabinete. También mira al porvenir. ¿Y qué ve? Se ve á sí mismo: anciano, decrepito y con los cabellos blancos, sabiendo acomodar á las circunstancias sus teorías, en otro tiempo inflexibles, poniendo los *hechos* y los *números* muy por debajo de la fe, la esperanza y la caridad. ¿Se ve á consecuencia de este cambio siendo el desprecio de sus antiguos asociados políticos, que no creían que hubiese ningún deber que cumplir con esa abstracción que se llama *pueblo*? Es probable que esto leyese en el porvenir, porque conocía á sus colegas.

Ved á Luisa, en la noche del mismo día, mirando el fuego como otras tantas veces, pero con rostro más dulce y más humilde. ¿Qué escenas ofrece el porvenir á las miradas de la joven? Anuncios colocados en las calles de la ciudad y firmados por su padre para rehabilitar á Esteban Blackpool, y publicar la infamia de su propio hijo, eran escenas que pertenecían al presente. La losa sepulcral de Esteban Blackpool, con el epitafio en que Mr. Gradgrind refería la muerte del obrero, pertenecía también, por decirlo así, al presente, porque Luisa sabía que esto debía suceder. Estas cosas las veía tan bien como si las tuviera delante de los ojos: ¿pero qué veía en el porvenir?

Una obrera, Raquel, que, después de una penosa enfermedad, había vuelto á acudir al toque de la campana de las fábricas; una mujer de una belleza melancólica, siempre vestida de negro, pero dulce y serena, y aun alegre á veces; la única alma de toda la ciudad que parecía tener compasión de una criatura degradada y siempre sumida en la embriaguez, á quien se la veía por las calles pidiendo limosna á la obrera y llorando á su lado; una mujer que trabajaba desde por la mañana hasta por la noche con gusto y sin quejarse, porque miraba el trabajo como el único lote que le había correspondido en este mundo hasta que ya no pudiese más. ¿Veía Luisa todo esto? Si lo veía, no se engañaba.

¿Un hermano solitario á varios millares de leguas de distancia, escribiendo, en un papel humedecido por las lágrimas, que han sido proféticas las últimas palabras de Luisa, y que no sería para él un sacrificio ceder todos los tesoros del mundo por ver un solo instante su querida fisonomía? ¿Veía á ese mismo hermano, acercándose por fin á su patria, con la esperanza de ver á su hermana, y cayendo enfermo en el camino, muriendo en el hospital de fiebre tifoidea, y siendo su nombre la última palabra que pronunciaba? ¿Veía Luisa todo esto? Si lo veía, no se engañaba.

¿Se vió casada otra vez, siendo madre, edu-

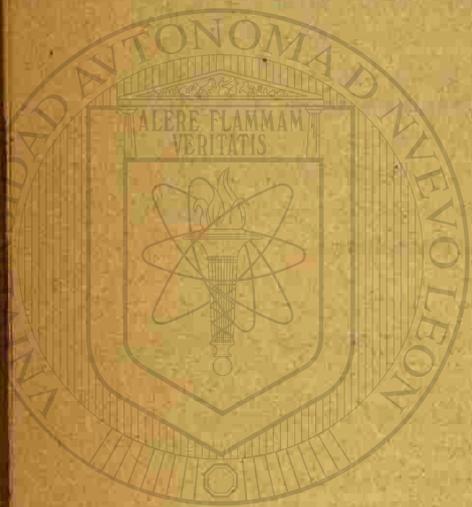
cando á sus hijos con un amor lleno de solicitud, velando siempre porque viviesen jóvenes del cuerpo y del espíritu, porque sabía que ésta es de la dos la más hermosa juventud; un verdadero tesoro, cuyo más leve recuerdo llega á ser una bendición y una felicidad hasta para los más sabios? ¿Vió todo esto Luísa? ¡Ay! Si lo hubiese visto, se habría engañado.

¿Pero se vió amada y rodeada de los hijos felices de Ceci? ¿Se vió muy entendida en la literatura de los cuentos de hadas, persuadida de que ninguna de aquellas encantadoras inocentes imaginaciones merecía que se la desdeñase; no descuidando nada que la enseñase á conocer á sus semejantes, incluso los más humildes, para embellecer su existencia mecánica y real con la ayuda de esas gracias y de esos goces ideales, sin los cuales el corazón de la infancia se seca, sin los cuales la madurez física más robusta no es moralmente sino una muerte absoluta, sin los cuales la prosperidad nacional más aparente y mejor demostrada por las cifras, se parece, después de todo, á las profecías amenazadoras escritas en la pared contra los convidados al festín de Baltasar? ¿Se vió de este modo ejerciendo la caridad, no á consecuencia de un voto novalesco, ni de una obligación temeraria, ni de una asociación de hombres y mujeres, ni de una promesa, ni de un convenio, ni de una caprichosa

costumbre, sino simplemente por realizar un deseo que partía del corazón? ¿Se vió Luísa de esta manera? Pues si se vió, no se engañaba.

¡Querido lector! ¿Depende de ti ó de mí que estas cosas sucedan ó no sucedan en el respectivo límite de nuestras esferas de acción? Pues bien: entonces, que sucedan. Tendremos el corazón más ligero cuando, pensativos al amor de la lumbre, veamos un día las cenizas de nuestro hogar palidecer y extinguirse.

FIN.



INDICE.

PARTE PRIMERA.

	<i>Págs.</i>
Capítulo primero.—Lo único necesario.....	7
Capítulo II.—La degollación de los inocentes.....	9
Capítulo III.—Una grieta.....	21
Capítulo IV.—Mr. Bounderby.....	30
Capítulo V.—El tónico.....	44
Capítulo VI.—El circo de Sleary.....	55
Capítulo VII.—La señora de Sparsit.....	79
Capítulo VIII.—No hay que extrañar nada.....	92
Capítulo IX.—Los progresos de Ceci.....	103
Capítulo X.—Esteban Blackpool.....	117
Capítulo XI.—No hay remedio.....	128
Capítulo XII.—La vieja.....	142
Capítulo XIII.—Raquel.....	151
Capítulo XIV.—El gran fabricante.....	166
Capítulo XV.—Padre é hija.....	176
Capítulo XVI.—Marido y mujer.....	191
Capítulo XVII.—Efectos en el Banco.....	201
Capítulo XVIII.—Mr. James Harthouse.....	223
Capítulo XIX.—El papagayo.....	237
Capítulo XX.—Hermanos y amigos.....	246

SEGUNDA PARTE.

Capítulo I.—Continuación del meeting.....	251
Capítulo II.—Obreros y fabricantes.....	263
Capítulo III.—La desaparición.....	275
Capítulo IV.—Pólvora de cañón.....	299
Capítulo V.—Explosión.....	323
Capítulo VI.—Para concluir.....	347
Capítulo VII.—La escalera de la señora Sparsit...	362
Capítulo VIII.—Más abajo, siempre más abajo....	370
Capítulo IX.—La caída.....	387
Capítulo X.—Otra cosa necesaria.....	395
Capítulo XI.—Muy ridículo.....	406
Capítulo XII.—Muy decisivo.....	422
Capítulo XIII.—Perdido.....	437
Capítulo XIV.—Recuperado.....	454
Capítulo XV.—Luz de Luna.....	469
Capítulo VI.—Caza al mequetrefe.....	486
Capítulo VII.—Filosófico.....	505
Capítulo VIII.—Final.....	516

LIBRERÍA

DE

EL COSMOS EDITORIAL.

OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE LA CASA Y SE HALLAN
DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

	<i>Pesetas.</i>
Julio Simon. — <i>Dios, Patria y Libertad.</i> Traducción de J. Orellis. —1883: un tomo en 4.º mayor.....	5
Edouard Delpit. — <i>Las Represalias de la vida</i> (novela). Versión española de Miguel Bala.—1883: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
Ulbach. — <i>El Suplicio de un padre ó la confesión de un sacerdote</i> (novela). Versión española por Carlos Nésgra.—1883: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
Ennery. — <i>El Principe de Moria</i> (novela). Versión española de Ricardo de Hinojosa.—1883: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
X***. — <i>Al lado de la dicha</i> (novela). Versión española de E. Nésgra.—1883: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
Henri Rivière. — <i>El Combate de la vida.</i> —Primera parte: <i>La Juventud de un desesperado.</i> Versión española de P. Sañudo Autrán.—1884: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
Henri Rivière. — <i>El Combate de la vida.</i> —Segunda parte: <i>El Coronel de Breslac.</i> Versión española de P. Sañudo Autrán.—1884: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
Henri Rivière. — <i>El Combate de la vida.</i> —Tercera parte: <i>Las Fatalidades.</i> Versión española de P. Sañudo Autrán.—1884: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
Edmond. — <i>La Leñadora.</i> Versión española de Miguel Bala.—1884: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
Cubas. — <i>El Angel del presidio</i> (novela).—1884: un tomo en 8.º mayor.....	4,50
Cubas. — <i>La Mortaja de limosna</i> (novela).—1884: un tomo en 8.º mayor.....	1,50
Ortega Munilla. — <i>Orgía de hambre</i> (novela y cuentos).—1884: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
Zaccane. — <i>Los dramas de la Bolsa</i> (novela). Versión castellana de doña Faustina Saez de Melgar.—1884: un tomo en 8.º mayor.....	2,50

Gautier. — <i>Fortunio y La Muerta enamorada</i> (novelas), traducidas por un Aprendiz de estilista.—1884: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
Vascáño. — <i>Javier Malo</i> (novela).—1884: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
Bouvier. — <i>Las Borgoñas del día</i> (novela). Versión española de Ángel Luque.—Dos tomos en 8.º mayor: cada tomo.....	2,50
Arsène Houssaye. — <i>La Comedianta</i> (novela). Versión española de un Redactor de <i>El Cosmos</i> .—Un tomo en 8.º mayor.....	2,50
Jorge Ombet. — <i>Lisa Fleuron</i> (novela). Traducida por José de Olave.—1884: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
Cañizo. — <i>Justicia y Providencia</i> (novela).—1884: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
Barbey d'Aurevilly. — <i>Lo que no quiero</i> . Versión española de Ricardo Pérez.—1884: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
Cubas. — <i>El Panal de miel</i> (novela).—1884: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
Dickens. — <i>Días penosos</i> (novela). Versión española del Licenciado Barbadillo.—1884: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
Ossorio y Bernard. — <i>Romances de ciego</i> (poesías).—1884: un tomo en 8.º.....	1
<i>Galería de desgraciados</i> (poesías), escrita por una colección de distinguidos escritores y escritoras, é ilustrada con grabados.—Un tomo en 8.º mayor.....	1
Ossorio y Bernard. — <i>Cuadros de género trazados á pluma</i> .—Un tomo en 8.º mayor.....	2
Ossorio y Bernard. — <i>Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol</i> .—Un tomo en 8.º mayor.....	2

PRÓXIMAS Á PUBLICARSE.

- Fortunio.**—*La Virgen de Belem.*
J. de la Cerda.—*El gran problema.*
Id. id.—*La Tela de Araña, ó historia de una mujer.*

Los pedidos de estas obras se dirigirán al Administrador de **EL COSMOS EDITORIAL** (Montera, 24, Madrid), acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A

DAD AUTÓNOMA DE TUCUMÁN
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA